



UN PASADO IMPERFECTO

MIRTA SHERIDAN



U N P A S A D O
I M P E R F E C T O

MIRTA SHERIDAN

**U N P A S A D O
I M P E R F E C T O**



AJBrown

Título original: UN PASADO IMPERFECTO.

Copyright:

© 2017, MIRTA SHERIDAN

Primera edición: diciembre 2017

De esta edición:

Diseño de portada: © AJBrown

Edición y maquetación: © AJBrown

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o autores o bien se usan en el marco de la ficción.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

© Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor o autores. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mamá...

1

Septiembre de 1.981

Hacía un tiempo excelente, uno de esos días cálidos de Septiembre. Todo era lento y sensual bajo el calor, tan infrecuente en *Manhattan*, que Grant se llegó a alarmar. Una delicia.

Ante una mesita de madera adornada con un centro de flores de vivos colores, Grant Malory tomaba el sol y balanceaba una de sus largas piernas cruzada sobre la otra. La terraza del *Enrico*, su restaurante habitual situado en el área más rica y poderosa de la ciudad, le ofrecía todo cuanto él necesitaba: paz y tranquilidad.

Alcanzó una rebanada de pan con sus anchos dedos, casi demasiado gruesos, pero la pringosa mantequilla que cubría el delicioso almuerzo acabó por resbalar del pan al suelo.

Dos jovencitas sentadas en la mesa contigua le miraron y entonaron una risita sofocada cuando le vieron sacudir las migas de su pantalón. Afortunadamente, no se le había manchado.

Grant Malory llamaba la atención de las féminas sin intención manifiesta. Era muy atractivo. Hermoso, apuesto, elegante, en pocas palabras: con clase. Alto, corpulento, con la musculatura bien definida, de ojos negros, cabello castaño como la miel y un rostro fascinante. En definitiva, su cuerpo suscitaba admiración y él lo sabía, aunque no era algo que le importara en exceso.

En el extremo opuesto de la terraza, oculta tras un gran sombrero de paja natural, una mujer ceñida en un vestido de seda rosa se había fijado también en él y le observaba embobada a través del trenzado de la paja. A pesar de la distancia, podía distinguir a la perfección la tersa piel bronceada de su musculoso pecho asomándose a través de los botones abiertos de su camisa verde y sentir la tibieza de su piel bajo el roce imaginado de las yemas de sus propios dedos. Definitivamente, todo en él refulgía sensualidad y magnetismo. Estaba bastante alejada de su mesa, eso era cierto, aunque ese

pequeño detalle no le impedía verlo con claridad al igual que lo había hecho tantas y tantas veces, sin que él, por su parte, se percatara de ello.

El comportamiento de aquel hombre tan atractivo era muy similar casi todos los días. Cuando llegaba al restaurante, escudriñaba el periódico sin mucho ahínco mientras esperaba a que Sebastian, el camarero de cabello blanco como la nieve encargado de servir la terraza, le acercara un par de rebanadas de pan tostado que él untaba con exquisita mantequilla antes de ingerir el plato principal.

Ashley Welles bajó la mirada cuando aquel hombre tan atractivo levantó la suya del periódico, tratando de buscar a Sebastian.

Presto, el camarero se movió con paso lento hasta alcanzar su mesa. Durante unos segundos, departió con Grant, el dueño del local, los imprescindibles para que a él le diera tiempo de sacar de su billetera la cantidad correspondiente para proceder al pago de la consumición.

Ashley observó cómo el misterioso y atractivo caballero proporcionaba una sustancial propina a Sebastian y se levantaba de la mesa estirando las piernas con cierta dificultad. Por los movimientos toscos y poco elegantes de sus pies al chocar contra el pavimento supuso que se le habían quedado algo entumecidas.

Grant escrutó la esfera digital de su reloj. Todavía le quedaban unos quince o veinte minutos para dar un paseo y pensar en lo agradable que había sido hasta entonces para él la vida. Era rico, muy apuesto, tenía una gran casa a las afueras de la ciudad, un *loft* de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados en *Wall Street*, un importante trabajo... En fin. Prácticamente todo lo que un hombre de su categoría podía pedir, a excepción de algo que a diario le dejaba un vacío interno difícil de soportar: todavía no había encontrado el amor; el verdadero amor.

Estaba de acuerdo que no le faltaban mujeres con las que desahogar su deseo más carnal y satisfacer sus necesidades como hombre. No lo negaba. Pero eso no le hacía feliz. Más bien, todo lo contrario.

Envidiaba a sus amigos e incluso a algunos de sus empleados, orgullosos de sus mujeres, con las que compartían día tras día sus vivencias, anhelos e ilusiones, amándolas con orgullo y satisfacción y recibiendo todo el cariño que necesitaban. Se sentía un poco débil en ese sentido. Y eso le hacía

enfurecer.

Iba caminando por la calle, para estirar las piernas y percibir el movimiento de la gran ciudad a esas horas, cuando la alarma de su reloj le avisó que se acercaban las dos y media de la tarde. Había finalizado su hora de descanso, esos largos sesenta minutos con sus respectivos segundos que Grant empleaba cada día para almorzar en el *Enrico*. Esos minutos y segundos que él guardaba para sí, fuera del trabajo, y que le permitían desahogarse un poco del aburrimiento y tedioso sin vivir al que le tenía sometido *World Wide Building Corporation*.

Debía regresar cuanto antes al despacho. Una montaña de compromisos e informes le esperaban sobre la mesa. Suspiró mirando al cielo. Lamentablemente, no podía retrasar el avance del tiempo. Una auténtica pena. Grant Malory alzó la mano y tomó un taxi.

Hacía unos minutos que Ashley había perdido de vista al hombre que desde hacía un par de meses venía observando diariamente en la terraza del restaurante *Enrico*. Le pareció verle marchar andando con el periódico bajo el brazo, pero no lo podría asegurar. Miró el reloj y se dio cuenta de lo tarde que era. Seguramente Frances ya le estaría esperando. Pagó la cuenta, rebuscó algo inconcreto en el bolso de mano y pidió al camarero que le llamara a un taxi. La casa de su mejor amiga estaba en la otra punta de la ciudad, y los tacones de sus *Manolos* y el sofocante calor del día no le iban a permitir hacer el trayecto a pie.

Alta, esbelta y con buen porte, curvas prominentes, cabello rubio como la candela y ojos azul intenso como el mar infinito, Ashley Welles siempre había sabido sacarse buen partido. Su vestido color rosa realzaba su tez bronceada y su escultural figura. Los zapatos de tacón alto eran su pasión. Los sombreros, su devoción.

El taxi tardó tan sólo cinco minutos en llegar, lo suficiente como para cerciorarse de que su maquillaje estaba en perfecto estado. Subió a él, sujetándose el sombrero, con el fin de no golpearse con la estructura del vehículo y destrozarse su recogido.

—Buenos días —saludó.

Ashley le indicó la dirección exacta a la que tenía que dirigirse. Su tono era cordial aunque algo seco. No le agradaba tener que coger un medio de transporte público.

Por descontado, prefería su propio coche, pero por desgracia, el *Enrico* estaba en pleno centro del barrio financiero y utilizar el vehículo propio en ausencia de chófer personal era una locura. Encontrar aparcamiento en las proximidades del restaurante, se podía convertir en una auténtica batalla campal; más aún aparcar en doble fila.

No manejaba desde hacía tiempo y precisamente, ese día, Carlo y Marisa se encontraban en *Chelsea*, aprovechando su día libre, así que había hecho el esfuerzo de ir a pie hasta el restaurante. Su *loft* se encontraba a tan sólo dos manzanas de allí, y el paseo no le había sentado nada mal. La comida del *Enrico* era una delicia y con Carlo o sin él, era una pena perdersela.

El taxi arrancó en la dirección acordada, pero no tardó en detenerse de nuevo. El hedor a podrido que inundaba el habitáculo revolvió el estómago de Ashley. No le quedó otra más que bajarse del vehículo. Finalmente, y a pesar de sus *Manolo Blahnik*, prefirió caminar.

El bullicio y los empujones de la gente le agobiaban en exceso. El mal olor a comida rancia de los puestos ambulantes y el dolor intenso de pies acabaron con su paciencia por lo que, finalmente, decidió colarse en *Maximes* y telefonar a Frances. Estaba desesperada. Caminar a esas horas por las calles de *Manhattan* era una locura. Iba con retraso, algo que le exasperaba, pero sabía que su amiga se lo perdonaría. Por una vez...

Aprovechó para tomar un vino blanco y refrescarse un poco en el aseo de señoras mientras esperaba a que Vittorio, el chofer de Frances, llegara en su auxilio.

—No te preocupes, Ashley. Vittorio se acaba de marchar a la tintorería. En cuanto llegue, le digo que vaya a buscarte.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea telefónica.

—¿Sigues ahí?

—Sí, perdona —se justificó Ashley, a quien la noticia no le había sentado demasiado bien.

—Tómame algo, querida. Vittorio no tardará en llegar.

—Por supuesto. Lo esperaré con los brazos abiertos...

A Ashley no le quedó más remedio que reírse de su propia gracia, aunque no la tenía.

Diez minutos más tarde apareció Vittorio, con su uniforme immaculado y excesivamente almidonado y los zapatos relucientes. Todo un caballero.

Ashley agradeció su amabilidad cuando le abrió la puerta del vehículo, un *Mercedes-Benz* negro 190 B Pontón W121, de 1.961, capricho de su amiga, con un ligero movimiento de cabeza y un escueto «*gracias*». Se relajó en el asiento trasero del coche cuando éste fue engullido por el tráfico ensordecedor de *Manhattan*.

Estaba extasiada, los pies doloridos. No recordaba haberse sentido así desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera el recuerdo de la sensual fisonomía del hombre al que día tras día observaba en la terraza del *Enrico* pudo calmar su mal humor.

Debía dejar de atormentarse a sí misma. Obsesionarse de aquella forma por una persona a la que no conocía de nada no le venía, en absoluto, nada bien. Estaba predestinada a permanecer sola. Así debía de ser. Desafortunadamente, su corazón había reconocido su engaño desde el primer momento que lo había vuelto a ver aparecer esa mañana. Y así venía siendo desde finales de Junio. Desconocía todo sobre él, nombre, profesión, estado civil, pero el magnetismo que emanaba le impedía dejar de observarlo. No había pasado un solo día en el que no lo hubiera hecho. Admiraba las marcadas líneas de su cara mientras leía el periódico, las pronunciadas curvas de su cuerpo bajo las delicadas telas de sus trajes... Él, en toda su plenitud, tenía un atractivo y un magnetismo difícilmente despreciable.

Mirando al azulado cielo otoñal a través del vidrio de la ventana trasera del *Mercedes* se juró a sí misma acabar con esa situación. No se podía permitir vivir por y para una obsesión inútil que no tenía tintes de tener un final feliz. No podía enamorarse de un extraño. No podía. No quería.

Mintió. Mintió a pesar de que en su fuero interno sabía que ya estaba enamorada de aquel apuesto personaje que le permitía abstraerse cada día por unos minutos de sus preocupaciones. Su interior luchó contra sus propios pensamientos, lo que le provocó un profundo dolor de cabeza.

El vehículo se detuvo milimétricamente en la plaza de aparcamiento de

Frances tan sólo diez minutos después de que Vittorio le hubiera recogido en la puerta de *Maximes*. A pesar de que sus pensamientos le habían tenido un tanto abstraída, el trayecto se le había hecho interminable. Era imposible no percatarse del bullicio exterior.

El amable y servicial chofer le abrió la portezuela. Ashley salió despacio. Se estiró la tela de la falda con la palma de la mano y pulsó el botón que la llevaría hasta el apartamento de su amiga.

El ático dúplex de Frances se encontraba situado en la planta treinta y seis de un complejo residencial con increíbles vistas al mar, a la bahía de *Manhattan* y al centro de la ciudad. Trescientos veinte metros cuadrados útiles complementados por otros doscientos cincuenta metros cuadrados de terraza distribuidos en dos plantas en la parte alta del edificio, dotado de la máxima privacidad que por su condición y profesión se merecía. Cuatro dormitorios dobles que rara vez habían sido ocupados, cada uno con baño en suite y vestidor privado, formaban la organización de una vivienda perfectamente decorada en la que la pieza destacable era el gran salón comedor, de casi cien metros cuadrados.

Rara vez el ático estaba ocupado, dada la ajetreada vida de su propietaria, que pasaba más tiempo metida en aviones y hoteles en cualquier parte del mundo que en el propio *Manhattan*.

El ascensor privado de Frances no tardó más de medio minuto en alcanzar la parte más alta del edificio. Ashley se encontró con un espectáculo atroz cuando salió de la cabina. Maletas esparcidas a diestro y siniestro por el vestíbulo, ropa sobre todos los sillones del gran salón. En definitiva, un desorden que más parecía haber sido producto del paso de un gran batallón que por la descuidada desorganización de una superestrella del calibre de Frances Beresford.

—¿Frances?

Ashley la buscó con la mirada, sorteando con los pies bultos y maletas.

—Hola, querida. ¿Qué tal?

Lanzó un beso al aire.

—Perdón por el desorden, pero como sabes, acabo de llegar de *Londres* —se justificó—. Estoy agotada. Tengo mucho que preparar. Perdona —se disculpó—. ¡María!

Reclamó a su asistente, como si el alma se le fuera en ello.

—¿Dónde está el vestido de gasa verde?

La empleada apareció como alma que lleva el diablo, con el traje dentro de una funda de plástico azul marino.

—Aquí lo tiene, señora. Lo había dejado sobre el *chaise longue*.

—Muchas gracias, María —agradeció con una amplia sonrisa—. ¡Qué haría yo sin ti!

—Buenos días, señorita Welles.

Le saludó con cortesía mostrándole una sonrisa sincera, alegrándose encontrarla de nuevo allí.

—Es un placer volver a verla por aquí.

Ashley hizo un pequeño movimiento de cabeza en agradecimiento al grato recibimiento y comenzó a quitarse las horquillas que le sujetaban el sombrero a la cabeza. María se acercó para recogerlo y la guió hasta el salón donde se sentó a descansar sus doloridos pies.

—¡Querida!

Frances seguía azarosa buscando un no sé qué de entre todos los paquetes que llenaban la estancia.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. ¿Quieres tomar algo?

Continuó sin prestar demasiada atención a la visita.

—Pídele a María lo que quieras —insistió.

Reclamó la atención de su asistente, enfrascada en recoger un ciento de pares de zapatos desparramados por la habitación.

—¡María, por favor!

El salón parecía una selva, a consecuencia de la cantidad de paquetes que había traído de *Londres*, tras varios días tirando de monedero, adquiriendo sin ton ni son cientos de productos que preveía no iba a utilizar nunca.

—Sírvale a la señorita Welles una copita de vino blanco bien fresquita. Y... si no le importa, tráigame a mí otra también, por favor —solicitó mientras buscaba dentro de una maleta roja y extraía un estuche dorado que entregó a Ashley.

—¡Oh, Frances!

Ashley se ruborizó.

—No tendrías por qué haberme traído nada. Muchísimas gracias.

Se acercó a su amiga y le dio un abrazo.

—¡Bah!

Movió la mano quitándole importancia al asunto.

—Es sólo un caprichito que se me antojó. No tiene importancia. Para que te animes, más que nada...—insinuó, y siguió desenvolviendo paquetes y abriendo maletas.

Ashley abrió el estuche y contempló su interior con espasmódica emoción. Los ojos se le nublaron de lágrimas ante la impresionante visión que se acontecía ante sí. Una auténtica belleza se mostraba ante sus ojos. Una pieza en oro blanco de dieciocho quilates con un colgante formado por una esmeralda con forma de lágrima engastada con ónices y diamantes apareció en el centro del estuche, entre varias capas de seda azul. Un auténtico lujo. Abrazó a su amiga, con emoción sincera, las lágrimas floreciendo en sus ojos.

—¡Oh, Frances! ¡Qué maravilla!

Le volvió a abrazar, intensificando la fuerza de su abrazo, agradecida de corazón.

—No tenías que haber derrochado tanto dinero —le reprendió.

—No ha sido nada, querida. Tan sólo un pequeño caramelito para que te animes y dejes de estar tan deprimida... Seguramente te hubiera hecho más ilusión si te lo hubiese regalado un hombre —rio pícaramente—, pero ante la falta de uno, para eso estamos las amigas.

Soltó una carcajada y continuó desenvolviendo paquetes.

—Por cierto —continuó—. Enseguida termino. Estoy buscando en este maremágnum de bolsas los zapatos para esta noche. Me los compré el otro día en *Milán*. No me pude resistir a hacer una escapadita desde *Londres*.

Sus palabras sonaron por todo el salón con una alegría desmedida. Ashley le miró con asombro, feliz de ver a su amiga tan contenta y con una cierta envidia por no poder compartir con ella esa alegría. La tristeza le embargaba y si bien, compartir ciertos ratos del día con Frances le animaba, sólo era momentáneamente.

—¡Voilà! —exclamó llena de júbilo—. No podían estar demasiado lejos —se justificó.

Colocó la caja sobre la mesa de cristal que había delante del gran sofá.

—Ya está todo preparado —continuó—. Hace meses que confirmé la

asistencia a un evento esta noche aunque, si te digo la verdad, ¡qué arrepentida estoy! —se quejó—. No me apetece nada ir sola a la inauguración de la *Sammuel Johnson Art Gallery*. ¿Te suena, querida?

Ashley asintió con la cabeza. Envidiaba a su amiga. Todo en ella evocaba una alegría inusual. Fresca, elegante, con carácter,..., todos aspectos que ella había perdido tiempo atrás. Elegante, sofisticada, con don de gentes, características que la hacían, aún si cabe, más atractiva al gran público.

—La verdad es que odio los convencionalismos. Sonreír a todo el mundo aún sin tener ganas... Menos mal que me van a pagar una buena millonada, que si no...

Ashley no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Frances, por su parte, se sintió orgullosa de ello. Le hacía tanta falta...

—Bueno, olvidémoslo por el momento.

Quitó importancia al asunto, a pesar de que interiormente no le apetecía ni lo más mínimo tener que arreglarse para asistir a la inauguración de la galería y aguantar a los invitados halagándole sin necesidad. Después de tantos días en el extranjero, prefería quedarse tranquila en casa, llamar a Peter, su novio, e intentar pasar una velada agradable con él.

Sin embargo, eso iba a tener que esperar. No le quedaba más remedio que acudir a la fiesta o de lo contrario, Rogger, su representante, le mataría a la mañana siguiente y saldrían en la portada de todos los periódicos internacionales. Además, a Peter, le tocaba hacer guardia en el hospital. No sabía cómo se las arreglaba, pero siempre que ella estaba en la ciudad, él tenía que trabajar. A pesar de que eso le sacaba de quicio, estaba ya acostumbrándose. ¡Qué remedio le quedaba!

—Ya nos podemos marchar, Ash.

Ashley no contestó. Odiaba cuando alguien le acertaba el nombre, pero no dijo nada.

—¡Ashley, querida!

Frances alzó la voz más de la cuenta apostada en el umbral de la puerta del salón, dispuesta a salir. Ashley dio un respingo, abstraída en la joya que acababa de recibir como regalo.

—No hace falta que me grites —protestó—. Ya te había escuchado la primera vez.

Se levantó con desgana del sofá e introdujo el estuche en el bolso con cierta dificultad. El paquete abultaba más de la cuenta y su bolso no era demasiado grande.

—Lo que ocurre es que no me apetece marcharme.

Puso morritos de niña buena.

—Estoy tan agotada y me duelen tantísimo los pies, que pagaría todo el oro del mundo por quedarme un ratito más sentada —resopló.

—¡Anda, vámonos, no vayamos a llegar tarde! —le animó.

Tenían una cita en la consulta de Karla Santini, una prestigiosa psicoanalista de *Manhattan* a la que Ashley acudía semanalmente y que cobraba una fortuna.

Siempre que Frances se encontraba en la ciudad, procuraba acompañarle a sus sesiones. Ella siempre se quedaba en la sala de espera y jamás le preguntaba qué había sucedido en el interior de la consulta o sobre qué temas habían tratado. Pero estaba ahí. Y eso era algo que Ashley le agradecía de corazón a sabiendas de la agenda tan complicada de su amiga.

Cuando los compromisos no se lo permitían, siempre recibía una llamada de Frances, desde cualquier lugar del mundo, independientemente de la diferencia horaria, para preguntarle cómo se encontraba. Era lo único que le preocupaba.

—¡Por Dios, Frances!

Suspiró desde lo más hondo de su ser y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo más va a durar este castigo?

Sollozó dirigiendo su cabeza al hombro de su amiga mientras esperaban el ascensor. Necesitaba desahogarse y Frances no le pudo negar su ayuda.

—Ashley, por favor. ¡No seas niña! —le reprendió.

La retahíla que le siguió hizo que a Ashley nunca se le hubieran hecho tan altas las treinta y seis plantas que tenían que descender hasta alcanzar el coche. Se habían retrasado ya demasiado y no podían perder más tiempo en lamentaciones.

Vittorio les estaba esperando con las puertas del *Mercedes* de par en par, con el aire acondicionado puesto para refrescarlo. Entraron en el vehículo y el motor se puso en marcha.

Karla Santini tenía la consulta en *TriBeCa*, un antiguo distrito industrial dominado por estructuras de almacenes de materiales que comenzaba a revitalizarse y convertirse en uno de los barrios residenciales más importantes de todo *Manhattan*.

Muchos de los antiguos almacenes estaban siendo rehabilitados y convertidos en hermosos edificios residenciales, *lofts* en su mayoría, lo que estaba haciendo emerger al vecindario como una comunidad más que como un barrio industrial. *TriBeCa* se estaba convirtiendo en un barrio de moda, con cada vez más habitantes, tiendas, restaurantes, museos y galerías de arte y en el centro neurálgico para muchos personajes famosos mundialmente.

A Ashley el trayecto se le hizo interminable. Vio los coches pasar a alta velocidad por entre los cristales tintados del *Mercedes-Benz* de Frances, mientras los segundos pasaban lentos, convirtiéndose en eternos.

Ambas iban sentadas en el asiento trasero. Ashley, absorta en sus propios pensamientos, mientras que Frances estudiaba la agenda de los próximos días. Inauguraciones, desfiles, sesiones fotográficas, presentaciones. La vida de Frances era un no parar.

Entre evento y evento aprovechaba para cuadrar algunas horas que dedicar a Ashley, algo que ella le agradecía siempre. No podía pedirle más a su apretada agenda, aunque le gustaría que sus encuentros se prolongaran algo más, con el fin de que su amiga le abriera su corazón totalmente y le contara con palabras lo que venía atormentándole día tras día desde hacía tres años.

Ashley estudió con la mirada a su amiga, pero entre las dos se levantaba una montaña que ella debía escalar. Le tenía confianza extrema, pero el problema residía en ella misma. Debía romper la barrera en su corazón, contarle todo lo acaecido años atrás, pero le resultaba desagradable y doloroso. No se lo merecía. No creía que nadie pudiera soportar la angustia y el dolor que ella tanto necesitaba sacar a través de sus labios, clavándose en los oídos. Tenía que guardárselo en lo más profundo de su ser y dejarlo morir, aunque ello supusiera su propia muerte en vida.

No había vuelto al trabajo. No se sentía con fuerzas para hacerlo, y su

vida estaba tan resentida y destrozada que nada podría hacerla salir a flote. Agradecía el apoyo de Frances, incluso el de la doctora Karla Santini, pero le resultaban insuficientes. El dolor de su corazón era demasiado profundo, hondo, muy hondo, tan hondo como el fondo del mar. Sólo ella podía reflotar a la superficie, pero no sabía cómo ni cuándo.

Se le saltaron las lágrimas detrás de las gafas de sol que cubrían su rostro y giró la cabeza más aún hacia la ventanilla del coche para evitar que Frances se percatara de ellas.

Cinco minutos después, Vittorio detuvo el coche delante de un edificio tosco, recientemente rehabilitado, donde se encontraba la consulta de la psicoanalista.

Frances guardó la agenda en su bolso *Louis Vuitton*. Ashley recuperó la compostura. Ambas bajaron del vehículo y se dispusieron a caminar hacia la entrada del edificio, Ashley detrás, precedida por Frances, que iba abriendo camino.

—¿Qué te sucede? —preguntó, mientras pulsaba el botón del ascensor.

—No lo sé —contestó Ashley, apretando los labios en un signo de apatía—. Supongo que hoy tengo más miedo que nunca.

—Por Dios, Ashley —suspiró—. Eso mismo me dices siempre que te acompaño a este maldito lugar.

Frances mostraba entereza. Sus palabras sonaban altas y claras dentro del reducido habitáculo.

—No voy a permitir que a estas alturas seas más débil que antes. ¡No!

—Frances... tienes que dejar que me pelee yo sola con mis propios miedos.

—Por supuesto, Ashley, pero hay muchísimas cosas por las que vale la pena vivir, sin necesidad de tener miedo. Eres joven, bella y lo que es más, tienes talento. Y... y...

Se le cortó la voz y tuvo que tragar saliva un par de veces antes de continuar.

—Tienes todo mi cariño. Te quiero, de veras, y deseo lo mejor para ti. Pero tienes que prometerme que vas a ser fuerte, cariño.

La emoción le sobrevino otra vez y casi no podía pronunciar las palabras.

—Tienes que salir de este maldito pozo sin fondo en el que te encuentras.

Pero tienes que poner «*todo*» de tu parte.

Pronunció la palabra «*todo*» con determinación.

—Prométeme que lo vas a intentar, por favor. Prométeme que vas a ser fuerte y te vas a recuperar...

Ashley se quedó mirando fijamente tras las gafas oscuras a aquella mujer joven, fría y decidida. Estaba confundida, pero al mismo tiempo, sentía una fuerte alegría al tener por amiga a una mujer como Frances. Sus ojos se empañaron de lágrimas, lágrimas de felicidad a las que no dejó salir por temor a otra reprimenda.

—¿Siempre a mi disposición?

La inseguridad le convertía en una persona débil.

—Puedes estar segura —atajó Frances.

—No sé si podré.

—¡Por Dios, Ashley! ¡Se trata de tu vida! ¡No la desperdicies amargándote continuamente!

—Voy a intentarlo —prometió aunque sus palabras no sonaron muy convincentes—. Lo intentaré.

—No, Ashley, no lo intentarás. ¡Lo harás!

Frances adivinó el miedo en las palabras de Ashley al tiempo que se observaban una a la otra. Ambas se cogían de la mano y sonreían con valor intentando convencerse mutuamente de que lo imposible podía hacerse realidad. La modelo estaba convencida de que finalmente su amiga sacaría la garra suficiente como para apartar todo el daño que tenía dentro de su frágil y delicado ser.

—¡Ánimo, Ashley!

Le apretó el hombro, retroalimentando su apoyo.

—Sabes que te quiero.

—Yo también te quiero, Frances.

—Lo sé —contestó.

Ashley abrió la puerta de la consulta de Karla Santini con determinación. Frances se quedó fuera, en la sala de espera, recolocando nuevamente los

compromisos en su agenda. Le esperaban dos horas interminables de aburrimiento hasta que Ashley saliera de la consulta.

La doctora Santini se alegró de ver entrar a Ashley tan decidida. Hacía meses que la paciente acudía a su consultorio y era la primera vez que la notaba tan dispuesta. Le invitó a colocar sus pertenencias sobre la mesa y a tumbarse en el diván. Con parsimonia y lentitud su paciente cumplió las órdenes impuestas y dio por comenzada la sesión.

Ashley permaneció impasible prácticamente las dos horas, sin hablar, tumbada sobre el diván. Fueron dos horas que se le pasaron relativamente cortas. Agradecía que la doctora no le hiciese ninguna pregunta.

Desde el primer momento, había comprendido a la perfección el propósito del tratamiento. Se le concedía un espacio de tiempo muy valioso para meditar, en un lugar relajado. Ella tenía que buscar su paz interior, y sobre todo, encontrar el momento adecuado para compartir con la psicoanalista sus miedos, con el fin de encontrar un tratamiento adecuado.

Karla Santini era renombrada por sus métodos innovadores y Ashley le agradecía desde lo más profundo de su corazón que no le exigiera nada, que no hurgara en su herida. Era consciente y, en su fuero interno, sabía que llegaría el día que rompería la coraza que se había forjado y le expondría al mundo su silencio. Desgraciadamente, ese día no había llegado aún.

—Es la hora, señorita Welles —le anunció Karla Santini observando el reloj de péndulo que se encontraba sobre la pared—. Espero que usted se sienta bien.

—Gracias —contestó Ashley.

Su sentimiento de culpa era increíble. Seguía sin quitárselo de encima, pero se sentía en paz consigo misma tras dos horas oteando todos los rincones de la habitación.

Semanalmente, desde hacía ya casi siete meses, venía observando los mismos cuatro lienzos colgados de las paredes de la estancia, la alfombra medio raída y descolorida que, sin duda, había pasado tiempos mejores y a la doctora Karla Santini sentada en un sillón de piel desvencijado, oculta tras unas medias gafas.

Tendría alrededor de cincuenta y cinco o sesenta años. Bajita, rechoncha y con unas manos un tanto grandes, se pasaba las dos horas escribiendo notas

en su cuaderno con unos dedos deformados seguramente por la artrosis. A Ashley no le importaba. De hecho, agradecía el tiempo que le dedicaba, sin exigencias de ningún tipo. Se sentía en paz dentro de aquellas cuatro paredes y le apesadumbraba tener que salir de allí y enfrentarse nuevamente a la cruda realidad. Le faltaba una semana para volver a encontrarse allí tumbada, observando los mismos cuatro lienzos y todos los elementos que conformaban la estancia; siete largos días con sus veinticuatro horas cada uno. Y encima, no sabía todavía si Frances le acompañaría.

—Muchas gracias por todo, doctora. Hasta la semana que viene.

La doctora Santini abrió la puerta. Frances se levantó automáticamente buscando con la mirada la de la especialista, demandando información. Ésta le saludó con un leve movimiento de cabeza, prácticamente imperceptible y con un gesto de negativa le informó que Ashley no se había abierto a la salvación de su alma. Agradeciéndole sutilmente con un frunce de labios, siguió a Ashley que se apresuraba hacia el exterior.

—¡Ashley, querida!

Recuperó el tono jovial y alegre que la caracterizaba, no ya tanto para animarse ella tras el sopor de las últimas dos horas, sino más por animar a su amiga que comenzaba a mostrar cara de tristeza.

—¿Qué tal? —inquirió.

En absoluto demandaba información, más bien era una pregunta más que nada por cortesía.

—¿Te apetece que nos tomemos una copa? Tengo todavía una hora libre hasta que llegue mi peluquera y me tenga que preparar para la fiesta. ¡Qué horror! —bufó—. ¡Menudo fastidio!

—Muchas gracias, Frances, pero no me apetece. Creo que me voy a quedar en casa. Si no te importa —sabía que no—, le voy a pedir a Vittorio que me acerque.

—Por supuesto.

Frances no quiso insistir. Conocía a su amiga y cuán testaruda se podía poner si se le llevaba mínimamente la contraria. Dio las órdenes pertinentes a su chófer y se dirigieron hacia el apartamento de Ashley.

Ashley iba despojándose de las horquillas del pelo a medida que el ascensor ascendía hasta su *loft*, ubicado en la última planta del edificio en

pleno centro del *Upper East Side* de Nueva York.

Frances había insistido en acompañarla para asegurarse que estaba bien, todo lo bien que se podía estar en su situación. Vittorio le esperaba en el coche, en el garaje del edificio, estudiando el recorrido que horas después iba a tener que trazar para llevarla hasta la galería de arte.

La opulencia del salón de Ashley era deslumbrante. Marisa, una señora de unos cincuenta y cinco años, de origen puertorriqueño, que el padre de Ashley contratara cuando ella fuera tan sólo una niña, se encontraba ultimando los preparativos de la cena en la cocina, mientras que Carlo, su marido de sesenta y tres, colocaba un ramillete de jazmines blancos en el *Lladró* de la mesa del salón. Ambos salieron al encuentro de la pareja. Amaban a Ashley como si de su hija se tratara y se impresionaron de ver la cara de «*su niña*», como ellos solían llamarle cariñosamente.

—Buenas tardes, señorita Welles. ¿Se encuentra usted bien?

Escuchar las palabras de Carlo reconfortó momentáneamente a Ashley.

—Buenas tardes, señorita Beresford —saludó a Frances.

—Buenas tardes, Carlo —contestaron ambas al unísono, lo que hizo sonreír sutilmente a Ashley. «Cuán compenetradas estamos», pensó para sí.

Caminó hacia el dormitorio, con Frances siguiéndole los talones.

—Buenas noches, Frances —susurró Ashley.

—Pero, ¿ya te vas a dormir? —preguntó con extrañeza.

—Sí.

—¡Pero si son las seis...! —se quejó—. Puedo quedarme contigo media hora más.

Ashley manoteó en el aire, en sentido reprobatorio.

—¡Anda! —insistió—. ¡Tomémonos una copa!

La observó quitarse los zapatos y despojarse del vestido, que se quedó arrugado en el suelo.

—¿De veras que no vas a tomar nada? Seguramente Marisa estará preparándote una cena exquisita...

—No.

La respuesta fue rotunda, sin contemplaciones.

—¡Oh, Ashley! Me lo prometiste.

Frances estalló. No aguantaba más la situación. Ver cómo su amiga estaba muerta en vida la consternaba.

—Me prometiste que ibas a ser fuerte y que no te ibas a volver a deprimir. Niña tonta —le reprendió—. ¿Por qué sigues amargándote de esa manera, estropeando tu preciosa figura? Querida, tú eres joven; tienes veintisiete años y un gran futuro por delante. Si tú quieres, puedes rehacer tu vida. Pero deja de amargarte. Empieza a quererte nuevamente, como lo hacías antes y aprende a olvidar, sobre todo, aprende a olvidar.

Sus palabras fueron hirientes, incluso un tanto cortantes, pero Ashley parecía no darles la más mínima importancia. Estaba apoyada en el marco de la puerta del vestidor, de espaldas a Frances, en ropa interior, escuchando a su amiga murmurar sin saber a ciencia cierta qué era lo que le estaba diciendo.

—Buenas noches —volvió a susurrar Ashley.

Frances salió del dormitorio muy preocupada por la actitud derrotista de su amiga.

Carlo le sirvió una copa de coñac y la tomó de un trago. El día había sido demasiado exasperante para ella también.

Ashley se metió en la cama y observó el vestido arrugado en el suelo. Se arrepintió de no haberlo recogido, ya que era uno de sus favoritos.

Su cuerpo se negó a levantarse del mullido colchón. Ya lo haría por la mañana, cuando Marisa, con todo su amor la despertara y le obligara a salir de la cama. No había nada que Marisa odiara más que ver a alguien retozando en la cama y perdiendo el tiempo, algo de lo que ella se estaba convirtiendo en una experta. ¡Cuánto quería a Marisa! Desde niña la puertorriqueña le había amado como a una hija, a esa criatura deseada que por circunstancias de la vida Carlo y ella nunca pudieron engendrar.

Le sobrevino la congoja y se puso a llorar. Primero sollozos débiles. Luego, una llantina más fuerte hizo que sus ojos derramasen lágrimas provocándole hondos surcos en su cara aún sin desmaquillar.

Su angustia se reavivó cuando oyó a Frances despedirse de Marisa y Carlo y cerrar la puerta. No se había despedido de ella. Ni siquiera le había

dado las gracias por acompañarla ese tarde a *TriBeCa*. Sabía que su amiga no se lo tendría en cuenta.

Aun así, lloró por su torpeza y su falta de tacto, hasta que finalmente se quedó dormida, tras haber vaciado como cada noche el pozo sin fondo que albergaba el agua de sus lágrimas.

2

El reloj despertador llevaba sonando más de media hora, martilleando los oídos de Grant. Lo había paralizado dos veces desde que comenzara a sonar y ya no se podía permitir hacerlo ni una vez más.

Eran las seis y media de la mañana e iba con retraso, mucho retraso. Seguramente Brandon lo estaría esperando desde hacía más de media hora en el gimnasio, extrañado de que su, por una vez, impuntual compañero, no llegase.

Se desenroscó ligeramente de las sábanas, tentó en la oscuridad el otro lado de la cama por si había olvidado la existencia o no de compañía femenina, cosa que no ocurría, y se apresuró al cuarto de baño. La luz le cegó por completo y necesitó varios segundos para que sus ojos se acostumbrasen a algo tan dañino.

La noche pasada había sido agotadora y trasnochar no le venía nada bien. Tampoco se lo había hecho el alcohol.

Se observó en el espejo las ojeras de caballo que tenía y se alisó el cabello con la mano. La barba le empezaba a picar sobre la delicada piel de la cara, pero no se podía entretener y dejar que Brandon perdiera más su tiempo.

Tres veces por semana, se veían en el gimnasio a las seis de la mañana para echar una partida de pádel de aproximadamente una hora y dedicar otra hora y media más a esculpir el cuerpo en las máquinas. Los días que no se veía con Brandon, Grant dedicaba las dos horas y media a su tabla de ejercicios, lo que le permitía mantener su escultural figura.

Emitió un hondo suspiro mientras se enfundaba el chándal y las zapatillas de deporte. Aceleró el paso, al recordar que ese día no sólo iba a ser Brandon al que a iba a descolocar el horario. Su entrenador personal llegaría al gimnasio a las siete en punto para exigirle el máximo de compromiso con sus ejercicios de musculación. Y no era para menos, ya que le costaba una millonada.

Rechazó tomarse el zumo de naranja de todas las mañanas o el café que tanto le espabilaba y corrió rápido escaleras abajo hacia el garaje. Esperar la

llegada del ascensor le supondría la pérdida de unos minutos muy preciados que podía aprovechar a modo de precalentamiento descendiendo treinta y dos plantas a pie.

Llegó al aparcamiento bañado en sudor, la cabeza y el corazón palpitándole con fuerza. Tras introducir las llaves en el contacto, arrancó el motor del coche a la vez que soltaba un improperio.

—¡Mierda!

Golpeó el volante con tanta fuerza que llegó a hacerse daño. Se había olvidado el macuto en casa, con lo que no le quedó más remedio que desconectar el motor y subir raudo y veloz a por él.

Esta vez ya no hizo la patochada de subir a pie, sino que aprovechó que el ascensor se encontraba en la planta sótano para tomarlo y ascender rápidamente a su vivienda. Recogió la bolsa y bajó nuevamente hasta el vehículo, que le esperaba mal aparcado dentro del garaje. Pisó a fondo el acelerador y los tres mil caballos del motor de su *Porsche 911sc* color negro rugieron con fuerza.

Para cuando Grant quiso llegar al gimnasio ya eran las siete y cuarto de la mañana. Brandon estaba que echaba chispas. Había perdido una hora vital que podía haber dedicado a echar un reconfortante sueño después de una mala noche.

Ni qué decir tiene el mal carácter que demostró su entrenador personal, que había perdido un valioso tiempo que podría haber dedicado a un cliente más comprometido con el deporte. Decidió recompensar a ambos. A Brandon, le invitaría a comer al mediodía y a Chad, su entrenador, le doblaría la asignación del día.

Brandon salió del vestuario cuando Grant ya estaba haciendo la primera serie de abdominales. Paró momentáneamente, a pesar de la cara de desagrado de Chad.

—¡Brandon! —le llamó. Respiró ahogadamente—. Te veo a las doce en el *Enrico*. Te invito a comer. ¿Te parece bien?

—Está bien. Allí nos vemos. Espero que te pagues una buena comilona —rio.

—No llegues tarde.

La broma no le hizo gracia a Brandon. Echaba fuego por los ojos, no

tanto por el cansancio sino por la mala leche que tenía. Y encima, Grant hurgaba en la herida.

La noche pasada ambos se habían acostado tarde, muy tarde, tras asistir Grant a la inauguración de la *Sammuel Johnson Art Gallery*, mientras Brandon acudía al teatro con Sally, su mujer, cumpliendo así la promesa de pasar más tiempo juntos.

Entre una cosa y otra, Brandon había apagado la luz de su dormitorio a las cuatro de la mañana, y como un reloj, a las seis estaba en el gimnasio, cumpliendo lo que ambos tenían acordado. Le había fallado, y tardaría en perdonarle. Cualquiera día se tomaría la revancha. Sonrió sólo de pensar que tenía que poner su cerebro a funcionar en busca de una buena jugarreta.

Grant reanudó el ejercicio asustado como un niño pequeño ante el mal gesto que presentaba la cara de su entrenador. Chad echaba fuego por la boca, y le exigía más y más. Nunca se había sentido tan humillado en sus treinta y tres años de vida y por una tontería tan nimia. Había llegado tarde. Lo comprendía. Lo asumía. Pero no tenía derecho a castigarle de esa forma. Había sido la primera vez y se juró a sí mismo que sería la última.

La sesión de entrenamiento se le estaba haciendo interminable. La falta de sueño no le ayudaba lo más mínimo. Chad tampoco, ya que se lo estaba poniendo bastante difícil.

Desde que comenzara a tener un entrenador privado, su complexión física había cambiado mucho. De ser una persona algo rechoncha se había convertido en un hombre perfectamente musculado gracias a la dieta y los consejos de Chad, y fundamentalmente al esfuerzo que realizaba a diario.

Cada mañana, a las siete, comenzaba con quince minutos de calentamiento en la bicicleta estática, seis series de abdominales y tres series más por cada una de las máquinas que conformaban su circuito. Finalmente, para concluir, hacía media hora más de cinta y se daba una relajante ducha que lo activaba para el resto de la jornada. El día que no quedaba con Brandon, la sesión de máquinas comenzaba a las seis de la mañana, y el exceso de tiempo le permitía hacer por dos veces la tabla de ejercicios diseñada por Chad.

Sin embargo, ese día el entrenamiento estaba suponiéndole un auténtico martirio. La falta de sueño y el cansancio acumulado del día anterior le

estaban pasando factura. Chad se dio cuenta de ello.

—¡Más rápido, nenaza! —le gritó—. ¡Hay que despertarse! ¡Pobrecito, se ha dormido...! ¡Vamos!

Grant se sintió humillado, aunque no por ello dejó de esforzarse. Chad era un antiguo marine de los *Estados Unidos*, retirado, muy exigente y con mal carácter. Le gustaba que los ejercicios se realizaran a la perfección y sobre todo, odiaba la impuntualidad. Y se lo estaba haciendo pagar.

Tras los quince minutos de ejercicio cardiovascular en la bicicleta estática, Grant comenzó las seis series de abdominales, que se duplicaron a doce, se triplicaron a dieciocho y así hubo un largo etcétera hasta alcanzar las cuatrocientas, un total de cuarenta series de diez.

El sudor le resbalaba a Grant por la cara, empañándole los ojos y nublándole la visión, pero actuaba sin rechistar. No quería cabrear más a Chad.

El problema vino cuando tras cinco minutos de descanso, tuvo que hacer la misma cantidad de flexiones: cuatrocientas. Le dolían los músculos de todo el cuerpo, incluso los que desconocía tener.

Quiso tirar la toalla, aunque eso supusiera mostrar falta de rendimiento, pero en su fuero interno se prohibió hacerlo. Eso era lo que iba buscando el marine, un mínimo ápice de debilidad, y no le iba a dar el gusto.

—... trescientos noventa y siete, trescientos noventa y ocho, trescientos noventa y nueve y cuatrocientos.

—Muy buen trabajo. Espero que no vuelva a ocurrir. Ahora tres cuartos de hora de cinta y te puedes marchar. Nos vemos mañana.

Grant suspiró aliviado. Le habían castigado con quince minutos más de cinta pero no tenía que hacer las dos series de máquinas. Estaba reventado. El corazón palpitando con fuerza, queriendo salirse de la caja torácica. La cara roja como un tomate. Dolorido por todo el cuerpo. La camiseta chorreando de sudor.

Bebió agua. Tenía la boca seca, se colocó los auriculares para escuchar música, programó la máquina y comenzó a correr. Las piernas le pesaban demasiado. El pecho ascendía y descendía rápidamente en busca del aire que le faltaba. Pero, al igual que antes, no paró. Sabía que Chad estaría observándole desde cualquier rincón.

—Puedes parar —le indicó Chad retirándole el auricular de la oreja cuando ya llevaba quince minutos de intensa carrera—. Es suficiente. No quiero que te vaya a dar un ataque al corazón. Eres muy joven.

Sonreía. Sabía que le había hecho sufrir demasiado, aunque se lo merecía.

—Gracias, pero voy a terminar —le contestó Grant, dándole un revés en la cara que el marine no esperaba.

Chad esbozó una pequeña sonrisa a medida que hacía el recorrido hacia el vestuario. Había herido el amor propio de Grant y eso le alegraba.

Grant estuvo en la ducha bajo el chorro de agua caliente más de veinte minutos. Tenía los músculos entumecidos, los brazos y el abdomen doloridos y la cabeza le iba a estallar por falta de sueño.

Cuando por fin consiguió recuperar un mínimo de dignidad, se colocó un chándal limpio y se apresuró a recoger el coche. Iba tarde. Parecía que llegar tarde iba a ser su fuerte ese día.

Entrar en el *Porsche 911sc* le resultó un suplicio. No podía agacharse lo más mínimo. Peor fue salir de él cuando a las nueve menos cinco detuvo el motor en el aparcamiento de su edificio. A las nueve en punto debía estar en una reunión y sabía a ciencia cierta que le iba a ser imposible llegar a tiempo. Tenía que vestirse y desayunar algo. De lo contrario desfallecería en cuestión de minutos.

Grant Malory escogió un traje chaqueta gris perla para ese día, camisa blanca y corbata celeste. El espejo le diría que estaba espectacular ese día si no fuera por las profundas ojeras que envolvían sus ojos producto de la falta de sueño. No se había afeitado esa mañana. No le había dado tiempo, así que una incipiente barba poblaba su cara. No le importó. Entró cual alma que lleva al diablo en la cocina, bebió un café recalentado de la tarde anterior para espabilarse y corrió raudo y veloz hacia el coche.

3

Marisa abrió la puerta del dormitorio de Ashley. Eran las diez y media de la mañana de un día espectacular, de un mes espectacular, como para que estuviese a oscuras, metida en la cama. Había pasado toda la noche escuchando los sollozos de «*su niña*», como ella le solía llamar cariñosamente.

Descorrió las cortinas, pulsó el interruptor de la pared para que las persianas comenzaran a subir y abrió las ventanas de la terraza para permitir el paso de aire fresco y limpio al interior. Ashley se acurrucó aún más en la cama de dos metros que se mostraba potente dentro de la gran habitación y se tapó la cabeza con las sábanas. Tenía la cara hinchada.

—¡Vamos, cariño! —le animó Marisa—. Ya es hora de levantarse. Son las diez y media y ya está bien de remolonear.

—Por favor...

Hizo pucheros como una niña de cinco años.

—No me apetece levantarme. Me siento muy cansada.

—Cariño, esto no puede seguir así —le reprendió—. Tienes que espabilarte y salir un rato. El aire fresco te vendrá de perlas. Hazme caso. Ya sabes que nunca hago ni te digo nada para perjudicarte.

Se acercó a ella y le cogió de la barbilla.

—¡Ánimo, «*mi niña*»!

A Ashley le invadió un gran sentimiento de culpa y se puso a llorar. No se sentía con fuerzas. Las había perdido hacía mucho tiempo y el simple hecho de levantarse le suponía un gran esfuerzo. Le dolía la cabeza. Bastante. Se notaba la cara hinchada y demacrada por el llanto. No había pegado ojo en toda la noche.

Marisa se le acercó prudente y le acarició el pelo, alisándoselo. Se sentó en la cama y la acunó hasta que se calmó. Carlo y ella nunca habían podido tener hijos y desde que Ashley naciera había sido para ellos la mayor bendición, a la que habían entregado todo su cariño, al igual que a su hermano Anthony. ¡Ay, su adorado Tony!

—Shh... ya está, «*mi niña*» —la consoló, acunándola en su regazo—. Ya está. No puedes seguir así, mi vida... ¡Shh...!

Ashley lloró desconsoladamente, a pulmón vivo.

—¿Sabes lo que tienes que hacer, cariño?

Le agarró la cara y le miró fijamente a los ojos. Ashley intentó mover la cabeza negativamente, mientras las manos de Marisa intentaban mover su cabeza en sentido afirmativo, indicando que sí sabía lo que tenía que hacer.

—Te vas a dar un buen baño, te vas a arreglar y Carlo te va a llevar a dar un paseo. Yo me voy a quedar aquí mientras, recogiendo la casa.

Las lágrimas se agolparon esta vez en los ojos cansados de Marisa, preocupada por su pequeña. La situación estaba descontrolada y no podía durar así mucho más tiempo. Ashley se torturaba demasiado y eso no era bueno. Para nadie.

—Shh... cálmate cariño —le dijo con ternura, tendiendo la mano para acariciarle la frente, y al hacerlo, la manga de su suéter rozó la demacrada mejilla de la joven.

Ashley sintió cosquillas y se sorprendió de tener ganas de sonreír.

—¡Así te quiero ver! —aclamó con júbilo Marisa.

El corazón le palpitaba con energía, destrozado por la actitud de «*su niña*».

—¿Ves? Cuando sonríes estás preciosa —continuó.

La joven agradeció el cumplido.

—Sécate estas lágrimas.

Pasó sus manos por las mejillas de Ashley.

—Date un baño y vístete. Hace un día espléndido.

—Te quiero, Marisa.

Ashley le plantó un enorme beso en su mejilla regordeta y procedió a salir de entre las mantas, buscando las zapatillas.

Marisa se enorgulleció de la reacción de la joven. Definitivamente, Ashley era para ellos la hija que nunca pudieron tener y para Ashley, ellos eran los padres que ya no tenía.

Diez minutos después la joven aparentaba un mejor estado. Seguía teniendo la cara bastante hinchada por la falta de sueño y el llanto incontrolado de la noche anterior, pero el baño le había reconfortado

enormemente. Una ligera capa de maquillaje ocultaría, que no taparía, el mal estado de su rostro.

Marisa le preparó el vestido vaporoso color maquillaje que tanto le favorecía, la pamelita y unos zapatos de tacón a juego, a los que Ashley rehusó. Revolvió los cajones de su enorme vestidor, hasta encontrar una vieja camiseta y unos *leggings* y se calzó unas zapatillas deportivas.

—¿Y esas pintas? —preguntó extrañada.

Sus ojos entornados escrutaron su vestimenta, poco habitual en ella.

—Marisa, he cambiado de opinión.

—Me alegro mucho, cariño.

—¿Dónde está Carlo?

—Está limpiando la terraza. Hace un rato que ha llegado del supermercado, de hacer unos mandados y de comprar la prensa. ¿Por qué?

La mujer le miró inquisitivamente, demandando información.

—No, por nada en especial —dudó—. He pensado en acercarme a *Central Park*.

Se aproximó al espejo y estudió su atuendo.

—Era por si me podía llevar hasta allí y recogerme en una hora aproximadamente. Me apetece correr un rato.

—¡Por supuesto! Así me gusta.

Marisa estaba estupefacta por el cambio repentino de Ashley. De pasar la noche en vela, llorando y levantarse con las lágrimas pegadas todavía en los ojos, saliendo a borbotones, a querer salir a correr por *Central Park*. Un gran cambio. Esa «*niña*» era imprevisible, pensó. Y se alegró por ello, ya que al menos empezaba a vislumbrarse una cierta luz al final del túnel.

—Por supuesto. Enseguida le aviso.

Estiró las sábanas haciendo tiempo para charlar.

—Pero antes, tienes que desayunar algo. Anoche no cenaste y tienes que coger fuerzas para la carrera.

Ashley meditó por un instante cuán agradecida estaba a la pareja. Cuando sus padres todavía vivían, antes del accidente de coche que les truncara la vida, Marisa y Carlo ya le querían y mimaban en exceso. Su madre se alegraba por ello, aunque a veces sentía celos pensando que sus hijos querían más a Marisa que a ella. No era así. Tanto Anthony como Ashley amaban a

su madre biológica más que a su propia vida, y siempre se lo habían demostrado.

Sin embargo, Marisa y Carlo eran un regalo divino. Actuaban como sus segundos padres, cuando los verdaderos estaban de viaje y les profesaban un cariño y un amor incondicional, que se acrecentó con la desaparición del matrimonio Welles, justo cuando Ashley acababa de cumplir la temprana edad de trece años y Anthony contaba con once.

A la muerte de sus padres, Carlo y Marisa que quedaron a cargo de todo, por expreso deseo testamental. Administraban, organizaban y cuidaban la casa, y sobre todo, a los pequeños, a los que amaban y querían como a hijos propios.

Devon&Markus Solicitors, uno de los bufetes de abogados más prestigiosos de Nueva York, había sido el elegido por los Welles para encargarse de la economía y las finanzas familiares en el hipotético caso de que ellos murieran antes de que sus hijos alcanzaran la mayoría de edad.

Así mismo, el testamento regulaba cada uno de los parámetros bajo los que tendría que regirse la vida de los pequeños. Entre ellos, había una cláusula milimétricamente estudiada y redactada con la que se le cedía la guarda y custodia de los niños a Marisa y Carlo, a los que desde bien pequeños, los niños adoraban.

No había día en el que Marisa no les agradeciera a los Welles su buena acción, ya que de esa forma, evitaron que los servicios sociales se llevaran a los niños por falta de asistencia de un familiar del que carecían.

Hasta los veintiún años la primogénita no heredaría la empresa familiar, que debía dirigir junto con el apoyo y asesoramiento de Anthony, su hermano. Hasta ese momento, *Devon&Markus Solicitors* sería el despacho encargado de la gestión y la administración, tanto a nivel empresarial como a nivel particular, siguiendo las pautas preestablecidas en los documentos oficiales por Jason y Caroline Welles.

Carlo esperaba presto junto a la entrada, dispuesto a marcharse en cualquier momento, cuando Ashley apareció ataviada con su ropa de deporte, una gorra para protegerse del sol y unas gafas oscuras para ocultar su rostro.

—¿Estás listo, Carlo? —inquirió, chasqueando los dedos con júbilo, algo que al chófer le impresionó gratamente.

—Por supuesto, señorita Welles —contestó cortésmente—. Siempre a su disposición.

—Carlo, te tengo dicho que no me trates con tanto remilgo— le reprendió con una sonrisa picarona en los labios—. Sabes que soy Ashley. Solamente Ashley, nada de señorita Welles.

—Está bien, Ashley —accedió—. No hay forma contigo de cumplir con las formalidades.

Ambos rieron a la vez.

Marisa, desde la cocina se alegró de que por fin «*su niña*» mostrara cierta alegría. De pequeña siempre había sido una persona muy jovial, atrevida, cariñosa y muy alegre. De un tiempo a esta parte era todo lo contrario, pero eso, se lo había jurado, tenía que cambiar. Y ella pondría todo de su parte para hacerlo. Aunque la vida le fuera en ello.

Comenzó a pelar patatas para la comida justo cuando escuchó cerrarse la puerta. Suspiró aliviada. Otro día más había conseguido sacar a Ashley a la calle.

4

—Llegas diez minutos tarde. Si llegas a tardar cinco minutos más me hubiera marchado.

—No me fastidies, Brandon.

Miró el reloj de pulsera detenidamente.

—Sabes que todavía son las doce menos cinco. Faltan unos minutos para la hora acordada. No estoy para bromas. He tenido una mañana horrenda.

Grant Malory echaba fuego por los ojos. Estaba encendido en cólera y la broma de su amigo le estaba crispando los nervios.

Necesitaba un poco de relax, al menos durante su hora de asueto y no le iba a permitir ni lo más mínimo que se la estropeará.

Sabía de su metedura de pata y lo había asumido desde el principio. Por la mañana había llegado tarde. Un pequeño error de cálculo motivado por el cansancio de la noche anterior. Ahora, faltaban todavía unos minutos para las doce y no estaba para bromas.

—Está bien, está bien.

Brandon intentó calmar los ánimos, aunque estaban muy caldeados. El rostro de Grant era un espejo que refulgía mala leche.

—No es para que te pongas así. Era una broma —se disculpó—. Creo que te lo estás tomando más a pecho de lo que debieras.

Intentó quitarle hierro al asunto, pero sus palabras no resultaron muy convincentes.

—Da igual. Necesito una copa.

—¿A estas horas?

—Sí. Necesito una copa.

—¿Qué quieres tomar? ¿Un whisky?

—Sí. Un whisky estará bien.

Brandon alzó el brazo y el camarero se acercó sigilosamente, sorteando las mesas de la terraza.

—Dos whiskys, por favor.— Él también se apuntó al tema—. Con mucho hielo.

Grant no acostumbraba a beber tan fuerte por la mañana, pero le hacía falta un poco de energía. Estaba agotado. Le dolía todo el cuerpo. Su rostro presentaba un aspecto deplorable.

—¿Qué tal el entrenamiento?

Brandon intentó hurgar más en la herida. Grant se sintió insultado.

—Bien —atajó.

Echaba chispas por los ojos, negros como el azabache.

—Ha sido duro, pero al final, ya sabes que no hay nada que se me resista.

Rio, sujetándose con las manos la tripa para soportar el dolor provocado por el exceso de ejercicio. Brandon rio con él. Conociendo a Chad, seguramente habría exprimido al máximo a Grant. Era reconocido en toda la ciudad por su alto grado de exigencia.

Bebieron los whiskys prácticamente de un sorbo.

—¿Te apetece otro?

Grant negó con la cabeza. Echarse a la bebida a las doce de la mañana no iba a resultar en nada bueno. Tenía una tarde un tanto complicada. Mucho más de lo que había sido la mañana, plagada de reuniones con aburridos clientes.

—Está bien. Entonces...

—Pidamos la carta. Necesito reponer fuerzas.

Alzó el brazo para avisar al camarero. Una mueca de dolor cambió su cara, provocando nuevamente la risa de Brandon.

Ambos hombres rieron. Grant con un gran esfuerzo.

—Por cierto, ¿qué tal anoche? Imagino que debió ser una fiesta *muyyy* —alargó la palabra para darle mayor énfasis —interesante.

—La verdad es que sí —afirmó Grant—. Estuvo lo más granado de Nueva York, aunque ya sabes, una hora allí, y al final todo el rato es lo mismo. Hipocresía pura y dura. Saludos por doquier a unos y otros, miradas inquisitivas, chismorreos... ¡Qué te voy a contar a ti que no sepas! Deberías haber ido —concluyó.

—Me fue imposible, la verdad. Tuve una noche un tanto complicada también.

Soltó un silbido lujurioso que indicaba que no había pasado la noche solo.

—¡Qué perro! Unos aguantamos la velada inaugural de la *Sammuel Johnson Art Gallery* mientras otros se revuelcan por ahí...

—¡Qué razón tienes! —señaló, dibujando con las manos la silueta de una mujer—. Lo pasé de vicio con mi mujer. Fuimos a *Broadway* a ver *El Fantasma de la Ópera* y luego te puedes imaginar...

Bebió un sorbo de vino tinto y continuó su exposición.

—Deberías dejarte de tantos convencionalismos y disfrutar un poco más de la vida, Grant.

—Tienes razón. No te la quito. Pero algunos... —se expresó con un cierto retintín— tenemos obligaciones y una imagen pública que mantener. Y como debes comprender, no me puedo perder tan fácilmente entre las faldas de una mujer sin que a la mañana siguiente aparezca en primera plana de los periódicos sensacionalistas. Todos no tenemos la misma suerte que tú —afirmó, rotundo en sus palabras.

—Sí, sí, sí...

El pasotismo en las palabras de Brandon iba en aumento.

—Mucho cumplir con todo el mundo, pero a la larga, el que tiene la cama caliente todos los días, soy yo.

Grant le dio la importancia justa a las cortantes palabras de su amigo. Si pretendía herirlo, lo estaba haciendo. Desgraciadamente, Brandon tenía razón. Y le dolía saberlo. Quizás fuera la bebida, pero la conversación estaba yendo por derroteros que no quería franquear. Intentó cambiar de tema, aunque la cosa no fue como esperaba.

—¿Sabes quién acudió también a la fiesta?

—¿Quién?

La intriga se apoderó de Brandon y olvidó momentáneamente la conversación anterior.

—Frances Beresford. ¿Te suena?

Brandon resopló confirmando su respuesta. El silbido hizo que la mayor parte de los comensales de la terraza alzasen la vista de su plato y los mirasen con desaprobación. Sebastian, el camarero, apostado en la esquina, hizo una mueca y les mandó bajar el tono de voz.

—Shh...

—Por supuesto que me suena. ¡Está buenísima! —afirmó—. Menudo

cabronazo estás hecho...

El codazo que le dio hizo que viera las estrellas en tres dimensiones y que se atragantara con el líquido que estaba recorriendo su garganta. Se manchó de vino la corbata.

—¡Estate quieto! Mira lo que has hecho.

Cogió la servilleta y empezó a frotar la delicada tela.

—Me he manchado la corbata y lo que es peor aún, me has hecho desperdiciar un montón de dólares. ¿Sabes cuánto me está costando cada gota de vino que estás metiéndote por esa boca? —le regañó, los ojos hirviendo de furia—. Mejor que no lo sepas.

A pesar de la dureza de sus palabras, Brandon no se sintió herido. Estaba un poco achispado y hasta lo que no lo tenía, le hacía gracia.

Continuaron departiendo sobre cosas banales. Degustaron tiramisú de postre y Brandon propuso tomarse la penúltima copa antes de marchar.

Grant rehusó. Ya había bebido demasiado y creía que su cuerpo no podría soportar más alcohol. Su organismo no había terminado de expulsar todo el ingerido la noche anterior y encima, lo había saturado aún más durante la comida.

No desestimó, no obstante, un café bien cargado para aclararse la cabeza y poder aguantar las tediosas horas de trabajo que le quedaban esa tarde.

—Y..., y...

Tenía la lengua trabada por el alcohol. Brandon no rehusó tomar una copa de whisky, bien cargadita.

—¿Cómo es en persona?

—¿Cómo es quién?

Grant se arrepintió de haber quedado para comer con Brandon. No tenía remedio. Era un muy buen amigo, pero cuando tomaba unas copas de más, se volvía muy pesado. Tenía muy poco aguante.

—Frances Beresford. ¿Te la tiraste?

Los oídos de Grant ensordecieron por momento. Movié la cabeza negativamente, abrumado porque muchos comensales volvían a mirarles.

—No levantes la voz. No quiero ser la comidilla de todo el mundo. Estás molestando a la gente —le reprendió.

—Pues menuda mierda de fiesta, entonces. La única tía buena que va y

no intentas nada con ella.

—¡Ya está bien!

Grant le agarró del brazo obligándole a callar, echando fuego por los ojos, abiertos de par en par. El movimiento le originó un tirón en el hombro. Intentó masajearlo para calmar el dolor. Se había machacado demasiado en el gimnasio.

—Lo sien... to —balbuceó.

El alcohol hablaba más que el propio Brandon.

—Si te digo la verdad, no sé para qué fuiste a la fiesta. ¡Eres un aburrido!

Brandon volvió a levantar la voz y esta vez el metre, y no Sebastian, les reprendió por escandalosos. Más de un comensal se había quejado y era algo que en el *Enrico* se intentaba evitar por todos los medios.

Grant se excusó, abonó la cuenta y dejó una buena propina. Al final, la broma le estaba saliendo por un pastón.

—¡Quién me habrá mandado apagar el despertador! —se quejó, mirando al cielo buscando una respuesta.

Obligó a Brandon a caminar erguido hasta el coche. No quería dar más espectáculo, y menos en plena calle donde cualquier conocido o incluso algún paparazzi pudiera tomarle alguna fotografía con la que alimentar a las liendres de la prensa amarillista.

—Me marchooooo...

Brandon daba tumbos y se sentó sobre el capó delantero del *Porche911sc* de Grant intentando estabilizarse.

—Pero, ¿tú dónde crees que vas? Así no puedes conducir.

Le agarró por el codo, obligándole a caminar.

—¡Anda! Entra en el coche, que te acerco a casa —dijo mordaz—. Total, llego tarde de todas formas otra vez, y que sepas —le señaló con el dedo índice de su mano derecha en señal de reprobación— que ahora es por tu culpa.

Ambos entraron en el vehículo y Grant pisó el acelerador y se incorporó al denso tráfico de la ciudad.

5

Central Park estaba precioso en Septiembre. De hecho, a Ashley siempre le había gustado acudir a *Central Park* en Septiembre. Era un parque realizado por y para la gente donde todo el mundo tenía cabida. Se sentía libre allí y le resultó gratificante el ejercicio.

Pasó cerca de donde meses atrás, el 15 de Diciembre de 1.980, miles de neoyorkinos se reunieran en silencio en repulsa por la muerte de su ídolo musical de origen británico, *John Lennon*.

Mark David Chapman lo había asesinado siete días antes, dejando al mundo entero conmocionado. Pensar en ello le hizo entristecer y perder la magia que *Central Park* le estaba proporcionando a su alma.

Sintió la necesidad de derramar unas lágrimas por el fallecido y no impidió que tras el anonimato que le proporcionaban sus gafas negras, esas pequeñas gotas de agua refulgieran hacia la superficie de su rostro.

Un sentimiento de culpa le atormentaba a cada zancada que daba, no tanto por el difunto sino por su propia existencia, a la que no encontraba sentido. Se sentía presa de una vida que no se merecía tener y que la estaba desviando de un futuro placentero. No encontraba de nuevo el rumbo, ese que cualquier persona necesita para ser mínimamente feliz.

Debatiéndose en sus miserias, llegó al punto donde había quedado con Carlo. Se secó las lágrimas de un manotazo antes de encontrarse con él.

—Hola, señorita Welles.

Ashley frunció el ceño en señal de desaprobación.

—Perdona, Ashley.—Mostró su sonrojó—. Ya sabes que no acostumbro a llamarte por tu nombre, a pesar de los años que llevamos juntos.

Carlo Ramírez era una persona muy cumplidora. A sus sesenta y tres años, la vida le había hecho diferenciar a las personas por su clase social.

Siendo un pobre hombre de campo, las circunstancias de la vida le habían obligado a emigrar de *Puerto Rico* a los *Estados Unidos* en busca de una vida mejor, cuando recién casado con Marisa, perdió el trabajo que tenía.

Tuvieron mucha suerte al encontrar a la familia Welles. Y la familia lo

tuvo con ellos. De hecho, siempre les habían tratado con el mayor de los cariños, con educación y el mayor de los respetos, como si de unos familiares lejanos se trataran. Pero a Carlo siempre le quedaba la duda de si no sería sólo por apariencia. Las conversaciones mantenidas con otros colegas cada sábado por la tarde cuando acudía al centro social a echar la partida de dominó le contaminaban el pensamiento, y le obligaban a cambiar de parecer y considerar que el buen trato de la familia Welles era sólo por aparentar.

Sin embargo, la realidad estaba demostrando que no era así. Ashley le quería. Anteriormente su familia también le había querido y tenido en alta estima. Realmente a los dos, tanto a Marisa como a él; y de corazón. Y él, sólo él —porque Marisa tenía otra forma de pensar—, tenía que corregir su conducta en agradecimiento a ese cariño sincero.

—Ashley, si no te importa, echa un vistazo a la revista que te he dejado dentro del bolsillo del respaldo de mi asiento, página veintiuna, para ser exactos.

La joven siempre acostumbraba a sentarse detrás de Carlo lo que le permitía observarlo a través del espejo retrovisor.

Abrió el compartimento un tanto extrañada y extrajo la última edición de la revista *Vanity Fair* publicada esa misma mañana. Pasó las páginas con cierta excitación, hasta que alcanzó la página veintiuna. Se encontró con una imagen a todo color de Frances, su querida amiga, de la noche anterior, en la inauguración de la *Sammuel Johnson Art Gallery*.

—¡Ohhhh! —suspiró llevándose las manos a la boca en señal de admiración.

—¿Sucede algo?

—No, Carlo. Simplemente que me he quedado impresionada.

—Está muy guapa la señorita Beresford, ¿verdad?

—Está espectacular, Carlo. Frances sabe sacarse muy bien partido.

La revista mostraba a una espectacular mujer de un metro setenta y cinco de alto envuelta en un vestido de corte romano en gasa verde aguamarina que resaltaba aún más si cabe sus preciosos ojos verde esmeralda.

Ashley recordó haber visto el vestido sutilmente cuando se había acercado a casa de su amiga el día anterior, antes de acudir a la consulta de la doctora Karla Santini. Recordaba que no le había impresionado tanto como lo

estaba haciendo en ese preciso instante.

El vestido, de pechera drapeada en cristales de *Swarovski*, se fijaba al cuerpo de la modelo como un guante, acentuando todas sus curvas, incluso potenciándolas. El cabello negro azabache, con un original recogido discurría en una cascada de bucles por su espalda descubierta. El maquillaje era sutil, perfecto. De rasgos prominentes, los pómulos de Frances resplandecían en un tono rosáceo. Lo mismo ocurría con sus labios, sensuales gracias al carmín del mismo tono. Unas largas pestañas, que suponía postizas, daban una elegancia al rostro que rozaba lo sublime, lo espectacular.

Ashley supuso que su amiga llevaría puestos los zapatos adquiridos días antes en *Milán*. Ese detalle no se percibía en la fotografía. De todas formas, si la hubieran interrogado, ella por descontado hubiera jurado que su amiga los llevaba puestos, más que nada por la guerra que dio para encontrarlos en el desorden que tenía por salón tras su regreso de *Londres*.

Sintió envidia de Frances. Lo tenía todo. Era rica y famosa, poseía un trabajo que le apasionaba y una pareja a la que amaba con locura. Ella, en cambio, a pesar de su condición, había perdido la pasión por todo, la pasión por vivir. Su existencia se limitaba a pequeños ratos de soledad deseada que aprovechaba para desahogar sus penas más íntimas que, a priori, no querían, o más bien no podían, salir a la luz por temor a su propia integridad psicológica. Debía, por su bien, dejarlas morir y que la llama de su angustia se fuera apagando poco a poco hasta que dejara de doler y su recuerdo se perdiera en las profundidades de su mente. No sabía cuándo iba a suceder, pero tarde o temprano lo conseguiría. Algún día... De eso estaba segura. Mientras tanto, lloraría cada noche para descargar el pozo sin fondo de sus lágrimas de acero. Al fin y al cabo, después de la propia sangre, lo mejor que una persona podía dar de sí misma era una lágrima. Ella su sangre, ya la había entregado. Ahora, tenía que hacerlo con sus lágrimas.

Carlo detuvo el ritmo. Había un accidente en la calzada. Ashley se acercó a la ventanilla, curiosa. Al no poder vislumbrar nada que le indicara lo sucedido, continuó hojeando la revista, estudiando a los invitados y su vestimenta. Frances salía en la mayoría de las fotografías, sonriendo en todas ellas. No había ninguna que le desmereciera. En todas estaba fantástica, como una diosa.

Por lo que se intuía a través de las fotografías y del texto que las acompañaba, la fiesta había sido muy concurrida. Tendría que llamar a Frances. Eso le permitiría desconectar, en parte, de su amargura, al menos por unos minutos y le obligaría a soñar con lo que podía haber sido si ella también hubiera asistido. Nadie le había invitado, pero al menos, por soñar, todavía nadie cobraba.

Carlo reanudó la marcha pocos minutos después, dejando tras de sí un aparatoso choque entre dos vehículos, uno de ellos un taxi.

—¡Cómo no, Carlo!

—¿Sí, señorita?

—¡Carloooooo! —le regañó.

—Perdóneme.

Volvió a equivocarse, aunque ella no se percató.

—Dime, Ashley.

—Comentaba que me parecía muy raro que no estuviese implicado un taxi. Esos conductores van como locos, como si toda la ciudad fuera suya.

Carlo sonrió, dándole la razón a Ashley. Aceleró nuevamente y se reincorporó al denso tráfico de la ciudad, mientras su pupila iba en la parte trasera.

Llegar a casa les supuso más tiempo de lo que a Carlo le hubiera gustado. Lo mismo le sucedió a Ashley, intranquila por el retraso al que se habían visto sometidos. Seguramente, ya habría perdido la mesa que tenía reservada a diario a las doce en punto del mediodía en la terraza del *Enrico*.

Tras una refrescante ducha para retirar el sudor acumulado durante la carrera matutina, se sentó ante el tocador de su dormitorio y se miró detenidamente al espejo.

Su cara seguía estando tan joven como siempre.

Se alegró por ello.

Sin embargo, sus ojos estaban tristes.

No quiso ponerse a llorar, aunque su corazón se lo estaba pidiendo a gritos, para no estropear la exquisita obra de arte en la que estaba

convirtiéndose su maquillaje. No se entretuvo demasiado, así que recogió su pelo en una coleta alta que adornó con un par de alfileres de brillantes engastados. No se colocó ninguna otra joya, a excepción de unas gotitas de *Chanel N° 5* detrás de las orejas. Tras perfilar sus labios con carmín, enfiló la salida no sin antes despedirse de Marisa, afanada en la limpieza del salón.

—Adiós, Marisa. Me llevo a Carlo otra vez.

Carlo refunfuñó, aunque Ashley no se percató de ello.

—Está bien, «*mi niña*». Para eso está —añadió, y miró a Carlo inquisitivamente, fulminándolo con la mirada—. ¡Anda, Carlo! —le instó—. Lleva a la «*niña*» al *Enrico* y así no estás por aquí revoloteando, que tengo mucho todavía por hacer.

—Por supuesto. ¡Cómo no!

No le quedó más remedio que acatar las órdenes de su señora esposa. Perdió la batalla, como siempre le ocurría, pero al fin y al cabo, era lo que tenía que hacer y punto. Que estaba cansado. Por supuesto. La noche anterior no habían dormido nada, pendientes de la «*niña*». Desgraciadamente, el cansancio ya no se aguantaba de la misma manera a sus sesenta y tres años o a los cincuenta y cinco de Marisa que con los veintisiete de Ashley. Aun así, se sintió orgulloso de la jovialidad que manifestaba esa mañana.

—¡Anda, Carlo! —le apremió Ashley—. Marchémonos ya o me quitarán la mesa. Espero que algún día de estos me hagáis caso y me acompañéis y no tenga que comer siempre sola —le regañó.

—Algún día...

Carlo agradeció la invitación de Ashley, pero sabía que su petición tardaría en cumplirse. A él no le gustaba alternar por los mismos restaurantes a los que Ashley solía acudir. A Marisa, tampoco.

En ningún momento les preocupaba el dinero. Ashley nunca había puesto límites al gasto mensual. *Devon&Markus Solicitors*, tampoco. Más bien, era por ellos mismos, en concreto, por él mismo. Marisa era una mujer que se acomodaba a cualquier cosa. Cuando algún día se arreglaba y se vestía más allá del típico uniforme que usaba a diario dentro de casa, se convertía en una mujer muy estilosa y aparente.

A él, en cambio, no le sucedía lo mismo. El traje y la corbata lo encorsetaban demasiado. De hecho, se sentía como un pato mareado usando

zapatos finos de vestir, cuando a diario se conformaba con unos mocasines desgastados regalo de Ashley de seis o siete navidades pasadas.

Carlo se sabía por privilegiado si se comparaba con otros de su misma clase y condición, a los que sus rígidas e inflexibles señoras les exigían uniforme las veinticuatro horas del día. Ashley, en cambio, no era así, y se lo agradecía, al igual que el hecho de que los invitara todos los días a comer en el *Enrico*. Pero donde estuviera el potaje de lentejas de su Marisa que con tanto amor le preparaba, que se quitara esa comida sofisticada que no alimentaba nada y que dejaba con hambre hasta al más pintado.

El ejercicio matutino desajustó completamente el horario de Ashley. Llegó una hora y media tarde de la hora prevista en la reserva al *Enrico*. El tráfico abundante, no había puesto tampoco de su parte.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Welles.

Sebastian, el viejo camarero dedicado en exclusiva a la terraza del restaurante, le acompañó a su mesa.

—¿Lo de siempre, señorita?

—Por supuesto.

El estómago le rugía con fuerza y tenía la boca seca como una alpargata vieja.

—Si no le importa, tráigame mientras un vino blanco, por favor.

Ashley estudió con sumo cuidado a cada uno de los comensales de las mesas vecinas, buscando con la mirada al elegante caballero que se sentaba habitualmente en la esquina opuesta. No lo encontró. Se entristeció por ello.

Miró su reloj de pulsera. Era normal. Ya habría regresado de nuevo a la oficina. Le dio pena. Mucha pena, porque observarle desde la distancia le alegraba, en cierto modo. Se sentía atraída por él, a pesar de que hacía mucho tiempo se había prometido separarse del amor por completo. Eso no sería nunca para ella.

Comió con desgana, aunque bebió en exceso, hasta el punto de que llegó a sentirse embriagada.

Cuando por fin llegó Carlo a recogerla, la jovialidad que mostrara por la mañana había desaparecido por completo. Carlo previó que en breve se iba a desatar nuevamente una tormenta de sentimientos, y no se equivocó.

Ashley fue directa a su dormitorio cuando entraron en el apartamento media hora después. Su cara desencajada. La agonía ceñida a su mente cual ave carroñera ávida de carne fresca.

—Carlo, ¿qué sucede? —inquirió Marisa que se encontraba descansando delante del televisor.

—¡Qué va a suceder! —exclamó, suspirando profundamente—. La «niña», que otra vez se va a poner a llorar.

Lo dijo como el que ya está acostumbrado a que suceda una cosa, sin darle la menor importancia.

—¡Carlo! ¡Más respeto! —le reprendió, el dedo índice apuntándole inquisidor.

Giró sobre los talones y se marchó a la terraza. Estaba furioso con su mujer. Le regañaba a todas horas. Por todo, aunque no tuviera culpa de nada. La situación era cada vez más insoportable. No comprendía a Ashley y le dolía verla sufrir de esa manera, pero él no podía hacer nada. Era un simple trabajador, aunque Marisa insistiese en decir, al igual que Ashley, que ellos eran como de la familia.

Ashley se desvistió rápidamente y se metió en la cama. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas sin desmaquillar y le hicieron surcos. Se tapó la cabeza con las mantas, a pesar de que todavía algunas tardes reinaba un calor un tanto sofocante.

Esa era una de ellas.

Lloró.

Lloró más que el día anterior y menos de lo que lloraría seguramente al día siguiente.

—«*Mi niña*»...

La voz dulce de Marisa la distrajo.

—¿Otra vez estás así?

—Déjame, Marisa, por favor. Márchate. Quiero estar sola.

—Mi amor, no puedes seguir así.

Intentó calmarla, pero sin éxito.

—Sé que la pena te embarga, pero esto no es vida para ti. Eres una joven de veintisiete años muy hermosa, y...—suspiró—, estás destrozándote la vida con esta actitud.

—Marisa, por favor, no sigas... —Lloraba—. Déjame, por favor.

No quiso insistir más y forzar la situación a una discusión de la que ambas podían salir perjudicadas, así que se levantó del filo de la cama, le acarició la frente y se marchó, con todo el dolor de su corazón, dejándola sólo enfrentándose a sus sentimientos.

Carlo seguía en la terraza. Se había puesto a podar unos rosales para hacer un ramo con el que decorar un jarrón del vestíbulo.

—Carlo. Tenemos que hacer algo.

Marisa se encontraba de pie, cerca de él, con la cara preocupada. Parecía más vieja. Eso le ocurría siempre que estaba disgustada, hecho que no le agradó a Carlo.

—Marisa. No insistas. Nosotros no podemos hacer más.

—Pero,... ehm,..., esto no puede seguir así. La «niña» está muriéndose en vida y nosotros también. Esta situación es insoportable, Carlo. ¿Sabes lo que yo sufro sólo de verla así? No te lo puedes ni imaginar.

Realmente, sí se lo podía imaginar, y muy bien, ya que a él le sucedía lo mismo. Sufría como un condenado al ver a esa preciosidad deshaciéndose en llanto día sí y día también hasta que las fuerzas le agotaban y caía rendida en sueño.

—Marisa, amor mío...

Carlo se acercó a ella con las pinzas de podar en una mano. Con la otra, enguantada, le tocó suavemente la punta de la nariz, como hacía cada mañana al despertarse.

—No te metas. Nosotros no podemos hacer más. De verdad, cariño

—Marisa arrugó el ceño, disconforme—, no podemos hacer nada.

Suspiró.

Carlo reanudó la tarea, viendo de reojo cómo Marisa entraba al salón y se dirigía a la habitación que compartían. Estaba furiosa y dio un portazo que retumbó por todo el *loft*.

6

Frances abrió levemente los ojos al oír abrirse la puerta de su dormitorio. La luz del distribuidor la cegó momentáneamente. Tuvo que girar la cabeza para que sus ojos se aclimatasen a ese agente extraño del que hacía varias horas había huido. Estiró el brazo hacia el despertador y enfocó la visión para estudiar la hora. Eran las cuatro y veinticinco de la tarde.

Llevaba durmiendo casi doce horas, pero su cuerpo lo necesitaba. La noche anterior había sido agotadora, saludando a gente que ni siquiera recordaba conocer y se había sobrepasado un poco con el champán. ¡Qué rico!

Le encantaba el champán bien frío, y en la *Sammuel Johnson Art Gallery* lo habían servido a diestro y siniestro. No recordaba ni un segundo en el que no hubiera tenido una copa en la mano, salvo a la llegada, cuando se tuvo que fotografiar con todos los asistentes. Incluso recordaba haber ido al baño con la copa, bien entrada la noche, por no haber encontrado un hueco donde depositarla. De todas formas, hubiera sido una pena desperdiciar tan rico jugo en cualquier rincón de la galería.

Notó la mano derecha dormida, hinchada por no haberse quitado el anillo de brillantes que llevaba en el dedo anular antes de acostarse.

—Realmente tu traje es muy tentador, cariño.

Peter le miró con ojos lujuriosos, mientras Frances se aclimatava a la luz.

—Es el mejor traje que mis ojos han visto jamás. Ni los mejores diseñadores podrían hacerlo mejor.

A Frances se le encendieron los carrillos y enseguida lió la sábana a su cuerpo. Tenía la manía de dormir desnuda. Cualquier prenda le molestaba y sintió pudor al oír entrar a Peter. Se estiró como un felino, desperezando cada músculo y cada tendón de su cuerpo, mostrándose cual larga era sobre la espectacular cama que presidía la estancia.

Peter tuvo que sortear varias prendas que se encontraban desparramadas por el suelo. Los zapatos y el precioso vestido verde habían conocido momentos mejores. Se agachó para recogerlos y los colocó sobre el *chaise*

longue de estilo francés que había debajo de la ventana.

—¡Ummmm! Quiero dormir...

Se dio media vuelta, provocando que un pecho se saliera de debajo de las sábanas.

—Estoy *muy* cansada...—protestó, enfatizando la palabra «*muy*».

Se había acostado tarde. Realmente tarde. Hasta las cinco de la mañana aproximadamente no pudo marcharse del local, cuando Rogger, su representante, hubo decidido que ya no merecía la pena perpetuar más la estancia en la galería. Su vida profesional, desgraciadamente, salvo excepciones en las que ella decidía, estaba regida por las órdenes de Rogger, un representante explotador que la martirizaba y que le exprimía hasta la última gota. Aun así, ella amaba con toda su alma su profesión. De hecho, vivía por y para ella, aunque a veces se planteara dar un giro radical a su vida.

Peter se aproximó a la cama y besó suavemente la mejilla de Frances.

—Hola, amor mío. Cuánto tiempo...

—¡Ahá...! —asintió extendiendo los brazos, desperezándose.

Peter se sintió frustrado, pero comprendía perfectamente a su pareja. María le había insinuado que no molestara a la señora, que se había acostado muy tarde.

Pero él había hecho oídos sordos de su consejo y decidió entrar a saludarla. Necesitaba verla. Hacía dos días, dos largos días que no sabían el uno del otro. El trabajo les tenía absorbidos y la necesidad imperiosa por tenerla cerca era tan abrumadora que hacía que el egoísmo floreciera y no permitiera que esos ojos verde esmeralda le recordaran sólo en sueños, sino todo lo contrario, de pie, frente a ellos.

Le acarició la curva de la espalda con los dedos, sentado sobre el borde de la cama, observándola impertérrito, con los ojos de par en par, como un niño a un caramelo. A Frances le recorrió un escalofrío y se le erizó el vello de la nuca. Estaba muy perezosa. Más bien, estaba cansada.

Peter comenzó a descalzarse y a desabrocharse el pantalón. Se tumbó junto a Frances, haciendo hueco entre el borde de la cama y su cuerpo, obligándola a desplazarse unos centímetros.

Sintió el aroma que desprendía su embriagador perfume, todavía impregnado en su piel desde la noche anterior. La amaba tanto, que de sólo

pensarlo su cuerpo se estremeció en un espasmo.

Le besó en la nuca y Frances protestó juguetona. Le hizo cosquillas en la oreja y se le disparó la sangre. Le chupó el cuello y fue para ella el despertar más apetecible de cuantos había experimentado con él.

Se dio media vuelta y sus cuerpos se enfrentaron, cara a cara. Permaneció con los ojos cerrados, sintiendo la respiración de Peter sobre su cara. Le rozó los labios con la nariz, demandando su atención, instigándola a que abriese los ojos. Sus cuerpos permanecían en contacto, acomodados perfectamente como las piezas de un puzle.

Le volvió a hacer cosquillas a lo largo de la espalda y le disparó la sangre, lo que provocó que quisiera enroscarse alrededor de su cuerpo. Peter era un hombre que no se conformaba con poco y se lo estaba demostrando. Era muy exigente, tanto o más que ella, aunque su despertar sexual fuera algo más lento que el de él.

Empezó a fruncir el ceño, abrumado por la inactividad de su amada y Frances lo pudo captar por entre las ranuras de sus ojos a medio abrir. La boca de Peter le volvió a besar y su sangre se disparó por completo, obligándose a buscar la boca de él y besarle con profundidad. Sus lenguas jugaron al unísono, buscando en las profundidades del otro, mientras las anchas manos de él recorrían todo su cuerpo inspeccionando cada rincón.

Posó una mano sobre sus nalgas, reajustando la posición, pero sus senos lo distrajeron. Los cubrió ambos con las manos y los acarició y dibujó círculos en torno a ellos, masajeándolos con urgencia.

La boca de Peter sustituyó a sus dedos, capturando un tenso botón que saboreó con gusto, desgarrándole la piel con la húmeda superficie de su lengua. Sabía que él no tenía la boca tan caliente, pero aun así, sintió que la abrasaba. Temió que quisiera abarcar todo el seno con la boca. Imposible, no los tenía tan pequeños. Pero no daba la impresión de que Peter fuera a dejar de intentarlo. El suave sonido que producía al lamérselo era tan poderosamente erótico que hizo gemir a Frances. Arqueó la espalda, invitándole a seguir. Aturdida de placer, su cuerpo exigía más. Peter comprendió de inmediato el mensaje y movió con maestría su cuerpo de modo que su rodilla rozó íntimamente entre sus muslos. El desenfreno se apoderó de la joven, entregándose a él indefensa, con suma alegría, mientras

se le cerraban los ojos presa de la lujuria...

Las caricias de Peter se volvieron más atrevidas, algo bruscas. Su miembro ingente perdía urgencia con cada décima de segundo. Se recolocó sobre ella y le separó las piernas. Con cuidado. Su respiración era algo irregular como la de ella. No podía desviar la mirada de algo que le estaba apuntando, fiero, punzante, con necesidad imperiosa.

No opuso resistencia. Deseaba acoplarse a él. Sentirlo en su interior, apremiante. Tenía la sensación de que era prisionera de su propia pasión. Esperaba que él la controlara mejor. De lo contrario, no sabía qué iba a ser de ella. Frances echó la cabeza hacia atrás y el dardo de Peter se le clavó aún más profundo. Soltó un gemido que él apaciguó besándole el cuello. Dirigió su lengua más abajo, empapándole de saliva hasta alcanzar un suave botón, que mordisqueó con los dientes. Frances estalló de placer. No había soñado nunca ser tan feliz. Se dejó arrastrar por la tentación hasta caer en el abismo, para después tomar las riendas y subir una y otra vez al cielo.

Ya relajada, cerró los ojos y durmió alojada entre sus brazos.

—Te amo, Frances Beresford.

Las palabras resonaron en los oídos de Frances distantes, sumida en el sopor de la pasión. Se durmió plácidamente, con el fuego bullendo todavía en su interior.

Peter aprovechó para inspeccionar cada palmo de extensión de piel de la mujer que tenía a centímetros de su cuerpo, con la cabeza apoyada en su bíceps. Realmente era espectacularmente bella. La amaba desde lo más profundo de su ser y nunca podría dejarlo de hacer. La vida le resultaba un sin sentido cada vez que ella estaba alejada de él y la anhelaba a cada segundo. No podía respirar cuando ella no estaba y su aliento se aceleraba estando con ella. Si mil años viviera, nunca podría dejarla de amar. Nunca.

Se encontraba ensimismado en estos pensamientos cuando Frances abrió los ojos. Sus labios dibujaron una aliviada sonrisa cuando, al despertar, Peter seguía allí, observándola, acariciando cada rincón de su cuerpo. Él frunció el ceño, intrigado, pero sus senos lo distrajeron, otra vez. Algo en él se encendió de nuevo. Los cubrió con las dos manos y se los acarició. Sus dedos hábiles le pellizcaron los pezones y su lengua caliente y húmeda penetró agudamente en su boca, con fiereza. Frances sintió renacer a cada embestida de Peter.

Ahora se presentaba urgente, no tan delicado como horas antes. Sintió como el fuego le invadía las entrañas, mientras le clavaba las uñas en la espalda. Arqueó la suya, ajustándose a las embestidas de su amado, hasta que se desplomó sobre ella y la mole de sus tensos y sudorosos músculos le impidieron respirar.

Los últimos rayos de sol de la tarde los despertó, enroscados uno en el otro, como un ovillo. A Peter le rugía el estómago. No había probado bocado desde el mediodía anterior, cuando en un descanso entre operación y operación, había podido ingerir un sándwich.

Frances comenzó a desperezarse, recreándose en el estiramiento de brazos. Estaba agotada. Su cuerpo desprendía sexualidad por cada poro de su piel. Peter entró en el cuarto de baño y se refrescó la cara. Estaba feliz a la vez que agotado. Treinta horas seguidas, despierto en un turno de urgencias cansaban a cualquiera. Pero si a eso le añadía una fogosa tarde de sexo con Frances, se convertía en una prueba agotadora. Estaba derrengado.

—Frances, cariño.

Frances lo siguió con la mirada. Cubierto únicamente por un calzoncillo, a través del cual, y a causa de la claridad de la luz que penetraba por las ventanas, se transparentaban sus genitales, imponentes, pudo comprobar que las proporciones de aquel hombre eran perfectas. Hombros anchos, pectorales pronunciados, estómago liso, fuertes brazos entre los que deseaba estar atrapada... Un mar de cualidades bañaba a aquél ser humano al que tanto quería y del que ella estaba profundamente prendada. Sí, ese era Peter Heiss, el hombre del que se había enamorado tres años antes, sin querer, despacito, muy despacito, pero sin el que su existencia no tendría ningún sentido. Con treinta y dos años, cuatro más que ella, hacían una pareja ideal.

—¿Siiii?

—Voy a darme una ducha. ¿Te importa, o tienes que entrar tú antes? —inquirió, deseando que le dejara pasar a él primero—. Necesito refrescarme —se justificó.

—No, no. Está bien. Dúchate tú primero, que yo me voy a quedar un ratito más en la cama.

—Perfecto.

Encendió el grifo del agua fría del lavabo mientras se miraba en el

espejo. Se lavó la cara, por segunda vez. Necesitaba despejarse. Se secó con la toalla blanca de rizo que había apoyada en la encimera mientras se observaba en el espejo de pared. Las ojeras se estaban convirtiendo en una cualidad imborrable de su rostro. La barba comenzaba a picarle. Buscó una cuchilla, entre los cajones del armario y decidió afeitarse.

Desde la cama, todavía con los ojos entornados por el cansancio, Frances escuchó cómo su chico canturreaba. Su corazón estaba rebosante de felicidad. Peter era lo mejor que le había sucedido en la vida. Gentil, elegante, buena persona, buen amante... Lo tenía todo.

Le dolía tener que marcharse a *Japón*, y más aún no haber tenido el valor de decírselo a Peter todavía. Sabía que se enfadaría. Seguramente, mucho. Se arrepintió no habérselo mencionado nada más llegar, pero el frenesí de la pasión le había dejado la mente en blanco. Sumida en sus pensamientos, oyó cómo el agua de la ducha de hidromasaje de su cuarto de baño privado impactaba estrepitosamente sobre el embaldosado.

Entró en el cuarto de baño justo en el mismo instante en el que Peter se retiraba la toalla que tenía envuelta en la cintura y entraba en la cabina. Observó que tenía un culo perfecto, duro, redondo y bien definido, que invitaba a pellizcarlo.

Se sentó en el váter. Hacía siglos que no orinaba y la vejiga le estaba a punto de estallar. Entretanto, observó a través del cristal cómo las gotas de agua que caían del techo recorrían provocadoras cada rincón del cuerpo de su amante. Se sintió celosa y no pudo más que abrir la puerta y ponerse bajo esa lluvia cálida, próxima a él. Rozó su espalda con la punta de los dedos al punto que Peter echaba la cabeza hacia atrás y le miraba inquisidor.

—Frances...—balbuceó, y sus palabras se ahogaron bajo el abrigo de la boca de ella en contacto con la suya.

Las caricias de Frances se volvieron más atrevidas, algo bruscas. Cada gota de agua caliente pugnaba por un mínimo resquicio de su cuerpo, acaparado por las manos de ella. Le recorrió el pecho recién lavado con la lengua, y le chupó la bolita erecta de su pezón. Parecía una gatita en celo en busca de algo para echarse a la boca.

Peter oía su propia respiración, entrecortada, bajo el cálido chorro de agua. Tenía la sensación de que Frances era prisionera de su propia pasión, y

a él le estaba haciendo descontrolarse otra vez. Extendió sus manos sobre su espalda y la atrajo más aún, impaciente. La experiencia que había comenzado horas antes había sido agotadora, pero Peter era un hombre que no se conformaba con poco. Era muy exigente, tanto que ni siquiera se acordaba cuántas veces habían hecho el amor. Sabía que la experiencia comenzaría pronto y creyó perder la cabeza con el simple hecho de imaginarlo.

El hormigueo que ya sentía en la barriga empezó a hacerse más fuerte y fue bajando hacia su entrepierna. Comenzó a acariciarla en la espalda, a besarle el cuello hasta notar cómo, de a poco, iba cediendo a su tensión corporal. La apoyó contra el frío azulejo de la ducha, mientras perlas de sudor se dibujaban en su ya húmeda espalda.

Frances se enroscó a su cuerpo, agarrando sus caderas. Los movimientos de vaivén eran lentos y no muy profundos. Ella gemía, con la boca abierta, la cabeza echada hacia atrás y sus manos sobre su pecho.

Las convulsiones del cuerpo de Frances fueron la señal de que estaba empezando a tener otro orgasmo, por lo que Peter aceleró el movimiento de sus caderas y la profundidad de la penetración. Ambos se devoraban como si hiciera meses que no se sentían atrapados en una alferecía que casi los hizo desfallecer. El agua correteando por entre los pliegues de la piel, fusionándose con sus cuerpos sedientos de pasión.

—Te amo...

Las palabras se ahogaron bajo el ruido del agua golpeando el plato de ducha y el hondo beso de Peter buscando las profundidades de la boca de Frances.

—Yo también te amo.

El cuerpo torneado de gimnasio de Peter se puso a temblar sin que ella pudiera evitarlo. Realmente Peter la amaba y Frances se sintió orgullosa de ello.

7

Peter azotó la nalga de Frances cariñosamente, todavía con la piel húmeda.

—Eres una mala chica.

La sonrisa de Frances puso en jaque otra vez a Peter. Notaba cómo su entrepierna volvía a perder urgencia por salir de los calzoncillos que se acababa de poner. Ella lo observó, con mirada cómplice, insinuante, introduciendo la mano por entre la goma.

—Para fierecilla —le regañó, muy a su pesar—. Eres insaciable...

Rio mostrando las perlas blancas que tenía por dientes.

Frances le sacó la lengua, burlona, comenzando un juego que a duras penas podía continuar. Era tardísimo y no podía demorar más su marcha. Al cabo de hora y media, tendría que estar montada en el avión rumbo a *Japón*. ¡Cuánto odiaba las despedidas!

—Peter... emm —dudó H. Tengo que decirte una cosa.

Parecía nerviosa y su cara se puso pálida, más blanca que la nieve, aunque Peter no lo apercibió.

—Ya te he dicho que no puedo más...—se quejó él, creyendo lo que no era—. Me tienes hecho polvo. Aunque quisiera, mi cuerpo no daría más de sí...

Le sacó la lengua y sonrió mientras se recolocaba el miembro dentro de los calzoncillos.

—Sí, vamos, cómo que si yo me pongo ahora otra vez...

Rio mientras su cuerpo hacía un movimiento sensual, sus pechos bamboleantes, invitando al deseo.

—No, Frances, te lo digo en serio...

Sus palabras sonaron esta vez convincentes, demasiado.

—No puedo más.

Le dio un beso casto sobre la punta de la nariz.

—Da igual. No te preocupes.

Su tono se debilitó y sufrió un cambio repentino. Se tornó tembloroso, con cierta tonalidad apurada.

—Te decía que tengo que comentarte una cosa muy importante.

Peter se puso en tensión y frunció el ceño. Los músculos tensionados de la cara le estiraban la piel. Sus ojos se entrecerraron en señal de alarma.

—¿Qué ocurre, Frances?

La preocupación se respiraba entre las cuatro paredes del cuarto de baño de igual modo que el olor a sexo lo había invadido minutos antes.

Frances bajó el rostro, esa linda cara que a él tanto le volvía loco. Peter supuso lo que iba a decirle y se giró, los puños apretados apoyados contra la encimera de mármol. Sus brazos parecían querer estallar, mientras su espalda tensionada se encogía presa de la frustración y la mala leche contenida.

—Tengo que marcharme a *Japón* —musitó.

La culpa le corroía las entrañas. Le dolía ver a Peter así.

—¿Cuándo?

Nada más le dolía a ella que no la mirara.

—Dentro de una hora y media sale el avión.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —preguntó lanzándole una sardónica mirada para demostrarle lo dolido que estaba.

La furia elevó el tono de voz de Peter, que se apresuró a salir del baño, con la espalda todavía húmeda y los puños apretados.

—¿En el próximo polvo? —bramó y se arrepintió al instante de haber expresado aquellas palabras, pero ya no había vuelta atrás.

A Frances le recorrió un escalofrío por la espalda que le desgarró cada célula de su piel y se agarró el vientre, abrigándose del frío helador. A ambos les invadió el sentimiento de culpa, a ella, por la información que le había ocultado a él, y a él, por las palabras con las que se había dirigido hacia la mujer que tanto amaba.

—Lo siento, Peter. Sabes que me debo a mi trabajo —se disculpó mientras lágrimas de dolor se derramaban por sus mejillas.

Peter se encontraba sentado en el filo de la cama, mirando hacia la ventana, colocándose los pantalones. Su pecho se elevaba espasmódicamente, buscando el aire que le faltaba. No se lo podía creer. Otra vez se marchaba de su lado y eso le dolía como si le clavaran un puñal en el corazón y lo retorcieran con sarna.

—Peter, amor mío.

Frances intentó apaciguarlo.

—Será sólo una semana.

Rozó su hombro y él hizo el intento de apartarlo. Se sentía muy dolido.

—El martes próximo estaré aquí de vuelta. Contigo.

Se justificó con los ojos empañados en lágrimas, todavía con el cuerpo desnudo.

—Sabes que me debo a mi trabajo, a mi profesión.

—¿Y...?

Midió sus palabras para no herirla más, hablando en voz baja y serena.

—¿Y...? ¿Yo qué soy, entonces?

Su mirada era inquisidora y buscaba entre las profundidades de las esmeraldas que Frances tenía por ojos.

—El juguete con el que pasar un rato y ya está, ¿no?

Las palabras de Peter se le clavaron muy hondo y se sintió dolida.

—No, Peter. Sabes que eso no es así. No saques las cosas de quicio. Sabes que te amo con toda mi alma, pero mi corazón también está puesto en mi carrera. No sé cuántos años más me voy a poder dedicar a ella. Cuando me conociste —continuó— ya sabías lo que había.

Respiró hondo haciendo acopio de valor.

—No me gusta ni lo más mínimo esta actitud celosa que tienes, cuando tú te pasas la vida encerrado en el hospital y yo no digo nada.

—¡Eso no es cierto!

Alzó un poco la voz. Frances tenía toda la razón y le costaba asumirlo. Sufría cada vez que ella se ausentaba como consecuencia de alguno de sus múltiples compromisos profesionales, pero al fin y al cabo, si lo pensaba bien, las largas guardias en el hospital, también le afectaban a ella, y jamás, en el tiempo que llevaban juntos, se lo había reprochado.

—Está bien —se calmó—. Dejémoslo estar. No quiero estropear más la tarde tan maravillosa que hemos pasado.

Se acercó a ella y le retiró un mechón negro azabache de la cara, todavía algo húmedo. Le cogió el rostro con ambas manos, unas manos anchas que le abarcaban ambos carrillos, y le besó suavemente en los labios, en los ojos y en la nariz.

—Lo siento mucho, amor. Perdona a este ingrato que tienes por novio

—se disculpó—. Es tanto lo que te amo, que siento celos de cada minuto que pasas alejada de mí.

—Oh, Peter. Sabes que a mí me ocurre lo mismo, pero no hay más remedio.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y le cayeron sobre el pecho, todavía desnudo.

—Lo siento mucho, mi amor...

Le limpió una lágrima que campaba a sus anchas en la comisura de los labios con la lengua. Estaba salada.

—Te echaré mucho de menos...

Peter besó con dulzura los labios de Frances, buscando su lengua, entre las profundidades de su boca. Ambos sintieron cómo se les debilitaban las piernas y su sexo se derretía anhelando el del otro.

Hicieron el amor, despacio, con fruición, exigiendo al contrario entrega y pasión, como muestra de arrepentimiento por las duras palabras vertidas.

Ambos olían a sexo cuando se despidieron con un profundo beso a las diez y media de la noche, prometiéndose reencontrarse una semana más tarde con la misma pasión y el mismo amor que entonces.

8

Michelle llamó con sus frágiles nudillos a la puerta del despacho. Eran las nueve y media de la noche. Grant se sobresaltó, absorto en la lectura de un complicado contrato que iba a reportarle gran cantidad de beneficios. Acostumbraba siempre a leerlos al menos tres veces, evaluando hasta el más mínimo detalle. Revisaba con ahínco cada punto y cada coma de la letra pequeña.

No quería que le volviera a suceder como hacía cinco años cuando, por culpa de las prisas, la inexperiencia y la avidez ante una transacción suculenta, perdió una suma considerable de dinero por culpa de una cláusula que se le había pasado por alto. Eso se había convertido en un gravísimo fracaso profesional que produjo pérdidas millonarias a la empresa, a las que difícilmente pudo hacer frente en su momento, y que mermó sobremanera su propia economía personal, blindada prácticamente desde la cuna.

El despacho tenía la atenuada elegancia y engañosa simplicidad que todo el mundo asociaba a un hombre como Grant Malory. Era un sujeto muy listo. El tipo de hombre lo suficientemente listo como para esconder su brillantez. El tipo de hombre que aprendía rápidamente de los pocos errores que cometía. Errores como los cometidos tiempo atrás, incluso con ella.

Grant levantó con desagrado la vista de entre los papeles porque la interrupción suponría tener que comenzar de nuevo la tediosa lectura. Estaba agotado. La mañana había sido tediosa, el cuerpo le dolía por el exceso de ejercicio y se había enfadado con su mejor amigo Brandon. Y encima, eran más de las nueve y media de la noche y todavía estaba encerrado en aquellas cuatro paredes, con el estómago vacío y sabiendo que tendría que releer el contrato una vez más. Un auténtico fastidio.

Michelle avanzó lentamente sobre sus altísimos tacones bamboleando las caderas a derecha e izquierda como si del péndulo de un carillón se tratase. La entropierna de Grant empezó a abultarse ante tan sensual escena. Ataviada con un estrecho vestido gris perla se mostraba cual diosa emergiendo desde las tinieblas. El escote pronunciado insinuaba unos turgentes senos que no

mucho tiempo antes había sopesado y exprimido entre sus manos, saboreado entre sus labios. Realmente, Michelle no era guapa, aunque sí muy atractiva.

El dolor de su entrepierna iba en aumento a cada paso que daba presta a alcanzar su escritorio. La urgencia debajo de sus pantalones le impidió levantarse y la mantuvo oculta tras la mesa de caoba que presidía la estancia.

La invitó a sentarse. Ella cruzó las piernas, pausadamente, recreándose en la acción, y elevó parcialmente el bajo de su estrecha falda para facilitar el movimiento. Su pantorrilla invitaba a ser mirada y a él le vino a la memoria tiempos mejores pasados en los que se perdió entre aquella suave carne.

—Grant, tenemos un problema.

Su voz era suave, aunque se expresaba con rotundidad. Grant salió momentáneamente de su ensimismamiento y abrió bien los oídos.

—Al ataque —se apercibió, como si de una batalla campal se tratara—. No sé qué más me puede ocurrir hoy.

Michelle puso cara de intriga arqueando una ceja en busca de información.

—Déjalo —quitó importancia al asunto—. Es una historia demasiado larga para contar.

Asintió entendiendo que no iba a recibir más información en ese momento, aunque su mente se puso a funcionar rápidamente ideando un plan que le permitiera sonsacarle el chisme más tarde. Necesitaba a toda costa material fresco para ganar puntos entre sus compañeras.

—Está bien —mintió, acercándose más aún al filo de la mesa. Su canalillo se mostraba sugerente y Grant no pudo evitar fijarse en él.

Grant se recolocó en el sillón ajustándose sin ser visto su exigente entrepierna. Desvió la mirada, obligándose a conseguir un mínimo control.

—Acaban de llamar de *Hugg Corporation&Sons* avisando que anulan la firma del contrato que tenemos prevista para mañana a las doce a no ser que reestudiemos las condiciones. El señor Hugg no está conforme con la propuesta que se le envió la semana pasada.

La mandíbula de Grant se desencajó por momentos. Tres meses de duras negociaciones se podían ir al traste.

—¡Maldito hijo de perra! —blasfemó, algo a lo que no estaba muy acostumbrado—. ¿Qué pretensiones tiene ahora? —inquirió.

Tenían que reaccionar y actuar con cautela. No se podían permitir perder el negocio. Reajustaría la oferta, aunque ello supusiera más dedicación y sobre todo dinero, algo que no le entusiasmaba en exceso.

—Ha agradecido que se esté dando prioridad a la adquisición de su empresa, pero exige más dinero y la explotación del cincuenta por ciento de los inmuebles que se vayan a construir en el solar.

Grant se levantó encendido en furia. Parecía como si le hubieran dado una puñalada traperera e intentaran desangrarlo totalmente. Se sintió ofendido. ¡Hijo de puta!, pensó. Tendría que plantearse un golpe de efecto que le hiciera entrar en razón.

Cuatro millones y medio de dólares por una empresa con tan bajos rendimientos era algo que nadie podía rechazar. Al menos eso había pensado él cuando tras mucho analizarlo planeó la oferta. Pero al parecer a Howard Hugg le resultaba insuficiente.

—Maldito cabrón. Ese viejo pretende exprimirnos al máximo. Quiere asegurarse una buena jubilación.

Michelle sonrió, mostrando las perlas blancas que tenía alineadas en la boca. Grant le atraía y esa actitud desafiante le hacía sentirse húmeda de excitación. Sabía que la relación con su jefe nunca llegaría a más de lo que tenían en ese momento, reuniones privadas en la oficina, insinuaciones por su parte y noches tórridas de sexo, muy de vez en cuando. Eso era todo.

Su relación íntima sólo se fundamentaba en el sexo. Ambos lo habían tenido claro desde el principio. Se atraían, sí, pero nunca llegarían a amarse. Al menos él se lo había dejado claro hacía unos meses, cuando mantuvieron su primer encuentro sexual.

La celebración por la compra de unos terrenos próximos a la bahía les había tenido sumidos en un estrés agobiante obligándoles a quedarse hasta altas horas de la madrugada estudiando informes y preparando contratos. Grant llevaba detrás de la compra varios años. Los quería a toda costa. Pretendía convertir la chatarra de almacenes que había sobre ellos en un gran centro comercial que revitalizara la zona y que, sobre todo, le reportase altos beneficios económicos con el alquiler de los locales.

Grant en su trabajo era un hombre ambicioso. En la cama, también. Una noche a las dos y media de la madrugada agobiados por el calor y

embargados por el cansancio ocurrió.

Ninguno de los dos recordaba exactamente cómo pero él había terminado con los pantalones en las rodillas y ella con el vestido quitado, follando con desenfreno sobre la mesa, como perros, y exentos de pasión. Parecían autómatas ávidos de sexo, cero por ciento de amor.

A noches como aquellas le siguieron dos o tres más, siempre en el despacho de él, al amparo del anonimato que daban aquellas cuatro paredes y la soledad de la noche. Todas ellas, noches de puro sexo, sexo por sexo, sin otro pretexto, y sin formular promesas de las que más tarde se pudieran arrepentir.

—Michelle, vamos a hacer una cosa.

Se puso tensa, pensando que iba a ocurrir algo que llevaba ya varios días deseando.

—Llama urgentemente a *Hugg Corporation&Sons*, antes de que se haga más tarde, y diles que quiero mantener la reunión con el señor Hugg mañana a la hora convenida.

—Perfecto.

—Anúnciales que vamos a negociar. Ya se me ocurrirá algo esta noche.

Suspiró pensando que su jornada se alargaría todavía más.

—No nos podemos permitir perder esos terrenos. Son vitales para la empresa.

Michelle escuchaba atenta las indicaciones de su jefe, a la espera de que le dijera que tenía que quedarse con él preparando el papeleo para el encuentro del día siguiente y de paso, poder tener una ración de puro sexo. Pero no fue así.

—Puedes marcharte ya a descansar. Mañana va a ser un día muy largo.

La decepción se apoderó de la cara de Michelle. Incluso Grant la percibió.

—¿Te ocurre algo?

Se acercó a ella y le agarró del brazo. Ella puso cara de asombro.

—Te noto pálida por momentos.

—No es nada, Grant. Sólo cansancio, nada más.

Mintió.

Mintió porque en realidad lo que deseaba era continuar a su lado. No por

nada. Sólo por la necesidad imperiosa de satisfacer sus instintos más ocultos.

—Está bien entonces. Ve a descansar, mujer, que ya es hora —le animó—. ¡Ah!, por cierto...

Michelle se giró sobre los talones justo en el momento en el que alcanzaba la puerta y comenzaba a abrirla. Volvió a cerrarla, dejando la mano sobre el pomo, en una pose muy sugerente.

—Confirma la reunión aquí, en nuestras instalaciones. Quiero acorralar a ese Howard Hugg y quiero hacerlo en mi terreno.

—Está bien —contestó desilusionada—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Michelle se quedó unos segundos tras la puerta cerrada. No entendía cómo Grant no se daba cuenta de sus insinuaciones. Al principio, habían sido muy sutiles, pero cada vez se arriesgaba más, lo que hacía que muchas veces temiera por su puesto de trabajo. No quería acosarlo.

Se sintió frustrada. Deseaba una tórrida noche de sexo. Sus ingles se lo pedían. Creía estar enamorándose, aunque lo descartó de pleno. Eso era algo que a ella nunca le podría suceder, y menos con Grant Malory, que tan clarito le había dejado las cosas meses atrás.

Por su parte, Grant se sentó ante la mesa con actitud pensativa. Howard Hugg era un cabrón. Eso lo tenía claro. Tenía que pensar algo. Cuatro millones y medio de dólares por esa porquería en la que se había convertido *Hugg Corporation&Sons* eran una fortuna.

El no estaba interesado en la explotación de un negocio de refinado de harina que a esas alturas ya estaba más que en decadencia. Lo que le interesaba era el solar. Tiraría la edificación existente y *World Wide Building Corporation*, con él a la cabeza, levantaría un rascacielos residencial con noventa y cinco plantas de altura que se convertiría en uno de los puntos de referencia de la clase alta de *Manhattan*. No pensaba vender ni uno de los apartamentos del edificio. Todos se iban a destinar al arrendamiento.

Con esa operación, su futuro estaría más que garantizado. Determinó que Howard Hugg pasaría por el aro. Sus hijos, tras él, ya que ninguno de los tres hermanos Hugg estaban dispuestos a continuar con el negocio familiar. Su ambición no iba más allá del puro dinero.

Pensó en la carroña en la que se había convertido Howard Hugg. No

conocía mucho al viejo, pero habían coincidido en algún acto social y no había habido nadie que no lo criticara por sus malos modales. La explotación del cincuenta por ciento de la futura edificación seguro que había sido idea de alguno de los malnacidos de sus hijos. De eso no le cabía la menor duda. A él, con su avanzada edad, no lo creía tan carroñero.

Acorralaría al viejo Howard al día siguiente. De eso, estaba totalmente convencido, pero no recibiría ni el cero coma uno por ciento de los beneficios por la explotación de los apartamentos. ¡Ni hablar!

Transcurrieron dos horas y media desde que Michelle se despidiera de él hasta que por fin cogió su *Porsche 911sc* de su plaza de aparcamiento privada y decidiera acudir al calor del hogar. Ya era hora.

Cerrar cada noche la puerta de su casa hacía que Grant se sintiese encarcelado como un delincuente preso de libertad. Nadie lo recibió cuando a la doce y media llegó envuelto en papeles y con cansancio infernal del que no sabía si se iba a librar esa noche. No le quedaba más remedio que ultimar algunos puntos de la reunión del día siguiente. Esperaba no dedicarle más de media hora.

Entró en la cocina, una amplia estancia con los electrodomésticos más sofisticados del momento. Abrió la nevera y la encontró vacía salvo por un botellín de cerveza que se mostraba inquisidor en la rejilla central. Lo cogió, a sabiendas que llevaba dos días ingiriendo más alcohol de la cuenta. Desenroscó el tapón con los dientes y bebió con gusto. La exquisita cebada le recorrió fresca por cada rincón de su seca garganta.

Comenzó a buscar frenéticamente en los armarios cualquier cosa que echarse a la boca. El estómago le rugía con una fuerza sobrehumana. Los botes estaban milimétricamente alineados y ordenados por colores, unos, y alfabéticamente, otros, pero ninguno contenía ni una pequeña migaja que echarse a la boca.

Decidió que tenía que buscar una asistenta, al menos hasta que Teresa, la señora que llevaba organizando su casa desde hacía siete años regresara de su viaje. Quince días atrás se había marchado a *Costa Rica* a cuidar a su madre

enferma. Al día siguiente, le diría a Michelle que llamase a la agencia de servicio doméstico para que le enviaran a una asistenta lo antes posible.

Abrió la agenda y telefoneo al *Chateaubriand*, el restaurante de cuya comida se estaba acostumbrando a pesar de su escasa calidad, para que le acercaran algo para calmar el hambre de su estómago. Rico y con el estómago vacío. Rio por lo absurdo de la situación.

Echaba de menos a Teresa. La casa necesitaba una limpieza profunda y su cocina había pasado momentos mejores. Ni en tiempos de guerra la comida escaseaba tanto como en aquella casa. Decidió darse una relajante ducha y ponerse ropa cómoda antes de que llegara el repartidor.

El arroz con pollo le sentó de escándalo. Cuando por fin terminó de cenar y de ultimar la reunión, eran ya más de las dos de la madrugada.

Otro día extenuante.

Horroroso.

Caminó descalzo por la casa, sintiendo el frescor del frío mármol en la planta de sus pies. Sus músculos estaban agarrotados por el intenso esfuerzo de la mañana. La cabeza le estallaba por la falta de sueño. Y lo que era peor. Su entropierna le demandaba con urgencia.

Tendría que habérselas ingeniado con Michelle y haber echado aunque fuera un polvo rápido. Lo había pensado, pero en el momento, no le apeteció. Ahora se arrepentía. Mucho. Llevaba mucho tiempo sin sexo, demasiado para un hombre tan sexual como él. Tendría que ponerle remedio al día siguiente.

En ese momento su mente ya no podía pensar con claridad. El despertador sonaría a las cinco y media para acudir al gimnasio. Se tumbó, con sumos dolores, y enseguida, cayó rendido.

9

Hacía años que no se vestía tan elegante. Enfundada en un traje marrón chocolate con vivos rosas en las costuras se sentía exuberante. No esperaba que Carlo se diera cuenta de su aspecto. Ni siquiera esperaba un piropo. Era un hombre muy descastado.

—Me marchó —le dijo, acercándose al vestíbulo.

Carlo se puso de los nervios al oír aquellas palabras. No imaginaba que por la discusión de la tarde anterior Marisa fuera a echar por la borda tantos años de dulce matrimonio. La amaba demasiado, aunque nunca se lo dijera, como para que eso se le pasara por la cabeza. Él era un hombre algo difícil de llevar, lo reconocía, pero *su* Marisa lo manejaba a la perfección. Sin ella, su vida no tendría ningún sentido.

—Emm,... —dudó—. ¿Dónde vas?

Su voz sonó preocupada.

—Voy al *Chelsea's Flower District*, a la Calle Veintiocho, entre la Sexta y la Séptima Avenida. He quedado allí con mi hermana —mintió.

Carlo no se percató de su embuste.

—Se ha empeñado en comprar unas flores. De paso te traeré unos tulípanes o unas orquídeas, ya veré —hablaba sin pensar realmente lo que estaba diciendo—, que los del balcón se han estropeado demasiado y están muy feos. Quizás luego tomemos el *brunch* juntas, así que no me esperes.

El corazón le palpitó con fuerza, indicándole que la mentira estaba adquiriendo dimensiones exorbitantes.

Carlo suspiró interiormente. Su corazón también iba a alta velocidad y se tranquilizó. Marisa se marchaba, pero por un rato.

—Te he dejado las lentejas que sobraron ayer en la nevera y también hay guiso de carne —le avisó mientras se enfundaba unos guantes—. Por favor, Carlo, te lo pido por favor: No vayas a hacerme ninguna trastada en la cocina —le ordenó.

—Espera Marisa. ¿Le ocurre algo a Celia?

Celia era la hermana menor de Marisa. Había llegado a *Manhattan* seis

meses antes buscando trabajo y sobre todo el calor familiar de su hermana y su cuñado, tras el fallecimiento de su marido a consecuencia de un cáncer de páncreas. No tenía más familia, ni siquiera un hijo al que pudiera arrimarse y del que recibir calor. Ninguna de las dos hermanas había podido engendrar debido a una desconocida enfermedad sufrida en la infancia.

A Carlo no le resultó sospechoso que ambas hermanas hubieran quedado. De vez en cuando, lo hacían y era Marisa la que habitualmente se desplazaba hasta el distrito en el que Celia vivía. Que la reunión se produjera a una hora tan temprana, sí le puso la mosca detrás de la oreja.

—Si te esperas cinco minutos a que me cambie, te acerco en un momento —propuso—. Ashley todavía tardará en levantarse de la cama y no creo que le importe que le lleve al *Enrico* cinco minutos más tarde... Recuerda, ayer...

—No, no hace falta. Cogeré un taxi.

—Pero... emm...—intentó protestar, pero le dejó con la palabra en la boca, la intriga en el corazón.

Marisa cerró la puerta del domicilio muy despacio para evitar despertar a Ashley que hacía pocas horas que había caído rendida en sueño tras pasar la mayor parte de la noche envuelta en un mar de lágrimas.

La brisa de la mañana le golpeó la cara cuando salió a la calle. Observó que la gente deambulaba temprano con una prisa sobrenatural y sintió un poco de reparo por no haber aceptado la invitación de su marido.

Anduvo unas manzanas, las suficientes para asegurarse de que Carlo no la seguía. Realmente no iba al *Chelsea's Flower District* y ni siquiera había quedado con Celia, a la que tendría que llamar más tarde para que disimulara delante de Carlo en caso de que cualquier otro día, éste le preguntara sobre su encuentro.

Su intención era acudir a *TriBeCa*, a la consulta de la doctora Santini, y mantener una conversación con ella. No tenía cita, pero sabía que la recibiría. Tenía que recibirla, más bien. En caso contrario, la esperaría a la salida de la clínica y la abordaría. La situación con Ashley era cada vez más insostenible. No podía continuar así, destrozándose la vida. «*Su niña*», no. No lo iba a consentir ni un minuto más. Había que buscar una solución. Y ella lucharía por encontrarla, independientemente de su coste.

Karla Santini tuvo a bien recibirla, dado que tan temprano no solía citar a ningún paciente.

—Buenos días.

Marisa extendiendo su enguantada mano para saludarle. La estancia le pareció deprimente cuando entró y se acomodó sobre un raído sillón en frente de la mesa.

La doctora buscó las gafas con espasmódica velocidad y se las ajustó en la punta de la nariz. Llevaba una camisa blanca más ancha de lo normal y una falda plisada con una tonalidad horrorosa. Marisa se sintió importante delante de aquella mujer, con la que más o menos compartía la edad.

—Buenos días, señora Aguado —le saludó—. La enfermera me ha comentado que quería usted verme y hablar sobre la señorita Welles.

—Por supuesto.

Marisa mostraba entereza, a pesar de que su corazón latía arrebatadamente, con fuerza. Sintió nervios y el rubor asomarse por entre sus mejillas, a través del sutil maquillaje. Se quitó los guantes, despacio, intentando calmarse y los introdujo en el bolso. Karla Santini le observaba inquisidora, como si quisiera excavar en su mente y psicoanalizar sus pensamientos.

—Como usted sabrá, señora Aguado, me está totalmente prohibido compartir ningún tipo de información con usted sobre ninguno de mis pacientes. Lo que hay entre ellos y yo se queda encerrado en estas cuatro paredes una vez que salen por esa puerta.

Señaló la entrada que ella había atravesado minutos antes.

—Sé que usted está muy preocupada por la señorita Welles. Me consta —continuó—. De lo contrario, no hubiera venido desde tan lejos a hacerme una visita de cortesía. Pero como le iba diciendo, no puedo proporcionarle ningún tipo de información.

—Pero,...

Intentó interrumpirle. Las palabras no le salían por la boca a pesar de llevarlas muy bien ensayadas.

—La situación cada día es más insostenible. Se pasa las noches en vela,

llorando sin parar...

—Como le iba diciendo, señora Aguado —le interrumpió—, no hay nada que yo pueda hacer o decirle a usted para solucionar el problema. Tiene que ser la señorita Welles la que salga del cascarón y expulse todo el mal que tiene dentro.

—Entiendo, doctora Santini —replicó Marisa, los ojos encendidos en furia—. Pero Ashley no quiere hablar. No come bien, se pasa las noches enteras llorando a mares, como si la vida le fuera en ello, no acude al trabajo, no se preocupa por nada... Muchas veces, incluso temo por su vida, que algún día haga una locura de la que luego...

No continuó. Las lágrimas se agolparon en sus ojos intentando salir. Se contuvo.

—No se preocupe, señora Aguado. Como le iba diciendo, tiene que ser ella la que se enfrente como una jabata a sus propios miedos. Lo está haciendo, aunque todavía no ha conseguido superarlos. Llegará un día en el que se sentirá cansada de la situación. De verdad. Y ese, será el punto y aparte, el momento del cambio. Se lo aseguro.

Sus palabras eran convincentes. Marisa estaba con la cara agachada, retorciendo el asa de su bolso.

—Estoy harta de ver situaciones similares todos los días —continuó—. Anímese, es lo que tiene que hacer. Eso le vendrá bien a la señorita Welles. Y sobre todo, no la compadezcan.

La doctora había hablado alto y claro.

—Sintiéndolo mucho, no puedo hacer nada más por usted —le dijo.

Marisa se dio cuenta de que la estaba echando, muy sutilmente.

—Muchas gracias, doctora.

Estaba conmocionada, la cara descompuesta. Agradeció las palabras de la doctora Santini y salió por la puerta.

Se arrepentía de no haberle dicho ni una sola de las frases que se había estudiado de memoria durante el trayecto hasta allí. Comprendía la actitud de la psicoanalista. Se debía a su secreto profesional. Lo que nadie comprendía es que ella no podía soportar ver a «su niña» destrozándose la vida de aquella manera. Carlo tampoco. Aunque él era un hombre que no expresaba sus sentimientos de la misma manera que ella, el dolor iba por dentro. Y ella lo

sabía. ¡Claro que lo sabía!

Se apresuró nuevamente hacia la calle, deseosa de tomar aire fresco. Le dolía el pecho por la angustia que tenía y en sus oídos martilleaban las palabras de la especialista.

Observó el reloj y vio que eran las once menos cuarto de la mañana, demasiado temprano para regresar a casa. Carlo sospecharía y no le quedaría más remedio que contarle toda la verdad. Que lo había engañado. Todo por «su niña», a la que adoraba como si fuera de su misma sangre.

Deambuló sin rumbo fijo durante media hora, hasta que los tacones empezaron a molestarse y se sentó en un banco.

Escrutó sus manos y se percató que sus dedos estaban empezando a deformarse por la artrosis. Nunca se había fijado en ello. Se estaba haciendo mayor y no quería verlo.

Dos chiquillos gritaron a su espalda, y giró la cabeza, abstrayéndose de sus pensamientos. Jugaban a la pelota, con un encanto desmedido como el que Ashley y Anthony demostraran en su juventud. Los echaba de menos. A los dos. Anthony, estaba muerto y ya no había remedio. Ashley, no lo estaba, pero quería estarlo. No lo permitiría. Aunque fuera lo último que hiciera en su vida, conseguiría que Ashley volviera ser la muchacha alegre y jovial de antaño. Era joven y no podía perder esos maravillosos años encerrada en la desdicha.

Buscó con la mirada una cabina y se apresuró a llamar a Celia. Iría a verla. Así mataría dos pájaros de un tiro y se aseguraría una coartada ante Carlo.

Una hora más tarde ambas hermanas se vieron en un café próximo al *Chelsea's Flower District*. Marisa llegó primero y pidió un café con leche bien cargado. Necesitaba un chute de energía. Celia llegó diez minutos después, acalorada y con la cara roja. Había engordado mucho desde la última vez que la había visto y su pelo se mostraba descuidado.

—Hola, cariño.

Le saludó, dándole un par de besos en la cara.

—Hola, Celia. Anda, siéntate —le invitó—. Te noto muy acalorada.

—¡Ay, Marisa! —se lamentó—. Ni me hables. Vengo a todo correr. Y no me puedo entretener mucho. Tengo que estar de vuelta antes de que la señora regrese del gimnasio y del aperitivo que toma a diario con las amigas.

Marisa sonrió. Su hermana era tan cumplidora como ella, pero se agobiaba con todo. A pesar de eso, la adoraba y sufría con cada palo que le había dado la vida.

Tras la muerte de Ernesto, su marido, se vio abocada al abismo, encerrada en una casa en *Puerto Rico* que no le pertenecía y de la que le iban a desahuciar por falta de pago y sin más familia que ella, a miles de kilómetros.

Marisa y Carlo marcharon de su tierra natal justo después de casarse, en busca de nuevos horizontes y de una economía familiar más estable, mientras que Celia, enamorada ya por aquel entonces de Ernesto, decidió permanecer próxima a sus raíces.

Las Aguado habían sido siempre dos hermanas que se querían con locura, a pesar de la distancia que las separaba. Se respetaban con adoración.

Ernesto fue un buen hombre para Celia. Tras su muerte, Marisa tomó cartas en el asunto e insistió para que su hermana se fuera a vivir a *Nueva York*, con el fin de tenerla más cerca.

Ashley le había dicho a Celia que podía quedarse a vivir con ellos el tiempo que fuera necesario, cosa que agradeció de todo corazón, a pesar de que finalmente no lo hiciera. Celia era una persona muy independiente y quería forjarse un nuevo futuro en *Manhattan*. Se lo hizo saber a Marisa nada más llegar. No quería vivir de la caridad de nadie, ni siquiera de la de su hermana y su cuñado, así que se empleó a fondo para encontrar trabajo, sin desear, no obstante, los contactos que le prestó su hermana para conseguirlo.

Tras varias entrevistas, finalmente encontró un puesto como interna en el hogar de una familia relativamente joven, avenida a más, con cuatro hijos, de once, nueve, seis y tres años.

Para Celia, que al igual que Marisa no había podido tener hijos con Ernesto por culpa de una enfermedad infantil que le dejó estéril, cuidar de aquellos cuatro niños le había servido para superar rápidamente la dolorosa

pérdida. Los pequeños le dieron la energía y las ganas de vivir que había perdido tras su muerte. No ocurría lo mismo con la madre de los niños, una arpía que intentaba aparentar más de la cuenta ante sus vecinas y que le traía por la calle de la amargura.

—¿Qué vas a tomar?

—Una *Coca Cola* estaría bien.

Marisa hizo señas al camarero y en seguida, les sirvieron. Desde que Celia llegara a *Nueva York*, se había aficionado a la *Coca Cola*. Bebió con fruición, prácticamente sin respirar.

—Celia, debes comportarte —le regañó—. No está bien visto beber de esa manera.

—Lo siento —se disculpó—. Tenía tanta sed...

Marisa sonrió quitándole importancia al tema. Sabía que su hermana estaba sedienta. Su cara era un espejo. Degustaba ese líquido negro y gaseoso a todas horas. Marisa le había dicho en más de una ocasión que no era bueno hacerlo, pero Celia desoía el consejo de su hermana.

—¿Qué tal estás en casa de los señores Hamilton? ¿Estás contenta?

—La verdad es que sí. Los niños son un encanto. Muy traviosos, eso sí, pero son un amor. El señor Hamilton es muy amable conmigo también y se preocupa que todo funcione correctamente dentro de casa y que no me falte de nada. El garbanzo negro de la familia es la señora Hamilton.

Marisa puso cara de desaprobación ante la afirmación de Celia.

—Sí, Marisa. No me mires así. Es la pura verdad —afirmó—. La señora Hamilton me pone a prueba a cada minuto. Los niños me han dicho que me deja trampas, para ver si barro debajo de las alfombras o quito los libros de las estanterías y limpio el polvo de todas las baldas y no sólo la superficie que se ve. Pero soy lista, Marisa, y los niños están de mi parte. Odian a su madre. Se pasa todo el día regañándoles. No se da cuenta que son tan sólo unos chiquillos y que necesitan mucho cariño.

—Ten mucho cuidado, Celia. Si lo que me cuentas es verdad, que no lo dudo, la señora Hamilton puede hacerte la vida imposible. ¡Ten mil ojos! —le aconsejó—. No vayas a hacer nada que le desagrade. Me fue muy complicado encontrarte el puesto de trabajo. No sabes cuántas llamadas tuve que hacer para conseguírtelo.

—No te preocupes, Marisa. Me cuidaré las espaldas.

Sonrió, y por primera vez en muchos meses, la encontró feliz.

—He tenido siempre una muy buena maestra.

Le agarró de la mano, agradecida.

Marisa le apretó la mano con ternura a su hermana, a la que tanto quería. Se alegraba de tenerla cerca, al menos más que cuando vivía en *Puerto Rico*, y de que al menos su estado de ánimo hubiera mejorado. Eso mismo quería conseguir con Ashley, su hermosa «niña», aunque la tarea le estaba resultando un tanto complicada.

—¿Quieres tomar algo más? —le preguntó, deseosa de que le dijera que sí y así poder prolongar el tiempo junto a ella.

Celia miró su reloj de pulsera.

—La verdad es que no puedo, Marisa. Me tengo que ir ya. La señora Hamilton está a punto de llegar... Otro día que pases por aquí me llamas y volvemos a tomarnos algo.

—Por supuesto. Y cuando quieras, vienes a visitarme tú también, que te estás volviendo muy comodona...

Ambas rieron con descaro. Celia se levantó la primera queriendo pagar la consumición. Marisa se lo impidió. Sabía que el salario de su hermana era bastante reducido, a pesar de las palizas a trabajar que se daba, mientras que ella tenía una asignación considerable.

—Celia, déjalo. Esta vez, invito yo —le indicó—. Otro día ya lo harás tú.

—No, Marisa. Siempre me dices lo mismo y nunca me dejas invitarte.

Marisa le agarró la mano a Celia y le obligó a cerrar el puño, con el dinero en su interior. Se acercó a su oreja y le susurró al oído.

—No seas tonta, Celia. Guárdate el dinero. Te puede hacer falta.

—De acuerdo —asintió.

Ambas hermanas se despidieron con un abrazo y quedaron en llamarse para volver a reunirse en cuanto las obligaciones de ambas se lo permitieran.

En cuanto Celia se hubo alejado, Marisa entró en una floristería y compró unos lirios. Tenía que disimular ante Carlo.

10

Howard Hugg entró en *World Wide Building Corporation* a las once y cuarto de la mañana, tres cuartos de hora antes de lo previsto. Iba precedido de dos hombres más jóvenes, de unos cuarenta años. Los tres enfundados en sendos trajes gris marengo.

Michelle los recibió con una de sus mejores sonrisas y los invito a sentarse en la sala de juntas al amparo del anonimato que ese reducto proporcionaba ante las miradas indiscretas del resto de empleados. Les ofreció café. Rehusaron, exigiendo una copa de whisky que les sirvió del mueble bar.

Salió rápida de la estancia. Se sintió incómoda ante ellos. Avisó a Grant de la llegada de los tres hombres. Pudo sentir el cabreo de su jefe a través del interfono. Howard Hugg lo estaba desafiando, y Grant Malory no se iba a dejar amedrentar. De eso estaba convencida.

—Señor Malory —llamó su atención.

De cara a los demás mantenía las apariencias y lo trataba con distinción y distancia, a pesar de que en otros momentos tenían tórridos momentos de placer, el uno con el otro, ocultos al gran público.

—El señor Hugg —continuó— acaba de llegar. Viene acompañado por otros dos caballeros más.

—Michelle...

La joven adoraba cada vez que pronunciaba su nombre.

—¿Sabe usted quiénes son?

Grant hervía de furia. Tenía los puños apretados, los músculos tensionados y la mandíbula desencajada.

—En absoluto, señor Malory. No se han presentado.

Grant valoraba la situación con desagrado, pendiente del reloj, analizando el por qué de tan temprana visita cuando horas antes Howard Hugg había rechazado reunirse con él. Su cabeza comenzó a procesar la información recibida y sopesó las posibles circunstancias de que Howard hubiese acudido acompañado. O bien era una pareja de abogados, cosa que

dudaba, ya que no lo creía tan astuto, o bien eran dos de los carroñeros que tenía por hijos. Concluyó que definitivamente la segunda opción era la más convincente. Lo comprobaría al instante.

—Michelle, prepárese —le avisó, pulsando el botón rojo del aparato colocado sobre la esquina derecha de su mesa.

A Michelle le encantaba oír su varonil voz reverberando a través del auricular.

— Por supuesto, señor Malory.

El corazón de la asistente personal se desbocó por momentos. Se presentaba un encuentro complicado que podría derivar en una auténtica batalla campal o en el más dulce de los encuentros.

Norma, su compañera de la mesa de al lado se quedó al mando de todo.

—Norma, por favor, cualquier cosa que te pida entrégamela lo antes posible. Tengo que pasar inmediatamente a la sala de juntas con el señor Malory.

La miró suplicante.

—Por favor, Norma —insistió—, no me falles. Nos jugamos mucho en esta reunión.

Las manos de Norma comenzaron a temblar sobre el teclado de la máquina de escribir. Llevaba cinco meses en la empresa. Estaba muy contenta con su trabajo. De hecho, le había costado mucho encontrar un puesto de su categoría dentro de una organización empresarial tan hermética como la *World Wide Building Corporation*.

Michelle se movía acelerada, recopilando papeles y afilando lápices, cuando Grant Malory salió de su despacho en dirección a la sala de reuniones.

Se mesó el cabello antes de abrir la gran puerta de madera y dio un prolongado suspiro para tranquilizarse. A Michelle, pegada a sus talones, el corazón le palpitaba desbocadamente.

Howard Hugg tenía su apestoso culo sobre el sillón presidencial de Grant. Sus secuaces lo protegían, uno a cada lado, bebiéndose el whisky escocés de su anfitrión. A Michelle se le revolvió el estomago nada más verlo. Sentado a la presidencia de la gran mesa de caoba, se presentaba cual reina de *Saba*.

Los dos sapos que tenía por manos volvieron a llenar el vaso con el exquisito brebaje con el que Grant cerraba las operaciones más importantes. Estaba abochornado. Gotas de sudor caían por su ancha frente producto más del alcohol ingerido que por el calor reinante en la estancia, más bien escaso, gracias al aire acondicionado que se encontraba en funcionamiento.

Llevaba los cuatro pelos blancos que le quedaban engominados hacia atrás y la chaqueta que había conocido tiempos mejores, tenía más manchas que la piel de un dálmata. Abrió la boca, mostrando unos dientes desgastados y amarillentos. A Michelle se le revolvió el estómago aún más. Sintió ganas de vomitar. Se llevó la mano libre a la nariz, conteniéndose, aguantando la respiración.

Igualmente, el café que Grant había ingerido minutos antes comenzó a agriársele por momentos en el estómago.

—Buenos días Howard.

Grant extendió el brazo para saludarle y apretó con fuerza la regordeta mano del señor Hugg. La tenía grasienta y pegajosa y a Grant no le quedó más remedio que limpiársela con disimulo introduciéndola en el bolsillo de su pantalón. Sacar el pañuelo hubiera sido un desaire.

—Te presento a mi asistente personal, Michelle Banks.

Howard miró descarado su discreto escote, más de lo habitual, y la inquisitiva mirada del viejo la incomodó. Grant se encendió de celos.

—Buenos días, señorita.

Besó la parte superior de su mano derecha, dejándole una hilera de babas pegadas.

Michelle hizo un ligero movimiento de cabeza, agradeciendo con cara de asco el saludo. Se sentía muy incómoda. Grant se percató de ello y retomó la conversación haciendo que el viejo desviase la atención de Michelle.

—Howard, veo que has venido acompañado. No tengo el gusto de conocerles. Soy Grant Malory, presidente de *World Wide Building Corporation*.

Sacó la mano del bolsillo de su pantalón y la extendió. Se dieron la mano enérgicamente midiendo reacciones ante la fuerza de su apretón. Ambos personajes se frotaron las manos intentando acelerar la circulación sanguínea perdida por segundos.

—Te presento a dos de mis hijos —dijo orgulloso. Sonrió dejando nuevamente a la vista su desagradable sonrisa—. Luke y Shawn Hugg.

—Encantado de conocerles, señores. —Mintió. Ojalá nunca se hubiera tenido que ver las caras con ninguno de aquellos tres personajes. Tenerles delante le producía ardores de estómago.

Les indicó a los tres que se sentaran. Grant hizo lo propio en el extremo opuesto de la extensa mesa. El cerdo de Howard se mantuvo impasible en el sillón presidencial. Tendría que recordarle a Michelle que avisase al servicio de limpieza después de la reunión para que lo desinfectasen bien. Jamás, desde que él estaba al cargo de *World Wide Building Corporation*, nadie había tenido la osadía de arrebatarse su puesto en la sala de juntas. Ni siquiera Michelle, aunque él no se encontrara dentro de la reunión. Había tenido que ir el odioso Howard Hugg para que hubiera una primera vez.

—Vamos a dejarnos de rodeos —apuntó Howard Hugg iniciando la conversación con el único propósito de llevar las riendas de la misma, impasible ante la mirada atónita de Grant—. Señor Malory, su oferta por la adquisición de *Hugg Corporation&Sons* es ridícula. Raya la ofensa.

El señor Hugg iba directo al grano. Nada de formalismos ni de buenas maneras. Shawn y Luke miraban a su padre con orgullo, aprendiendo, fijándose milimétricamente en su actuación. Cuando el viejo muriera, cosa que no tardaría en suceder, ellos heredarían su fortuna, si le quedaba algo, y alguna que otra empresa, si para la fecha todavía no había sido embargada. Y tendrían que manejarse con soltura ante carroñeros como Malory. Era carroña, sí, porque se aprovechaba de las desgracias de los demás para incrementar su patrimonio a cambio de unos pocos dólares como les había ofrecido. El cabrón de su padre, pensaron, había dilapidado la fortuna familiar y ellos sólo iban a recoger unas pocas migajas de lo que antaño, con su madre todavía viva, tuvieran.

—Howard. —Evitó formalismos y se dirigió al anciano por su nombre de pila—. Sabes que te aprecio —mintió, intentando que sus palabras resultaran convincentes—, pero sabes que cuatro millones quinientos mil dólares es una suma cuantiosa para el estado en el que dejas la empresa.

Miró a cada uno a los ojos, uno a uno, buscando un ápice de cordura. Escuchar la cifra hizo revolverse a los dos hermanos en su asiento. Se

aflojaron el nudo de la corbata. Se notaba que no estaban muy acostumbrados a llevar nada alrededor del cuello, tan sólo la soga que cada día les apretaba más y más a causa de las deudas.

—Piensa, que yo no voy a continuar explotándola. Es un negocio deficitario y nadie mejor que tú para saberlo. De lo contrario no estarías aquí.

Se dirigió a él como si sus hijos no estuvieran presentes. Howard le miró con inquina, fulminándole con la mirada. Grant, por su parte, se relajó un poco aunque su cabeza estaba alerta ante cualquier reacción de su interlocutor. Cruzó la pierna.

—Perdonen. —Se dirigió a los hermanos Hugg, afectados por el exceso del whisky. Sudaban como su padre, y el culo les quemaba en el asiento. Grant supuso que no estaban acostumbrados a tediosas reuniones. No había que ser muy inteligente para darse cuenta de ello—. Si no se encuentran bien y desean salir un momento a refrescarse, por mi parte no hay ningún problema. ¿Alguna objeción, Howard?

El viejo hizo un movimiento limpio de muñeca, indicándoles que se podían marchar. Lo prefería. Quería tratar personalmente con Malory, sin tener a los tontos de sus hijos metiendo la pata a cada instante.

—Michelle, por favor, acompaña a los señores Hugg a la terraza a que tomen el aire.

Le guiñó el ojo. Nadie se percató de tan cómplice acto. Sacar a los acompañantes de los clientes era misión de Michelle. Grant prefería departir a solas con sus clientes, no con los secuaces de los que por norma, solían ir acompañados.

—¿No te importa, papá? —le pregunto Luke—. Aquí hace demasiado calor. Alardean de mucho dinero y buenas instalaciones pero el aire acondicionado brilla por su ausencia.

Su despotismo no hirió a Grant, acostumbrado a personajes variopintos como ellos.

Howard Hugg asintió ante la petición con tintes de súplica de su hijo y ambos siguieron a Michelle fuera de la sala.

Luke encendió un cigarrillo y Shawn le imitó, aún a sabiendas de que allí no se podía fumar. Al menos, eso era lo que indicaban los paneles informativos colocados en las paredes del pasillo. Grant Malory tenía

terminantemente prohibido fumar en las instalaciones de *World Wide Building Corporation*. De hecho, nadie que fumara era contratado en *World Wide Building Corporation*.

Michelle prefirió no importunar a los hombres que le seguían por miedo a que se formara un escándalo y se truncara la línea de negociación que Grant estaba llevando a cabo con Howard Hugg, a espaldas de sus hijos.

La compañía de los hermanos le incomodaba. Le pidió a Norma que se arrimara al grupo y le apoyara ante aquellos asquerosos sabuesos ávidos de carne. Sí, de carne, ya que le miraban con ojos lascivos y devoradores. Sintió escalofríos por la espalda teniendo cuatro ojos clavados sobre ella.

Alcanzaron la terraza. El aire les atizó fuertemente en lo alto del edificio, haciendo que algunos mechones se les salieran a ambas mujeres de sus recogidos. Los Hugg continuaron fumando, consumiendo cigarro tras cigarro, envolviéndolas en humo tóxico a pesar de estar al aire libre. Parecían chimeneas de tren.

Norma miró a Michelle, con ojos preocupados, exigiendo información que ni ella misma podía transmitir.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió preocupada con un tono de voz casi inaudible.

Los Hugg las miraban con ojos lascivos. Les desnudaron con la mirada y ambas se llevaron la mano a la garganta con intención de cubrir sus escotes.

Entretanto, Grant departía más tranquilo con Howard Hugg en la sala de juntas, intentando ganar terreno en una batalla económica que se estaba tornando un tanto complicada.

—Howard...

Pronunciaba su nombre cada vez que se dirigía a él por respeto a los años, aunque no se lo mereciera, abstrayéndolo de la copa de whisky que no paraba de llenar.

—Sabes —continuó—, y muy bien, que no puedes desechar la oferta que te he planteado. Sabes también, que jamás cederé a tus presiones y que no vas a obtener la explotación de ninguno de los futuros inmuebles que se van a levantar en el solar, ni de los locales ni de ningún apartamento. Quiero que te quede bien claro.

Howard Hugg se sintió avasallado. Intentó replicar pero Grant se le

adelantó y continuó exponiendo sus condiciones, antes de que los jóvenes Hugg regresaran a la sala y se fastidiase su momento de buena suerte.

—Howard. Sinceramente —bajó el tono—, no te queda más remedio que aceptar la oferta. De lo contrario, sabes que las deudas te comerán y creo que no tienes edad ni ganas como para seguir luchando por algo de lo que no vas a poder obtener grandes beneficios. Tú y yo sabemos que te estoy haciendo un gran favor al ofrecerte cuatro millones y medio de dólares cuando realmente el solar no vale ni dos.

El viejo apuró el vaso lleno de whisky y se derramó unas gotas sobre la pechera de su americana. La mano le temblaba preso de los nervios. Grant tenía razón aunque ello le doliera y le encogiera el corazón. No permitió que se diera cuenta de ello. A él le quedaba poco tiempo de vida pero quería dejar a sus nietos en una buena posición. Sus hijos no le importaban demasiado. Habían perdido su oportunidad. Eran unos ineptos aprovechados de la vida y le habrían sacado hasta el último centavo si no hubiese sido listo y hubiera cedido, bajo testamento, los derechos de su maltrecha fortuna a sus nietos menores de edad. El reparto de la herencia no se llevaría a cabo hasta que su nieto menor, de tan sólo tres meses, alcanzara la edad de veinticinco años, cosa que sus hijos desconocían. Con eso, garantizaba unos buenos beneficios bancarios durante veinticinco años que su abogado se encargaría de gestionar, y evitaba que los hurones de sus hijos despilfarraran lo que con tanto esfuerzo, y algunas veces, con malas artes, había conseguido.

Observó detenidamente a Malory. Realmente era un buen negociador. Un negociador nato. Se parecía a él en sus buenos tiempos, cuando no dejaba que nadie se le subiera a las barbas. Tuvo celos de que ninguno de sus hijos se pareciera mínimamente a aquel hombre que tenía enfrente. Realmente, sabía que la oferta era maravillosa. El señor Malory estaba siendo muy generoso. Él no habría ofrecido más de tres millones por todo pero la ambición de sus hijos que lo habían dejado seco económicamente, y las ansias de fortuna le habían hecho arrastrarse de aquella manera. Aun así tiró un poco más de la cuerda, por si caía una oferta más suculenta.

—Está bien, Malory. Olvidémonos momentáneamente de la cesión de la explotación de los inmuebles. ¿Qué otra cosa me ofrece a cambio?

Tentó a la suerte, sin saber si finalmente obtendría beneficio o un

perjuicio en la oferta, consecuencia de su vil agonía.

—Ya le he dicho, Howard —se acercó a él y le sirvió una nueva copa con sus propias manos— que no hay más donde rascar. *World Wide Building Corporation* le ofrece cuatro millones y medio de dólares por su propiedad y ni un centavo más.

Su tono de voz fue rotundo y la seguridad se dejaba entrever en cada palabra de Grant.

—A lo sumo, le enviaré un par de botellas de este whisky por Navidad.

Los ojos de Howard se abrieron como platos al imaginar cómo el rico brebaje correría por su gástrico en pocos meses otra vez. Nunca había bebido un whisky tan exquisito. El joven que tenía delante se las gastaba muy bien.

—Está bien.

Hugg se levantó moviendo sus carnes despacio debido a los problemas de artrosis de sus envejecidos huesos. El alcohol se le subió a la cabeza rápidamente y Grant no tuvo más remedio que agarrarlo del brazo para evitar una complicada caída entre las sillas.

—Dos millones y medio de dólares, ni un centavo menos, mediante transferencia bancaria. El resto en efectivo en billetes de cien —le desafió.

Grant sonrió mostrando la doble línea de sus perfectos dientes. El muy cabrón quería evadir impuestos a la hacienda pública. Nada más y nada menos que dos millones de dólares. Imposible. Él jamás consentiría algo así. Menos, hacer una transacción que a la postre pudiera acarrearle problemas. Howard Hugg era una persona de la que no se podía confiar.

—Eso ni hablar. *World Wide Building Corporation* no hace negocios fraudulentos. No trabajamos así —le indicó.

Howard Hugg sopesó la respuesta de su oponente y se convenció de la imposibilidad de obtener más de lo que le ofrecía.

Grant colocó una estilográfica de oro sobre los documentos que Hugg tenía sobre la mesa. Firmó el contrato perfectamente redactado en el mismo instante en el que Michelle entraba con los hermanos Hugg riéndose a boca llena y mirando descaradamente su trasero.

—Ha hecho usted lo correcto Howard. No se arrepentirá.

Luke y Shawn miraron a su padre impertérritos.

—¿Pero qué dice, padre? —le instigó Shawn, señalando a un Grant

encantado.

—¿Que ha sucedido padre? —preguntó Luke, el más avisado de los dos hermanos.

—El señor Malory y yo hemos llegado a un acuerdo —aseveró, agarrando con fuerza los papeles que le garantizaban una vejez feliz y una vida desahogada a sus nietos en su adultez.

Michelle se acercó a Grant y éste asintió ante la demanda de información de sus ojos, indicándole que todo había salido según lo previsto. Suspiró aliviada.

—Señor Malory.

Howard Hugg extendió su pringosa mano y a Grant no le quedó más remedio que estrechársela.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Miró a Michelle con lascivia.

—Señorita Banks, un honor haberla tenido ante mis cansados ojos. La verdad que sí —se reafirmó—. Hacen ustedes dos un buen tándem.

—Gracias señor.

Michelle se soltó de su pringosa mano en cuanto pudo y se dirigió hacia la puerta para abrirla. Dejó que los tres hombres salieran primero, seguidos por Grant.

Ella salió de la sala cinco minutos después, el tiempo suficiente para comprobar que todos los documentos estaban correctamente signados, mientras que su jefe se despedía en el pasillo de sus asquerosos clientes.

Los hermanos Hugg le habían sobado el trasero, aprovechando la intimidad que les proporcionó el ascensor durante el regreso desde la terraza. Había estado tentada de abofetear a Luke Hugg pero su buen saber estar y su compromiso para con *World Wide Building Corporation* se lo impidieron.

Grant regresó sofocadamente contento y abrió la puerta de su despacho, al tiempo que su asistente personal hacía lo propio con la de la sala de reuniones y salía al pasillo con los documentos bajo el brazo.

—¡Michelle! —le llamó, desbordando entusiasmo por cada poro de su piel. Sus ojos negros brillaban cual topacios recién tallados—. ¡Lo hemos conseguido!

Alzó los brazos en señal de victoria y le abrazó. Ella agradeció sentirse

atrapada entre aquellos músculos que prácticamente le dejaron sin respiración.

—Muchas gracias, Michelle.

Comenzó a aflojarse el nudo de la corbata.

—No hay de qué —contestó.

Grant soltó una risotada que retumbó en las paredes del despacho. Se sentó sobre el borde del escritorio y comenzó a balancear la pierna izquierda como si estuviera dando patadas a un balón imaginario. Rebosaba felicidad.

Entretanto, Michelle ordenaba papeles, introduciendo cada uno en su correspondiente carpeta.

—Siento haberte dejado sola con esos dos sabuesos, pero ha sido lo mejor que nos ha podido ocurrir.

Se mesó el cabello con nerviosismo.

—El viejo se ha sentido acorralado y al final no le ha quedado más remedio que pasar por el aro. Espero que se hayan portado adecuadamente. Conociendo al padre, no me extrañaría nada que sus hijos te hubieran faltado al respeto. Espero que no haya sido así.

Michelle esbozó una ligera sonrisa y Grant se enfervorizó sólo de pensar que sus palabras no iban desencaminadas. Se acercó a Michelle. Apoyó un dedo en su diminuta barbilla y le obligó a mirarle a los ojos. Ella se ruborizó y mantuvo la mirada fija en el triangulo de piel que asomaba por la pechera de su camisa. Las manos de él le abarcaron el rostro y el silencio se impuso entre ellos.

Atraídos por el magnetismo del otro, ambos terminaron atrapados en las redes de la pasión, festejando los éxitos conseguidos.

Se besaron buscando con fruición la lengua del otro. Grant dirigió la mano hábilmente hacia su escote y le sacó un pecho. Lo absorbió febrilmente con sus labios y jugueteó con el rosado y endurecido pezón.

Ella levantó la rodilla demandando más y exigiendo la urgencia que se apreciaba por entre la tela de los pantalones de Grant. Deslizó con manos temblorosas la cremallera y extrajo el sexo enhiesto de él. Tenerlo entre sus manos hizo que su entrepierna se humedeciera. Él le levantó la falda hasta la cintura necesitando tenerla entre sus piernas.

El interfono pitó distrayéndoles del apetitoso juego que tanto tiempo

llevaban anhelando ambos. La cordura se apoderó de la mente de Grant.

—Esto no puede ser...

Su voz entrecortada por la pasión insatisfecha era más dulce que la miel.

Michelle se sintió desfallecer deseosa de que Grant culminara el acto y se aproximó con sensualidad a su sexo enhiesto antes de que perdiera fuerza.

—Por favor, Michelle...

Le separó dulcemente de su cuerpo con las palmas de sus anchas manos y le miró a los ojos.

—¡Michelle!

El negro topacio de sus ojos le miraba penetrantemente mientras acariciaba la suave piel de su ferviente mejilla. Ocultó su seno debajo de la tela del vestido.

—Esto no puede ser —repitió—. No está bien.

—Grant...

Su garganta reseca casi no le permitía mediar palabra.

—No me dejes así...

El calor de su entrepierna insatisfecha le abrasaba. No le reprochaba que quisiera que sus encuentros esporádicos dejaran de sucederse. La mayor de sus preocupaciones era quedarse con aquella quemazón en su sexo que difícilmente podría saciar ese día.

—Vístete Michelle —le ordenó—. Disculpa si alguna vez te he dañado. No ha sido mi intención. Puedes estar segura.

Se introdujo el miembro bajo el calzoncillo en la pernera de su pantalón y se estiró la camisa arrugada por el contacto de sus cuerpos.

—No te preocupes, Grant. Ambos sabíamos que tarde o temprano esto iba a suceder.

Se peinó el cabello enredado con los dedos. Ambos sonrieron complacientemente al otro, mientras terminaban de colocarse la ropa, al tiempo que Grant pulsaba el botón del interfono que no paraba de pitar, para comunicar con el exterior.

La voz de Norma les devolvió a la realidad.

—Señor Malory, el señor Legendree está al teléfono. ¿Le paso?

—No. Dígale que estoy reunido y que ya le llamaré yo cuando pueda.

No tenía ganas de hablar con Brandon después de su mala actuación del

día anterior.

—De acuerdo, señor Malory.

—Gracias, Norma.

—No hay de qué, señor Malory.

El interfono dejó de emitir sonido.

Michelle se extrañó de la actitud de Grant, que siempre aceptaba todas las llamadas, pero no dijo nada. Se acercó a él y le dio un cariñoso beso en los labios, despidiendo para siempre algo que nunca tendría que haber comenzado. Él no giró la cara, comprendiendo el acto de ella.

—Espero que algún día me puedas perdonar.

—No hay nada que perdonar, Grant. En tal caso, tendría que agradecerte los maravillosos momentos que hemos pasado juntos.

Giró sobre sus altos tacones y desapareció tras la puerta del despacho.

Grant se sentó tras su escritorio, pensativo. Se mesó el cabello y valoró tomarse unos días de descanso. Se los merecía, realmente. Quizás los comenzara esa misma tarde, después de almorzar.

11

Richard le esperaba en casa. Seguramente acababa de salir del colegio y Sarah, la vecina lo habría recogido y estaría haciendo los deberes. Quería mucho a su hijo aunque a veces se arrepintiera de tener que criarlo sola. A sus siete años de edad, ya le daba lecciones de vida y eso era algo que enorgullecía a Michelle.

Se miró en el espejo del cuarto de baño de señoras y se asustó de lo que vio. Tenía la cara, sobre todo los labios, y los pechos hinchados y la entrepierna le ardía irremisiblemente en deseo.

Entró en el cubículo del inodoro, algo estrecho, al amparo de la intimidad que tan pequeño reducto le proporcionaba. Cerró el pestillo con dificultad, evitando partirse una uña. Apoyó un tacón sobre la porcelana de la tapa y se arremangó la falda hasta la cintura dirigiendo un par de dedos a su ferviente humedad. Los movió ágilmente hasta que un gemido sordo se escapó de entre las profundidades de su garganta. Grant le había dejado ardiendo en deseo, con el fuego hirviendo en cada poro de su piel.

Entrar en *World Wide Building Corporation* no había sido fácil para ella. Cuando en el último año de carrera se quedó embarazada de uno de los jugadores del equipo de baloncesto de la universidad, se sintió morir. Pudo acabar el curso con gran esfuerzo y tuvo a Richard dos días después del último examen.

El padre de la criatura desapareció y no se hizo cargo de la situación, ni de ella, cuando recibió la noticia del embarazo, así que no tuvo más remedio que trabajar hasta que las fuerzas, y la prominente barriga se lo permitieron. Por las noches, se dedicaba a estudiar.

Su vida se convirtió, en poco tiempo, en un desastre, de cuya madeja difícilmente podía escapar ya. Trabajaba por las mañanas en la cafetería de la universidad por unos míseros dólares que no le llegaban ni para pagar el alquiler. Por las tardes acudía a clase y por las noches, agotada, estudiaba hasta altas horas de la madrugada. En más de una ocasión, el médico le regañó por no cuidarse, y sobre todo, por no preocuparse por el bebé que

llevaba dentro, pero la necesidad era muy grande, y no le quedaba más remedio que afrontar ella sola todo. Ahora, no se arrepentía de ello.

Estuvo una semana ingresada no tanto por el alumbramiento sino porque se puso algo depresiva. No tenía a nadie que le echara una mano en casa, salvo Sarah, la vecina del piso de arriba, una señora de unos cuarenta y cinco años, soltera y sin hijos de quien recibió un gran apoyo cuando regresó al calor del hogar y supo de su situación.

World Wide Building Corporation se convirtió para ella en un oasis dentro del paraíso. Dos meses después de que Richard llegara a casa, desesperada por las deudas, comenzó a buscar trabajo. Era demasiado pronto, y el niño la demandaba cada dos horas y media o tres para que le diera el pecho, pero no podía aguantar más la situación.

Una mañana, armada de valor y con el pequeño al cuidado de Sarah, se enfundó en su mejor traje, que por cierto le quedaba algo estrecho ya que no había recuperado totalmente la figura, se calzó unos tacones de vértigo y se puso en pie ante una de las mejores empresas del país.

Dedicada a la compra de inmuebles de bajo coste bien debido a su antigüedad, bien por la mala gestión de sus dueños, la *World Wide Building Corporation* era una de las empresas más punteras de la ciudad de *Nueva York* y, en general, del mundo entero. Tenían sede en *Toronto*, *Estocolmo*, *Madrid* y *Japón*, abarcando la mayor parte de los continentes.

Entró con brío en el imponente edificio de cristal y preguntó al conserje por la ubicación del departamento de recursos humanos.

Le recibieron enseguida, poco acostumbrados a entrevistar a personas que no vinieran recomendadas por algún miembro de la familia Malory. El señor Malory la recibió tras pasar varias entrevistas. Era política de la empresa que la última decisión la tomara el presidente, así que tres días más tarde, fue recibida en una imponente sala de juntas.

El señor Malory tenía unos sesenta años de edad. Alto, atractivo y con buen porte, le trató con suma delicadeza. Rápidamente los dos supieron que ella iba a comenzar a colaborar con la empresa.

—Como usted sabrá, señorita Banks —su voz era fuerte y segura—, *World Wide Building Corporation* es una empresa familiar. La fundé a la temprana edad de diecinueve años, motivado por el interés por la

construcción.

La historia se mostraba interesante y Michelle escuchaba con atención.

—Comencé comprando un pequeño inmueble, tan sólo dos plantas de una edificación que se caía a pedazos.

La joven imaginó la escena. Vislumbró en su mente a un atractivo joven delante de un edificio cayendo como un castillo de naipes.

—Como le iba diciendo, los comienzos no fueron fáciles. Puse mucho empeño, y el poco dinero que tenía ahorrado en aquel proyecto. Y salió bien. Gracias a Dios. Levanté una edificación de cuatro plantas con ocho apartamentos que arrendé de inmediato, para recuperar la inversión. Así comenzó mi vida empresarial y la de *World Wide Building Corporation*.

La puerta se abrió y entró a la sala un apuesto joven de unos veintiséis años, con el cabello castaño peinado hacia atrás y unos ojos negros como el hollín.

—Señorita Banks. Le presento a mi hijo, el señor Grant Malory.

Michelle extendió la mano al apuesto joven y sintió la fuerza de su apretón. Realmente era un hombre muy atractivo. Su ropa era impecable y sus modales exquisitos.

—Encantado de conocerle, señorita Banks.

La dulce voz de aquel joven era un placer para los oídos.

Grant se acercó a la silla de su padre y apoyó una mano ancha sobre el respaldo. Michelle estudió su cuerpo milimétricamente, abstraída en cada porción de piel que se asomaba bajo el traje gris del joven. Estaba algo relleno pero poseía una belleza innata. Observarle, desde la distancia que imponía la mesa, era un auténtico placer.

—Como le iba diciendo —continuó el señor Malory, respaldado por su hijo—, *World Wide Building Corporation* es una empresa en expansión y necesitamos a una persona capaz de participar de nuestra filosofía de negocio con total abnegación y discreción. Sí, ha escuchado bien, abnegación y discreción.

—Está bien —asintió Michelle, el corazón palpitándole con fuerza en el pecho.

—Comenzará usted como secretaria de Maureen, mi asistente personal, que le enseñará todos los entresijos de su puesto, con el fin de que con el

tiempo, si es usted capaz, pueda convertirse en la asistente personal de mi hijo Grant.

Ambos cruzaron la mirada y Grant le sonrió, mostrándole dos hileras perfectamente alineadas de perlas blancas que tenía por dientes. Michelle se ruborizó y se autoflageló interiormente por haber mirado de lleno al que con el tiempo se convertiría en su jefe.

—¿Está usted conforme, señorita Banks? —inquirió el viejo—. Me imagino que en el departamento de recursos humanos ya le habrán explicado las condiciones del contrato, horario y salario.

Michelle asintió.

—Si no tiene nada más que preguntar —continuó—, espero encontrármela por las instalaciones de *World Wide Building Corporation* de vez en cuando.

El corazón de Michelle latía desbocadamente, a punto de salirse del pecho.

—Está usted contratada —concluyó.

Los dos hombres al frente sonrieron ante la cara de estupefacción de la muchacha y se acercaron rápidamente para darle la mano y la bienvenida a la empresa. El mayor, salió de la estancia segundos después, aduciendo un compromiso. Michelle se quedó a solas con Grant, que le escrutaba con la mirada y analizaba sus movimientos.

—Enhorabuena, señorita Banks.

Posó una mano sobre su hombro.

—Pertenece usted ya a la plantilla de *World Wide Building Corporation*.

—Muchas gracias, señor Malory.

Se levantó y se encaminó a la puerta, una mano de él apoyada en su espalda, dirigiéndola.

—Le voy a presentar a Maureen y ella se encargará de ponerle al día de todo. Cualquier problema que tenga, no dude en acudir a ella.

Guiñó un ojo a la regordeta y cariñosa Maureen. Llevaba toda la vida trabajando de asistente personal, a las órdenes de su padre. Él la conocía desde niño, cuando, aburrido, correteaba alrededor de su mesa a la espera de su padre.

Adoraba a Maureen, y la mujer lo adoraba a él. Le recordaba mucho a su

madre, fallecida años atrás, cuando él contaba tan sólo con doce años, de un cáncer de estómago que la mantuvo en cama tan sólo un par de meses. Maureen siempre había estado a su lado. En los peores momentos le cuidó con un gran cariño. Ahora que estaba trabajando en la empresa, codo con codo con su padre, le mimaba en exceso, a pesar de no ser ya un niño.

Pasó poco tiempo hasta que Michelle ascendiera en *World Wide Building Corporation*. Tan sólo un par de meses, cuando tras un infarto repentino, Jack Malory, el padre de Grant, murió y éste tuviera que coger las riendas del negocio. Maureen, de sesenta y tres años, afectada por la pérdida y cansada tras más de cuarenta años de plena dedicación, decidió definitivamente jubilarse.

Tuvieron que pasar seis largos años, antes de que Grant y ella tuvieran su primer encuentro sexual.

12

Llegar hasta allí les resultó un tanto complicado. Tras veintidós horas de viaje, seis de espera en el aeropuerto de *Nueva York* por culpa de un pájaro que había impactado contra el motor del avión, creándole una avería que debían reparar y que había retrasado el despegue, por fin tomaron tierra.

Una limusina los esperaba en la zona vip del aeropuerto. El vehículo arrancó a gran velocidad conducido por un hombre corpulento y rollizo, casi sin cuello, aunque con un bigote inmenso que contrastaba con sus característicos rasgos orientales. Su piel amarilla, su traje oscuro, casi negro y sus gafas de sol le daban un aire muy misterioso.

Frances intentó mirar a través de la ventanilla los impresionantes rascacielos que se recortaban al fondo sobre un cielo color tinta y a cuyos alrededores se iban aproximando, pero la abrumadoramente elevada velocidad del vehículo le hizo imposible distinguir nada.

A Rogger le venció el sueño otra vez, y dormitó a intervalos ayudado por el traqueteo del coche. Sudaba como un condenado, y la camisa se adhería a sus rotundas carnes, enfundadas en un traje chaqueta beige.

Despertó justo en el momento en el que el coche perdió fuerza. Se secó la frente con un pañuelo y el pelo, demasiado largo para un hombre de su edad, se le pegó a la frente húmeda haciendo que adquiriese un aspecto descuidado rayando lo asqueroso.

Frances lo observó detrás de las grandes gafas oscuras que disimulaban sus ojeras. No había pegado ojo durante el viaje. Los ronquidos de Rogger, a su espalda y los malos modales de unos niños que correteaban a sus anchas por los pasillos del avión, le habían impedido hacerlo. Daba igual gastarse una millonada en unos billetes de primera clase. Siempre había alguien que le fastidiaba la travesía.

Habían comido varias veces en el avión. Nada del otro mundo, pero lo suficiente para que Rogger se manchara la pechera de la chaqueta y le salpicara a ella sobre la falda de *cachemir* que usaba para viajar. Estaba ansiosa por llegar al hotel y darse un baño. Lo necesitaba. Además, quería

llamar a Peter. Le echaba mucho de menos, tanto que le dolía el corazón solo de pensar en él.

El *lobby* del hotel se presentó ante sus ojos con una majestuosidad extrema, tanta que no recordaba haber visto nunca nada tan espectacular como aquello. Los casi siete metros de altura se presentaban potentes con una decoración exquisita en la que no se atisbaba ni el más mínimo ápice de la cultura del país, salvo por los tenues y desgastados tapices que pendían desde el techo y mostraban sutiles escenas de la ceremonia del té japonesa. Dos enormes arañas de cristal pendían del cielo estrellado de la gran estancia, a ambos lados de la recepción, destellando miles de haces luminosos contra las grandes superficies acristaladas de las paredes. El mobiliario, estilo *Luis XV*, formaba pequeños reductos en los que algunos clientes engalanados departían alegremente, ante la atenta mirada de los discretísimos empleados del hotel. Los tonos amarillos del color corporativo de la marca reinaban por doquier, tanto en los acabados de las tapicerías como en los adornos florales naturales colocados milimétricamente sobre las mesillas de té.

Nada estaba fuera de lugar y nada sobraba. Tampoco faltaba nada, aunque a Frances le hubiera gustado que Rogger hubiera elegido un hotel en el que estuviera más presente la cultura japonesa y no tanto los convencionalismos a los que estaban acostumbrados en *Nueva York* y que disfrutaban a cada paso. A Frances siempre le había atraído mucho el misticismo de la cultura nipona y echó mucho de menos sentirla entre aquellas paredes.

Caminó como una diva, sobre el alfombrado, bamboleando sus caderas, atrayendo las miradas indiscretas de algunos clientes que la reconocieron a su paso. Se apoyó sobre el mostrador de madera blanca de la recepción y escuchó a Rogger sorber su propia saliva mientras departía en un perfecto inglés con el nipón que lo atendía.

El sonido era asqueroso y a Frances se le revolvió el estómago, asqueada. No comprendía cómo una persona de su condición podía tener un *tic* tan sumamente desagradable.

El director del hotel, un menudo señor de unos cuarenta y cinco años perfectamente peinado y vestido al estilo occidental con un traje gris perla y una camisa blanca, en contraste con el amarillo de su rostro y como no, de su

corbata, salió a recibirlos en persona. Sus zapatos brillaban por el exceso de betún y su pelo, perfectamente recortado, desprendía olor a limpio. El hotel estaba acostumbrado a alojar a altas personalidades y Frances entraba dentro de esa categoría.

—Bienvenidos a nuestro hotel —les saludó en un perfecto inglés.

Extendió una fuerte mano a cada uno de sus dos nuevos huéspedes, y agilizó los trámites de registro.

—Deseo que tengan una feliz estancia —continuó—. Cualquier inconveniente con el que se encuentren, no duden en ponerse en contacto con cualquiera de nuestros empleados. Les atenderán gustosos.

Apostada detrás de Rogger, Frances hizo un ademán con la cabeza en señal de agradecimiento. Su agente sonrió, mostrando unos dientes amarillentos por el tabaco.

Enseguida apareció un botones, con su característico traje y gorro rojo, y les guió hasta el ascensor. Frances se levantó las gafas con disimulo, tras la espalda de Rogger, que gracias a su corpulencia, le ocultaba de las miradas indiscretas, y estudió el estado de sus ojos en los espejos que decoraban las paredes del habitáculo. Dedujo que necesitaría una buena capa de maquillaje, o de lo contrario brillaría más por su mal aspecto que por ser una de las modelos internacionales más famosas del mundo.

El ascensor alcanzó la última planta del edificio, y salieron directamente al interior de un vestíbulo enmoquetado y decorado con estilo. La puerta de su suite estaba flanqueada por dos esculturas de la *Venus del Nilo*, con sus imponentes curvas sobre dos mesas de cristal adornadas con rosas frescas de color blanco. Dos enormes espejos sobre las mesas completaban la decoración. Todo el conjunto aparecía en una composición perfecta.

El botones introdujo la llave en la puerta y ésta se abrió a un mundo de espectacular belleza. La suite tenía cinco estancias perfectamente definidas distribuidas en un total de ciento veinte metros cuadrados. El salón ocupaba la parte central y tres grandes ventanales daban acceso a una gran terraza desde la que se podía observar todo el *skyline* de *Tokio*, la ciudad que los recibía.

Imponentes camas de dos por dos metros presidían los dos dormitorios dobles, cada uno con su baño con todas las comodidades y vestidor privado.

Arañas de cristal refulgían en los altos techos, bañando todas las estancias con haces de luz coral.

El mobiliario, de estilo *Luis XV*, en perfecto estado de conservación daba al salón un aire noble y sofisticado. Las cortinas, los cojines y el resto de enseres de decoración en una mezcla de tonalidades amarillentas y anaranjadas, hacían que a la suite no le faltara el más mínimo detalle. El exceso de elementos se distribuía en la amplitud del conjunto sin que por el contrario diera la sensación de estar recargado.

A Frances le llamó la atención que ninguna de las estancias tuviera alguna reminiscencia japonesa. Lo mismo le había ocurrido cuando entraron al *lobby* del hotel. Era algo que le desilusionaba en extremo, pero tuvo a bien no hacer ningún comentario que pudiera herir la sensibilidad de Rogger, al que le había costado varios meses de negociaciones conseguir aquella suite. El hotel disponía de otro tipo de habitaciones libres en esa fecha, pero ellos querían, o más bien él quería, ya que a ella le daba igual, la intimidad que proporcionaba la suite presidencial. A saber qué argucias habría llevado a cabo para conseguirla. Frances prefirió no saberlas.

Cogió el auricular del teléfono colocado sobre una de las mesillas y solicitó a la amable recepcionista que le pusiera una conferencia con *Estados Unidos*. Necesitaba oír la voz de Peter.

Las trece horas de diferencia horaria hicieron que nadie descolgara el teléfono al otro lado de la línea. Recordó que le había comentado que tenía una operación prevista bastante complicada, así que desestimó volver a intentarlo otra vez.

Debía darse prisa, o no llegarían a tiempo a la embajada estadounidense, donde el embajador y su señora, ofrecían una recepción a la que también asistiría el primer ministro japonés, en su honor, dándole la bienvenida al país que los acogía. Una auténtica pesadez a la que no podía, sin embargo, faltar. Tras dos horas aproximadamente de reunión, acudirían nuevamente al hotel para cambiarse otra vez de vestuario y acudir a la fiesta de inauguración de una revista japonesa que se lanzaba al mercado internacional.

Rogger tenía milimétricamente organizados los siete días que iban a pasar allí, y Frances se preguntó si habría tenido a bien dejarle algunas horas libres para descansar y visitar el país. Cuanto menos, se merecía eso, después

de lo lejos que se encontraba.

Estaba sumamente agotada, los ojos se le caían de sueño y el *jetlag* causaba estragos en su perfecta figura. Decidió darse un baño.

—Rogger, ¿has avisado para que vengan a ayudarme? —inquirió, elevando la voz, a la vez que encendía el grifo del agua caliente de la bañera de su cuarto de baño.

Rogger estaba en la terraza, quemando pitillo tras pitillo, y no se enteró de primeras de lo que le gritaba su representada.

—¡Frances! —le llamó—. ¿Me estás hablando?

Apagó el cigarrillo contra el poyete de la terraza, dejando una marca oscura que intentó eliminar con la mano untada en saliva. No lo consiguió. Se secó sobre la pernera del pantalón y una nueva mancha se añadió al traje.

—¡Frances! —volvió a gritarle.

Ésta se asomó por entre la puerta entreabierta, con una toalla liada que dejaba sus piernas al descubierto y unos senos apretados pugnando por salir. Rogger la miró impávido, deseoso por esa tierna carne. A sus cuarenta y nueve años jamás había estado casado y las relaciones que había mantenido con algunas mujeres, siempre habían sido infructuosas. Nunca había estado enamorado, salvo de una persona. Y la tenía delante, semidesnuda, insinuándose ante sus ojos.

Emitió el sonido absorbente nuevamente, desviando sus pensamientos a lo que Frances le estaba diciendo.

—Rogger. Te preguntaba si has contratado el servicio de ayuda de cámara. Tengo mucho que organizar y no tenemos tiempo, así que me vendría de escándalo que alguien me echara un capote.

Pensó sugerirle su ayuda, pero resultaría grosero hacerlo.

—No te preocupes. Está todo organizado. Avisaré para que suba alguien.

Por lo general, todas las modelos de su categoría siempre llevaban consigo durante los viajes a personal de su servicio para que le ayudara a vestirse, peinarse y maquillarse, entre otras cosas, pero ella no lo hacía nunca. Cuando estaba en *Nueva York*, en su casa, su cuartel general, era María quien le echaba una mano. Pero Rogger nunca le había permitido que le acompañara en sus viajes, y prefería contratar a alguien en el lugar de destino a tener a otra señora importunándole y de la que tener que estar pendiente.

Transcurrieron unos segundos y la puerta sonó, con un ruido muy suave producido por unos enclenques nudillos. Una minúscula señora se asomó a través de la puerta del dormitorio de Frances y se presentó, elevando la voz al darse cuenta que ésta se encontraba metida en la bañera desbordante de espuma y con una toalla helada sobre los ojos.

—Bienvenida, señorita.

Alzó su tímida voz para que le oyera.

—¡Pase! ¡Estoy en la bañera!

Frances olía a sudor tras varias horas encerrada en el avión, y a sexo. Todavía recordaba la cara de Peter desgarrada por la noticia de su marcha. Le había dolido mucho su primera reacción pero al final las aguas se habían calmado y la reconciliación había sido maravillosa. Solo de pensarlo se encendió en deseo y no tuvo más remedio que modificar sus pensamientos porque su entrepierna se estaba hinchando preparándose para el acto que no podría culminar hasta siete días más tarde cuando se reencontrara con él. Estaba húmeda, muy húmeda.

La doncella entreabrió la puerta y se encontró a una hermosa mujer cuan larga era metida en la gran bañera, con la cabeza apoyada en una toalla y otra sobre su cara. Frances se la apartó y vio cómo la minúscula señora de piel ocre bajaba la cabeza y con una sutil caída de pestañas, le saludaba.

—Me llamo Misoko.

Hablaba en un perfecto inglés aunque por sus rasgos no podía negar su procedencia oriental.

—Voy a ser su doncella durante los días que se encuentre usted aquí.

Tenía los ojos medio cerrados, tras unas gafas que seguramente habían vivido mejores días. Enfundada en un uniforme azul celeste con adornos en color amarillo se mantuvo inmóvil en el umbral con sus manos entrelazadas sobre el delantal hasta que Frances le hizo pasar.

—Mikono, por favor.

—Disculpe, señora. Me llamo Misoko —le corrigió.

—Perdone. Misoko —rectificó—. Mire.

Señaló hacia el exterior, concretamente hacia la cama junto a la que el botones había dejado el equipaje.

—Vaya abriendo la maleta roja mientras yo termino de asearme y saque

el traje de coctel malva. Vaya usted planchándolo, por favor. Después, en la maleta grande encontrará un vestido de fiesta turquesa al que también hay que darle un repasito porque dentro de unas horas me lo voy a tener que poner.

Misoko se sintió abrumada ante la retahíla de la americana. No estaba acostumbrada a tanto estrés.

Para cuando terminó de refrescarse, Misoko ya había abierto el equipaje y estirado sus vestidos sobre la gran cama. Envuelta en una minúscula toalla, con el pelo húmedo enroscado en otra a modo de turbante se acercó a la caja fuerte donde introdujo unas cuantas joyas al amparo de la seguridad que ésta le prestaba.

Rogger la observó desde la distancia a través de la ranura de la puerta entreabierta que la doncella había olvidado cerrar al acceder al dormitorio de Frances y se excitó.

Su representada era realmente hermosa. Desde el primer día que unieran sus fuerzas para potenciar su carrera, Rogger había estado enamorado de ella. Nunca le había comentado nada al respecto. Ni siquiera se le había insinuado, pero la tensión sexual que sentía por ella cada vez era más irreprimible. Tremendamente desgarradora.

Decidió separarse de la puerta evitando que alguna de las dos mujeres se diera cuenta de su agravio y se sentó en uno de los sillones estilo *Luis XV* a tomar un coñac. Tenía la garganta reseca. Encendió un cigarro, inhaló profundamente el humo y cerró los ojos imaginándose a su representada acostada entre sus piernas.

La brisa mezclada con una gran nube negra producto de la elevadísima polución le azotó la cara cuando decidió salir a la terraza obligándose a tranquilizarse. Pensar en Frances siempre le aceleraba el corazón, haciendo que pasara del simple trote de paseo al galope de un caballo desbocado.

Frances apareció veinte minutos más tarde, enfundada en un estrecho vestido malva sobre unos altísimos tacones. El bolso dorado de *Hermés* completaba su exquisito atuendo. Unas minúsculas lágrimas de diamante

adornaban sus orejas.

—Rogger, estoy lista.

Se acercó a él mientras apuraba el cigarro.

—Estás preciosa, Frances.

Soltó un silbido que asustó a Misoko enfrascada en sus quehaceres.

—Oh, Rogger —dio un manotazo al aire quitándole importancia al asunto—. Eres un adulator.

Rogger le sirvió una copa de champán y brindaron por los días que venían por delante plagados de reuniones, entrevistas y fiestas. Los compromisos sociales, a fin de cuenta, era lo que más les interesaba, sobre todo a él que con sólo levantar el teléfono y hacer unos mínimos contactos recibía importantes beneficios. De hecho, con los compromisos sociales era con lo que ambos más dinero ganaban.

Los pases de moda, a él le generaban muchos quebraderos de cabeza, y cada vez más, ya que el mundillo estaba tornándose bastante complicado para una modelo de la talla de Frances. Los veintiocho años de su representada hacía que muchos diseñadores ya no quisieran contar con ella al preferir a muchachas mucho más jóvenes y con un caché menos desorbitado.

Sonó el teléfono y a través de la línea privada que les unía con recepción, les avisaron que la limusina había llegado. Frances se puso ante el espejo, se pasó la palma de la mano por su melena recién peinada para recolocar algunos díscolos mechones que se habían movido por el viento y se repasó el carmín de los labios.

—¿Así vas a ir? —le preguntó, señalando la chaqueta manchada de Rogger.

Se pasó la mano por la solapa y después por la pernera del pantalón, intentando limpiar la suciedad incrustada.

—Esto no es nada —dijo, quitándole importancia al asunto.

Frances lo miró contrariada sin comprender cómo una persona que se dedicaba a llevar la vida profesional de una modelo podía ser tan descuidada con su apariencia.

Salieron por la puerta sin echar cuenta de Misoko, enfrascada en el planchado del traje de gala que un par de horas más tarde, ella luciría durante la fiesta que se celebraría con motivo de la inauguración y próxima

distribución a nivel mundial de una revista de moda japonesa.

13

Ashley se levantó temprano y con buen talante aquel día. Había llorado durante toda la noche, vaciando sin consuelo las lágrimas de sus ojos. Unos ojos que amanecieron hinchados y enrojecidos por la falta de sueño y por el esfuerzo desmedido.

A pesar de todo ello, se sintió en paz consigo misma. Era el primer día, después de tantos meses, que se levantaba animada, jovial y con unas ganas tremendas de echarse a la calle y ver pasar al mundo a su alrededor. Ella misma se sorprendió de su actitud tan positiva y se sintió mal por ello.

—Buenos días, Marisa —le saludó, plantándole un fortísimo beso en la mejilla rosada y regordeta.

Marisa no tuvo más que sorprenderse y dejar el cuchillo y la patata sobre la encimera de mármol de la cocina. La observó, con ojos críticos, extrañada por tan alegre recibimiento, y no tuvo más remedio que alegrarse por «*su niña*». Parecía que aquél iba a ser un buen día. Menos mal, pensó, después de la agónica noche que habían pasado Carlo y ella escuchándola debatirse con su propia pena, envuelta en un mar de lágrimas.

—Buenos días, cariño. ¿Te preparo algo para desayunar, «*mi niña*»?

La dulzura de sus palabras envolvió los pensamientos de Ashley, que afirmó con un movimiento enérgico de cabeza.

—Está bien. —Continuó su discurso sin hacerle mucho caso—. Te prepararé un café y unas tostadas. ¿Te apetece también un *croissant*?

Ashley negó con la cabeza, mientras hojeaba el periódico sobre la mesa de la cocina. Pasó las hojas por gusto, a sabiendas que no pensaba leer el periódico. No le interesaba ni lo más mínimo las penas de los demás, cuando ella llevaba la suya propia, cargada en la espalda como una gran losa difícil de manejar.

Gozó del café y saboreó la rica mermelada de albaricoque que Marisa le untara sobre las tostadas. Incluso lamió las yemas de sus dedos, pringadas con tan rico manjar. Marisa, por su parte, reanudó la tarea, con el corazón rebosante de felicidad al ver a su preciosa «*niña*» con un talante mucho más

positivo que el de días pasados.

—Marisa, eres una estupenda cocinera.

Sus palabras sonaron sinceras. Sonrió, mostrando las perlas de su boca manchadas ligeramente por la pringosa mermelada.

—Y, ¿qué vas a hacer ahora?

La duda le corroía las entrañas, pesarosa por si Ashley se encerraba nuevamente en la habitación y retomaba la mala costumbre que había adquirido de llorar.

—La verdad es que no lo sé —dudó—. Puede que vaya a *Central Park* otra vez.

Marisa sonrió sin que Ashley pudiera verle.

—Me parece una idea estupenda.

Continuó pelando patatas, de espalda a la muchacha que continuó hablando.

—Ayer lo pasé bien allí. Quizás le diga a Carlo que me acerque. Me apetece correr un rato.

—Eso es lo que tienes que hacer.

Se dio la vuelta y se dirigió a ella, con el cuchillo en la mano, apuntándole.

—Hace un día espléndido —le animó—. No hace mucho calor. Además, ya sabes que el sol revitaliza a cualquiera.

Se acercó y le besó la mejilla, limpiándole la comisura de los labios manchada de mermelada. Ashley recordó su infancia, cuando todas las mañanas antes de ir al colegio, Marisa repasaba sus labios y los de Anthony con los dedos buscando alguna señal de suciedad. Siempre fueron inmaculadamente vestidos, con la ropa perfectamente planchada y sin ninguna mancha, y todo se lo debían a Marisa, que nunca los había abandonado.

Ninguna de sus amigas de la infancia se había llevado tan bien como ellos con el personal que sus remilgadas madres tenían contratado. Salvo ellos, todas trataban al servicio con desprecio. Se sentían superiores a ellos, y se lo hacían saber. Sin embargo, sus padres, estando en vida, siempre trataron a Carlo y a Marisa con sumo respeto y obligaron a sus hijos a hacerlo también, cuidándoles cuando estaban enfermos y haciéndoles partícipes del

mismo nivel de vida del que ellos disfrutaban.

Cuando los anfitriones fallecieron, Anthony y ella siguieron viviendo con la pareja que se convirtió para ellos en sus segundos padres. Carlo siempre había sido algo más reservado que Marisa. Incluso después de tantos años, lo seguía siendo. Sin embargo, sabía que los había querido con pasión desmedida y que se cortaría un brazo por ellos si hiciera falta. En ese momento, sólo podía hacerlo por ella. Le embargó nuevamente la pena y sus ojos se nublaron repentinamente.

Marisa percibió que algo raro estaba deambulando por la mente de Ashley y le obligó a levantarse e irse a preparar.

—Yo avisaré a Carlo, cariño.

—Por cierto, Marisa. ¿Ha llamado Frances? Me extraña no tener noticias tuyas.

—¿Pero...? —titubeó—. ¿No está en *Japón*? Creo recordar haberle oído decir algo el otro día...

Dudó de si lo había escuchado o se lo había contado alguien.

—Sí, pero me extraña que no haya dado señales de vida. Generalmente, suele llamar cuando está fuera.

Echaba de menos a Frances, una de las pocas y mejores amigas que le quedaban de la infancia. Comprendía que su profesión era muy caótica y que tenía que aprovechar los años de juventud, ya que al cabo de dos o tres más, no sabía qué iba a hacer con su vida. Seguramente dejarían de llamarla tanto para desfilas y acudir a actos de presentación, cuando las arrugas producidas por los años fueran haciendo estragos en su escultural figura.

—¡Anda! —le instó—. No te preocupes, que llamará en cualquier momento. ¡Anímate! —le apremió—. Ve preparándote, que en cinco minutos Carlo estará listo, por la cuenta que le trae...

A Ashley el comentario le hizo gracia. Marisa azuzaba mucho a Carlo y se pasaba la mayor parte del día exigiéndole quehaceres para mantenerlo entretenido.

Decidió por fin levantarse de la silla y dejar las penas para otro momento. Le apetecía salir a correr, y no iba a permitirse decaer otra vez en ese momento, aunque el demonio rojo que se asomaba sobre su hombro izquierdo, le instara a ello.

Se lavó las manos en el fregadero, aun sabiendo que a Marisa no le gustaba que lo hiciera y se dirigió al vestidor de su dormitorio, presta a encontrar una camiseta limpia y unos *leggings*.

Media hora más tarde, Carlo la dejó justo al lado del *Metropolitan Art Museum*, entre la Quinta Avenida y la Calle Setenta y nueve y accedió al trote en *Central Park*, ese pulmón verde de la caótica ciudad en la que residía.

14

El sueño reparador le había sentado de maravilla. Cuando a las cuatro de la tarde del día anterior, definitivamente los tres mil caballos de su *Porsche 911sc* se pusieron en marcha, Grant se sintió aliviado. La reunión con los Hugg le habían dejado extasiado, y el encuentro desafortunado con Michelle, preocupado. Se levantó de la cama con esos dos temas martilleándole en la mente, y se obligó a olvidarlos para no condicionar sus dos días de asueto.

A pesar de encontrarse de vacaciones, no redujo su actividad física, con la que se sentía muy comprometido. Tras avisar a Chad, éste se personó a las seis menos cuarto de la mañana en su domicilio, un cuarto de hora antes de la hora acordada y comenzaron con el ejercicio. La ausencia de maquinaria obligó a la improvisación.

—Buenos días, Chad —le saludó, cuando con los ojos todavía pegados, le abrió la puerta. Se estaba colocando una camiseta.

Grant encendió las luces del gran salón y despejó de inmediato el suelo de muebles con el fin de tener el espacio suficiente para enfrentarse al ejercicio.

—Buenos días, Grant. Espero que hayas dormido bien y estés preparado.

Calentaron los músculos durante un cuarto de hora preparándose para el ejercicio.

—Vamos a comenzar con unas abdominales. Pocas, la verdad. —Le retó—. Con sesenta series de diez es más que suficiente.

Lo dijo con demasiada indiferencia. Grant no lo conocía lo bastante bien para saber si era un farol o no. Que hablara en serio era discutible. Lo que decidiría la respuesta de Chad era si lo creía o no.

Grant sonrió, aceptando el reto sabiendo de antemano las consecuencias que más tarde de ello se pudieran derivar.

Grant se tumbó sobre la suave alfombra persa colocada en el centro de la habitación, cubriendo el suelo de granito blanco. Chad se arrodilló sujetándole los pies con rigidez con sus anchas manos, tobillo contra tobillo, como si de un bloque de hormigón se tratara. Comenzó a moverse. Uno, dos

tres,...

El marine se había tirado un farol y nunca pensó que su pupilo pudiera aceptar el reto. Se equivocó. Grant era un hombre muy tozudo y nada se le resistía. Chad valoró sobremanera la fuerza de voluntad de su alumno.

—Supongo que después comenzaremos con las flexiones —insinuó con la garganta reseca por el esfuerzo. Estaba empapado en sudor tras trescientas abdominales que le obligaron a descansar momentáneamente.

Se secó con la toalla la cara y se levantó la camiseta adherida al cuerpo, palpando su estómago que parecía esculpido en mármol, sintiendo bajo la rugosa piel de sus palmas los músculos perfectamente definidos a punto de estallar de lo hinchados que estaban. Le dolía el abdomen.

Se quitó la camiseta empapada en sudor y el contacto de su piel húmeda con el suave pelo de la alfombra le hizo cosquillas. Se sintió feliz a pesar de la paliza que se estaba metiendo. Recordar cómo estaba hacía un año aproximadamente, con más kilos de la cuenta, le motivaron a continuar.

—¡Venga! —le animó Chad—. ¿O ya te has cansado?

Su actitud desafiante le volvió a poner las pilas y reanudó la marcha hasta alcanzar la quinientas sesenta abdominales. Los últimos movimientos le hicieron rugir con un sonido gutural que emanó desde las profundidades de su garganta intentando impulsar a su organismo a terminar el ejercicio.

—... quinientas cincuenta y siete, quinientas cincuenta y ocho, cincuenta y nueve... ¡Venga! —Chad gritó y el sonido retumbó en toda la estancia—. Quinientos sesenta,...

Grant se dejó caer desfallecido, su espalda pegada a la alfombra, el abdomen y los flancos hirviendo de dolor, el sudor resbalando por cada uno de los pliegues de su hinchida musculatura. No fue capaz de alcanzar las seiscientas abdominales y la frustración se apoderó de sus ojos, cegados momentáneamente por el dolor.

—Llegarás a hacer mil abdominales —aseveró—, algún día. Ya verás.

Bebió agua fresca directamente de la botella que había colocado junto al sofá y sintió cómo el rico manjar discurría apremiante por su reseca garganta.

Chad aprovechó para estirar las piernas entumecidas por el largo rato que había estado sujetando las de Grant. Abrió la ventana del salón y una brisa de aire fresco inundó la estancia saturada de testosterona.

—La vista desde aquí es espectacular —apuntó y señaló al horizonte hacia la gran extensión que se mostraba ante él.

—La verdad es que sí. No me puedo quejar.

Se levantó con sumo dolor y se acercó a su entrenador. El contacto de la brisa con su torso desnudo húmedo por el sudor le provocó un escalofrío que hizo endurecer sus pezones.

Volvió a beber agua y el simple hecho de tragarla le reventó de dolor la garganta. Se agarró el flanco derecho con la mano y lo presionó intentando desentumecerlo.

—Con el tiempo te sentirás mejor. El cuerpo se termina acostumbrando al dolor y dejas de sentir —apostilló—. Dará igual que hagas mil o dos mil. Tu cuerpo no se resentirá.

—Estoy agotado. —Se arrepintió de pronunciar aquellas palabras—. Llevo dos días a tope.

Grant esbozó nuevamente una mueca de dolor al intentar abrochar el cordón suelto de su zapatilla. Chad se regodeó por dentro sin que su oponente supiera lo que todavía le esperaba. Odiaba a aquellos clientes que le contrataban y a la mínima de cambio se echaban para atrás, asustados por el dolor que unas simples agujetas les inferían a su cuerpo.

Sin embargo, Grant era diferente. Un hombre tozudo, tenaz y con una gran fuerza de voluntad y ánimo de superación. Por eso, y solo por ello Chad se aseguraba de exprimirlo al máximo cada día.

Respondía bien a sus exigencias y cuando lo hacía, era porque todavía podía dar algo más de sí. Siempre se podía dar algo más. Incluso cuando se notaba que las fuerzas iban a flaquear y el aire no te entraba con fluidez en los pulmones, siempre había que sacar fuerzas de donde no las hubiera y dar un poquito más. Eso era algo que a él le habían enseñado en sus duros y largos entrenamientos durante su época de marine. «*¡No hay dolor!*», le gritaba el instructor en jefe a cada mínima muestra de decaimiento. A Grant, cualquier día le propondría pruebas más duras. Sabía que las desarrollaría con esfuerzo y sobre todo sin rechistar. Antes, no obstante, debía superar la que le iba a plantear en ese instante.

—El peor dolor no es el de los músculos, Grant, sino el que nos hace la persona que más queremos —le dijo cuando le vio masajeándose el abdomen

adolorido. Chad lo sabía. En sus propias carnes—. Está bien —afirmó—. Tenemos que continuar. El tiempo se va volando.

Le dio la espalda y entró nuevamente en el salón. Levantó con una sola mano la pesada mesa de centro y la colocó delante del sofá. Grant le observó con los ojos abiertos como platos cuestionándose cuál de las múltiples torturas de Chad tendría que soportar. Estaba claro que lo hacía porque quería y porque estaba viendo importantísimos resultados sobre su antaño deformado cuerpo. De lo contrario, hubiera desistido hacía tiempo como le había sucedido a Brandon, cansado de soportar una tortura humillante, como él la llamaba. Sin embargo, el deporte para Grant, se había convertido exclusivamente en compromiso y tenacidad.

Chad colocó una toalla estirada sobre la superficie de mármol italiano de la mesa para protegerla y se tumbó bocabajo mostrándole a Grant el ejercicio. Éste lo observó impávido sabiendo que la tarea no presentaba demasiada dificultad. Tenía que hacer flexiones con los pies apoyados sobre la superficie de la mesa, con lo que éstos quedaban a más altura que los hombros.

Sonrió mostrando una gran hilera de dientes blancos perfectamente alineados. Se esperaba más, la verdad. Flexiones estaba más que acostumbrado a hacer. Se ratificó en que no era un ejercicio complicado.

—¿Has comprendido el ejercicio?

Chad se levantó del suelo rápidamente y recogió una toalla que se colocó alrededor de su ancho cuello del tamaño de su muslo.

—Perfectamente. Ya estoy acostumbrado a las flexiones. Recuerda que ya he realizado alguna vez cuarenta sesiones de diez.

Hizo una mueca con los labios y masajeó sus bíceps preparándolos para la tarea. Si de algo se sentía orgulloso era de sus prominentes bíceps que se insinuaban potentes bajo cualquiera de sus trajes chaqueta armándolos a la perfección. De su estómago duro y cincelado a la perfección, también.

—Veo que te acuerdas bien. Pero, esta vez sólo vamos a hacer doscientas flexiones.

Grant recibió con alivio número tan bajo. Al parecer Chad le iba a perdonar parte de su ejercicio como compensación al exceso del anterior.

Se equivocó. Y mucho. Desde la primera bajada, sus brazos se

resintieron haciendo que su cuerpo temblara durante la subida. Sus ochenta kilos de peso se acumulaban en sus hombros haciendo que sus maltrechos brazos no fueran capaces de soportar tanta carga. Al instante comprendió a la perfección el por qué de tan reducido número. Resopló, transmitiéndose a sí mismo las fuerzas que sabía que no tenía.

El sudor le chorreó por toda la espalda por el valle de su columna como si de sus nalgas naciera una fuente que iba a parar a su nuca y después a su cara escociéndole en los ojos.

—¡Puedes parar!

Chad fue rotundo. Sin embargo, Grant desoyó sus palabras.

—¡Te he dicho que pares!

Los músculos tensionados de su espalda se relajaron cuando Grant se dejó caer sobre la suavidad de la alfombra persa, con un charco de sudor bajo el cuerpo. Tendría que decirle a Teresa que la enviara al tinte cuando regresara.

—Como puedes comprobar, este ejercicio es muy, muy duro. Desde el primer movimiento has estado resentido. Temblabas como una nenaza. Solo has sido capaz de hacer cinco sesiones. Muy poco la verdad —rio descaradamente a pulmón lleno.

La mente del marine vagó en su propio pasado.

—Recuerdo que cuando yo estaba en el cuerpo nos obligaban a hacer mil flexiones como estas bajo un chorro de agua helada a presión golpeándonos la espalda hasta que la piel de los bíceps se nos agrietaba de la hinchazón.

Grant movió la mandíbula con intención de hablar, tensando los músculos de la cara en una mueca de dolor.

—Te prometo que algún día...—sus palabras sonaron con tanta rotundidad que se sorprendió— yo seré capaz de superar eso aunque yo no sea marine ni tenga intención de pertenecer al cuerpo.

Grant odiaba la guerra y todo lo que tuviera que ver con ella.

—De eso que no te quepa la menor duda —le desafió—. Algún día.

Confiaba cien por cien que algún día Grant llegaría a realizar ese ejercicio y cuantos otros se propusiera, pero para eso todavía faltaba más entrenamiento.

Terminaron las dos horas de intenso ejercicio con unas sentadillas para

fortalecer la musculatura de las piernas y con un ejercicio de resistencia. Con los brazos en cruz, los pies cruzados y las piernas levantadas del suelo un palmo, Grant aguantó diez minutos notando cómo su tripa se endurecía por la tensión de aguantar el peso de sus extremidades inferiores, la espalda rígida contra el suave alfombrado.

Para cuando Grant terminó la instrucción, Chad ya había recogido todo su material. Tomó un trago de agua y se dirigió hacia la salida, dejando a Grant con la respiración entrecortada, dando bocanadas de aire que llenaban su pecho adquiriendo dimensiones megalómanas. Estaba orgulloso de la actitud emprendedora de su pupilo.

Cerró la puerta con el bolsillo lleno de billetes justo cuando el teléfono comenzó a sonar en el interior de la vivienda, y se dirigió a *Brooklyn* donde le esperaba otro rico cliente.

Grant se apresuró a descolgar el auricular arrastrándose por el suelo del gran salón evitando cualquier movimiento brusco que dañara su maltrecha musculatura. Su boca no tuvo fuerzas para contestar, empeñada en captar la mayor cantidad de aire que llevar hasta sus desesperados pulmones.

—Grant.

La voz de Brandon retumbó en su oído y se separó el aparato. Soltó un gruñido en señal de respuesta.

—¡Joder, tío! Otra vez me has dejado tirado —le riñó—. Me he pasado una hora esperándote para nada, como el otro día. Eres un cabrón.

—Perdona.

Respiró hondo, buscando el aire que le faltaba, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Ayer llamé a tu oficina y hablé con tu secretaria. Yo no tengo la culpa de que no os comunicuéis.

La respiración de Grant era entrecortada. Su garganta pugnaba por encontrar aire fresco y rugía a cada intento. Le dolía el pecho con cada movimiento y los tendones de sus anchos hombros le tiraban a punto de romperse.

—¿Estás bien?

Brandon se asustó. Su amigo presentaba un estado lamentable a través de la línea telefónica.

—Sí, sí... —El sonido de su voz era apagado, casi sin aliento—. Acaba de marcharse Chad y me ha dado una paliza como siempre.

A Brandon le costaba oír su voz entrecortada a través del auricular y se lo hizo saber.

—Tío, como no me hables más alto, no me entero.

A Grant nunca le había gustado la manera de hablar de su amigo. Siempre se dirigía a él con expresiones como «tío» o «*colega*» y era muy mal hablado, despotricando tacos a diestro y siniestro sin venir a cuento la mayoría de las veces.

—Te decía que Chad acaba de marcharse. —Resopló—. Me he tomado unos días de descanso y no me apetecía tener que ir al gimnasio, así que hemos hecho la sesión aquí, en el salón.

—¿Ahí solitos, eh? —Rio—. Como dos tortolitos...—se burló.

Grant se encendió de furia, la misma que le invadiera cuando en el *Enrico* insinuara que se debía haber acostado con Frances Beresford, la modelo que asistió a la inauguración de la *Sammuel Johnson Art Gallery*. Brandon no tenía remedio y su humor grotesco cada día le desagradaba más.

—No seas cabronazo, Brandon.

Al final, hablar con Brandon suponía tener que adquirir el mismo lenguaje malsonante que él empleaba.

—¡Ya está bien! —vociferó y a su interlocutor no le quedó más remedio que separarse el auricular de la oreja para no dañar su oído—. ¿Algún día vas a madurar? —le recriminó.

—¡Uy, uy, uy,...! ¡Cómo estamos hoy! Perdone usted, señorita —se burló nuevamente.

La verdad es que era cierto. Estaba que echaba chispas, más por la repelente actuación de su amigo que por el cansancio y el dolor infringido a su maltrecho cuerpo.

—¿Qué quieres esta vez? —preguntó. Su tono hilarante viajaba a través del cable—. ¿Qué tripa se te ha roto?

Utilizó su mismo sarcasmo aunque, a diferencia de él, Brandon no se lo tomó a mal y no le dio la importancia que Grant pretendía con sus palabras.

—Te llamaba para invitarte a almorzar este mediodía en el *Enrico*. Sally se ha marchado a casa de su madre y hay que aprovechar los momentos de

soledad, que tú sabes lo acaparadoras que se vuelven las mujeres.

Su tono lascivo insinuó que la conversación iba a adquirir derroteros por los que a Grant no le hacía ni pizca de gracia pasar.

—Bueno —apreció—, ya ni te acordarás...

Rio descaradamente y Grant se apartó el auricular de nuevo.

—Se te habrá olvidado cómo usarla...

—¡No seas cerdo!

Las carcajadas de Brandon retumbaron a través del aparato, irritándole.

—Seguro que estarás con alguna pelandusca y no me lo quieres decir... —insinuó—. Macho, si esos jadeos no son por una mujer, me decepcionas.

Grant no soportaba más la actitud de Brandon. Colgó el teléfono que comenzó a sonar de inmediato martilleando sus oídos. No quería escuchar más sandeces. Tardó en contestar.

—¿Qué quieres? —bramó.

Brandon sintió que debía moderar el tono de la conversación o su amigo cogería un rebote de tres pares de narices.

—Nada hombre, tranquilízate. —Intentó calmarle—. Te llamaba por si querías limar asperezas en el *Enrico*. Yo voy a salir ahora a correr un rato por *Central Park*. No tengo que ir a la oficina hasta las cinco. Me imagino que después del tute que te has dado no tendrás ganas de venir, ¿no?

Grant sopesó la propuesta de Brandon. Estaba extasiado y lo que era peor, cabreado con la actitud desafiante de su amigo, al que apreciaba como a un hermano a pesar de que a veces le dieran ganas de degollarle vivo.

Pero se conocía a la perfección y si no se obligaba a salir de casa, al final, el aburrimiento lo invadiría y se pondría a leer los papeles que había cogido de la oficina. Quería comenzar a estudiar una serie de informes.

AshTon Business Process Management estaba comenzando a tener problemas financieros considerables. Según las malas lenguas, sus propietarios pasaban mucho tiempo fuera de la abrumadora gestión empresarial, llegando incluso a abandonar la empresa que se mantenía a flote gracias a la intervención del bufete *Devon&Markus Solicitors*. *AshTon Business Process Management* siempre había estado considerada como una de las multinacionales más punteras en el mercado de las telecomunicaciones y algo grave tenía que estar sucediendo para que las pérdidas millonarias de

los últimos meses hubieran llamado su atención.

Si bien, *World Wide Building Corporation* se dedicaba a la compra de inmuebles a bajo coste para su posterior rehabilitación y rentabilización o la construcción de viviendas que más tarde, la empresa alquilaba para obtener beneficios, esta vez a Grant, no sólo le interesaba el solar, ubicado en el centro neurálgico de *Wall Street*, en una de las manzanas más lujosas, prestigiosas y caras de la ciudad, sino que pretendía adquirir la empresa y, de esa forma, reforzar su capital de actuación e impulsar una nueva línea de desarrollo empresarial.

Los días de descanso se convertirían entonces en días de trabajo fuera del despacho, y no iba a consentir que eso le sucediera. Su obsesión por el trabajo tenía que desaparecer, al menos por un par de días, o la vida se le iba a perder en un suspiro, sin experimentar nada más que la satisfacción que le proporcionaba su buen hacer en el trabajo.

No viajaba casi nunca, a excepción de los viajes de negocios que lo mantenían en cualquier punta del mundo por escasas horas, las justas para entrar en una reunión en la que tenía que participar y salir nuevamente con celeridad al aeropuerto para tomar el avión de regreso a *Nueva York*.

Durante su corta carrera había visitado prácticamente todo el mundo, pero de ninguna de las ciudades tenía el más mínimo recuerdo. De hecho, en ninguna había dedicado ni cinco minutos a recorrer sus calles y/o a conocer a sus gentes. En absoluto.

Eso tenía que cambiar. A sus treinta y tres años, la vida empezaba a acelerar su ritmo y el tiempo pasaba más deprisa, prácticamente en un suspiro, y no quería convertirse en otro señor Hugg, podrido de dinero y queriendo todavía más.

Tenía la vida resuelta, propiedades a diestro y siniestro que le proporcionaban la solvencia económica que su posición requería, y el corazón vacío. Estaba arrepentido de haber terminado su relación con Michelle la tarde anterior, más que nada por ella, por el daño que pudiera haberle hecho y que no se merecía en absoluto. Sin embargo, por otra parte, se sentía contento, liberado de algo que sabía que nunca iba a tener un futuro cierto.

Sus encuentros sexuales esporádicos con ella le reportaban un placer

momentáneo y una frustración posterior que terminarían arruinándole el alma. No la quería. De hecho, nunca la había querido, pero enroscarse con ella de vez en cuando le permitía desahogar sus instintos masculinos más profundos. Pensó en ella y la bragueta de su pantalón de deporte comenzó a abultarse, queriendo salir de la cárcel de sus calzoncillos.

—Está bien, Brandon. Acepto la propuesta. Voy a darme una ducha —estaba chorreando en sudor, las gotas recorriéndole la espalda y el pecho hasta ocultarse bajo la cintura del pantalón— y dentro de una hora te veo en *Central Park*, junto al *Metropolitan Art Museum*, entre la Quinta y la Setenta y nueve.

—¡No tardes! —apuntó, y ambos amigos no tuvieron más remedio que reírse a boca llena por el comentario.

Colgaron el teléfono y Grant se arrastró como pudo hasta el cuarto de baño, agradeciendo en parte la invitación de Brandon y arrepintiéndose por otra por el esfuerzo que le esperaba. Estaba agotado y se prometió que esa tarde se la pasaría entera tumbado en el sofá, viendo la televisión, ese aparato que se mostraba imponente en el salón y que no recordaba desde cuando no encendía. Quizás estuviera estropeado por la falta de uso.

La ducha le reportó el aliento suficiente para calzarse unos pantalones cortos azules de deporte, una camiseta gris de algodón y las zapatillas *Nike*. Sus preferidas.

La nevera seguía vacía, los armarios con anorexia por falta de alimentos. Echaba de menos a Teresa. Gracias a Dios, la tarde antes le había avisado que regresaría a la mañana siguiente, así que se ahorraría de entrevistar a nadie.

Bajó acelerado y se acercó todo lo rápido que sus mermadas fuerzas permitieron al *Chateaubriand*. Pidió un café para llevar y un par de bollos con mantequilla y mermelada. Si Chad le viera engullendo de esa manera, le castigaría con cinco mil quinientas abdominales y otras tantas flexiones.

Rio por dentro, sólo de pensar en la reacción de su entrenador y se tuvo que sujetar con fuerza el abdomen conteniendo el dolor que le producía el espasmódico movimiento.

15

Las luces del techo le cegaron cuando tras quince horas de quirófano Peter entró en su despacho. Llevaba toda la noche operando a un niño de diez años extrayéndole un importante tumor que estaba empezando a dañar su cerebro.

Odiaba tener que intervenir a los niños, esas jóvenes personitas de las que se presuponen tienen que tener una salud de hierro con la que afrontar la vida. Pero las circunstancias del destino habían hecho que el pequeño acabase en sus prodigiosas manos y tuviera que sufrir una traumática intervención que lo mantendría postrado en cama durante muchos meses. Una auténtica lástima que se veía recompensada por el éxito de la operación.

Se consideraba un buen neurocirujano, quizás uno de los más reconocidos de todo el país, y eso, en parte, le alegraba.

Estaba extasiado, con ganas de salir del hospital. Su prestigio le avalaba y no había nada que le gustase más en la vida que hacer el bien a los demás. Pero el olor a formol y a desinfectante, y las interminables horas que tenía que pasar de pie ante la mesa de operaciones dentro del quirófano terminaban provocándole dolor de cabeza y sobre todo de pies.

Se sentó en su sillón de piel y comenzó a redactar el informe antes de marcharse. Su profesión implicaba saber cuándo era la hora de entrada al hospital, pero nunca la de salida. Miró el reloj de pared y observó que eran más de las ocho y media de la mañana. Debería llevar en casa más de una hora, desde las siete. Tenía sueño, mucho sueño, y un hambre atroz. Tanta, que si la mesa fuera un sándwich lo devoraría con gusto.

Echaba de menos a Frances. No había conseguido hablar con ella desde que se marchara a *Japón*. Le embargó la preocupación, provocándole tal angustia que sus ojos se humedecieron de lágrimas recordando el último encuentro que habían compartido.

Estaba desesperadamente enamorado de Frances y le echaba de menos a cada segundo de su existencia. No poder verla a diario le martirizaba y le encogía el corazón convirtiéndolo en un trapajo viejo a punto de ser tirado a la papelera. La amaba de manera sobrehumana, como jamás en su vida había

querido a ninguna otra mujer.

Continuó redactando el informe, muy positivo gracias a la buena actuación de su equipo de neurocirugía y de sí mismo. No se podía quejar, ni lo más mínimo, de todas aquellas enfermeras y médicos que lo acompañaban en su labor. Él tenía la mayor de las responsabilidades y todos lo respetaban con admiración y valoraban su esfuerzo y honor.

—¡Doctor Heiss!

Dio un respingo, envuelto en la atmósfera tibia y adormecedora de su despacho.

La puerta de la oficina se abrió ligeramente y la imagen de una muchacha de rizado pelo negro y figura alargada apareció a través de la ranura. Bianca se asomó a través del hueco, la cara enrojecida por la vergüenza.

—Hace unos minutos le ha llamado el señor Legendree.

La cabeza de Peter comenzó a procesar la información, abstrayéndose momentáneamente del papeleo que tenía delante de sus narices. Apoyó el borde de la pluma sobre su carnoso labio inferior y Bianca se ruborizó ante tan sensual fotografía.

—¡Ah, sí!

Hacía un par de meses que no sabía nada de Brandon. En los últimos tiempos su comportamiento venía siendo un tanto grosero y lo intentaba evitar. Seguramente, su estado de ánimo y su conducta se debían a un matrimonio infeliz con Sally. ¡Pobre Sally, la que le había caído! Nunca había pretendido ahondar en el tema, pero lo que sí era cierto es que la actitud de Brandon rayaba la insolencia. Se pasaba horas hablando de sexo, cosa que antes siempre había sido un tema tabú, y se había vuelto soez y muy malhablado. El cambio había sido brutal en muy poco tiempo.

—¿Qué quería, Bianca?

—Me ha pedido que le llame cuanto antes, a ser posible, antes de las nueve.

Peter escrutó el reloj y vio que todavía estaba a tiempo de telefonarle. Pensó no hacerlo, y así alargar más el encuentro con su amigo, pero definitivamente consideró que huir del tema no era la solución más adecuada. Parecía un chiquillo, a pesar de que su edad ya le decía lo contrario, intentando escaquearse de recoger la mesa o de sacar la basura.

—Muchas gracias, Bianca.

La muchacha cerró la puerta despacio, sin hacer ruido.

—¡Bianca, por favor! —le llamó—. Ya que está aquí, antes de que se vaya, me gustaría que archivara estos papeles.

Recogió unos documentos de entre la montaña de papeles que tenía sobre la esquina superior izquierda de su mesa y se los entregó a la secretaria.

—Son los informes de las operaciones que se llevaron a cabo la semana pasada. Separe por favor, las altas y clasifique los historiales de todos aquellos pacientes que todavía siguen ingresados.

La joven accedió y tomó los folios entre los brazos, apoyándoselos sobre los pechos, que aumentaron de tamaño intentando salir por la abertura de su bata de trabajo.

Peter admiró vehementemente por primera vez la figura de Bianca. No era guapa, ni lo más mínimo. Su cara era más bien feúcha y las gafas apoyadas sobre la nariz no le resaltaban los ojos grises, demasiado saltones. Tenía una buena figura, ni gorda ni demasiado delgada, sí algo desproporcionada, con largas piernas y brazos muy cortos. Su trasero era prominente, igual que sus senos lo más destacable en ella. Unos pechos turgentes y apretados bajo un sujetador más pequeño de lo normal, que le hacía un canalillo que se convertía un tanto apetecible.

Cuando aún no conocía a Frances, alguna vez había soñado en acostarse con Bianca. Nunca lo intentó, pero su cabeza siempre idealizaba el momento de tener a Bianca entre sus brazos, haciéndole el amor con desenfreno y tomando en sus manos aquellos pechos voluptuosos.

Todos sus compañeros estaban liados con alguna enfermera del hospital o bien con alguna secretaria. Le criticaban por no hacer lo mismo. Sus colegas consideraban que la mejor manera de conciliar la vida profesional y la personal era acostándose con alguien que trabajara en su mismo entorno.

Pero la atracción por Bianca nunca había sido la suficiente como para que él se lanzara a la piscina. Habría acabado estrellándose si definitivamente hubiera decidido empezar una relación con ella. De eso estaba totalmente seguro.

Frances apareció en su vida como el que no quiere la cosa. Acudió a la consulta del doctor Frápoli, un neurólogo italiano compañero suyo hacía unos

tres años, aquejada por un fortísimo dolor de cabeza que la mantuvo en cama durante cuatro días seguidos. El doctor Frápoli evaluó su caso, llegando a la conclusión de que sufría crisis de migraña. Sin embargo, para asegurarse, la envió a la consulta de Peter, para que éste le hiciera un estudio neurológico más completo.

Peter quedó prendado de la modelo al instante, cuando la vio entrar por la puerta de su despacho, con sus caderas bailando al son de las notas de la suave brisa que penetraba insolente a través de la ventana entreabierta. Lucía con elegancia un traje chaqueta color verde agua sobre unos altísimos tacones y un sombrero de paja natural bajo el que se asomaban unos bucles de pelo negro como el azabache.

Los ojos de Peter tardaron en reaccionar ante maravillosa escultura andante y sintió cómo se derretía en deseo cuando las esmeraldas que ella tenía por ojos le recorrieron el cuerpo de arriba abajo, escrutándole.

Su cara le era conocida. No había portada en la que no apareciera o programa que no demandara su presencia. Compartir el pequeño espacio libre de su despacho hacía que el ambiente se viciara por completo. Sentir la cálida y suave piel de su frente a través de las yemas de los dedos le produjo descargas eléctricas por todo el cuerpo que le erizaron la piel y le abultaron la entrepierna, mientras que sus pulmones luchaban por encontrar el aire que no conseguía captar a través de las fosas nasales, cerradas a cal y canto, impresionado.

La trató con sumo cuidado durante la exploración y le realizó varias pruebas rutinarias que descartaron nada grave más allá de una simple jaqueca producto, seguramente, del intenso estrés al que estaba sometida.

Se reunieron una vez al mes durante los tres meses siguientes con el fin de evaluar el tratamiento que él le había recetado, siempre a última hora de la tarde, ya que en esos momentos el hospital estaba más vacío y se podía garantizar la más absoluta privacidad de la modelo, a la que los fotógrafos y periodistas no dejaban ni a sol ni a sombra.

Peter ansiaba recibir su visita y Frances, por su parte, estudiaba con anhelo el calendario deseando que el doctor la recibiera.

Su tercer encuentro fue decisivo para ellos. Cuando a las nueve de la noche ambos se disponían a salir del hospital, abrigados por la oscuridad de

la noche, Frances le propuso tomar un café y Peter aceptó.

Tuvieron que hacer malabares para esquivar a los paparazzi apostados a las puertas del hospital para immortalizar la salida de la súper-modelo. Frances lo hizo oculta tras unas grandes gafas negras escoltada por su representante, un hombre orondo y con muy malas pulgas que manoteó a diestro y siniestro tapando los objetivos de los fotógrafos. Peter, por su parte, no tuvo mayor problema, al no ser carne de cañón para la prensa amarillista.

Ambos se reunieron una hora después en un reservado de un restaurante, en la otra punta de la ciudad, después de que el coche de Frances hubiera dado esquinazo a los paparazzi y Peter llevara esperando más de media hora, creyendo que no iba a aparecer.

Al primer encuentro le siguieron muchos otros, algo más largos que el anterior, hasta que finalmente no pudieron resistir el estar separados y probaron suerte dando un paso más comprometido en sus vidas.

Mantuvieron la relación oculta durante los tres años que ya duraba. Incluso Peter, por seguridad, no había pronunciado el nombre de la modelo a ninguno de sus amigos. Tan sólo se refería a ella como «*mi chica*» y todos se preguntaban si realmente la mujer existía. Por su parte, Frances había hecho lo mismo, y con todo el dolor de su corazón, ni siquiera a Ashley, casi más hermana que amiga, le había hablado del médico que le tenía robado el corazón.

—Cuando termine se puede usted marchar —continuó—. Me imagino que habrá pasado una noche bastante complicada.

La muchacha sonrió, mostrando unos dientes desalineados que le afeaban aún más el rostro. Odiaba las guardias, sobre todo entre semana.

—La verdad es que sí, doctor Heiss. Estoy muy cansada hoy —se quejó—. Tengo muchas ganas de llegar a casa, darme una ducha calentita y meterme en la cama. Los párpados se me cierran y estoy harta ya de tanto café.

Se despidieron. Peter se acomodó nuevamente sobre el sillón y marcó el teléfono de Brandon. Comunicaba.

Lo intentó de nuevo cinco minutos más tarde y seguía comunicando así que se levantó, cerró el maletín y se dirigió al aparcamiento del hospital a recoger su *Jaguar*, un modelo biplaza *E-V12 Roadster* de los años setenta,

regalo de su padre.

El elevado tráfico de la mañana hizo que tardara más de la cuenta en alcanzar su domicilio, en el *Upper East Side* de *Nueva York*, próximo a la Quinta Avenida.

Llamó nuevamente a Peter nada más llegar, a las nueve menos diez. Su voz jovial le animó.

—¿Qué pasa, chaval? ¡Cuánto tiempo! ¡Estás perdido!

—¿Qué tal? —El tono de Peter era mucho más calmado, agotado por la larga noche de duro trabajo—. La verdad es que sí. He estado muy ocupado.

—Te he llamado por si te apetece venirte a correr un rato por *Central Park*.

La alegría de sus palabras animaba hasta al más decaído.

—Tengo la mañana libre. Sally se ha marchado a casa de su madre.

Parecía que fuera a hacer una fiesta por ello.

—La verdad, Brandon, es que estoy agotado. He pasado una noche muy complicada, en una operación de más de quince horas, y lo único que me apetece es asearme y meterme en la cama.

Bostezó y Brandon lo percibió a través del auricular, obligándole a bostezar a él también a pesar de llevar levantado varias horas.

—¡Anímate, hombre! He estado hablando con Grant y se ha apuntado también. Luego vamos a ir al *Enrico*. Yo invito. —Insistía con una voz que a Peter le pareció un tanto estridente por el volumen que tenía—. ¡Venga! —Le azuzó—. ¡Anímate!

Dudó qué hacer. La verdad es que no le apeteecía nada darse una paliza, pero el hecho del reencuentro con sus dos viejos amigos le animó parcialmente, ya que a Brandon era casi mejor perderle de vista. No había visto a Grant desde hacía bastante tiempo y sentía curiosidad por saber de él. Aceptó.

—Está bien. ¿A qué hora habéis quedado? Más que nada, lo necesito saber porque tengo que cambiarme y al menos tomar una buena taza de café, o mis ojos no van a resistir.

—Dentro de diez minutos, a las nueve, junto al *Metropolitan Art Museum*, entre la Quinta y la Setenta y nueve.

—Te veo ahora.

Peter colgó el auricular, cortando la llamada y dejando a Brandon con la palabra en la boca. No tenía mucho tiempo para prepararse y necesitaba el tiempo suficiente para alcanzar *Central Park* a pie, dada la proximidad existente entre su vivienda y el parque. No le apetecía lo más mínimo tener que arrancar el coche, que por cierto debía llevar a revisar, porque le estaba fallando de vez en cuando la caja de cambios.

16

La brisa otoñal de los últimos días de Septiembre azotó la cara de Grant, junto al *Metropolitan Art Museum*, a la espera de Brandon. Esta vez era él el que se retrasaba.

Se arrepintió de haber aceptado la propuesta de su amigo desde el mismo instante en que puso el pie en la calle y sintió cómo su cuerpo no respondía a la información que le transmitía su cerebro. Andar para él se había convertido en un martirio. Su musculatura, prominente, intentaba salir por entre la tela de algodón de su camiseta gris desgarrándole a jirones su bronceada piel, más tersa que la superficie de una pandereta. El mínimo roce de la ropa le profería un dolor inaguantable. No imaginaba cómo iba a soportar la sesión de *footing*.

—Buenos días.

No reconoció la voz de quien le saludaba a su espalda.

—¿Ya no te acuerdas de mí? —inquirió Peter.

Grant se alegró de ver a su querido amigo. Hacía mucho que no sabía nada de él.

—Pero...—dudó—. ¿Qué haces aquí? Por lo que veo, vienes a lo mismo que yo, a correr un rato.

—La verdad es que sí. He quedado con Brandon. ¿Te acuerdas de él?

Se rio de su propio chiste.

—¡Cómo no! Yo también he quedado con él. No me había dicho nada de que tú venías.

Ambos hombres se alegraron al verse y se dieron sendos golpecitos en la espalda a modo de saludo que a Grant le retorcieron de dolor, haciendo que su cara se contornease en una mueca.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó mientras arrugaba el entrecejo ciñendo las cejas preocupado—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, sólo un poco cansado, nada más.

Le avergonzaba decir que estaba derrengado tras el ejercicio matutino.

—Por lo que veo, entrenas bastante, ¿no? Has aumentado mucho el

volumen de tus músculos desde la última vez que te vi.

De hombros anchos, pectorales pronunciados, estómago liso como una tabla y fuertes brazos, Peter no se quedaba atrás. Tenía un cuerpo perfectamente musculado, igual que él, aunque ese día no se le marcaban tanto como a Grant, que los tenía excesivamente hinchados tras el entrenamiento.

—La verdad es que sí —afirmó—. Al final te hice caso y contraté a Chad.

—Muy buena elección. No te vas a arrepentir. —Esbozó una sonrisa, mostrando el perfil de sus dientes—. Con el tiempo te vas a dar cuenta de que aunque es muy duro, a la larga consigues de ti lo que se propone.

Grant rio, sujetándose con la amplitud de sus manos abiertas el abdomen.

—La verdad es que sí. Yo nunca imaginé que me iba a exigir tanto, pero estoy notando los resultados por días.

—¿Has empezado ya las macrosesiones de abdominales y flexiones? —preguntó—. Eso es lo que a mí más me costó. Ahora ya estoy hecho un experto.

—Sí, por eso estoy así. Tengo el estómago con más agujetas que otra cosa. Los brazos machacados. Hoy me ha hecho hacer flexiones con los pies elevados sobre la mesa... Creía que me moría.

Peter rio descaradamente, recordando a la perfección su sufrimiento del pasado.

—Como te he dicho, Grant, eso es sólo al principio. No te quiero asustar —lo hizo con sólo pronunciar esas palabras y arrugó el ceño inquieto—, pero yo ya estoy haciendo ejercicios que no te puedes imaginar lo durísimos que son. Al final, como dice Chad, el dolor no existe, y se hacen perfectamente.

—Ya, me imagino.

Grant no sonó muy convincente, aunque en su fuero interno, sabía que Peter tenía razón. Con Chad, todo era sufrimiento, pero a larga, los resultados eran más que apreciables y nadie mejor que él para corroborarlo.

Conversaron animadamente esperando a Brandon que tardaba en llegar. Oyeron la sirena de una ambulancia y alzaron la vista en la dirección del sonido donde multitud de personas comenzaban a acumularse para cotillear lo sucedido.

Brandon llegó minutos después, con el corazón en un puño y la cara descompuesta.

—¡Buenos días, chicos!

Su cara era un poema y mostraba signos de preocupación y cansancio.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Peter. Se extrañó que su habitualmente jovial y dicharachero amigo, se mostrara compungido y preocupado.

—Nada. —Quitó importancia al asunto—. Vengo un poco impactado por el accidente que acabo de ver. Una mujer ha fallecido al chocar su vehículo contra un camión que se encontraba mal aparcado en doble fila.

Resopló y se pasó la mano por la cara intentando recomponerse.

—Lo he visto todo con mis propios ojos. No han podido hacer nada por salvarle la vida.

Comenzaron a trotar, campo a través, bordeando el *Reservoir*, el lago más grande del parque y enfilaron los más de dos kilómetros y medio de la pista para correr que lo bordeaba. Grant y Peter escoltaban al preocupado Brandon que iba en el centro.

Grant se percató de que *Central Park* estaba lleno de vida. Las ardillas correteaban por entre los parterres, buscando cobijo o algún fruto seco que echarse al hocico. Las señoritingas del *Upper East Side* caminaban, impertérritas, delante de las *nanis* con sus bebés dentro de cochecitos de último diseño. Todo era abrumador. Hacía mucho tiempo que no acudía a correr por el parque y sintió que el agobio producido por el exceso de gente a su alrededor le oprimía el pecho.

El camino estaba a rebosar de ciclistas y joggers ávidos de energía, deseosos, como ellos, de ejercitar sus cuerpos. En una ciudad como *Nueva York*, el sobrepeso, según qué clases, se estaba convirtiendo en pecado mortal, algo que Grant conocía a la perfección. De lo contrario, no se machacaría a diario con Chad en el gimnasio y no se encontraría corriendo junto a sus amigos después de la paliza recibida minutos antes en su casa. Odiaba la grasa en su cuerpo. Se recordó a sí mismo, meses atrás, con varios kilos de más, y eso le dio fuerzas para continuar. Como dijera Chad, el dolor no existía. ¿Era eso verdad?

Pronto la conversación derivó a temas más banales. Peter inició la charla.

—Y a ti, Grant. ¿Cómo te va?

—La verdad es que voy tirando. Más o menos como siempre. Con mucho trabajo, demasiado. No paro.

La respiración de Brandon era cada vez más alta y entrecortada.

—Brandon —le instó Peter, dejando a Grant con la conversación a medias—. Acostúmbrate a respirar por la nariz y no por la boca. De esa forma te vas a agotar enseguida.

—¡Ahá!

No llevaban ni cinco minutos de carrera. Brandon marcaba el ritmo, más bien algo lento para el gusto de los otros dos, pero su cuerpo no daba más de sí. Necesitaba cualquier excusa para salir de casa y no hacerlo solo, y al final, proponer la sesión de *footing* no había sido muy acertado por su parte.

Se arrepintió de lleno de haber tenido la idea.

No tenía tanto fondo como Peter y Grant, obsesionados con el ejercicio. A él, con su hora de pádel tres veces por semana, le era más que suficiente. No le importaba lo más mínimo que su figura se estuviera redondeando a pasos agigantados y que una incipiente barriga le estuviera obligando a cambiar totalmente su vestuario. Mucha de la ropa ya no le quedaba bien. A los pantalones les faltaba una cuarta para abrocharle y las americanas no le entraban.

—No sé por qué dices de venir a correr —le reprendió Grant— si luego no puedes ni con los huevos.

Los tres hombres rieron a la par, Brandon con un claro signo de dificultad, con la cara colorada como un tomate mientras que los otros dos iban más frescos que una lechuga recién cortada.

—Y ¿tú? ¿Qué tal con tu chica?

—Fenomenal. Es lo mejor que me podía haber pasado en la vida.

Los ojos de Peter desprendían un amor reverencial hacia la persona que compartía sus días.

—A ver cuándo me la presentas —le instó Grant, que todavía no había tenido el gusto de conocer a la susodicha. Peter era una persona demasiado reservada para determinadas cosas, y en lo que a su vida privada se trataba, guardaba los secretos con sumo recelo.

—Algún día te daré la sorpresa.

—¡Sí, ya...!

Brandon estaba ahogado, los ojos desorbitados y no tuvo más remedio que parar. Se agachó, apoyando las palmas de las manos sobre sus rodillas doloridas por el impacto contra la pista, emitiendo pitidos al intentar introducir aire en sus pulmones.

—¿Estás bien?

Peter se acercó a él y le apoyó una mano sobre la espalda, buscando el latido de su corazón.

—Sí,..., emm...—resopló—. Sí. No te preocupes. Sólo necesito descansar un momento y me pongo en marcha otra vez.

—Si ves que no puedes —comentó Grant—, nos damos media vuelta y punto.

Movió la cabeza y torció la boca con una ligera mueca, indicándole a Peter lo arrepentido que estaba de haber accedido a la invitación. Estaba malgastando su precioso tiempo de descanso en algo que no le estaba reportando ningún tipo de satisfacción. A él le gustaba correr, eso sí, pero no tener que llevar un coche escoba tras él. Brandon no tenía remedio.

—No, no, en serio —apuntó. Parecía que su respiración se iba normalizando poco a poco—. Enseguida estoy a punto otra vez.

Vieron pasar a una muchacha ajustada en unos *leggings* negros que se adherían a la perfección a sus insinuantes curvas, con una camiseta sin mangas de amplio escote que permitía ver un profundo y sensual canalillo.

Los tres giraron la cabeza, admirando la belleza de aquella mujer, desafiándose con la mirada. Peter y Grant comenzaron la carrera, tras ella.

Grant admiró la curva de la espalda de ella, terminando en unas nalgas firmes y apretadas contra la licra del pantalón. Sus ojos se desorbitaron ante el maravilloso espectáculo y Peter lo miró con ojos pícaros de niño bien. Grant le sonrió afirmando con un sencillo movimiento de cabeza que compartía la opinión que su cerebro estaba rumiando. Se excitó bajo los pantalones y se puso celoso por cuantos hombres pudieran tocar aquellas maravillosas posaderas. Se imaginó envuelto en las largas piernas de aquella mujer, amoldándose a su cuerpo, aferrándose a su carne trémula...

Brandon los alcanzó segundos más tarde, emitiendo un silbido apagado, abstrayéndole de la placentera ilusión que le estaba azorando de arriba abajo todo el cuerpo.

—¡Menudo bombón!

Las palabras de Brandon obligaron a Grant a abrir el pozo de sus celos más ocultos.

—¡Cállate! ¡Te va a escuchar!

Peter se mostró tajante. Desvió la mirada y observó a Brandon, recorriendo con tórridos ojos el escultural cuerpo de aquella desconocida, babeando como un sabueso a la espera de un succulento hueso.

Grant llevaba los dientes apretados, la mandíbula y la cara en una fiera tensión, deseoso de arrancar con sus propios dedos los ojos a Brandon y abrumado por su actitud hilarante. Se puso celoso, incluso de los tímidos rayos de sol que penetraban a través de la arboleda y que bañaban la escultural figura de aquella dama.

Ashley se sintió azorada y avivó el paso, asustada por la actitud de los tres hombres que la perseguían. Reconoció a uno de ellos nada más verlo, al que iba a la derecha. Era el hombre en quien se venía fijando casi a diario en la terraza del *Enrico* desde hacía un par de meses aproximadamente.

Era puro músculo, con unas piernas que parecían dos robles y unos brazos esculpidos en acero.

El traje chaqueta le quedaba como un guante. Eso lo tenía más que comprobado en sus incursiones visuales que, desde el anonimato que le proporcionaba lo separado de sus mesas en la terraza del *Enrico*, hacía a diario hacia el cuerpo atlético del hombre.

Sin embargo, la almidonada americana no dejaba al descubierto —ni siquiera insinuaba—, la más mínima parte de lo que se entreveía a través de la delgadísima y húmeda tela de algodón de su camiseta. Nunca antes pudo imaginar la existencia de una belleza tan varonil como la de aquel hombre, cuyos ojos llevaba fijos a su espalda.

Se ruborizó sólo de pensar en lo que supondría estar enroscada en aquel cuerpo perfecto y no pudo evitar soltar un apagado gemido. Se sintió atraída por aquél adonis de admirable belleza, tanto, que su cuerpo comenzó a temblar de deseo, turbado por su presencia tan cercana.

Sintió pánico. Pánico de sí misma. Un miedo atroz que le recorrió con un helador escalofrío el valle de su espalda.

Miró al cielo, obligándose a cambiar de pensamientos, pero el rápido latir

de su corazón le indicaba que él estaba cerca, tanto que incluso podía sentir su aroma varonil alcanzándole las fosas nasales.

Su entrepierna se humedeció y se sintió turbada por ello. Hacía años que no tenía sentimientos tan fuertes por nadie, y menos aún, por un hombre al que no conocía de nada.

Su actitud era más el de una colegiala enfervorecida por el chico que le gusta que el de una señora de su clase al que la vida le había obligado a odiar irrefutablemente la vida marital.

Su corazón podría soñar con cuantas escenas de amor y pasión le diera la gana. Era libre y ella no lo podía controlar.

Pero eso no debía ocurrir con su mente, menos pasional, más fría y calculadora, encargada de apaciguar con determinación tales pensamientos. Tres años atrás su alma había derretido todo el interés por los hombres. Ahora, no quería a nadie que se lo volviera a recordar.

No. Ya no.

Así tenía que ser.

Avivó el ritmo obligándose a dejar su mente en blanco, evitando pensar en nada ni en nadie, y menos aún en el hombre del que, a pesar de negárselo a sí misma, le tenía cautivada.

Peter aflojó el ritmo, esperando a Brandon que pugnaba con el aire por una bocanada de oxígeno para sus débiles pulmones.

Por su parte, Grant desvió el rumbo, alejándose del grupo, ante la atónita mirada de sus compañeros. Necesitaba meditar y la actitud irreverente de Brandon le estaba sacando de sus casillas. Le dolían las piernas, demasiado cargadas por el impacto contra la dureza del suelo.

Decidió parar y se tumbó en el césped. Sintió su frescura mezclada contra la humedad de su espalda. Cerró los ojos y escuchó el devenir de la gran ciudad tamizado por entre las copas de los árboles. Arrancó una brizna verde con sus anchos dedos y dejándola deslizarse lentamente por su palma, entre los dedos abiertos, apreció la caricia de la minúscula hierba.

Sintió calor y se quitó la camiseta. Gotas de sudor perlaban su cuello y caían groseras por entre la curvatura de sus pectorales hasta perderse en la cinturilla del pantalón. El corazón le latía con fuerza, no tanto por la actividad física sino más bien por los sentimientos que habían bullido en su interior

minutos antes, inhabilitándole de toda cordura.

Su mente le obligó a serenarse después de la loca carrera que le había llevado hasta allí, hasta casi volverse loco de atracción por aquella sensual fémina. Volvió el deseo entre sus piernas y el vello de la nuca se le erizó.

Necesitaba tener a una mujer entre sus brazos, sentir el roce de su piel contra la suya. Estaba lleno de vacío por dentro, porque todo a su alrededor lo miraba a él, giraba en torno a él y sólo existía para él. Para nadie más. Y eso, determinó, no era bueno. En absoluto.

Nada podía consolarle más que la caricia de una mujer. Recordó a Michelle aunque ya no se arrepentía ni lo más mínimo de haber terminado su esporádica relación con ella. Michelle no era la mujer que él quería para sí.

Poco a poco, como una película que ha llegado a su fin, el cansancio le sumió en un sopor durante unos segundos en los que su mente vagó por entre las voluptuosas curvas de la mujer de la que se había enamorado a simple vista.

Un grito ahogado le despertó de su ensueño.

—¡Grant! ¿Estás bien?

Apoyó el brazo sobre el verdín para mirar en la dirección desde la que provenía la voz grave de Peter.

—¡Sí, ya voy!

Se levantó de un salto y se puso la camiseta al punto que comenzaba a dar los primeros pasos hasta la pista. Brandon estaba pálido, sin aliento, mientras que Peter parecía venir de tomar un café. Reanudaron la marcha, departiendo sobre banalidades hasta que ella volvió a aparecer y el corazón de Grant se paralizó nuevamente.

Brandon percibió por segunda vez la reacción de su amigo y desvió el rumbo cruzándose en su camino, obligándole a dirigirse hacia la dama que trotaba cual gacela por el monte.

Lo que sucedió después era más bien el prólogo de una película de acción con un final un tanto incierto. Grant trastabilló hasta tropezar con sus propios pies. Notó cómo su gran mole de peso caía lentamente abalanzándose sin descuido sobre el frágil cuerpo de la muchacha que se encontraba haciendo *footing* delante suyo, casi a su altura.

Brandon se jactó con su acción, pero se descompuso al momento,

preocupado por las consecuencias que de su actuación infantil se pudieran derivar.

Su amigo intentó esquivar a la muchacha, pero le fue prácticamente imposible. Agarró su delgada cintura con las dos manos con fuerza opresiva, como si de un balón de rugby se tratara, y giró su cuerpo protegiéndola con el suyo con el fin de evitarle una traumática caída y el peso de su cuerpo aplastándole el suyo.

Grant cayó sobre el costado dislocándose el hombro adolorido por el exceso de ejercicio matutino. El gruñido que emanó desde las profundidades de su garganta asustó a la mujer apoyada aún sobre él, aturdida por el impacto.

El hombro le reventaba de dolor. El cuerpo le atormentaba. Sintió que su respiración se le paralizaba.

Un grupo de señoras mayores se acercó rápidamente y los envolvió con la mirada. Una de ellas, la más joven de todas, ayudó a Ashley a levantarse mientras Peter con manos expertas evaluaba el imponente hombro de Grant. Brandon estaba cerca analizando la situación y arrepintiéndose, por segunda vez, de su acción.

—Perdóname, Grant. Voy a hacerte un poco de daño.

Peter se dirigió a él con gran servilismo, evaluando con manos expertas la gravedad de la lesión. Continuó exponiéndole la gravedad de la situación.

—Tienes el hombro dislocado y hay que recolocararlo cuanto antes. Te dolerá —le avisó.

Tomó un palo del jardín y le hizo morderlo con fuerza. Brandon sujetó el brazo estirado hacia arriba, siguiendo las instrucciones que Peter le ordenaba, mientras el médico dejaba que el peso de su cuerpo cayera sobre el hombro desencajado.

El alarido fue tan estremecedor que los gorriones de los árboles emprendieron el vuelo a gran velocidad, asustados. Las ancianas se llevaron la mano a la boca, atemorizadas y algunas de ellas, incluso, desviaron la mirada evitando ver la cara de Grant rota por el dolor.

Ashley contempló la situación a varios pasos de distancia, atendida por el resto de personas allí congregadas, hablando como cotorras de lo sucedido y ávidas de cualquier detalle con el que poder chismorrear más tarde. Le dolía

el cuerpo por el brusco golpe, pero en líneas generales, se encontraba mejor que el hombre que había tumbado sobre la arena del parque. Tenía la ropa manchada de barro y la gorra se le había desprendido de la cabeza.

Grant se fijó en ella, a través de las dos rayas horizontales que se dibujaban en sus apretados ojos, roto de dolor. Observó a la escultural hembra, de pie, en frente suyo y el dolor de su hombro recién colocado pareció adormecerse un poco.

Era absolutamente bella, de uno setenta aproximadamente de altura, curvas perfectas que invitaban al deseo. La melena dorada, oculta instantes antes bajo una gorra negra, luchaba contra el insolente viento. Sus ojos azules como el mar infinito resaltaban sus facciones y su tez morena refulgía en contraste con los diamantes que tenía por dientes.

Todo en ella era sensualidad y el magnetismo que desprendía le dejó traspuesto tras recuperar la posición de su hombro. Cuando despertó no recordaba si aquello había sido un sueño, más bien un delirio, o producto de la realidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Peter—. Te has desmayado cuando te he encajado el hombro.

Asintió a duras penas.

—Menos mal que estoy aquí —aseguró—. De lo contrario, la cosa podía haber sido peor.

Grant prefirió no imaginarlo.

—Hubieras tenido que estar con el hueso fuera de su sitio mucho más tiempo, hasta que llegaran los servicios de emergencia. Con la que hay montada más allá —continuó señalando al otro lado de la calle—, seguro que les hubiera costado bastante y el dolor, transcurridos unos minutos después del impacto, hubiera sido todavía más intenso.

—Grant, tío. ¿Estás bien?

La voz de Brandon sonaba apesadumbrada.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, Brandon, Grant es fuerte —le tranquilizó—. No hay más que verle cómo se está poniendo. Se recuperará pronto, en un par de días, tres a lo sumo.

Transmitió la información con rotundidad con la experiencia de un

profesional de su categoría.

—La cosa no ha sido tan grave como parecía en un principio.

Grant intentó moverse un poco, reajustando la posición de su brazo dolorido. Escuchar que iba a estar inactivo durante dos o tres días le revolvió el estómago. Se le acababan de fastidiar sus minivacaciones, por la estupidez de Brandon. Le fulminó con la mirada.

Entornó momentáneamente los ojos, cariacontecido, reajustando el grado de entrada de luz. El grupito de ancianas agolpado a su alrededor evaluaba en susurros la correcta actuación de Peter. Brandon, por su parte, colocado a su derecha, se mostraba contrito. Su semblante serio le recordó que por su culpa se encontraba en el suelo con el hombro hirviéndole de dolor. A pesar de todo, tuvo fuerzas suficientes para dirigirse a la *Venus* que tenía de frente.

—¿Está usted bien?

La voz de Grant fue dulce, más dulce que la miel y el sonido abrumó a Ashley, de pie, a la espera de que el hombre finalmente se levantara del suelo.

Se alzó, ayudado por Peter y sintió un sutil mareo que le obligó a recuperar asiento. Para cuando se puso de pie por segunda vez, la mayoría de su público se había marchado, a excepción de la anciana que acompañaba a la muchacha. La joven se mostraba ante él cual ninfa, con sus largas y bronceadas piernas, enfundada en unos apretadísimos *leggings* que se ajustaban a la perfección a sus voluptuosas curvas.

—Sí, sí, no se preocupe. ¿Y usted? ¿Está mejor?

La dulzura de sus palabras era la mejor medicina que podía recibir Grant.

—Si quieren, les acerco al hospital. Carlo está a punto de llegar.

Oír el nombre de un hombre hizo que Grant hirviera de celos.

—No se preocupe, señorita —le indicó Peter, agradeciéndole con un movimiento de cabeza el ofrecimiento—. Por cierto, ¿se encuentra usted bien? —le preguntó.

La muchacha asintió.

—Sólo ha sido un susto. El cuerpo de su amigo ha evitado el golpe.

Lo miró de soslayo, su mirada ardiendo en controlado deseo.

Ashley se dirigió nuevamente a Peter que parecía llevar las riendas de la conversación.

—¿De verdad que no quiere que les acerque al hospital? —insistió—. A mi chofer no le importará en absoluto. Faltaría más.

Grant suspiró aliviado. No llevaba anillo de compromiso y Carlo no era más que el nombre de su conductor.

—Muchas gracias, de verdad. No se preocupe.

La tranquilidad de las palabras del médico apaciguó su incertidumbre.

—Nosotros nos encargamos de todo.

—Está bien. Espero que la próxima vez, tenga usted más cuidado.

Rio buscando con sus profundos ojos azules la negra mirada de Grant, cegado por su delicada belleza.

Ashley reanudó el paso dirigiéndose a la Calle Setenta y nueve, junto al *Metropolitan Art Museum*, donde seguramente Carlo le estaría esperando malhumorado por su tardanza.

17

Carlo estaba apostado en la calle, apoyando su pie sobre la rueda del vehículo cuando Ashley llegó. Le miró enfadado. Entraron en el coche y arrancó veloz, sin pronunciar palabra, escrutándola a través del espejo retrovisor, a la espera de una explicación que no llegaba.

—Sabes que es muy difícil aparcar por aquí —le reprochó. Su tono de voz era agrio como el jugo de un limón—. Deberías saberlo.

Ashley no contestó, aturdida todavía por la caída. Su mente soñadora se había puesto a funcionar y recordaba a la perfección cada centímetro del cuerpo de aquel hombre que le había protegido de una caída de la que con seguridad, hubiera salido peor parada que él. Sintió lástima por su hombro. El alarido que había emitido cuando su compañero se lo recolocara le retumbaba en los oídos, como el tam-tam de unos timbales maoríes.

Se arrepentía de haber sido tan distante. Había vivido una película difícil de contar y más aún de creer. Las expertas manos de su atacante le habían quemado la piel de los costados y todavía sentía su aliento pegado a su cara. Le vino el olor de su perfume, fresco y almizclado, mezclado con el sudor. Jamás había visto a un hombre tan hermoso, y por eso, llevaba semanas fijándose en él.

—Emm... Lo siento, Carlo.

Tardó en disculparse, pensativa.

Palpó con la mano cada rincón de su cuerpo por donde había sentido aquellas enormes manos, y el rubor se apoderó de su rostro, presa del calor de su sexo.

Las palabras de Carlo le sacaron de su mundo plagado de contradicciones.

—¿Vas a ir al *Enrico* hoy?

—No creo, Carlo. Se ha hecho demasiado tarde, así que me quedaré en casa. La verdad es que estoy agotada.

El conductor se extrañó de que Ashley no quisiera acudir a comer al restaurante, como venía haciendo todos los días desde hacía un tiempo. Se

fijó en ella a través del retrovisor, y atisbó un ligero cambio en su rostro. Había algo diferente en él. Sus ojos lanzaban pequeños destellos brillantes perdidos hacía mucho tiempo.

—Ashley, cariño. —Carlo volvió a mostrar la misma dulzura de siempre—. Esta mañana ha telefonado Frances.

Miró su reacción a través del retrovisor.

—Ha pedido que le disculpes, pero le ha sido imposible llamar antes. Dice que ha estado muy ocupada. No le dejan ni respirar. Si ya digo yo, que estos japoneses son muy raros...

—¡Ahá!

Su respuesta fue insípida. La perorata de Carlo con su paternal voz le resultó incómoda, obligándole a abstraerse del recuerdo del hombre del parque.

—¿Te encuentras bien? —inquirió, la preocupación, patente en su voz.

—Sí, Carlo, no te preocupes —se justificó—. Como te comentaba antes, estoy cansada y sólo me apetece llegar a casa y meterme en la cama.

Miró al cielo, sin dejar de posar su vista al frente, para evitar cualquier accidente. Que Ashley no quisiera ir al *Enrico* y que nada más llegar a casa quisiera meterse en la cama, le hicieron pensar que lo que instantes antes había intuido había sido más producto de su imaginación que realidad pura y dura. Ashley seguía igual que siempre, y volvería a encerrarse en su dolor, evitándole a él y a Marisa que pudieran tener una noche entera de descanso reparador.

—¿Tienes que ir hoy a la consulta de la doctora Santini?

Reanudó la conversación. Conducir con Ashley en la trasera del coche se podía convertir en una tarea muy aburrida.

—La verdad es que no tengo cita, pero sí, creo que le llamaré y me acercaré un rato. Necesito verla.

Era la primera vez que Ashley decidía acudir a la consulta de la psicoanalista de motu propio. Por lo general, sus visitas se reducían exclusivamente a las interpuestas por la doctora.

Diez minutos más tarde, cerró la puerta de su dormitorio de un portazo, presa de una angustia que no había conseguido liberar durante su carrera matutina por *Central Park*.

Sus ojos vagaron en la inmundicia de sus recuerdos. Lloró angustiadamente, algo que se estaba convirtiendo más en una costumbre que en algo circunstancial. Lo hizo con desconsuelo, sin saber realmente el por qué de sus lágrimas, pero agradeciéndoles que salieran del pozo sin fondo en el que se almacenaban. Ese pozo que no se secaba nunca y que tanto daño le hacía.

Necesitaba, más bien era una obligación, expulsar toda la rabia y toda la impotencia acumulada por años, nada más que tres y librarse de una depresión que le estaba sumiendo en la mayor de las amargas.

El problema era que no sabía a ciencia cierta si quería salir de esa depresión. Se había convertido en una de sus mejores amigas, por no decir la mejor, con el respeto de Frances, ya que ésta casi nunca estaba cerca, salvo cuando sus compromisos profesionales se lo permitían.

Ashley sintió encontrarse frente a las puertas de la muerte, clamando por su presencia. Le entró un fuerte dolor de cabeza y sintió cómo su vida se oscurecía más y más ante sus ojos.

Pensó en el hombre del parque y se tranquilizó un poco. Recordarle le proporcionaba una paz difícil de encontrar por cualquier otra vía. Sintió placer sólo con pensar en sus ojos, profundos, negros como el azabache, recorriéndole todo su cuerpo, menudo, frágil, casi a punto de despedazarse. Soñó con él, a pesar de que no se había quedado dormida, y derramó lágrimas por el dolor de su brazo.

—Ashley, cariño. —Marisa se asomó por entre la puerta a medio abrir, preocupada—. Acabo de llamar a la consulta de la doctora Santini.

Ashley se giró en la cama, abrazando un cojín sobre su pecho.

—La enfermera me ha dicho que hoy no te puede recibir.

Suspiró observando la cara de decepción de Ashley, enrojecida por el llanto.

—Me ha dado cita para mañana a las diez.

Se giró sobre el costado, dando la espalda a Marisa, mientras ésta se acercaba y le acariciaba el pelo, húmedo por el llanto.

—¿Vas a comer algo, cariño? —le preguntó y le retiró una brizna de hierba de su larga melena algo descuidada.

—No tengo hambre, Marisa. Quiero estar sola.

—Pero, «niña». Que el desayuno lo tienes que tener ya en los pies... no has comido casi nada...

Su voz denotaba preocupación.

—Y encima has gastado muchas energías en el parque. Vas a terminar poniéndote enferma...

—Marisa, por favor, no insistas.

Lágrimas de desconsuelo hacían jirones la delicada piel bronceada de su mejilla, dejándole surcos en carne viva.

—Te voy a traer por lo menos un caldito —insistió determinante—. Esto no puede continuar así.

18

Miles de ojos pequeños y rasgados le observaban admirándola cual escultura en un museo. Se sintió incómoda y lo hizo saber. Obtuvo una amplia sonrisa por respuesta y la negativa de poder salir al exterior a tomar aire fresco. La estancia estaba viciada y el pesado calor reinante le estaba bajando la tensión. Le tenía que venir el período y le dolía la tripa, haciéndole retorcerse de dolor.

Nadie le hacía caso, el caso necesario que ella necesitaba para sentirse segura y no como un monigote al que admirar. Oteó con la mirada el horizonte, entre la baja estatura de los allí reinantes pero no encontró a Rogger por ningún lado. Sintió pánico. No entendía ni una palabra de lo que le decían y muy pocos hablaban inglés. Los que más, cuatro o cinco palabras mal pronunciadas con las que no podían construir, ni por asomo, una frase con sentido.

Era su segundo día en *Japón* y no paraba de ir de fiesta en fiesta. La noche anterior se había acostado a las cinco de la mañana, tras la inauguración de la revista de moda que se lanzaría al mercado la próxima semana. Ella iba a aparecer en portada, y al día siguiente habían quedado a las nueve de la mañana para comenzar la sesión fotográfica en un paraje natural a las afueras de *Tokio*.

El estrés le estaba pasando factura. No había podido todavía dormir, acosada por el *jetlag*, los fotógrafos y el maldito de Rogger, que le había organizado una agenda imposible de soportar.

Pasó una camarera demasiado baja y tuvo que agachar la cabeza para entender los gestos que le hacía. Frances comprendió al fin y cogió la copa de champán que le ofrecía la muchacha. Bebió sin contricción y cogió una segunda copa antes de que la camarera diera un paso al frente. Las burbujas recorrieron su garganta, saltarinas. Sintió un agradable cosquilleo y ello le permitió abstraerse un poco más de la fiesta, imaginándose a las burbujas con vida propia saltando descontroladas, tropezando con la campanilla.

Se le acercó un nipón, gordo, bajito y con unas gafas con cristales

gruesos como culos de vaso y le cogió del brazo, posando delante del objetivo de una cámara. Sonrió, alzando la copa al tiempo que el *flash* lanzaba un destello que le cegó por momentos.

Otra camarera, no sabía bien si la misma que la anterior, se abrió paso entre la muchedumbre justo delante suyo. Frances agarró una nueva consumición. La apuró en segundos, para poder coger una segunda. La tercera de la noche, si no contaba la que se había tomado con Rogger en la suite antes de salir y las dos o tres que se habían servido en la limusina para mitigar el aburrimiento durante el trayecto hasta las instalaciones de la *Mujirushi Ryohin* una cadena japonesa de tiendas de artículos para el hogar, ropa, complementos, comida e incluso muebles que abría sus puertas al mercado internacional y de cuya marca *Muji*, abreviatura de *Mujirushi Ryohin*, ella iba a ser imagen durante un año aproximadamente.

La gente allí congregada le observó pasear entre ellos y alguno que otro le solicitó en un inglés infortunado que se fotografiara con ella.

Tras el discurso inaugural, aburridísimo, en el que el presidente de la compañía, un japonés de no más de metro cincuenta, más delgado que un palillo y con los ojos saltones habló sobre los intereses de su compañía en el comercio exterior, éste se había acercado a ella. Lo soportó con paciencia extrema, escuchándole decir cada dos segundos que el nombre de *Mujirushi* significaba «sin marca», algo que a ella, realmente, le traía sin cuidado.

Durante la interminable perorata, había pensado en Peter, prestando sólo la atención superficial pertinente como para saber decir que sí cuando fuera necesario. ¡Cuánto lo echaba de menos en situaciones como aquella!

Su mente viajó a otra fiesta, diferente, pero igual de aburrida que aquella. Peter le rodeaba la cintura y ella se movía apremiada por él, bajo su protección. Aquél día se había sentido segura. En momentos como aquellos, era cuando realmente se daba cuenta cuánto amaba a Peter y cuánto le echaba de menos cuando no estaba cerca. Sus vidas tan dispares y un tanto complicadas les marcaban obstáculos en su relación, difíciles de superar, pero los ratos que pasaban juntos hacían que fuesen más fáciles de sobrellevar e incluso inapreciables.

Comenzó a sonar música y la gente se puso a bailar. Buscó con la mirada a Rogger que seguía sin aparecer. Seguramente, pensó, estaría revolcándose

con alguna mujer de ojos rasgados mientras ella hacia el paripé entre los asistentes.

La música era demasiado relajada para su gusto y un sentimiento de tristeza se apoderó de ella. Tomó otra copa. El champán fresco entraba muy bien. Luego otra más. Así hasta siete copas.

Se sintió mareada y no le quedó más remedio que hacerse paso entre la multitud. Necesitaba llegar lo antes posible al aseo de señoras para refrescarse un poco o acabaría desplomándose y dando un espectáculo para el que no le habían contratado.

Se sintió abrumada y le entraron ganas de llorar. Accedió al aseo dando un traspié al tropezar con un japonés orondo que le miraba con ojos desencajados por el pisotón que acababa de propinarle. Se disculpó con un movimiento de cabeza pero el nipón no mostró interés a sus excusas y salió despavorido hacia un gran grupo de invitados que había en el centro de la sala. Si el dolor estaba relacionado con el tamaño, pensó, el hombre tenía motivos suficientes para sentirse muy enfadado.

Giró sobre sus talones y accedió al excusado. Su vejiga perdía urgencia y se sentó en el váter. Había ingerido demasiado líquido.

Mil novecientos ochenta y uno era el año del color turquesa en *Japón* y ella había elegido dicho color en todas sus tonalidades para acudir a todas y cada una de las fiestas e inauguraciones a las que se veía obligada a asistir, con complementos de distintos estilos y diseños. Una auténtica obra de malabarismo con la que pretendía agasajar a todos y cada uno de sus anfitriones a lo largo de la semana. Le resultó un tanto complicado sostener tanta tela arremangada en su cintura. Los vestidos de fiesta que lucía habitualmente eran espectaculares, de los modistos más prestigiosos y reconocidos del mundo, pero a fin de cuentas, demasiado incómodos. Más aún, cuando tenía que sentarse en el váter.

Se retocó en el tocador, matizando las profundas ojeras que asomaban bajo la gruesa capa de maquillaje y regresó al gran salón, decorado mínimamente, atendiendo a la filosofía *Muji*.

—El turquesa le sienta muy bien señorita Beresford...

La voz resonó en sus oídos mezclada entre el murmullo ensordecedor de las voces de los asistentes que intentaban alzarla por entre el volumen de la

música. Sabía que reconocía aquel sonido vibrante aunque era incapaz de identificarlo con certeza. Pensó que quizá estaba soñando y oteó el horizonte siguiendo el rastro de aquella sibilante voz que se introducía en su mente invadiendo todos sus sentidos. No pudo seguir su rastro que se perdió entre la multitud murmurante.

Peter se escondió tras una columna revestida en travertino, observando a Frances, en su espectacular figura. Una sonrisa se dibujó en su cara al ver a Frances pensativa, con el ceño fruncido. Llevaba todo el día encerrado en un avión, más de veinte horas de largo viaje y dos escalas.

No había conseguido encontrar un billete directo con tan poco margen de actuación. Tras el incidente de Grant, había regresado a su apartamento apesadumbrado por la ausencia de Frances. Bastaron un par de llamadas para atar el organigrama de los próximos días y encontrar un billete rumbo a oriente. Estaba agotado, después de la operación, la carrera con Brandon y Grant y el extenuante viaje, pero reencontrarse con Frances y tenerla entre sus brazos mitigaría todo el cansancio de su cuerpo y le aliviaría su enfático deseo por ella.

Tuvo el tiempo justo para llegar al hotel, darse una ducha y acomodarse en el esmoquin antes de colarse en la fiesta, haciéndose pasar por periodista. Entrar no le resultó tan difícil como había pensado. Su buen porte y un mínimo dominio del japonés, le habían facilitado la tarea.

La sala estaba repleta. Miles de japoneses bailaban animadamente al son de una música demasiado melodiosa para su gusto. Frances destacaba entre la multitud, por su altura. Estaba preciosa, con un traje de noche color turquesa que realizaba sus curvas a la perfección.

La miró desde la distancia, embriagándose por lo espectacular de sus formas, deseando con premura recrearse en ellas en la intimidad. El escote insinuaba dos turgentes senos que pocas horas antes, unas cuarenta y ocho, había tenido entre sus manos, erectos, demandando su contacto, piel con piel. Tragó saliva varias veces deseoso de saborear aquellos pronunciados montículos que se escondían detrás del pronunciado escote.

Frances caminaba abstraída entre el público bebiendo azorada una copa de champán tras otra. La notó aburrida y su cara mostraba tal tristeza que sintió cómo su corazón se encogía por el impacto de tan cruel sentimiento.

Se acercó a ella sin ser visto. Consiguió acercarse lo suficiente, como para susurrarle un cumplido al oído y se escondió rápidamente tras otra columna vigilando su reacción. Frances buscó su voz con premura, sin saber a ciencia cierta si lo que había escuchado era real o producto de su imaginación.

Volvió a aproximarse a ella.

—Le repito, señorita Beresford. El turquesa le sienta de maravilla...

Desapareció otra vez escondido tras un grupo de altos ejecutivos que departía en perfecto japonés próximo a él. Frances apuraba una nueva copa de champán y no tuvo el tiempo suficiente para reaccionar. Creyó estar volviéndose loca. Más bien, pensó estar borracha y que todo era producto de su imaginación.

Peter se alejó de Frances, que se mostraba preocupada e indecisa. Tomó un taxi y se dirigió al hotel deseando que la fiesta terminara pronto.

Frances creyó estar volviéndose loca entre aquellos pequeños bajitos que no paraban de halagarle en una lengua que sus oídos consideraba un tanto estridente. La cabeza le daba vueltas.

Buscó a Rogger, que seguía sin aparecer, deseosa de marcharse al hotel y descansar sus doloridos pies. No se quitó los tacones por vergüenza, pero ganas no le faltaron.

Recogió otra copa más, en volandas, y bebió con fruición, sintiendo que la luz le cegaba por momentos. Una vez, dos, tres. Un sin fin de haces destellaban sobre su cara y le dieron ganas de correr. Empezó a dolerle la cabeza. Los fotógrafos apretaban incansables el botón de sus cámaras fotográficas.

Se desplomó. Un vahído se apoderó de ella y le hizo caer en redondo al frío mármol del suelo. Todos a su alrededor hicieron un corro y una de las organizadoras del evento sacó un abanico del bolso y se puso a hacerle aire, hasta que recuperó la cordura. Rogger apareció a su lado, con cara de pocos amigos, y la cogió en volandas, pisándole el vestido que se desgarró por una de las costuras. Su cara enfurecida asustó a Frances, que no tuvo más que volver a cerrar los ojos sumida en el sopor del alcohol.

Cuando despertó, se encontraba en la cama del hotel, desnuda, bajo una fina sábana demasiado almidonada. Rogger se encontraba a su lado, sentado en una silla de madera modelo *Luis XV*, con el cuello de la camisa desabrochado y las mangas arremangadas hasta los codos. El cinturón desatado y la portañica de su pantalón a medio abrir.

Sus fieros ojos le perforaron sus pupilas de un verde esmeralda demasiado apagado. Frances sintió miedo de la mirada de Rogger y un escalofrío nació desde sus nalgas y recorrió su espalda, hasta morir en la nuca. Nunca había visto a Rogger mirarle de aquella manera.

—¡No te da vergüenza!

Le escupió en la cara mientras se lo decía.

—¿Qué ocurre, Rogger?

La cara desfigurada del hombre le asustó.

—¡Qué pasa! —gritó, y el estruendo resonó en toda la habitación—. ¿Y todavía tienes la desfachatez de preguntarme qué pasa?

—Rogger, lo siento. Estoy un poco aturdida. Creo que estoy...

Se sentó de un brinco sobre la cama y vomitó en la alfombra, a los pies de su representante.

Rogger apartó a Frances con desprecio y se puso de pie instantáneamente, limpiándose el pantalón que ya estaba sucio de por sí. Le agarró la cara con los dedos de la mano derecha haciendo pinza sobre sus delicados mofletes.

Frances sintió su aliento en la nariz, muy próximo, y el estómago se le revolvió de nuevo. Se llevó la mano a la boca, mientras la otra luchaba por zafarse de Rogger. Le estaba haciendo mucho daño. Rogger se acercó aún más y le agarró del brazo. Con suavidad hiriente, sus asquerosos labios se deslizaron por los dedos, hacia arriba, hasta la palma de la mano y la delgada muñeca. Deslizó, despacio, su lengua hacia abajo, dejando a su paso una fina película de saliva, entre el hueco que separaba el pulgar del índice.

—Pero...

La cabeza de Frances daba vueltas, sin entender nada.

—¿Qué coño haces?

Rogger se apartó de ella con desconsideración y se puso de pie

instantáneamente. Sus ojos refulgían desprecio y Frances se sintió intimidada.

—Lo siento Frances, estoy un poco borracho —se disculpó—. Me imagino que como tú...

Sacó todo el sarcasmo del que fue capaz.

Salió de la habitación. Los ojos rojos de la modelo le observaron mientras se dirigía al salón y encendía enfurecido un cigarro con manos temblorosas. Ella volvió a vomitar, y descolgó el teléfono para solicitar la asistencia de un médico. Algo no iba bien. Sabía que había bebido bastante, pero era la primera vez que le sentaba tan mal como aquel día. Recordó su primera borrachera, con tan sólo dieciséis años, en una fiesta pijama en casa de su amiga Jane, a la que hacía siglos que no veía.

Se le humedeció la entrepierna. Le tenía que venir la menstruación pero el dolor que invadió su vientre no se parecía en lo más mínimo al de meses anteriores. Llamó a Rogger, despavorida, sujetándose la tripa, doblada de dolor sobre las sábanas.

Entró asustado, la cara descompuesta por el susto, con el cigarro todavía en la mano, a punto de terminarse. La encontró doblada como un ocho, con las piernas ensangrentadas y llorando amargamente por la pérdida de un ser desconocido que aparentemente, llevaba meses creciendo en su vientre.

—¿Cómo se te ocurre quedarte embarazada? —bramó y le separó los brazos del abdomen para apreciar la sangre esparcida por entre las sábanas.

Frances lo miró helada, implorándole que le ayudara.

—Sí, sí. No me mires así —le apuntó con el dedo despectivamente—. ¡Estás embarazada! —vociferó.

La afirmación le cayó a Frances como un jarro de agua helada.

—¡Cómo has podido quedarte embarazada!

Su tono de voz cada vez era más elevado y Frances temió que la lámpara de cristal que pendía del techo se desplomara por la vibración. Rogger se apartó del borde de la cama con desprecio.

—¡Lo has hecho a propósito! —gritó y el estruendo de su voz se propagó por toda la estancia.

Frances permaneció inmóvil, tumbada en el colchón, con medio cuerpo al descubierto.

—¡Lo has hecho a propósito! —reiteró—. Estás manchando. ¡Tienes que

abortar! —rugió.

La respiración de Rogger se volvió acelerada. Las sienas le latían y una extraña sensación le nubló de pronto el cerebro. Volvió a acercarse a ella.

—Mira bien. ¡Nadie te va a querer! ¡Tienes que abortar! Con lo fea y gorda que te vas a poner,...

Dudó decir lo que su lengua viperina apremiaba por soltar.

—¿Quién va a quererte? ¿Quién va a contratarte?

—No voy a abortar. No puedo hacerle esto a...

Frances sollozaba mientras Rogger le zarandaba sobre la cama.

—¿Cuántas veces te voy a decir que no me contestes?

Estaba crispado.

—¡Si te digo que abortes, lo haces, si no, te meto una percha!

—¡Suéltame, Rogger! —le rogó, intentando separarle de su cuerpo—. Me haces daño. Llama a un médico, por favor...

Frances no concluyó la frase. Rogger volvió a acercarse a ella y, sin mediar palabra, le estrechó entre sus brazos y le obligó a besarle. La fuerza de sus extremidades contra su delicado y maltrecho cuerpo le asfixió. Se sintió ahogada, tanto por la falta de aire como por la pena del hijo que estaba perdiendo sin haber tenido noticias de su existencia.

—Dime que me amas. ¡Dímelo! —exigió trastornado, con la voz ronca, la piel sudorosa, su mano tapándole la boca—. ¡Dímelo! ¡Dime que vas a abortar!

—Rogger, por favor —suplicó, las lágrimas resbalándole por las mejillas aún sin desmaquillar, las manos apretadas en el abdomen, soportando el dolor punzante de una muerte no anunciada.

—¿Quién ha sido el cabrón que te ha hecho un hijo? —vociferó.

Le empujó con tanta fuerza que Frances terminó desplomándose en el suelo. Sorprendida por lo repentino del ataque, se quedó aturdida durante unos segundos. Él aprovechó el instante para darle un puntapié en el estómago, y la punta de su zapato le cortó el aliento, impidiéndole por completo la respiración.

Doblada por la cintura, Frances pudo sentir cómo su entrepierna se empapaba en sangre, en mayor cantidad. Un dolor insoportable le perforó la columna vertebral. La sensación de muerte que padecía en su corazón hizo

que se sintiera físicamente enferma. El amor que había sentido por ese hijo desconocido se desmoronaba, se corrompía. Rogger había matado a su bebé.

Pensó en Peter, mientras las últimas punzadas de dolor expulsaban a su querido hijo de su vientre. Su mente vagó por la desesperación y se flageló por haber ingerido tanto alcohol aquella noche. Quizás, eso fuera la causa de tan dura pérdida.

Su mente no entendía por mucho que le diera vueltas al tema, el comportamiento de Rogger. Sintió asco por sí misma, y se levantó como pudo, arrastrando los pies, hasta alcanzar el baño, donde se sumergió en agua tibia para calmar la desazón que tenía.

Cuando minutos más tarde llamaron a la puerta, su corazón se desbocó incontroladamente. Sintió pánico.

Peter, al otro lado, golpeó con fuerza la madera, extrañado de que Frances no diera señales de vida. Acababa de ver salir a su representante despavorido con los ojos encendidos, camino de la escalera de servicio. Se extrañó de la actitud del hombre y se impresionó por su agilidad, a pesar de su desdeñosa complexión.

Golpeó nuevamente, teniendo la sospecha de que algo grave estaba sucediendo, el corazón en un puño, la incertidumbre bañándole de sudor.

Una japonesa de mediana edad le miró cabizbaja acercándose a él. Le saludó con una leve inclinación de cabeza y le obligó a apartarse de ella para introducir la llave en la cerradura.

Peter entró tras ella, haciendo oídos sordos a sus palabras y recorrió con la mirada la exquisita decoración de la estancia. Buscó a Frances con denuedo, mientras la japonesa recogía la ropa esparcida por doquier.

Encontró a su novia en la bañera, ensangrentada, llorando desconsoladamente, agarrándose el vientre. Sintió pavor al recordarla tan sexy con aquel vestido turquesa hacía unos minutos y verla en ese estado, en una situación tan grotesca.

—¿Qué ha ocurrido?

Su voz serenó a Frances, que no paraba de llorar. Se acercó a ella y le

tocó el hombro, tranquilizador.

—¿Qué haces aquí?

Se tapó con los brazos su torso desnudo y el sexo, intentando disimular la desgracia que Peter ya intuía.

—Eso no importa ahora, cariño. —Besó su mejilla, bañada en lágrimas—. ¿Qué ha sucedido, Frances? Dime, amor —insistió.

Frances comenzó a llorar de nuevo, abrazándose a los fornidos brazos de Peter que la levantaron ágilmente, cubriéndola de besos, mojándole el esmoquin. Se sentó en el borde de la cama sujetándola con fuerza sobre sus pantorrillas. Rozó su cara con los dedos y estudió los morados que tenía alrededor de la comisura de los labios. Le obligó a mirarle a los ojos, inquisidores.

—Cariño, dime qué ha ocurrido. Acabo de ver a Rogger salir corriendo de la habitación.

Misoko seguía a lo suyo, preocupada más en amenazar a Peter con llamar a seguridad por haber entrado por la fuerza en la habitación que por el estado lamentable de Frances.

—Misoko, no se preocupe.

Frances se tranquilizó e intentó zafarse de los brazos de Peter, aunque no lo consiguió.

La japonesa regresó al salón y se dispuso a colocar algunos enseres que se encontraban esparcidos por el suelo.

—Frances, te lo digo por última vez.

La voz de Peter sonó enfadada y la expresividad de su cara hizo que le aparecieran arrugas en el entrecejo.

—Me he desmayado en la fiesta en la que estaba.

Le miró fijamente a la cara preguntándole sin palabras si era él el que le había hablado en la fiesta. Peter asintió, y asomó una seductora sonrisa en sus sensuales labios.

—Cuando me he despertado, estaba dentro de la cama. Rogger me ha pegado...

Peter cerró los puños, con la cara descompuesta, en un estado de cabreo que rayaba lo paranormal.

—Me imagino que estará borracho. Siempre ha sido un cabrón muy

exigente, pero jamás me había tratado como hoy.

—¿Por qué estás sangrando? —inquirió.

Una mueca de dolor le cubrió la cara ante la respuesta que estaba a punto de recibir.

—Creo que he tenido un aborto.

Soltó las palabras de sopetón. Él recibió la noticia y se le heló la sangre.

—¿Cuándo pensabas decirme que estabas embarazada?

Sus palabras hirieron a Frances, que comenzó a llorar e intentar separarse de su abrazo.

—No lo sabía, Peter —sollozó—. ¿Cómo puedes pensar que te iba a ocultar una noticia tan maravillosa? ¿Quién te crees que soy?

Se deshizo de su abrazo y se dirigió al cuarto de baño, sujetándose la tripa con las manos. Espantosos miedos y pensamientos volvieron a consumirle. Se colocó un albornoz y entró en el vestidor. Se cubrió con la ropa con mil trabajeras.

—¿Entonces? ¿No tienes nada más que decirme?

Las desgarradoras palabras de Peter retumbaron en sus oídos, haciéndole añicos los sentimientos que sentía por él. Se giró y sus ojos felinos lo desafiaron.

—No lo sabía, Peter. Esta noche he bebido bastante. La fiesta era aburridísima. Me he desmayado y cuando me he despertado, Rogger me había traído aquí. He sentido un dolor muy fuerte en el abdomen y he empezado a manchar. He discutido con Rogger y me ha dado una patada en el estómago que me ha doblado por completo. Luego, ya sabes todo lo demás.

Colocado en el umbral de la puerta, Peter escuchó sin interrupciones la retahíla de Frances. Apretó los puños con más fuerza llegando incluso a sentir un tirón en la espalda por el exceso de tensión. Se juró a sí mismo machacar al cabrón que había maltratado físicamente a su mujer. Era la primera vez que pensaba en ella como su mujer, algo de su propiedad y los celos al pensar que el otro había tocado un centímetro de su piel le encolerizó.

Se acercó a ella y le tocó el hombro, dulcemente. Frances rehusó el contacto pero Peter le obligó a volverse ante él y a mirarle a los ojos. Unos ojos que se deshicieron como el caramelo ante el contacto con el calor. Se

abrazaron fuertemente.

Peter la cubrió de besos y le pidió disculpas en silencio, acariciando su tez macilenta, rozando sus párpados con las puntas de los dedos, besándole la punta de la nariz.

—Perdóname, Frances —le susurró y sus palabras se perdieron en las profundidades de un beso—. He sido un ingrato contigo. Perdóname, amor...

Ella no tenía nada que perdonarle. Comprendía su mal humor a la perfección.

—No pasa nada, querido. Lo único que deseo con todas mis fuerzas —perlas de pena recorrieron su cara destrozándole la piel—, es marcharme de aquí. Lo antes posible.

—Nos vamos ahora mismo.

Misoko hacía rato había intuido el desenlace de la historia y se encontraba preparando las maletas de la señorita Beresford, en la quietud del salón, absorta en los movimientos de los dos enamorados.

Frances le agradeció que no hiciera preguntas. Se vistió de prisa, con una falda negra y una camisa blanca de seda de *Dior* y se colocó unas manoleínas planas rojas para no dañar más a sus doloridos pies. Recogió sus joyas y las introdujo en su bolso. Indicó a Misoko que le enviaran todo el equipaje a *Nueva York* lo antes posible, junto con el de él, prácticamente intacto, dos plantas más abajo, en la habitación 534.

Ambos corrieron como alma que lleva el diablo hasta la planta baja. Cancelaron sus cuentas en recepción y salieron a la fría noche japonesa a esperar un taxi, justo en el instante en el que Rogger entraba en el hotel, más borracho que una cuba, tambaleándose y abrazado a una desconocida.

Peter sufrió un arranque de ira y se abalanzó sobre él, asestándole un puñetazo en toda la nariz que hizo que algunos dientes de su dentadura postiza saltaran por los aires.

Le insultó, y le arreó un nuevo puñetazo en la parte baja del abdomen para que sintiera, como poco, el dolor que había sufrido su amada Frances. Iba a ser padre, y ese malnacido lo había impedido.

Rogger se dobló de dolor, mientras la muchacha de vida alegre salía despavorida hacia el bullicio de la calle. Peter le clavó el codo en las costillas y se acercó a su cara, roja como el tomate, ajustando sus ojos

milimétricamente a los suyos.

—¡Pagarás por esto! —le juró—. No tendrás vida suficiente como para arrepentirte de lo que has hecho, pedazo cabrón.

Sus ojos echaron chispas y su boca desprendió sapos y culebras mientras el orondo representante permanecía doblado por la mitad, a las puertas del hotel.

Algunos empleados se acercaron a ellos a separarlos. Peter paró de golpearle, frustrado por no haber podido terminar la jugada. Salió al exterior, donde Frances le esperaba acompañada de uno de los guardas de seguridad, y entraron en el taxi rumbo al aeropuerto, que los devolvería sanos y salvos a *Nueva York*.

19

La brisa fresca de la mañana entró por la ventana entreabierta del dormitorio, y se le erizó la piel, obligándole a cubrirse el cuerpo con la sábana que se encontraba a los pies de la cama.

Protestó por tener que moverse, sumida en una paz mental que hacía meses no lograba, y eso le dieron nuevamente ganas de llorar. No recordaba hasta qué hora lo había estado haciendo, humedeciendo gota a gota la almohada, su única y mejor compañera de viaje. Ese pequeño y blando elemento conocía todas sus amarguras a la perfección y ella confiaba en ella, más que en cualquier otra persona. Sabía que jamás enseñorearía por ahí sus miserias. Ni siquiera a Marisa, que la golpeaba y azuzaba cada mañana esponjándola de nuevo. Se lo había prometido.

Ashley se sentía llena cada mañana de las mismas lágrimas de la noche anterior y eso hacía que su amargura fuera *in crescendo*. Un doloroso sufrimiento que le corroía las entrañas, dejándolas hechas jirones que ni las manos expertas de Marisa, aficionada a la costura, podía remendar.

Se levantó y se acercó a la cocina. Llevaba el pelo revuelto y Carlo hizo una mueca de asombro cuando la vio tan desmejorada. Le mostró la prensa, como hacía cada mañana y Ashley no tuvo más remedio que llevarse las manos a la boca, asustada, cuando vio una foto de Frances en la contraportada.

El titular era demoledor: «*Escándalo en Japón. Los celos por la modelo sacan a un misterioso hombre de sus casillas*». Observó a su amiga muy desmejorada, intentando separar a dos hombres, enfrascados en una pelea.

—Pobre Frances —suspiró, mientras estudiaba con denuedo la imagen.

La escena mostraba cómo el fornido acompañante de Frances propinaba un severo puñetazo en la cara de otro señor, algo mayor que él. La fotografía mostraba como varios dientes saltaban fuera de su boca. Su asombro fue mayúsculo al darse cuenta de que el susodicho no era otro que uno de los amigos del hombre que se había abalanzado sobre ella en el parque el día anterior, concretamente, el que le había recolocado el hombro. Ya sí que no

comprendía nada.

Ashley sintió la preocupación en su estómago y abrió un segundo periódico. Entre las noticias del corazón aparecía otra imagen en la que Frances se abrazaba al joven y escapaban de la escena en el interior de un taxi.

Tomó el teléfono y marcó de memoria los dígitos del número de la casa de la modelo. María contestó enseguida.

—Buenos días, María. Soy Ashley.

—Buenos días, señorita Welles. ¿Cómo está?

Le hablaba de usted, como tenía costumbre, a pesar de que Ashley siempre se dirigía a ella tuteándola, por expreso deseo de la mujer.

—Bien María. ¿Está Frances en casa?

Suponía que no. La asistenta se lo confirmó. Le dijo que Frances seguía en *Japón* y que hasta el martes por la noche no tenía prevista su llegada a *Nueva York*, algo que ella ya sabía.

—¿Ocurre algo?

Ashley sintió la preocupación en sus palabras.

—No, María, no se preocupe —la tranquilizó—. No recordaba que Frances iba a estar tantos días en *Japón*.

Mintió. Deseaba que María le diera información, si es que sabía algo.

—De verdad, no se preocupe, le llamaré la semana próxima.

Ambas mujeres se despidieron con cortesía y colgaron los auriculares.

La intranquilidad se apoderó aún más del cuerpo de Ashley, afligida por su amiga. Analizó todas y cada una de las fotografías de las que disponía, estudiando las posibilidades que pudieran haber motivado el enfrentamiento. No podía entender qué podía haber pasado para que el doctor Heiss, con quien se había cruzado escasas horas antes en el parque, estuviera en *Japón*, defendiendo con uñas y dientes a Frances.

Desde hacía tres años sabía que su amiga tenía pareja. De hecho, ella se lo había confirmado en cierta ocasión. No conocía al hombre que le había robado el corazón, pero intuía que le hacía feliz. Eso, al menos, era lo que su amiga le confesaba casi a diario.

Jamás hubiera imaginado que un hombre de las cualidades del señor Heiss, pudiera ser el tipo de persona que hiciera asentar sentimentalmente la

díscola vida de su amiga. Se sintió orgullosa por ello, si es que andaba en lo cierto.

Su uno ochenta aproximado de estatura, su apostura, su cuerpo atlético con espalda ancha y fuertes brazos, torso bien definido y su pelo rubio ondulado tenía todas las cualidades por las que su amiga había luchado siempre encontrar en un hombre. El listón estaba muy alto. Más que nunca.

Frances daba mucha importancia a la imagen. La primera, a la suya, que cuidaba con esmero, haciendo deporte a diario y guardando una estricta dieta. Tan sólo se permitía pequeñas licencias cuando se encontraba con ella, y últimamente, eso se daba más bien poco.

Su amiga siempre había considerado que su pareja tenía que encajar a la perfección con ella, en lo personal, por supuesto, pero también físicamente. Por descontado, y Ashley lo sabía muy bien, el doctor Heiss tenía un cuerpo que dejaba boquiabierto a más de una.

En las fotografías no se reconocía al hombre al que Heiss estaba agrediendo. Tampoco se indicaban las causas de la actitud violenta del joven. La fecha del suceso también era un enigma. Se escamó.

—Se te va a hacer tarde...

Marisa accedió a la cocina cargada con un cesto de ropa sucia.

—¿No tienes que ir hoy a *TriBeCa*? —le preguntó, abriendo la puerta del lavadero.

Miró por la ventana y las nubes estaban cambiando de color, como su estado de ánimo.

—No, Marisa, al final no voy a ir —le dijo cariacontecida—. No me apetece. Ya iré mañana.

—Recuerda que ayer telefoneé a la doctora Santini y te citó para esta mañana, a las diez.

Refunfuño, haciendo mohines con la cara, intentando engatusar a Marisa, como cuando de pequeña quería sonsacarle algo, generalmente una sonrisa cuando se enfadaba con Anthony y con ella después de alguna trastada.

—Te vendrá bien, ya verás —le animó—. Ya he avisado a Carlo para que se prepare y te acerque. Hoy el día está un tanto desapacible.

Ashley se volvió a asomar a la ventana. Los cristales se habían empañado. Pasó la mano para secarlos, sabiendo que Marisa le regañaría

cuando viera las huellas. Unas nubes negras se acercaban por el horizonte anunciando tormenta.

—No, Marisa, al final no voy a ir a *TriBeCa* —repitió—. No me apetece. Ya iré mañana.

Se quitó el marrón de un plumazo, achacando al tiempo su desgana por acudir a la consulta de la doctora Santini.

—La verdad es que me da pena no poder ir hoy a *Central Park* —se quejó—. Allí se respira calma... Me siento en paz cuando corro por el parque. Además, me viene bien, que estoy cogiendo unos kilitos de tanta inactividad...

Hizo una mueca picarona, sujetándose la barriguita con los dedos en forma de pinza. Marisa no tuvo más remedio que reír, descaradamente, al observar la reacción de «*su niña*».

—¿Pero qué dices? ¡Estás loca! Si tú estás gorda...—la miró de arriba abajo, siguiendo sus curvas con la mirada—. Entonces —continuó—. ¿Cómo estoy yo?

—Tú estás estupenda, Marisa.

Le dio un abrazo y le besó la mejilla. Marisa se puso colorada por la reacción de Ashley, y la apartó de inmediato, empujándole con las manos, en señal de desagrado. Nunca le habían gustado mucho los arrumacos.

Comenzó a tronar y la oscuridad se hizo en el exterior. Carlo entró acelerado de la terraza, donde se encontraba podando unos rosales.

—¡Menudo tormentón! Cualquiera sale hoy a la calle.

Ashley y Marisa rieron ante la apreciación del hombre, a quien le asustaban tremendamente las tormentas, hasta el punto de taparse la cabeza esperando a que amainasen.

—Pues la «*niña*» tiene que ir a *TriBeCa*, así que tú verás...

Carlo resopló. Odiaba las tormentas. De hecho, odiaba la lluvia. Los días nublados le ponían triste.

—¿Y tiene que ser precisamente ahora?

—Sí Carlo, ahora mismo, en cuanto la «*niña*» se arregle. Ya está bien de remolonear. ¡Menudos estáis hechos los dos!

Carlo miró risueño a Ashley y le guiñó un ojo. Marisa los observó en la distancia. Sabía que ambos se llevaban muy bien. Su marido, algunas veces

se pasaba con la cortesía, llamando a su «niñita» de usted, guardando las apariencias, pero el cariño que sentía por Ashley era inmenso y desde bien pequeña, ambos mantuvieron una complicidad muy profunda, la misma que ella tuviera con Anthony, y que desgraciadamente hacía tres años había perdido.

—¡Vamos! —les azuzó—. No os quiero ver revoloteando por la cocina como moscas hambrientas. Tengo mucha tarea. Así que vamos. ¡Ale!

Movió las manos con aspavientos y les obligó a salir de sus dominios.

Ashley se dirigió a su dormitorio y se vistió con desgana. No le apetecía lo más mínimo acudir a *TriBeCa*.

20

Grant se sintió desolado cuando comenzó a llover. Estar sólo, encerrado en casa y con el brazo dolorido le embriagaba de pena.

Se había levantado temprano, a las cinco y media, como todos los días. Su cuerpo ya estaba acostumbrado al horario, y por más que se había obligado a remolonear entre las sábanas, no había habido manera de dormir más.

La ausencia de ejercicio le puso de mal humor. El deporte le relajaba y se estaba convirtiendo en una filosofía de vida. Era como una droga difícil de dejar y le incomodaba tener que estar paralizado por culpa de Brandon y sus estupideces.

El agua tibia de la ducha le relajó la tensión del hombro. Aprovechó para canturrear, mientras recordaba a la muchacha del parque, a esa escultura andante que le había obnubilado el corazón. Soñó tenerla a su lado, mimándole en su convalecencia. Sólo de pensar en ella se le erizó el vello de la nuca y su pene se elevó urgente, chocando contra su abdomen, desaforado, preso de una agonía que no tenía forma de controlar.

Deseó estar cerca de ella, y volver a oler su perfume almizclado mezclado con el suyo. Encajaban a la perfección, y lo había sabido al momento, en el primer golpe de vista que tuvieron. La amaba aun sin conocerla y la deseaba febrilmente como un adolescente. Esa princesa de cuentos tenía que ser suya, y haría todo lo que estuviera en su mano para conseguirlo.

Se cubrió con un pantalón de lino, sin nada más, simplemente por no andar desnudo por la casa. Teresa no llegaría hasta el día siguiente, en el vuelo de las cinco y media de la tarde. Se sentó sobre la mullida alfombra del salón y apoyó su espalda contra el asiento del sofá, observando impasible las gotas de lluvia chocar contra el cristal.

Le encantaba ver llover. Salió a la terraza, y sintió la humedad resbalándole por el pecho, empapándole, sintiendo el frescor de cada gota devorarle la piel, aliviando la fiebre que sentía. El frescor de las gotas

recorriéndole el cuerpo le excitó y su miembro se elevó, bajo la fina tela de lino, pegándosele a los muslos. Volvió a acordarse de su ninfa del parque y lloró de pena por no tenerla entre sus brazos, cubriéndola de besos y haciéndole el amor con pasión.

Para Grant aquel encuentro había tenido más trascendencia de lo que pensó en un principio. No quería reconocerlo pero aquella mujer ocupaba demasiado sus pensamientos y, cuando agarró la baranda y se asomó al horizonte de *Manhattan* notó cómo le temblaban las piernas. Todo él temblaba. El leve contacto con el frío metal había sido suficiente para que el hombre que dominaba una de las empresas más importantes del mundo, que tenía siempre pleno control de sus sentimientos y de su cuerpo, volviera a emocionarse recordando a aquella escultural mujer.

—Buenos días.

La voz de Teresa le devolvió al mundo real. Llegó calada hasta los huesos y con un humor de perros.

Grant se cubrió con premura su entrepierna con ambas manos, y dio la espalda a la mujer hasta que consiguió que su pene perdiera urgencia y no apareciera imponente bajo la delgada tela de sus pantalones.

Entró en el salón. Teresa le miró absorta, observando la diferencia en el cuerpo de Grant de unos meses a esa parte.

—Señor Malory, ¿qué hace ahí, bajo la lluvia? —inquirió—. Se va a poner enfermo.

—Buenos días, Teresa. ¿Cómo es que está usted aquí hoy? ¿No llegaba mañana?

—Sí, señor Malory. Decidí a última hora adelantar el vuelo. No soportaba más estar en *Costa Rica*. Todo me recuerda a mi madre.

La madre de Teresa había fallecido finalmente después de una larga enfermedad hacía dos días.

—Siento mucho lo de su madre, Teresa. Le acompaño en el sentimiento.

—Muchas gracias, señor.

—Si quiere, descanse hoy y tranquilamente mañana se pone a organizar todo.

No quería parecer insensible, pero había echado mucho de menos a Teresa, encargada de la organización de su casa desde hacía más de siete años

cuando su anterior asistente, interina también, decidiera casarse y tener niños.

Teresa encontró la casa hecha un desastre y le echó la bronca. Las camisas se amontonaban sucias en el lavadero y los pocos platos que había utilizado, llenaban el fregadero.

—¿Pero qué ha ocurrido aquí?

La voz estridente y sesgada de Teresa retumbó en las paredes de la cocina. Le miró inquisitivamente, demandando una información que Grant no era capaz de proporcionar. Puso cara de niño bueno.

—Como ve, Teresa, le he echado muchísimo de menos.

Eso era tan cierto como el aire que respiraba.

—Ya veo, ya.

Escrutó con ahínco cada rincón de la casa y determinó que iba a tener que dedicar muchas más horas de lo habitual a adecentar aquella pocilga que hacía unos días ella había dejado como una auténtica patena.

Le dejó sola y se dirigió a su dormitorio, dejando a su asistente protestando. Se volvió a duchar y se vistió con decoro. Estar sólo en casa le daba una libertad de movimientos que acababa de perder con la llegada de Teresa. Le encantaba andar descalzo y sentir el frescor del mármol en la planta de los pies, exclusivamente con el pantalón del pijama, sin las apretaduras de la goma de los calzoncillos, y sin camiseta. Pero ahora que su asistente estaba merodeando por las habitaciones, tenía que ser prudente. Bajo ningún concepto quería que se sintiera violenta viéndole pasear por la casa semidesnudo, y que terminara marchándose para siempre. Eso sí que sería para él una gran faena.

Se sentó de nuevo sobre la mullida alfombra y sacó unos informes de su maletín. Michelle se los había preparado dos días atrás, con la intención de revisarlos a su vuelta, pero él los había cogido de su mesa y se los había llevado a casa. Su intuición le había dicho que seguramente tendría un mínimo de tiempo para echarles un vistazo. Al final, no se había equivocado.

AshTon Business Process Management siempre había sido un negocio puntero en el mundo de las telecomunicaciones. De los más de veinte

millones mensuales que facturaba en 1.978, tres años atrás, en esos momentos tenía unos ingresos netos que no superaban el millón y medio de dólares al mes. Difícilmente, un negocio de la envergadura de *AshTon Business Process Management* tenía la capacidad de subsistir mucho tiempo con tan poco capital.

El mercado asiático estaba causando estragos en la economía mundial. La competitividad de las empresas de telefonía y comunicación estaba motivando que muchos de los inversores norteamericanos derivasen sus capitales hacia oriente, donde la mano de obra era mucho más barata y donde los gobiernos facilitaban un gran apoyo en el desarrollo e investigación de nuevas tecnologías.

La competencia por los precios más bajos dentro del mercado estadounidense había hecho desaparecer a muchas empresas, por la falta de recursos y de posibilidades para hacer frente a precios irrisorios con los que ni siquiera cubrían gastos.

Grant recordó el nombre de varias empresas que después de muchos años no habían tenido más remedio que echar el cierre o ser vendidas a un mejor postor con el fin de revitalizarlas por medio de estrategias mucho más competitivas.

Pensó en el viejo Hugg, al que había herido de guerra durante su encuentro y al que había tenido que rescatar él mismo de una ruina financiera de la que ni sus tataranietos hubieran sido capaces de salir si no hubiera sido por el importante capital que él le había ofrecido por su decadente negocio.

Determinó que a los dueños de *AshTon Business Process Management* no les quedaba otro remedio más que vender, o las deudas les terminarían ahogando como al viejo Hugg.

Se autoconvenció de que sería él el próximo dueño de la empresa. Esta vez, su estrategia no iba a estar encaminada a la adquisición del inmueble para su derribo y posterior edificación de un complejo residencial del que obtener beneficios de por vida con los arrendamientos.

Todo lo contrario.

Desde hacía un tiempo llevaba barajando la posibilidad de formar parte del mercado de las telecomunicaciones, y si estaba en su mano, nadie se lo iba a impedir. Reflotaría el negocio, gracias a sus contactos en oriente y su

cartera rebosaría de billetes cuando *AshTon Business Process Management* comenzara a obtener nuevamente beneficios.

Anotó en su agenda la intención de llamar a su contacto en *China* y conversar sobre el asunto, para estudiar las posibilidades de actuación y conseguir el emporio de *AshTon Business Process Management* lo antes posible. No le importaba cómo, pero sabía que sería suyo. De eso no le cabía la menor duda.

Teresa pasó cerca con la aspiradora haciendo ruido y le devolvió al mundo real.

—Esto es una vergüenza, señor Malory —protestó—. Falta una unos días y la casa está hecha una pocilga. ¿No le da a usted vergüenza?

Grant no tuvo más que ponerse colorado, reconociendo que Teresa tenía razón. Era un as en las finanzas y en los negocios, pero para lo que a la casa se refiere, no sabía ni freír un huevo.

Se acercó a la mujer y le dio un beso en su rosácea mejilla.

—¡Ay, Teresa! ¡Qué fea se pone usted cuando se enfada! —le chinchó—. Si supiera usted cuánto la he echado de menos...

Sus palabras eran sinceras.

—¡Déjeme, señor Malory! No estoy para remilgos —se quejó—. A ver si voy a tener que darle unos azotes como a un niño.

Se le dibujaron unas arrugas en la comisura de los labios y esbozó una pequeña sonrisa imaginándose la situación. Ella, con su cuerpo menudo, sosteniendo a un hombretón como aquel, sobre sus rodillas, con la mano alzada dándole cachetes. Rio nuevamente.

Teresa era una mujer muy estricta. Le recordaba a su padre, al que veneraba con pasión y al que recordaba diariamente sentado en la misma silla de despacho que ahora él ocupaba. Grant siempre había sido un niño muy travieso de pequeño y gastaba bromas a todas las asistentas que pasaban por casa.

Recordó a Susana, una española andaluza que entró en su casa cuando él tenía catorce años y la rebeldía juvenil se estaba apoderando de su dócil y tranquilo comportamiento. Se parecía muchísimo a Teresa. Incluso podrían pasar por hermanas.

Más de una vez, Susana le había dado un tortazo en el culo y le había

hecho dormir bien caliente. Quiso mucho a Susana. De hecho, de todas las asistentas que habían pasado por su casa era, junto a Teresa a las que más había querido.

Siempre le protegió y más de una vez, y de dos, le había salvado de los castigos de su padre quien, a diferencia de su madre, luchaba por una educación regia basada en horarios milimétricamente organizados.

En ese momento, con la perspectiva de los años, agradecía a sus tres pilares fundamentales de la juventud, a sus padres y a Susana, la educación recibida, que le estaban permitiendo ser un hombre serio y honrado y no una bala perdida como le sucedía a muchos de su edad.

La lluvia en el exterior estaba en su mayor apogeo cuando determinó que iba salir.

21

Soñar despierta siempre le había resultado tranquilizador. Ahora que se enfrentaba a sus propios miedos, el simple hecho de dormir se le hacía aterrador.

—Ashley. Tiene que mantenerse tranquila. Piense en algo bonito.

La voz de la doctora Santini sonaba distante, abstraída en los cuatro cuadros de siempre que adornaban la consulta.

—En la vida, no enfrentarse a lo que uno tiene miedo es la peor forma de vivir. Es, en realidad, peor que la vida misma.

Le transmitió la fortaleza que no tenía y le hizo abstraerse de los lienzos y pensar en las palabras que le iba diciendo.

—Piense, por ejemplo, en el océano, en su inmensidad. ¿Ha soñado alguna vez que va volando entre las nubes, oteando el azul infinito del mar bajo sus pies?

Se sintió libre por un instante, sobre el grandioso azul y blanco a sus pies, dejándose llevar por las palabras suaves de la doctora.

—Haga una visión mental de lo que le comento y déjese llevar. Sienta como su cuerpo se va relajando cada vez más. Respire por la nariz, y expulse el aire por la boca. Muy lentamente, sintiendo cómo le recorre todo su cuerpo.

Karla Santini emitió un sonoro suspiro al punto en el que le iba indicando a Ashley cómo proceder a respirar.

—Lentamente, muy lentamente —respiró hondo— muy lentamente.

El pecho de Ashley se elevaba con cada respiración. Se precipitó hacia un duermevela en el que notaba a la perfección cómo el oxígeno le recorría cada parte de su cuerpo, tranquilizándola. Se sintió relajada, muy relajada y un hormigueo comenzó a recorrerle las extremidades inferiores.

—Respire lentamente —volvió a repetir—, con inspiraciones lentas y prolongadas. No olvide el océano. Deje que forme parte de usted. Escuche las olas. Una, dos, tres...

Hablaba lentamente y sus palabras inspiraban al sueño. La mente de

Ashley estaba luchando para no dormirse. No lo consiguió. Se sintió muy relajada y su mente recordó algunos episodios del pasado, inconexos, muchos de ellos sin sentido, entrando en un sueño hipnótico del que hasta la fecha se había negado a participar. Era el primer día en el que se dejaba arrastrar hasta una sesión de hipnosis.

—Déjese llevar. Se siente usted cada vez más y más relajada... Respire tranquilamente. Fffffff —sopló—. Hágame caso, y al final se sentirá relajada y notará cómo ha desaparecido una de las múltiples losas que lleva auestas sobre su espalda.

Karla Santini respiró hondo nuevamente, expulsando el aire por su boca sonoramente, marcando el ritmo de la respiración de Ashley, tumbada en el diván.

—Recuerde una cosa, Ashley. El pasado tiene un poder de seducción muy fuerte. En nosotros mismos está saber controlar ese poder de atracción y darle el valor necesario.

Marcó de nuevo la respiración y le instó para que siguiera tranquila.

—Todos tenemos un pasado. Saber dominarlo constituye una tarea difícil. Nunca hay que dejar que nos atrape y vivamos en él, perdiéndonos lo bonito de la vida, de nuestro presente, y del futuro que tenemos por venir.

—Fffffffffffff...—El sonido de su respiración era elevado, para que Ashley no perdiese el ritmo.

La cabeza de Ashley era un maremágnum de imágenes luchando por salir. Todas se entremezclaban sin un orden lógico y se sintió abrumada, dentro del estado de semiinconsciencia en el que estaba.

—Vamos a viajar en el tiempo.

La voz de la doctora Santini le abstraigo momentáneamente de sus recuerdos.

Se recordó a sí misma, correteando por el gran salón de casa, con sus padres sentados en la gran mesa, departiendo con unos amigos cuyas caras no recordaba. Anthony iba tras ella, persiguiéndole. Se removió en el diván, sólo de pensar en Anthony, su querido y añorado hermano.

—Recuerde no perder el ritmo de su respiración. Es muy importante que sienta cómo su pecho sube y baja en todo momento.

Se tranquilizó.

—Se ha ido usted demasiado lejos —le indicó—. Por lo que veo, su niñez fue muy feliz. Habla usted de unos padres que le adoraban y de su hermano Anthony.

Volvió a convulsionar al escuchar las siete letras que componían el nombre de su hermano.

Recordó el fallecimiento de sus padres, Jason y Caroline Welles, cuando ella tenía trece años y Anthony sólo once. Los pocos recuerdos que tenía de ellos se desvanecieron de su mente y se sintió acongojada. No recordaba el rostro de su madre. Cada vez que pensaba en ella, la cara de Marisa se interponía entre ambas. Derramó varias lágrimas por ello.

Sintió a su madre muy cerca, acariciándole el rostro y secándole las gotas que corrían por su mejilla.

—Está bien, Ashley. —La doctora Santini le hizo retomar las riendas, abstrayéndola de su época infantil—. Como ve, su madre está muy cerca suya aunque no esté presente día a día.

Sus tranquilizadoras palabras se clavaron con fuerza en la mente de Ashley.

—Le está animando a que continúe adelante. Recuerde que su madre es un personaje del pasado al que usted ama, pero tiene que darle su espacio. No pude obligarla a venir a un presente del que ella no puede ser partícipe...

Susurró y Ashley asintió impertérrita en el sopor de su abstracción.

—Retomemos nuestro viaje. Vayamos a 1.978. Hace tres años.

Ashley se sintió incómoda. Karla Santini observó su reacción y cómo el cuerpo de la joven se retorció de dolor sobre la superficie mullida del diván. Intentó tranquilizarla, instándola a mantener la respiración.

—Hábleme de lo que sucedió en 1.978 —repitió.

Sus palabras sonaron extremadamente dulces. Anotó las reacciones de Ashley en su cuaderno.

Comenzó a relatar los sucesos que acontecieron a raíz de la enfermedad de su hermano, desparramando todos sus agónicos sentimientos por la sala, vaciando su mente y su alma de un dolor incontrolado que le estaba destrozando la vida.

Se vio corriendo. Las luces incandescentes del largo y sinuoso pasillo le cegaron los ojos obligándola a recorrer esos interminables metros a tientas,

agarrándose a las paredes. Sintió que el corazón se le detenía por momentos y que sus pulmones dejaban de respirar cuando sonó el teléfono de su despacho y le dieron la noticia.

Corrió con desespero, sin importarle de a cuántos a su paso pudo golpear. La opresión del pecho le martirizó durante el largo trayecto al hospital donde Anthony se debatía entre la vida y la muerte.

Hasta los veintidós años, Anthony siempre había sido un muchacho saludable, con una imagen sublime y una personalidad arrolladora. Era un ligón empedernido y se quitaba a las chicas de encima día sí y día también dado su atractivo. Hasta ese momento, Ashley todavía no le había conocido una novia formal, pero sabía a ciencia cierta que a su hermano no le faltaba nunca compañía femenina calentándole las sábanas.

Cuando la enfermedad se cruzó con él, se encontraba en el último semestre de universidad a la espera de los últimos exámenes. Estaba estudiando *Administración y Finanzas* con el fin de trabajar en *AshTon Business Process Management*, el negocio familiar que ambos hermanos habían heredado tres años atrás, cuando el despacho *Devon&Markus Solicitors*, les hiciera el traspaso de poderes, después de años dedicado a su explotación en beneficio de los hermanos Welles tras la muerte de sus progenitores.

A pesar de su falta de titulación, desde hacía un par de años, con tan sólo veinte, Anthony había estado muy implicado en la empresa, realizando prácticas junto a Ashley, al amparo de la discreción que ella mostraba con sus clientes ante los que él no daba la cara.

Tony, como ella le llamaba, terminó convirtiéndose en su mano derecha y no hacía nada ni tomaba ninguna decisión sin su aprobación.

Lo mismo le ocurría a él, pero en el ámbito personal, ya que en lo profesional, a pesar de que podía dar su opinión, y casi siempre era aceptada, la última decisión siempre la tomaba Ashley. Anthony nunca se lanzaba a la piscina en ningún asunto personal sin consultarle antes la opinión a su hermana.

Nunca se cuestionaron nada y siempre se trataron con sumo respeto, un respeto aprehendido de sus progenitores, cuando éstos aún vivían, y de Carlo y Marisa, después, y que se había convertido en el buque insignia de la

empresa.

Cuando tomaron las riendas de *AshTon Business Process Management* el volumen de ventas dentro del sector de las telecomunicaciones alcanzaba los siete millones de dólares mensuales, una cantidad nada despreciable. Sus padres, los señores Welles, siempre habían trabajado juntos dejándose la piel en cada transacción, algo que *Devon&Markus Solicitors*, intentaron continuar e incluso mejorar.

Jason y Caroline Welles, sus adorados padres, siempre fueron una pareja idílica a nivel profesional. En lo personal, nunca se habían llevado mal pero, de vez en cuando, surgían pequeñas rencillas en torno a la educación de sus hijos. Llevarse los problemas laborales a casa no les ayudaba demasiado. Mientras que la señora Welles proponía una educación liberal sin estrictos horarios basada en la experimentación, su marido Jason era partícipe de todo lo contrario, imponiendo una regia disciplina y horarios milimétricamente organizados.

Las cosas en el hospital no estaban como para tirar cohetes. Para cuando consiguió alcanzar la habitación que tenía reservada en un ala restringida de la séptima planta del hospital, próxima al área de oncología, Ashley encontró a Anthony muy pálido y extremadamente delgado.

Ashley tuvo que dejar a sus clientes sentados ante la gran mesa de la sala de juntas, con la palabra en la boca, cuando Gyselle le notificó que habían llamado del hospital y que era urgente que se acercara a él lo antes posible. Gyselle se quedó al mando de todo, despidiendo a unos clientes con los que Ashley llevaba muchos meses de duras e intensas negociaciones, pugnando por conseguir los derechos de explotación de una nueva red de telefonía y comunicación pionera en el mundo. El proyecto estaba todavía en estudio, pero de esa reunión dependía el futuro de muchos trabajadores. Y el suyo propio.

Tras mostrarle sus disculpas en nombre de Ashley, todos los asistentes a la reunión comprendieron la situación. Gyselle quedó al corriente de todos los temas, y los emplazó a una nueva reunión dentro de las instalaciones de *AshTon Business Process Management* en cuanto el hermano de la señorita Welles estuviese fuera de peligro.

Anthony había desmejorado mucho desde la última vez que lo había

visto, tan solo cinco horas antes, cuando presa del pánico, tuvo que abandonarle para acudir a ultimar la reunión que se celebraría dos horas más tarde.

Tenía los ojos hundidos en las cuencas y lo que supuso eran ojeras marrones daban a su rostro un aspecto tétrico. Su cara en nada se parecía a la de antaño, jovial y alegre. Su piel ajada por los medicamentos, demasiado fuertes para un hombre de su edad estaba pálida y había perdido su gran mata de pelo rubio dorada como el trigo. Sus brazos parecían dos alambres y sus piernas, bajo la suavidad de las delgadas sabanas, otro tanto de lo mismo.

Lo encontró dormido, quizás por el efecto de algún sedante. Frances estaba a su lado. Su amiga acudía al hospital siempre que sus compromisos profesionales se lo permitían. En su juventud, estuvo enamorada de Anthony, pero la diferencia de edad le había frenado a declararse al joven. Marisa, a los pies de la cama, con la frente arrugada, sufría en silencio por «*su niño*».

Ashley observó fijamente a Marisa. En pocos días, se había echado más años de la cuenta encima a pesar de que solo contaba cincuenta y dos. Carlo, a su lado, no hacía sino más que agarrarle del hombro, preocupado, dándole la fuerza que su mujer había perdido.

Ashley observó el cuadro ante sus ojos, con espasmódica emoción, recreándose en cada uno de los personajes, grabándose la imagen a hierro en su mente trastocada por el dolor.

Se acercó a Tony y le dio un beso en la mejilla. La sintió fría, demasiado, y su corazón se puso a latir con fuerza preparándose para lo que nadie hubiera querido.

Todos abandonaron la habitación dejando a los dos hermanos Welles juntos, participando de una desgarradora e incipiente despedida. La leucemia se había apoderado del cuerpo indefenso del joven muchacho el pasado junio, al comienzo del verano, tres meses atrás.

Comenzó a sentirse muy cansado. Al principio, lo achacaba a su alto nivel de competición en la liga universitaria de rugby. Por recomendación de Marisa, que lo notaba bajo de fuerzas tras un fin de semana de descanso que se tomó antes de comenzar a preparar los exámenes, decidió finalmente hacerse una analítica rutinaria. El cansancio y el agotamiento iba en aumento, y todavía no había pasado lo peor del curso: los exámenes finales. Además,

se sentía fatigado y había perdido todo el apetito. La pérdida de peso, y sobre todo, masa muscular, era algo poco habitual en él.

Al principio, lo achacó al exceso de esfuerzo físico. La competición, a su nivel, exigía muchas horas de entrenamiento. Se levantaba a las seis de la mañana para ir al campo y entrenar un par de horas. Cuando terminaba, acudía a clase el resto de la mañana y por la tarde, dedicaba otras cuatro horas a sus prácticas en *AshTon Business Process Management*. El poco tiempo libre que le quedaba, lo dedicaba a estudiar o a retozar en la cama con alguna compañera de clase, ávidos de pasión sexual.

Los resultados tardaron una semana en llegar. Acudió al hospital bien temprano, saltándose el entrenamiento. La doctora Peterson, una señora de unos cincuenta años de edad, delgada y con la frente excesivamente ancha le esperaba en su despacho, estudiando el informe.

—Buenos días, Anthony.

Su tono de voz destacaba por su alegría, excesiva para una hora tan temprana.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—La verdad es que estoy cada vez más cansado. Me acabo de levantar y ya estoy que no puedo ni mover los pies. Estoy preocupado.

—Anthony, no te asustes, pero te tengo que repetir las pruebas.

Su cara aparecía contrariada.

—No sé qué han hecho en el laboratorio, pero al final no me han enviado los resultados de varios de los estudios que solicité. ¡Así que, chavalote —le tocó el hombro intentando animarle—, sintiéndolo mucho, te van a tener que dar un nuevo pinchazo!

Sonrió, mostrando una dentadura perfecta que supuso era postiza.

Los nuevos resultados le llegaron a la doctora Peterson a los tres días. Los estudió con detenimiento y certificaron lo que decían los primeros. Anthony tenía leucemia aguda y debía ponerse en tratamiento cuanto antes.

Marcó los dígitos del número de teléfono de contacto de Anthony.

—Buenos días. Ha llamado usted a *AshTon Business Process Management*. Está hablando con Gyselle. ¿Qué desea?

—Buenos días, Gyselle. Mire, soy la doctora Peterson. Estoy buscando a Anthony Welles. ¿Podría usted ponerme con él?

Su voz era preocupada.

—Lo siento doctora Peterson. El señor Welles está aquí sólo por las tardes. Si quiere, le puedo pasar con su hermana, la señorita Welles, Ashley Welles.

La doctora Peterson valoró la información y ante la premura de la situación, accedió a hablar con la señorita Welles.

—Está bien. Si no le importa, pásame con ella, por favor. Es bastante urgente.

La tensión se palpaba en cada palabra de la doctora Peterson.

Transcurrieron breves segundos hasta que oyó a través del auricular una joven voz que le escuchaba al tiempo que movía una serie de papeles.

—Buenos días, doctora Peterson —saludó—. Al habla Ashley Welles. ¿Qué desea? —inquirió buscando sin éxito un informe que necesitaba para la reunión que iba a tener al cabo de unos minutos.

—Buenos días, señorita Welles.

Sopesó la situación y estimó hablar en primer lugar con Ashley, la mayor de los dos hermanos.

—Le llamaba para concertar una cita con usted en mi consulta. —Su voz sonaba urgente—. A poder ser, lo antes posible.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada.

—No se preocupe.

Su tono de voz tranquilizó a Ashley, atenta al aparato.

—Quiero mantener una conversación con usted. Si le parece bien, nos vemos en mi consulta a las doce y media. Es para comentar un asuntillo —intentó quitarle importancia—, emm... relacionado con Anthony.

—¿Está bien?

—Sí, sí, no se preocupe, señorita Welles.

Se le aceleró el corazón pero la vorágine de trabajo acumulado y la búsqueda de unos papeles que iba a necesitar minutos después durante la reunión no le permitieron hacer más preguntas.

—¿Le viene bien la hora?

Consultó su reloj de pulsera, regalo de Anthony por su veintitrés cumpleaños.

—Está bien —confirmó—. Allí estaré.

Ambas mujeres se despidieron con cortesía extrema.

Ashley se cuestionó los motivos de tan repentina reunión mientras seguía rebuscando por entre los papeles el informe que tenía que presentar a los inversores minutos más tarde, sin llegar a ningún tipo de conclusión.

Cuando a las doce y veinte entraba por la puerta del hospital, sus nervios estaban a flor de piel. Había conseguido firmar un importante contrato con una empresa de Telecomunicaciones de *Los Ángeles* y su patrimonio acababa de incrementarse en veintitrés millones de dólares.

La euforia que había sentido tras la rúbrica, desapareció de pleno en el mismo instante en el que encaminó sus pasos hacia el hospital. Llovía a mares, y se empapó en la corta distancia que separaba el aparcamiento exterior del interior del edificio. Llegó calada hasta los huesos, con los pies ensangrentados por las rozaduras de la piel húmeda de sus zapatos contra la suya propia.

No entendía el motivo de la reunión y menos aún la urgencia, algo que le enervó la sangre. Tener controlado todos los aspectos de su vida era algo por lo que luchaba a diario. Ser reclamada con prisa por una señora a la que no conocía de nada le tenía con la mosca detrás de la oreja, pero que le hubiera mencionado a Anthony le preocupó en extremo.

Subió a la quinta planta y le pasaron a una sala de espera privada aislada del resto de visitas. La doctora Peterson se presentó poco después y le saludó como si le conociera de toda la vida.

—¿Cómo está usted, señorita Welles?

Estiró su mano y se la estrechó con demasiada fuerza, lo que hizo que los dedos de Ashley se pellizcaran con su sortija de brillantes.

—Bien.

Su respuesta seca transmitió inseguridad, algo de lo que ella carecía totalmente.

Ambas mujeres se dirigieron al despacho de la doctora Peterson, Ashley pegada a sus talones, con el corazón en un puño.

La estancia no era espaciosa, más bien algo pequeña para la cantidad de objetos que contenía y estaba decorada con sobriedad. Observó que sobre la mesa no había ningún objeto que indicara algún rasgo de la personalidad de la señora Peterson, ni siquiera la típica fotografía familiar que solía colocarse

en esos casos.

Ashley, en su despacho, tenía una foto en la que aparecían Anthony y ella, riéndose. Él le pasaba el brazo por sus hombros y ella, con la cabeza hacia atrás, reía con desparpajo. La foto la había tomado Carlo, durante una barbacoa a la que habían acudido los cuatro, meses atrás, a las afueras de *Nueva York*. Ambos hermanos emanaban alegría por los cuatro costados en aquella imagen.

Le encantaba aquella fotografía. Pasaba horas y horas observándola absorta y le transmitía la paz que muchas veces sus clientes le negaban con su tozudez.

—Señorita Welles. —Las palabras amables de la doctora le hicieron bajar nuevamente a la realidad—. Le he hecho llamar porque deseo hablar con usted a cerca de su hermano, Anthony.

El corazón se le aceleró y le golpeó desbocado contra el pecho, intentando perforarle la piel que lo separaba del exterior.

—¿Le ocurre algo? Me dejó muy preocupada con su llamada.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos al apretar los puños, impotente.

—No me ha dicho que le suceda nada.

—No se alarme, señorita Welles.

Su voz engolada, un tanto empalagosa, le tranquilizó.

—He preferido hablar con usted antes que con él por seguridad, más que nada para prevenir que su hermano le oculte algo que puede afectarle a usted también.

Ashley no aguantaba más tanto rodeo. Se removió en el asiento, nerviosa.

—Hace unos días, su hermano vino a mi consulta porque se encontraba muy agotado, un agotamiento constante. Había perdido el apetito y no tenía ganas de nada.

Ashley recordaba la conversación de su hermano con Marisa a medias.

—No le di mayor importancia. Aparentemente, es un chico sano, deportista y la edad le acompaña.

Sonrió, quitándole hierro al asunto.

—Al principio, pensé que su cansancio podría deberse a algún desequilibrio sin importancia, como falta de vitaminas, y le aconsejé hacerse

una analítica.

Ashley suspiró, aliviada de que su hermano, por una vez, hubiera hecho caso a Marisa. Era muy testarudo en lo que a su salud se refiere. De hecho, ni siquiera cuando estaba con dolor de cabeza consentía tomar ningún analgésico para aliviarse. Era como su padre, tozudo como una mula.

—Cuando llegaron los resultados una semana más tarde —continuó exponiendo el tema—, algunos indicadores no me gustaron. Un chico de su edad no es normal que tenga los leucocitos, los glóbulos rojos y las plaquetas tan bajos. Al no existir glóbulos rojos en suficiente cantidad, sus órganos no reciben la cantidad necesaria de oxígeno y por eso le viene esa sensación de cansancio.

El corazón de Ashley trotaba con furia, absorta en las palabras de la doctora, temiéndose un desenlace traumático.

—Como le iba diciendo, le recomendé repetir la prueba y aproveché para solicitar al laboratorio un examen más exhaustivo, que finalmente certificó lo que a priori ya había supuesto con los primeros resultados.

Respiró hondo.

—Su hermano tiene... Emm —dudó—. Leucemia y necesita un trasplante de médula cuanto antes.

La información le cayó como un jarro de agua fría, heladora. Las lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por su mejilla. Le temblaron las manos.

—Señorita Welles —continuó pero sus oídos ya no escuchaban nada, sordos por la noticia—. ¿Se encuentra usted bien?

Su cara desfigurada por la pena apesadumbró a la doctora que no se acostumbraba a tener que dar malas noticias a los familiares de los enfermos.

—Debe hacerse las pruebas usted también, por seguridad —apuntó.

Ashley barajó la posibilidad de salir corriendo. Le pareció que el aire no le llegaba a los pulmones. Se estaba ahogando. Sintió un fuerte dolor en el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó en su hermano, en su querido hermano y sólo de imaginar en la enfermedad le desgarró el alma.

—Mañana tengo intención de reunirme con Anthony, a las tres y media de la tarde. Le recomiendo que venga con él y hablemos los tres tranquilamente.

La doctora Peterson continuó con la retahíla. Sus palabras retumbaban lejanas en los oídos de Ashley, conmocionada.

—Descanse hoy, y no se martirice. Necesito que mañana cuando se reúnan conmigo, muestre toda la entereza de la que sea capaz. Hágalo por Anthony.

Se acercó a ella y le cogió la mano enérgicamente.

—Ashley, necesito que reciba su apoyo para que sobrelleve lo mejor posible el duro trance.

La joven agradeció las muestras de afecto.

—Por supuesto.

Tragó saliva sin saber si ella misma iba a poder soportar lo que se les venía encima. Su hermano tenía cáncer, su Tony...

Llamó a Carlo para que fuera a recogerla. No había parado de llover.

Lloró amargamente en la trasera del coche mientras Carlo conducía, atento a la carretera. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna. Ella ni se lo planteó intentando soportar el martilleo de las palabras de la doctora Peterson en su cabeza.

Marisa estaba planchando cuando llegaron a casa. Ashley corrió a su dormitorio y se desplomó sobre los almohadones de su cama y descargó un mar entero de lágrimas, casi en mayor número que las miles de gotas que estaban cayendo a través del cristal.

Cuando se sintió aliviada, se enjuagó la cara en el lavabo y acudió a la cocina donde Carlo estaba sentado ojeando por quinta vez en el día el periódico y Marisa estaba enfrascada con la ropa en el cuarto de la plancha.

—Carlo, Marisa. —Les llamó apostada en el umbral de la puerta—. Necesito hablar urgentemente con vosotros, por favor. Venid al salón —les instó.

Marisa, en un principio, rehusó moverse del sitio, alegando un sin fin de tareas domésticas pendientes antes de la cena.

Ashley fue tajante y les obligó a apostar el culo sobre el sofá de cuero negro que presidía la estancia.

—Anthony tiene leucemia.

Soltó las palabras sin pensarlo, a pesar de que había meditado cómo transmitir la información sin encontrar una forma más suave de hacerlo.

Quería a Marisa y a Carlo como a sus propios padres y consideró que era justo que ellos supieran desde el principio lo que le sucedía a Anthony.

Marisa lloró con desconsuelo nada más recibir la noticia sonándose sin resuello su gruesa nariz. Carlo, por su parte, no pronunció palabra y se alejó de las dos mujeres con rabia contenida preguntándose por qué Dios les tenía que castigar de aquella manera. Hubiera preferido ser él el enfermo y no «*su querido niño*» que tenía la vida por delante.

Ashley les informó de la reunión que Anthony y ella iban a mantener al día siguiente con la doctora Peterson y les imploró para que no hiciesen o dijese nada al joven que lo alarmase antes de tiempo. Ambos, consternados, dieron su palabra de honor.

Cuando al día siguiente Ashley se presentó en el hospital a las tres y media de la tarde, Anthony se escamó. No esperaba encontrarse allí con su hermana. Estaba repantingado en un sillón escuchando música a través de los auriculares de su *walkman*. Le encantaba la música. Ashley se recreó en él, memorizando cada rincón de su esbelta anatomía, cada lunar y cada peca de su bronceada piel.

—¿Qué haces aquí, hermanita? —inquirió pulsando el stop de su aparato de música.

—Vengo a acompañarte. Parece mentira que no te hayas acordado de que el otro día me lo pediste.

Mintió ya que esa conversación nunca había existido. Anthony asintió contemplativo dándole el beneplácito de la duda. No recordaba haber hablado del tema con Ashley, pero últimamente no acordarse de las cosas era algo que le sucedía con frecuencia.

Accedieron al despacho de la doctora Peterson con más de veinte minutos de retraso de la hora prevista. Ashley se mordió las uñas, nerviosa, y se le rompieron varias. Anthony, por el contrario, escuchaba impávido la música de su *casete* sin prestar atención a su hermana que se debatía en un mar de angustias.

—¿Te ocurre algo, Ashley? —le preguntó, extrañado por su actitud. Parecía que el asiento le quemaba bajo la seda de su falda rosa.

Ashley no contestó y volvió la cara hacia la ventana, intentando ver el horizonte a través del translúcido del cristal.

—¿Estás bien? Te noto intranquila.

Asintió sin pronunciar palabra, de espaldas a él, mintiéndole.

—¿De verdad que estás bien? —reiteró.

La preocupación por el comportamiento de su hermana le incomodó al extremo. Se levantó y se acercó a ella, asiéndola de los hombros y obligándole a girarse, enfrentándose a él.

—¡Ashley!

Se le estaba agotando la paciencia.

—¿Qué te sucede? ¿Me lo puedes explicar?

Los ojos azules de su hermana perdieron fuerza y se nublaron, llenándose de lágrimas. Ashley apoyó la mejilla sobre su hombro, sintiendo la tensión en los brazos de su hermano, mientras le abrazaba.

—Pero...—dudó—. Ashley, vamos...—dulcificó su voz y Ashley sintió que sus palabras se le clavaban en el corazón. Se puso a temblar, y Anthony le abrazó con más fuerza apretando su menudo cuerpo contra su torneada musculatura.

Las palabras salían ahogadas de su boca, mientras la angustia le embargaba la mente y se dejaba llevar, atada a los brazos de su hermano, mientras las lágrimas estropeaban su maquillaje y el cuerpo entero temblaba.

Se abrió la puerta del despacho y la doctora Peterson salió con el semblante serio, enfundada en una bata blanca. Llevaba varias carpetas en la mano y les instó a entrar. Se sentaron en sendas sillas de cuero negro, frente a la mesa abarrotada de informes, mientras la doctora salía un instante al mostrador.

—No me pasen ninguna llamada —susurró aunque el oído fino de Ashley captó el mensaje con claridad.

Se secó las lágrimas con un pañuelo, y se retocó mirándose sutilmente en el cristal del mueble aparador donde la doctora guardaba los utensilios médicos.

—¿De verdad que estás bien? —insistió Anthony, agarrándole una mano con suavidad, transmitiéndole un apoyo sincero.

No sabía qué le ocurría a su hermana, pero algo grave debía ser. De lo contrario, no se encontraría en ese estado de nervios. Solía ser una persona bastante tranquila, aunque aquel día, algo le debía haber sucedido porque se

estaba comportando como una niña pequeña y malcriada.

La doctora Peterson apretó el hombro izquierdo de Ashley cuando pasó a su lado en dirección a su asiento, proporcionándole un mínimo de apoyo que agradeció de corazón.

Anthony notó que algo iba mal. La cara de las dos mujeres mostraba una intranquilidad fuera de lo normal y se sintió observado. Se recolocó en el asiento, acostumbrado a tomar una pose un tanto desgarbada típica de los muchachos de su edad.

—¿Ocurre algo?

Miró a los ojos a ambas mujeres, inquisitivo.

Tomó la palabra la doctora Peterson, exponiéndole la situación de su enfermedad.

A pesar de la gravedad, Anthony se tomó bastante bien la noticia, como si no fuera con él, impasible ante los acontecimientos. Escuchó en la distancia todos y cada unos de los tratamientos con los que iban a intentar paliar su enfermedad, cada uno de los cambios físicos que iba a sufrir, incluso escuchó, en la lejanía, que perdería el pelo... Su vida, en definitiva, se iba a convertir de la noche a la mañana en un auténtico caos del que tendría que salir por todos los medios, apoyándose en los suyos y en la asistencia psicológica que le brindaba el centro hospitalario.

Su mente funcionaba lenta, muy lentamente, madurando cada palabra de la información y evaluando las caras de las dos mujeres que tenía al frente. Comprendió la actitud de su hermana a la perfección y sintió pena por ella. No se merecía pasar por una situación tan traumática.

—Anthony, cariño.

Los ojos de su hermana lo miraron pero su mente estaba en shock, y no oía las palabras que le decía.

—Te vas a curar, cariño mío. Tienes que ser valiente.

Le pareció que le hablaban a miles de kilómetros de distancia y el eco de las palabras le llegaba sin sonido a los tímpanos.

Cuando salieron de la consulta eran más de las seis y media de la tarde. Tres horas largas e intensas que parecían toda una eternidad.

Anthony pensó haber pasado por un mal sueño, que se despertaría al momento y que se reiría de la mala pasada que le estaba jugando su mente.

Pero no se despertó nunca de aquel sueño. Era tan real como la vida misma, y sí, definitivamente, y tras mucho pensar, captó el mensaje. Tenía leucemia, y había una gran posibilidad de que la muerte le llamara a la puerta. De hecho, ya le estaba tentando, apostada a su espalda, con la túnica negra y la guadaña, a la espera.

Ashley se hizo las pruebas de compatibilidad esa misma tarde, para acelerar los trámites ante un posible trasplante. Cuando al cabo de dos días recibió la noticia de que sus médulas no eran compatibles, se embriagó de amargura e incluso se enfadó con Dios por hacerle aquella jugada tan sucia.

Anthony entró en la lista de trasplante rápidamente, dado su enfermedad, que avanzaba por días, debilitándole cada vez más.

Se obligó a sí mismo a acudir todos los días a *AshTon Business Process Management* a desarrollar su tarea como becario, a las órdenes de Ashley, con el fin de sentirse útil y no encerrarse en casa, hasta que las fuerzas no se lo permitieron y se tuvo que quedar al cuidado de Marisa y de Carlo.

Empeoró definitivamente un jueves por la tarde cuando perdió el conocimiento. Carlo, asustado, llamó a una ambulancia para que lo trasladaran al hospital. Estuvo en la Unidad de Cuidados Intensivos dos días, debatiéndose entre la vida y la muerte. La leucemia se estaba extendiendo a pasos agigantados por todo su organismo y la única manera de controlarlo era mediante un trasplante que no terminaba por llegar.

La única lámpara de latón que colgaba del techo sobre los pies de la cama del hospital envolvía en un leve haz de luz blanquecina la figura que yacía inmóvil bajo las blancas sábanas.

Anthony hizo un movimiento. Sus dedos se deslizaron unos milímetros sobre la sábana y Ashley se inclinó hacia delante de inmediato, cogiendo la delgada mano de su hermano entre las suyas.

La muerte gritaba en el silencio de la habitación estéril, y atravesó como un estoque el corazón de Ashley, sentada a su lado, cuando Anthony expiró.

Estaba cansada, le dolían las piernas y la espalda tras varias horas sentada en la misma posición sobre la incómoda silla de madera, sujetando la

mano de su querido hermano.

Carlo, Marisa y Frances se encontraban en el exterior, observándoles a través del cristal y se encendieron en llanto cuando les observó con la mirada vacía y la cara llena de lágrimas, certificándoles lo que desde hacía varios días, llevaban esperando. Anthony les había dejado, y todos lloraron amargamente su pérdida, una pérdida de un hombre con un corazón de oro que los dejó sumidos en una enorme tristeza.

Ashley gritó desgarradoramente, moviéndose convulsamente sobre el diván en el que se encontraba tendida.

—¡Señorita Welles! ¡Ashley!

Alguien le zarandeó el hombro y se echó las manos a la cabeza, protegiéndose de un posible enfrentamiento. Su tono dulzón, le recordaba la voz de alguien conocido pero que no llegaba a identificar.

—¡Ashley!

La voz de la Karla Santini sonaba lejana mezclándose con sus recuerdos.

—Respire profundamente, sintiendo cómo asciende su tórax. Tranquila, muy tranquila...

El susurro casi imperceptible de la doctora Santini le sosegó.

—Cuando cuente hasta tres y chasquee los dedos, va a despertar, y va a sentirse tranquila, muy tranquila.

Luchó por mantener las palabras de la psicoanalista fuera de su mente, recobrando nuevamente la línea argumental de su sueño.

—Uno. Respire hondo. —Su voz era suave, tranquilizadora—. Dos...

Sopló, haciendo el sonido del aire al salir de los pulmones.

—Tres.

Chasqueó los dedos.

Ashley escrutó con sumo cuidado la estancia en la que se encontraba, evaluando el mobiliario y fijándose en la persona que tenía de frente, intentando saber qué le había ocurrido. Reconoció a Karla Santini, su psicoanalista.

—¿Cómo se siente, Ashley?

Meneó la cabeza afirmativamente, tumbada todavía sobre el diván, indicando que se encontraba bien. Se sentía abrumada por los acontecimientos, pero respiraba una paz interior que hacía mucho tiempo no sentía.

—Ha recordado la muerte de su hermano —le indicó—. Si se da usted cuenta, es la primera vez en meses que habla usted de él. Es más, es la primera vez que ha hablado usted aquí. Hasta hoy, se había limitado a pasar las horas muertas, apostada en el diván, en su propio mundo, mientras yo la observaba impertérrita, evaluando su actitud.

Se sintió pesarosa.

—Hoy, en cambio, ha dado usted un gran paso.

Ashley agradeció las palabras de motivación. La doctora Santini continuó con su exposición.

—Siempre viene bien hablar de las desgracias pasadas.

Cruzó una pierna sobre la otra, ganando tiempo para meditar sus palabras.

—No podemos vivir siempre seducidos por el pasado. Tenemos que aprender a pasar página, y creo que hoy, va a ser un día muy importante para usted.

Sintió que con lo que le decía tenía razón.

—El día de hoy será un punto y aparte a los hechos del pasado. Querida, tiene que saber que es bueno recordar, pero no lo es el hecho de vivir en una agonía constante como en la que usted se encontraba sumida.

Ashley agradeció que hablara en pasado, porque eso era señal de que lo malo estaba empezando a quedarse atrás, permitiéndole avanzar hacia un futuro esperanzador. Tenía todavía sus miedos, pero en algo la doctora había dado en el clavo: los recuerdos del pasado le estaban impidiendo ver el futuro con claridad.

—Como le he dicho, el pasado siempre intenta seducirnos con sus recuerdos, pero tenemos que ser capaces de vivir en el presente y luchar por un mejor futuro. Quedarse anclada en viejos recuerdos, como ve, es algo que a la larga, genera inseguridad y usted antes nunca había sido insegura, ¿verdad?

Le miró fijamente. Ashley asintió, aseverando que antaño, ella siempre

había sido una persona muy segura de sí misma.

Sintió alivio con las palabras de Karla Santini. El camino era sinuoso, y sabía que todavía había un largo trecho por recorrer con el fin de apagar los resquemores por los que merecía la pena aún seguir llorando. Advirtió felicidad al recordar de nuevo a Anthony, aunque fuera en su última etapa, la más trágica de todas.

La amargura y la pena por su muerte seguían presentes, pero su fuero interno reconocía, al fin, que no había sido culpa suya, sino que el destino le había puesto en jaque y aquello no había sido más que una prueba más que superar.

Difícil.

Sí, demasiado.

Tanto, que llevaba tres años llorando a diario por su hermano.

Y lo seguiría haciendo, de eso estaba segura, pero recordarle de aquella manera, había hecho que comprendiera a la perfección que Anthony la amaba con toda su alma y por eso, solo por eso, no le iba a hacer sufrir más allá donde estuviera, preocupándose por ella.

Cuando salió de la consulta y se enfrentó nuevamente al aire libre de la mañana, Ashley se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo. Había conseguido superar algunos de sus miedos, entre ellos, recordar a su hermano y su enfermedad.

Desde hacía meses venía negándose a colaborar en los experimentos de Karla Santini pero ese día, al final, se alegraba de haber participado en la sesión de hipnosis, aunque sabía a ciencia cierta que lo de su hermano sólo era un eslabón de una larga, larguísima cadena de malos recuerdos.

22

La lluvia golpeaba estrepitosamente el parabrisas de su *Porsche 911sc*, mientras Grant se dirigía al *Enrico* a almorzar. Diluvió durante todo el trayecto. Las gotas tamborileaban sobre la chapa de su vehículo creando una melodía que ni el mejor de los músicos sería capaz de componer.

Respiró la humedad a través de la ventanilla entreabierta, sintiéndose embriagado por ella, mientras pisaba el acelerador con precaución, evitando tener que dar un volantazo que dañara aún más su maltrecho hombro. Seguía doliéndole.

Cuando hizo su entrada en el restaurante, la mayor parte de las mesas estaban ocupadas. Era obvio que algo así pudiera suceder, ya que no poder utilizar la terraza minimizaba el aforo a la mitad.

Buscó a Sebastian con la mirada, oteando el horizonte del oscuro local y no lo encontró. En su puesto había un joven camarero, al que nadie le había notificado que debía guardarle una mesa, como ocurría a diario desde que un año antes adquiriera los derechos de explotación del local. Un auténtico fastidio, ya que la broma le supondría perder un valiosísimo tiempo que hubiera podido dedicar a seguir estudiando los informes de viabilidad que había preparado Michelle con el objetivo de conseguir el emporio de *AshTon Business Process Management*.

Su estómago rugió con fuerza, demandando algo que echarse a la boca. Se sintió embriagado por el olor que venía de la cocina. Supo que ese día comería pato a la naranja, la especialidad de la casa. Se le aguó la boca, como a un perro sabueso a la espera de comida.

Observó al personal allí reunido, colocándose de puntillas, por si veía a algún amigo con el que compartir mesa. No encontró a nadie. Seguramente, Brandon y Peter estarían en casa, aprovechando la oportunidad que les ofrecía la climatología para retozar con sus respectivas parejas. Los odió a ambos.

Brandon tenía a Sally y a pesar de que estaban en un momento algo bajo de la relación, sabía que a la larga solucionarían sus diferentes puntos de

vista.

Peter, por su parte, tenía novia desde hacía tres años. El muy cabrón nunca hablaba de ella. Ni siquiera se la había presentado, pero sabía a ciencia cierta que lo hacía feliz. Se veía.

Él, sin embargo, estaba sólo, más sólo que la una, anhelando encontrar una mujer con la que compartir sus más íntimos sentimientos sin preocuparse más que de amarla y desearla en cada minuto de su existencia. Sintió que la frustración le embargaba, pesaroso de su desoladora existencia.

Se apostó ante la barra del bar y pidió un whisky con el que poder olvidar sus penas, aún a sabiendas de que no debía tomar alcohol. Los analgésicos para el hombro podrían reaccionar mal con la bebida y provocarle un fuerte dolor de estómago.

El camarero colocó un vaso ancho con mucho hielo sobre la barra.

—Si no le importa, póngame mejor una *Coca-Cola*.

La verdad es que sí le importó y lo dejó saber por medio de una mueca labial en señal de desaprobación. Estaba harto de los clientes pijos con los que le tocaba lidiar a diario por un mísero sueldo que no le daba ni para comer, mientras ellos se gastaban millonadas degustando unos platos con escasa cantidad de alimentos.

—Aquí tiene su refresco, señor.

Grant agradeció la rapidez del camarero con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa y degustó la bebida refrescante con avidez.

Pensó en Chad y soltó una carcajada, haciendo que la mayor parte del salón se girase para observarle. Si el marine le pillara tomando una bebida gaseosa, le cortarían los huevos. Era muy estricto con su dieta y las bebidas con burbujas era algo que estaba terminantemente prohibido en su alimentación. Rio de nuevo, esta vez en silencio, imaginándose la cara de enfado de su entrenador.

Bebió con fruición. Tenía la boca reseca y sintió por primera vez en mucho tiempo el cosquilleo de las burbujas a su paso por su garganta. Recordó la cantidad de refrescos que había tomado antaño y los efectos que habían producido sobre su cuerpo y se sintió culpable.

Siempre había sido un niño de complexión fuerte, rayando la obesidad, y en parte se lo debía a sus malos hábitos con la comida. Acostumbraba a

ingerir más de dos litros de refrescos al día, de todo tipo de sabores. De hecho, su cuerpo conoció prácticamente el sabor del agua hasta que no dio con Chad.

Recordó el primer día de entrenamiento. Chad acudió a su domicilio un jueves por la mañana. Le abrió la puerta Teresa y sin ni siquiera conocerle todavía a él, le solicitó un cesto. Estudió uno por uno todos los armarios de la cocina y se recreó en la despensa, desechando todos los productos insanos con exceso de calorías. Al final de la mañana, los armarios estaban vacíos y Teresa con un humor de perros.

Desde entonces, su menú estaba muy controlado y si algún día se pasaba más de la cuenta, se machacaba más al día siguiente en el gimnasio. No quería volver a ser un hombre obeso, con kilos de más y con michelines balanceándose a diestro y siniestro a cada paso.

Se enorgulleció de su cuerpo esculpido en acero, torneado en el gimnasio y se palpó sobre el suéter, los cuadrados de su abdomen que tanto esfuerzo le estaban costando conseguir. Se sintió feliz consigo mismo, aunque no pleno. Le faltaba algo importante. Sabía que tarde o temprano el amor llamaría a las puertas de su corazón sutilmente y él se las abriría de par en par si era un amor verdadero, de la misma manera que les había ocurrido a Brandon y a Peter. Cuándo llegaría, era un misterio y eso le enfureció nuevamente, desesperándole al extremo.

Sumido en sus propios pensamientos, no escuchó al metre cuando le avisó de que su mesa estaba ya preparada. Al hombre no le quedó más remedio que acercarse a él y tocarle inquisidor el hombro, haciéndose notar. Grant se movió al punto con un aspaviento ya que le estaba martilleando el hombro adolorido.

Recogió el vaso de refresco que se estaba empezando a aguar por el exceso de hielo y el calor reinante en el local y lo siguió por entre las sillas del comedor, sorteando a algún que otro comensal que se encontraba de pie a punto de tomar asiento.

La mesa que le ofrecieron estaba más alejada del bullicio de lo que en un principio le apetecía. La soledad de su casa más bien se podría contrarrestar teniendo a gente a su alrededor con la que distraerse escuchando algún que otro comentario. Para su desgracia, su mesa estaba tan apartada que de lo

único que no podía quejarse era del barullo de la gente.

Leyó la carta con parsimonia, recreándose en cada uno de los platos. Los conocía a la perfección y no había uno que no hubiera probado alguna vez, unos con más acierto que otros. Pasó las páginas con desgana, sabiendo, incluso antes de que le ofrecieran la carta, que iba a comer pato a la naranja, la especialidad de la casa. El cocinero tenía unas manos privilegiadas y le daba un toque mágico al pato, que hacía que se convirtiera casi en un delito no probarlo alguna vez.

Esperó un buen rato a ser servido, algo que le incomodó en exceso, y más siendo él el propietario del local. Andrew, el único que sabía de su condición, no estaba ese día tampoco en el local, y el trato de sus empleados dejaba mucho que desear. Apercibió que sólo cuando estaba Andrew, el comportamiento de sus trabajadores era exquisito. Mal le iba a ir, entonces, como no pusiera remedio al asunto.

Veinte minutos más tarde, con el estómago rugiendo como un león y con el vaso vacío, recibió el plato. El pato brillaba por su ausencia y lo habían sustituido por un pollo reseco. Echó chispas por los ojos y se lo hizo saber al metre, quien le pidió disculpas por la equivocación y le pidió una nueva comanda a la cocina.

Se levantó atropelladamente por la falta de espacio entre su mesa y la pared y se acercó al aseo de caballeros, donde aprovechó para echarse agua en la cara y refrescarse por el intenso calor acumulado en el local.

A su regreso, algo más calmado, oteó en el horizonte a una joven y hermosa mujer apostada en la puerta de la entrada, hablando con el nuevo camarero. Recordó aquella silueta con precisión milimétrica y sintió su rubor bajo la tela de su entrepierna.

Se acercó a ella, atraído por su magnetismo y le saludó cortésmente, esperando que le recordara.

—Buenos días, señorita.

Sintió una alferecía al escuchar su voz ronca, potente.

El color ámbar de su vestido destacaba sobre su piel bronceada. Él, por su parte, se arrepintió de no haberse arreglado más aquel día. Un sencillo pantalón de sport y un suéter celeste componían todo su atuendo.

Sabía que el traje chaqueta, independientemente del modelo o color, le

sentaba como un guante pero lo consideró inapropiado para un día aciago y solitario como aquel. Muy diferente era su vestimenta cuando tenía que acudir a *World Wide Building Corporation*. Enfundarse impecablemente en un traje y utilizar corbata, era lo mínimo que se exigía. Se mesó el cabello sin peinar, algo revuelto. No llevaba fijador.

Ashley le miró con cara de pocos amigos. Su memoria procesaba en milésimas de segundos de quién podía ser aquel escultural cuerpo que se mostraba ante sus ojos.

—Buenas días, señor...—dudó—. ¿Malory, verdad?

Extendió su frágil y delicada mano y la estrechó con la suya. Grant sintió el calor que desprendía el delgado apéndice mientras lo envolvía con sus anchos dedos. Sintió cómo sus pieles se fundían por el contacto. El corazón se le derritió, impaciente.

—Sí, Grant Malory. Y su nombre era...

Se hizo el interesante, como si no recordara el nombre de aquella preciosidad, a pesar de que lo tenía grabado a fuego en su mente.

—¿Ashley Welles? ¿La señorita Welles, es cierto?

La joven afirmó con la cabeza.

—Nunca podría olvidar el nombre de una mujer hermosa como usted.

El rubor se le subió a las mejillas, enfatizando el rosa de su colorete.

—La he visto y he querido acercarme a saludarle. Ayer no tuve oportunidad de disculparme.

—No se preocupe, Grant.

Escuchar su nombre vibrando a través de aquellos carnosos labios hizo que a él le recorriera un escalofrío por la espalda.

—Y,..., ¿cómo tiene el hombro? ¿Se encuentra mejor?

Ashley le trataba de usted, guardando las distancias, a pesar de que lo conocía a la perfección. Llevaba mucho tiempo enamorada sin saberlo de él, desde la primera vez que lo viera sentado en la terraza del restaurante ese verano.

—Estoy un poco dolorido todavía. —Se apretó el hombro y una punzada le recorrió el brazo—. Fue una caída un tanto aparatosa.

Ashley recordó la sesión de *footing* del día anterior en *Central Park* y la espectacular visión de aquel hombre tendido sobre ella en el césped con el

hombro dislocado.

—Señorita Welles. Sintiéndolo mucho va a tener usted que esperar un ratito para poder sentarse a comer. Con esto de la lluvia, hoy tenemos el comedor completo.

—¿No me tienen la mesa reservada? —inquirió y la preocupación nubló la luz de sus ojos azules.

El camarero negó con la cabeza y se marchó raudo a atender las órdenes del metre. Estaba cabreado porque la mayor parte de las personas que llegaban al restaurante le exigían una mesa que supuestamente debiera estar reservada. Ni Andrew ni Sebastian le habían comentado nada, y él no podía hacer más. Era su primer día.

—Esto es inaudito.

Ashley se llevó las manos a la cara, desesperada.

—Señorita Welles, si no tiene inconveniente, puede sentarse en mi mesa. Yo estoy esperando también a que me sirvan desde hace ya casi media hora...

Sonrió y Ashley pudo observar sus dientes perfectamente blancos y alineados en claro contraste con el bronceado de la piel tersa de su cara. La incipiente barba le daba un atractivo que no recordaba del día anterior. Su perfume le embriagó y sintió desfallecer.

—¿Se encuentra bien, Ashley? La veo pálida —mostró preocupación.

Percibió que sus piernas temblaban cuando el hombre se acercó a ella y le cogió del codo, sujetándola con fuerza, evitando que se desplomara en el suelo. El contacto de su mano le quemó la piel del brazo y advirtió que sus pies ya no eran capaces de aguantar.

—No se preocupe señor Malory.

—Grant, si no le importa.

—Ha sido un pequeño mareo. Estoy bien, de verdad.

Le tomó la mano, sintiendo su pulso acelerado. Grant la acompañó hasta el rincón, y le colocó la silla cuando la dama tuvo intención de sentarse, algo que Ashley agradeció con generosidad. Ya quedaban muy pocos caballeros con aquellos modales.

—Me veo en la obligación de acompañarle, Grant.

Ashley estaba encantada. Lo deseaba con toda su alma.

—Estoy en deuda con usted. Es lo menos que puedo hacer..., ofrecerle mi compañía...

Él alzó la mano y llamó al camarero.

—Si no le importa, sírvale aquí el almuerzo a la señorita Welles.

—Por supuesto, como guste, señor. ¿Qué va a tomar la señora?

—Lo de siempre.

El camarero la observó absorto analizando su escueta respuesta.

—Disculpe, señora. Hoy es mi primer día aquí —y creyó que el último— y no tengo conocimiento de lo que usted suele tomar.

Sus palabras amables aliviaron la tensión que Grant había mantenido con él momentos antes.

—Tomaré una copa de vino blanco y pato a la naranja.

—Estupendo, señora. Ha hecho usted una muy buena elección.

Grant rio con descaro ante el desparpajo del joven, provocando que Ashley riera al punto.

—¡Menudo jaleo tienen hoy aquí montado! —señaló—. ¡Cómo se nota que no están ni Andrew ni Sebastian!

—La verdad es que sin ellos, esto no es lo mismo...—refirió Ashley y razón no le faltaba.

Observó con detenimiento a su acompañante. Se alegró de tenerlo tan cerca. Su poderoso perfume le embriagó y su cuerpo torneado de gimnasio era una escultura de acero admirable para el ojo humano. Todo en él era sensualidad y erotismo. Sintió como su sexo se derretía de deseo y sueño, oyendo su cálida voz, que la poseía allí mismo, con pasión.

Grant charló animosamente sobre temas banales mientras esperaban el primer plato.

—Siento mucho lo de ayer —se volvió a disculpar—. No fue mi intención abordarla de aquella manera.

Ashley quitó importancia al asunto.

—No se preocupe.

—La culpa fue de Brandon. Lleva una temporada un tanto alocado. Le gusta mucho bromear, y se me cruzó delante de los pies...—intentó justificarse.

—De verdad, no se preocupe. Yo estoy perfectamente. Al final, el peor

parado fue usted.

—Si no te importa, trátame de tú —le instó.

—Entonces... emm —dudó—. El peor parado fuiste tú, Grant.

Un frío espasmo volvió a nacer de la nuca de Grant hasta perderse en la parte baja de su espalda.

—Sí, la verdad es que todavía siento algo de dolor. Si no hubiera sido por Peter, quizás el daño hubiera sido peor...

—Ah, sí, el doctor Heiss, ¿verdad?

Ashley aprovechó el momento para cuestionarle por el hombre que acababa de ver hacía unas horas en la prensa.

—Perdone la indiscreción —se disculpó—. Pero, ¿sabe usted si su amigo ha viajado recientemente?

La cara de asombro de Grant indicaba que no tenía el más mínimo conocimiento del tema. Ashley se explicó, para que no le considerara una cotilla.

—Se lo pregunto porque esta mañana lo he visto en varias fotografías en la prensa.

Grant no había leído ese día el periódico, absorto en los informes que le facilitarían la compra de *AshTon Business Process Management*. Abrió los ojos demandando más información.

—Según los titulares, está en *Japón* y ha debido tener un altercado. Aparece acompañado de una señorita, la modelo Frances Beresford.

En ningún momento le mencionó que Frances era su íntima amiga, a la que quería como una hermana.

Grant lanzó un silbido del que se arrepintió al momento.

—Disculpa. No quería ser maleducado.

Ashley no le dio importancia y continuó hablando.

—Me extraña que sea él —apuntó Grant—. Ayer no nos comentó su intención de viajar a ningún sitio, y menos aún a *Japón*.

—Muchas veces se cambian los planes repentinamente.

—Ciertamente. Peter es un hombre muy reservado y no suele hacer alardes de sus movimientos. Pero, ¿*Japón*? Me extraña...

Por lo que sabía Grant, Peter siempre había odiado la cultura oriental, desde que siendo un niño tuviera una niñera nipona que le martirizaba con el

aprendizaje del japonés.

—En fin. Si tienes oportunidad, no dejes de ver la prensa de hoy —le instó Ashley, apurando la carne—. No tiene desperdicio.

Les sirvieron el postre. Ambos pidieron mousse de chocolate con helado de vainilla. Hablaron animadamente, de cosas banales, mientras cada uno miraba al de enfrente, sintiéndose embriagado por su personalidad.

A Ashley la compañía de Grant Malory le estaba ayudando a soportar la tensión generada tras la sesión de hipnosis en la consulta de la doctora Santini. Para Grant, en cambio, estar con ella estaba suponiendo una gran vía de escape. Con Ashley se podía conversar, y eso era algo que le atraía sobremanera de ella. En el sexo, si alguna vez llegaban a tener algo más que una simple amistad, estaba seguro que se complementarían a la perfección.

—Es usted una belleza.

—¿Cómo?

Ashley alzó la vista, ruborizándose al comprender que él le había hecho un cumplido, y aunque sonrió, su expresión parecía abstraída.

—Gracias.

—Siento haber tenido que conocerla de la manera en la que lo hice —continuó; sus palabras eran dulces y transmitían sinceridad—, pero ahora, no estoy arrepentido de haberme lanzado contra usted ayer.

Sonrió descaradamente y Ashley se sintió una mujer afortunada. Grant Malory era un hombre muy atractivo, rayando la exquisitez.

Desde hacía unos meses le venía observando sentado en la esquina opuesta a la suya en la terraza del restaurante, cuando los días no eran tan desapacibles como aquel. El magnetismo que emanaba Grant le obligaba acudir a diario al *Enrico*, con el simple objetivo de verlo comer desde la distancia.

Conocía todos y cada uno de sus movimientos. Había estudiado con obsesión cada una de las arrugas de su piel producidas al comer o al reír. Se sentía orgullosa de conocer cada músculo de su cuerpo, intuido a través de la tela de la camisa.

En más de una ocasión había soñado con palparle el torso para sentir la suavidad de su piel entre sus dedos. Su mente había fantaseado con escenas de pasión en la que los protagonistas eran ellos dos, en la oscuridad de la

noche, iluminados por velas en torno a sus cuerpos desnudos.

Lo quería y lo odiaba al mismo tiempo. Lo quería para ella y nadie más, y sólo verle conversando con otra mujer le encelaba hasta el extremo.

También lo odiaba. Lo odiaba porque sabía que nunca sería suyo. Ella no lo consentiría, aunque ello le provocara vivir en una pena constante. Ya estaba acostumbrada. Jamás se enamoraría de nadie, y si lo hacía, como ya sentía que le había ocurrido con el hombre que tenía ante sí, lo mantendría en secreto por voluntad propia. No quería que nadie le condicionase la vida, y mucho menos que ningún hombre viviera condenado a su angustia. Esa, era sólo suya y desde ese día, un poco más liviana.

Terminaron el dulce y barajaron la posibilidad de tomar el café en otra parte, buscando la tranquilidad que el *Enrico* no les estaba proporcionando.

Ashley aceptó encantada, entendiendo que salir de allí era lo mejor que les podía pasar a ambos, agobiados por el gentío.

Grant pagó la cuenta, a pesar de la negativa de Ashley.

—Si prefieres, podemos tomar el café en el *Candle* —propuso—. Yo invito.

Ashley conocía a la perfección la cafetería. Se encontraba próxima a su *loft*, en el *Upper East Side*.

—De eso nada —protestó—. No voy a consentir que pagues tú otra vez. Sería un abuso.

Grant mostró su dentadura bajo una sonrisa picarona y cogió el brazo de Ashley, ruborizándose al momento por tan cariñoso acto. La trataba como si le conociera de toda la vida, y eso, en parte, le generaba inseguridad. No quería, aunque por otra parte, lo deseaba, que se hiciera ilusiones de algo que nunca, jamás, podría llegar a suceder.

Salieron al exterior, y la humedad de la lluvia les cayó encima. Se apresuraron al coche de Grant, Ashley con el bolso sobre la cabeza para evitar que se estropeará su peinado. Los tres mil caballos de potencia rugieron al encender el motor y se alejaron de *Wall Street*, mezclándose en el fragor de la gran ciudad.

23

La noche secuestraba, pausadamente, la luz del cielo sobre las ventanas cuando salieron del *Candle*. El sol, que se extinguía tras la lluvia, escondía su curvilínea figura bajo el horizonte mientras el viento, amenazador, dueño de las calles, cortaba la piel de sus habitantes con sus gélidas e incesantes ráfagas. Ashley sintió frío y Grant le pasó el brazo por los hombros, sintiendo el calor que desprendía su cuerpo contra el suyo.

Se sintió abrumada. Agradeció su caballerosidad y pasearon en torno al *Reservoir*, en *Central Park*. Se embriagaron mutuamente, el uno del otro, escuchando el silencio de la noche a su alrededor. Ashley sentía la dureza de su antebrazo apoyada sobre sus hombros. El sonido de la gran ciudad se matizaba por entre las copas de los árboles del parque y se sintió protegida entre tanta soledad.

Miró el reloj, pensando que Marisa y Carlo estarían muy preocupados por ella, y sintió miedo de su reacción. No estaban acostumbrados a que llegara tan tarde a casa. Se lo hizo saber a Grant, obligándole a separarse de ella.

Ashley caminó rauda y veloz hacia la salida, dejando atrás al hombre con el que había experimentado momentos inolvidables de los que hacía mucho tiempo había renegado.

Grant corrió en su busca, preocupado por tan repentina reacción y arrepentido de que la magia que se levantaba entre los dos se hubiera desvanecido dando paso a una barrera infranqueable que a duras penas sería capaz de sortear. Amaba a aquella mujer que le daba la espalda de forma impetuosa.

La observó fijamente, desde la distancia y la siguió con paso acelerado, intentando alcanzarla, aunque eso fuera lo último que hiciera antes de morir.

Se aproximó a ella, por detrás, agarrándole la cintura con fuerza, reconstruyendo la escena de su primer encuentro justo cuando ambos pasaban por el punto exacto en el que se había producido. Ashley intentó zafarse nuevamente de él, sin demasiada intención. Eso fue la perdición para ambos.

Grant le agarró de la cintura con más fuerza, obligándola a darse la vuelta. Ella sintió su cuerpo temblar, bajo la fuerza de su abrazo. Se miraron un instante a los ojos, profundamente, azul sobre negro, y todo desapareció a su alrededor, creando una atmósfera especial que los envolvió.

Él se acercó tímidamente a su cara, ahondando en la profundidad de sus ojos, ardiendo en deseo de besarla, apretando con fuerza su cuerpo contra el suyo.

Ashley pudo sentir su respiración entrecortada chocando contra su cara, y las aletas de su nariz se abrieron aún más, embriagada por el aroma de su perfume.

Intentó zafarse, pero sin determinación. La paz que le transmitían aquellos negros y profundos ojos le hipnotizó, envolviéndola. Era la segunda vez en el día que lo estaba, pero prefería la sensación que estaba experimentando en esos momentos a la de la mañana.

Grant apoyó sus carnosos labios contra los suyos, muy dulcemente, saboreando cada porción de piel que tenía en torno a su boca, urgente. Ella sintió un escalofrío de placer recorrerle la curva de su espalda y sus piernas se soltaron, frágiles, ante el sopor de la pasión.

Ashley sintió que su cuerpo reaccionaba en contra de su mente, que le indicaba que huyera cuanto antes de una situación de la que se había jurado no participar nunca más. Se envolvió de deseo y le resultó difícil respirar, atrapada entre la mole de músculos de los brazos de él, que la agarraban con fuerza contra la superficie de su pecho, más duro que el acero. Su mente dejó de pensar y se dejó llevar por sus deseos más oscuros, buscando la boca de él, jugueteando con su lengua.

Grant aceleró el ritmo y le soltó las horquillas del pelo. Ashley sacudió la cabeza y una cascada dorada le cayó espalda abajo, por encima de los hombros, hasta la cintura. Él agarró varios mechones, y los acercó a sus labios, oliendo el embriagador perfume almizclado de su champú. Su miembro se encendió de deseo, bajo la tela de los pantalones, mientras ella recorría con sus manos la curva de su espalda bajo el suéter.

Anduvieron atados, uno contra otro, boca con boca hasta alcanzar el tronco de un árbol. Grant apoyó su espalda contra él para no perder el equilibrio y profundizó en la boca de Ashley, con su lengua juguetona,

mientras le agarraba las caderas invitándole a encajarse perfectamente a las suyas que temblaban por la urgencia de sus pantalones.

A Ashley le daba vueltas la cabeza, diciéndole que lo que estaba haciendo no estaba bien, a pesar de que lo necesitaba más que el poco aire que estaba respirando en ese momento. Pudo más su sentimiento de culpa que la pasión, y se separó de él, bruscamente.

—Lo siento, Grant. Esto no puede ser.

La cara de él, impertérrita, mostraba el sufrimiento por un encuentro no culminado. Recordó a Michelle y supuso que ella había padecido lo mismo noches antes, cuando en el fragor de la pasión, él se había separado de ella bruscamente, dejándola insatisfecha.

—¿Qué ocurre, Ashley?

Su voz era dulce y se derretía por el calor de la escena. Le rozó el mentón, pero ella se dio la vuelta, ofreciéndole la espalda.

—Me tengo que ir. Esto no tendría que haber ocurrido nunca.

Echó a correr, tambaleándose sobre sus delgados tacones, con su melena desordenada al viento.

Grant se quedó apoyado contra el árbol, pensativo, sintiendo el fuego recorrerle cada sección de su cuerpo, martirizado por el acto inconcluso.

La siguió con la mirada, hasta que la vio salir del parque y fundirse con la multitud de la gran ciudad, perdiéndola de vista. Huía despavorida, como si acabaran de atacarle.

Grant pensó correr tras ella, pero finalmente lo desestimó.

Ashley corrió por entre las calles plagadas de coches, mirando hacia atrás por si Grant le iba siguiendo. Se sintió como una delincuente, huyendo de la policía, arrepentida de haber dejado a Grant sólo en el parque, hirviendo en deseo, un deseo común que a ella le escocía dolorosamente. Se lamentó también por su mala cabeza, por haberse dejado llevar por un capricho pasional del que hacía mucho tiempo se había prometido no participar.

Abrió la puerta de su *loft* bien entrada la noche, con las mejillas encendidas por la carrera, con los labios hinchados, su sexo latiendo todavía con fuerza y la culpa martilleándole las sienes.

Se quitó los tacones para no hacer ruido y paseó de puntillas por el frío mármol hasta alcanzar la puerta de su dormitorio.

Marisa estaba esperándola sentada sobre el borde de la cama como un ave rapaz a la espera de su presa nocturna. Dio un respingo nada más verla, asustada y el corazón se le disparó nuevamente.

—¿Qué horas son estas de llegar? —El tono de su voz indicaba preocupación.

Marisa se frotó las manos y se acercó a Ashley, inquisitivamente. Era la primera vez que llegaba tan tarde, y encima, sin avisar. El rubor se asomó por entre las rosadas mejillas de la joven, cuando miró el reloj y vio que eran más de las dos de la madrugada. No había echado cuenta de él en todo el día y era normal que Marisa estuviera muy apurada.

—Emm... Lo siento Marisa.

Se dibujó una amplia sonrisa en su cara que llamó la atención de la mujer.

—No me he dado cuenta de la hora que era.

—Nos tenías muy preocupados —le regañó—. Carlo fue a buscarte al *Enrico* y le dijeron que te habías marchado. ¡Con la que estaba cayendo!

Se echó las manos a la cabeza, repleta de rulos.

—Pero,...

Intentó calmarse para no despertar a Carlo que, aparentemente, dormía en la habitación contigua.

—¿Se puede saber dónde has estado?

—Paseando, Marisa, paseando.

El deje de su voz marcaba indecisión, algo que no escapó a la astuta Marisa.

—Necesitaba estar a solas...—mintió.

Mintió por el simple hecho de que no había estado ni un segundo a solas. Mintió porque no había querido pasear, más bien, había estado retozando con un hombre del que se sentía profundamente enamorada, aunque su cabeza le estuviera diciendo que no era más que un capricho del que se tenía que deshacer lo antes posible, o terminaría pagando unas consecuencias para las que no estaba preparada.

—¡Ashley!

El tono algo más calmado de Marisa la devolvió al mundo real, a su dormitorio.

—No me vuelvas a hacer esto, por favor.

Se acercó a ella y le acarició el rostro encendido.

—Hemos estado en un sin vivir toda la tarde y toda la noche. Esto no es normal en ti. ¿Te encuentras bien?

—Sí —asintió, mientras iba desabrochándose los botones de la camisa.

Estaba cansada, y no tenía ganas de prolongar más el interrogatorio. Se miró en el espejo y dibujó con las yemas de sus dedos el recorrido que minutos antes hubieran hecho los de Grant. La piel le hervía todavía.

—¿Estás bien, Ashley?

Asintió.

—¿Seguro?

La pesada Marisa volvía a desviar sus pensamientos hacia una conversación de la que no tenía la menor intención de participar.

—¿Cómo te ha ido la sesión con la doctora Santini?

—Bien. Mejor de lo que esperaba.

Se acercó a la mujer y le dio un sonoro beso en su regordeta mejilla.

—Buenas noches, Marisa. Estoy muy cansada y quiero dormir.

Resultó insolente, pero quería terminar con la conversación cuanto antes. Se metió en la cama y su cabeza empezó a dar vueltas haciendo un esquema de todo lo sucedido aquel día.

Pensó en llorar, pero por primera vez en mucho tiempo, no le apetecía. Seguía sintiendo angustia por el pasado, pero la losa que llevaba tras su espalda se había vuelto ese día algo más liviana.

Recordó a Anthony y a pesar de que el corazón se le encogió, lo hizo con ternura, agradeciéndole cada momento que había pasado con ella.

Recordó a Grant, ese hombre que le había derretido la llave de la puerta de sus sentimientos y había intentado colarse en su corazón sin pedir permiso. Se rozó el pecho, y el simple contacto con su suave y delicada piel hizo que se le endurecieran los pezones, recordando las yemas de los dedos de él recorriéndole la espalda.

Durmió plácidamente.

Marisa y Carlo, en su habitación, estuvieron pendientes toda la noche de la «niña», extrañados por primera vez en mucho tiempo de que Ashley no se la pasara llorando. Algo estaba cambiando en ella, de eso estaban seguros.

Por su parte, Grant, durmió a intervalos, en la soledad de su habitación, insatisfecho, recordando los buenos momentos de la tarde y martirizándose por los de la noche, con su sexo a punto de estallar y sin Ashley, su amada Ashley durmiendo a su lado.

Tenía ganas de estar con ella, y por una extraña razón, había salido huyendo de entre sus brazos, cuando ambos se encontraban en la más absoluta de las intimidades.

Recordó su abrazo, cómo sus dedos se habían ensortijado ente su pelo y cómo le había recorrido la curva de la espalda por debajo del jersey.

Todo en ella era sensualidad y erotismo y sintió que la atracción irrefrenable que embargaba a su cuerpo le hacía enloquecer.

24

El avión en el que viajaban Frances y Peter aterrizó en *Nueva York* un jueves a las cinco y cuarto de la madrugada, la madrugada del último día de Septiembre. Cuando Peter se volvió sonriente hacia Frances, que estaba sentada a su lado, vio que su novia lloraba.

—Nunca pensé que volver a casa me haría tan feliz —dijo, a través de las lágrimas, mientras Peter le apretaba la mano.

Era evidente que Frances se alegraba de volver a *Nueva York*, igual que él, pero sabía que algo se había quedado para siempre en *Japón*.

Peter no dijo a penas nada durante el trayecto en taxi hasta casa de Frances, donde prefirió quedarse a pasar lo que quedaba de noche. Se mostraba depresiva, y comenzaba a echar de menos su profesión, y eso que hacía tan sólo unas horas que había tomado la decisión de abandonarla.

Él esperaba que su determinación no fuera radical y que algún día se la replanteara. Frances podía ser una mujer muy testaruda y eso podía hacer que algunas heridas de su corazón cicatrizaran antes de tiempo, abriéndose después en el momento más inoportuno, cuando fuera demasiado tarde.

—Te quiero mucho, Frances. Siento que nos haya sucedido todo esto.

Le dio un beso casto en la mejilla justo cuando el taxista detenía el vehículo delante del edificio.

—No sé por qué Rogger se ha comportado así, pero ahora tiene que vivir con ello.

Escrutó sus ojos verdes con la mirada, evaluando su reacción.

—Los problemas, en sí, todavía no le han llegado. En el momento en el que pise suelo norteamericano, sabe que entrará a la cárcel de pleno.

Deseaba que fuera verdad. Le había hecho mucho daño y ni por mucho que naciera un millón de veces podría perdonarle. Tenía que ser así. No había otra alternativa, ni pensaba buscarla.

Recogieron el poco equipaje de mano que llevaban y tomaron el ascensor hasta la planta treinta y seis, cogidos de la mano.

María los recibió asustada, envuelta en una bata rosa y con la cabeza

llena de rulos. Se había despertado atemorizada al escuchar la puerta, con el corazón en un puño.

Se tranquilizó cuando vio a la pareja.

—Buenas noches, señorita Beresford —bostezó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Tranquila, María.

Peter le hizo una señal indicándole que dejara el tema por el momento, mientras ellos se dirigían al dormitorio y María regresaba al suyo un tanto inquieta. No esperaba a Frances hasta varios días después.

Se tumbaron sobre el mullido colchón y Peter la acunó entre sus brazos, como a una niña pequeña, haciéndole recapacitar sobre la decisión tomada sin meditar en el fragor de la tensión.

—Cariño, debes pensar muy bien si realmente te ves capacitada para abandonar tu profesión.

Le retiró un mechón del rostro mientras ella apoyaba su cabeza sobre la dureza de su pecho.

—Ha sido tu vida desde hace muchos años, y dejarla, repentinamente, puede pesarte a la larga.

Sus palabras eran dulces.

—Descansa unos días, mi amor. Si quieres, nos vamos de vacaciones.

Le lanzó una mirada insinuante, deseando que dijera que sí.

—He pensado que podríamos acercarnos a *España*. *Andalucía* es preciosa. Hace años visité *Málaga* y los pueblos de la sierra son espectaculares. Callejuelas estrechas, casas blancas, vistas impresionantes al *Mar Mediterráneo*,... En fin —resopló—. ¡Qué más se puede pedir!

—Ahora no, Peter. No me siento con fuerzas.

Sus lágrimas resbalaron por sus mejillas descuidadas, algo poco habitual en ella.

—Está bien. Ya hablaremos del tema más adelante. Sólo quiero que lo pienses. Nada más. Tú no eres una persona que se arredra ante los contratiempos.

Continuaron así, en silencio, uno sobre el otro, acurrucados, los brazos de él apretados contra el pecho de ella, sintiendo su abrazo cálido contra la frialdad que demostraba su corazón.

—Peter... Lo siento.

Le obligó a girarse sobre sí misma, ciento ochenta grados. Le levantó el mentón con el pulgar y le miró profundamente a las esmeraldas que tenía por ojos.

—No me tienes que pedir perdón por nada.

Le besó la punta de la nariz y le secó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

Le apretó con más fuerza contra su pecho y ella se ajustó en él, sintiendo el latido de su corazón palpitando al ritmo del suyo.

—Lo que tienes que hacer es no deprimirte. Tú siempre has sido una mujer echada para adelante, y esta actitud no te beneficia en nada. Hoy te lo permito, mañana no. ¿Me has entendido, mi amor?

La profundidad de sus ojos se introdujo en su mente y le obligó a decir algo que no tenía ganas de pronunciar.

—Está bien. Mañana será otro día.

Peter le acarició el pelo y recorrió con las puntas de sus dedos la curva de su espalda, hasta fundirse bajo sus nalgas prominentes, controlando sus necesidades que empezaban a emerger.

Le besó la frente y los párpados, uno a uno, secando las últimas gotas de pena, siguiendo después por sus carnosos labios que invitaban al deseo. Ella se movió, buscando el encuentro de su pelvis, reajustándose con él. Sintió la dureza a través de la tela de los pantalones y se animó al pensar que Peter le seguía deseando como antes.

Se ajustó más a él. Su rostro reflejaba el espíritu rebelde que el erotismo dejaba salir cada vez que estaba con Peter. Sus labios sedosos, separados todo el tiempo, permitían una amplia fuga de palabras y sonidos lujuriosos. Las aletas de su pequeña nariz revolotearon intensamente y las gotitas de sudor crecieron poco a poco sobre su frente por el calor de su contacto hasta que el peso fue tanto que se deslizaron sin destino por cada rincón de su cara, mezclándose con la sal de sus lágrimas secas.

Frances necesitaba sentir que alguien la protegía, y allí estaba su guardián, abrazándola con ímpetu y las ganas de llorar empezaron a buscar refugio en sus ojos.

Peter tendió una mano, y sus largos dedos atravesaron con delicadeza los

mechones de cabello negro suelto que embellecían la escena, desparramados sobre la mullida almohada.

Pasó con dulce suavidad las yemas de sus dedos por su garganta, sus delicados hombros y los laterales de sus pechos, sintiéndolos a través de la seda de su camisa. Le besó detrás de la oreja, suavemente, con delicadeza extrema. Ella sintió un cosquilleo y sonrió relajada, esperando más. Él vio con placer, cómo su piel reaccionaba a las caricias y cómo se estremecía su cuerpo ante su contacto. Le besó en los labios, tiernamente, profundizando en la cueva de su lengua, jugueteando con ella. Al principio el beso fue suave y cálido. Luego apasionado, ardoroso y largo, lo que les hizo perder el aliento hasta separarse sofocados.

Frances era todo lo que él deseaba: hermosa, inteligente, pasional... Se sintió el hombre más dichoso del mundo, olvidando la pena por el hijo no nacido, al que habían aprendido a amar, a pesar de que ninguno de los dos conocía su existencia.

—Te quiero amor mío...

Su voz era entrecortada.

—Y yo a ti, cariño —respondió ella, más segura de sí misma.

En la penumbra de la habitación, su silueta era más un misterio imaginado que una realidad y Peter la dibujaba a la perfección, recordando cada pliegue de su cuerpo.

Frances se giró sobre él y pasó sus manos por debajo del cuello de la camisa, por el esternón, entre los pectorales, hasta su estómago esculpido en mármol. Lo besó alrededor del cuello y en la cara, mientras él le tomaba la cintura con aplomo, intentando traspasar la tiniebla que los envolvía.

Sólo veía su silueta y algún punto de luz reflejado en sus pupilas inquietas. Le mordisqueó de nuevo la oreja y por fin se decidió y desabrochó a tientas los botones de su camisa. Le descubrió los hombros y acarició la hondonada de entre sus senos turgentes apremiantes bajo el encaje del sujetador. Vio con placer cómo su cuerpo reaccionaba a sus caricias y se asustó, preso por la culpa. No quería aprovecharse de la debilidad de Frances, apesadumbrada por la pérdida. Quiso parar, pero ella, avariciosa, le obligó a continuar, en la efervescencia de la pasión.

Desabrochó los corchetes del sujetador con manos hábiles, mientras su

boca buscaba la de él y jugueteaba fogosamente con su lengua. Sus senos quedaron al desnudo, rozando la suave tela de la camisa entreabierto de él. Se le erizaron las puntas de sus montículos prominentes.

Las manos de Peter recorrieron su cintura y con aplomo subió a través de su espalda, y las pasó a sus senos. Los moldeó con sumo cuidado y se llevó un duro botón a la boca. Lo saboreó con gusto sintiendo la henchida carne rosácea entre sus dientes, mientras sus dedos maestros jugueteaban fervientemente con el otro.

Un grito ahogado desde las profundidades de la garganta de ella le indicó que quería más y profundizó en su afrenta, mordisqueando el tenso saliente contra sus afilados dientes. El cuerpo de ella se estremeció de gusto y arqueó la espalda, invitándole a más.

La entrepierna de él exigía salir de la cárcel de sus pantalones, mientras las manos hábiles de ella desabrochaban totalmente los botones de su camisa y jugueteaban con la rosada carne de su pezón, sobre unos pectorales esculpidos en acero.

Abrió las piernas, invitadoras. Peter desvió la atención de sus senos, y le recorrió el cuerpo con las yemas de los dedos, hasta alcanzar la cinturilla de su falda que rápidamente resbaló hasta sus tobillos, junto a su ropa interior, dejándola desnuda completamente.

Le separó las rodillas con las palmas de las manos, masajeando el interior de sus muslos. Las puntas de sus dedos se introdujeron en la profundidad de su sexo, separando los labios, vivificando sus sentidos, excitándola. Ella correspondía a sus caricias enredando sus dedos entre su cabello, suspirando de placer.

Cuando sintió la húmeda y rugosa lengua rozar su entrepierna, Frances se estremeció de gusto y como en un acto reflejo, alzó las caderas y entreabrió sus piernas, en una invitación más íntima. Su sexo hinchado y húmedo se mostraba febril ante las embestidas bucales de su amado, mientras él, paciente, sentía su pulso latir bajo la entrepierna.

El olor natural de ella se hizo paso sobre el perfume a agua de rosas que despedía todo su cuerpo. La excitación de Peter iba en aumento y el deseo de poseerla le entumeció las piernas e hicieron que su pulso se acelerara de forma inusitada.

Sintió como sus calzoncillos se humedecían al punto que Frances lanzaba un hondo y profundo gemido. Ambos habían disfrutado, sobre todo ella, más necesitada de cariño en esos momentos que él.

Durmieron los dos abrazados, Peter con los pantalones puestos, derrotados por las largas horas de vuelo y los acontecimientos.

25

La mañana estaba húmeda el primero de Octubre tras el chaparrón del día anterior. Grant entró en *World Wide Building Corporation* a las nueve en punto.

Estaba contrariado por los acontecimientos y se había enfadado con Chad, por no querer entrenarle esa mañana, a pesar de que el hombro prácticamente ya no le dolía.

Michelle estaba sentada ante su escritorio pasando a limpio con dedos ágiles el informe de la última reunión con los Hugg, donde se explicaba lo sucedido y se detallaba punto por punto los acuerdos llevados a cabo. Esa tarea era algo imprescindible en una empresa del calibre de *World Wide Building Corporation* donde los contratos llenaban las mesas y miles de reuniones diarias podían hacer que a la larga, la mente se despistara y no se supiera qué se había convenido en cada una de ellas.

Ella era la mejor en su tarea, y desde el primer día que entrara en la empresa, su buena síntesis les había permitido hacer pequeños diarios de cada reunión que Grant agradecía enormemente. Las ideas de Michelle para con la empresa le habían ayudado muchísimo a evolucionar.

—Buenos días.

La notó distante con él, abstraída en el teclear sobre la máquina de escribir. A Grant se le formó un nudo en la garganta cuando la vio, y sintió que el estómago se le revolvía recordando su propia negativa a revolcarse con ella tres días antes en la intimidad de su despacho, tras la reunión con Howard Hugg.

—¡Michelle! —le llamó, y ella no tuvo más remedio que dejar de martillar el teclado—. Cuando pueda, pásese por mi despacho. Necesito hablar con usted de un tema importante.

La mujer miró con curiosidad encubierta a los ojos de su jefe. Supuso que quería disculparse nuevamente por su desafortunado encuentro.

—Enseguida voy señor.

Se levantó de la silla y comenzó a buscar lápiz y papel por si Grant

quería dictarle alguna carta, como solía ser habitual.

Grant accedió a su despacho y se apostó ante su gran mesa de caoba, deslizando la yema del dedo índice de su mano derecha por la superficie pulida, pensativo. Recordó la piel suave como el terciopelo de su amada, y el vello de la nuca se le erizó de nuevo.

Se obligó a olvidarla momentáneamente, y se frotó la cara de sueño para espabilarse, antes de descolgar el auricular del teléfono.

Marcó el número personal de su socio en *China*, sin intermediarios de por medio que pudieran filtrar información sobre sus intenciones. No despertó a Narumoto, acostumbrado a trabajar sin descanso. No comprendía cómo ese hombre de sesenta y un años de ojos rasgados podía trabajar tanto, cuando su vida estaba resuelta desde hacía quince años cuando su buen hacer, y gracias a su magnífico potencial, había conseguido importantes beneficios con la venta de equipos informáticos.

Tras disculparse por su atrevimiento, aun sabiendo que Narumoto estaba al pie de cañón las veinticuatro horas del día, tuvieron los preliminares de una conversación que sin duda, podía cambiar el rumbo de *World Wide Building Corporation*.

—Disculpe la impertinencia, Narumoto.

—Esperaba su llamada desde hace varios días, Grant.

Se extrañó, ya que nadie más que Michelle conocía sus intenciones sobre *AshTon Business Process Management*.

—Como sabe usted —el hilo de la conversación lo marcó el viejo, a miles de kilómetros de distancia—, las noticias vuelan. Sé que finalmente ha conseguido la *Hugg Corporation&Sons*. Enhorabuena, el solar en el que se encuentra le reportará grandes beneficios, si sabe gestionarlo bien.

Suspiró. Las noticias volaban como la pólvora. Grant pensó en el viejo Howard, vanagloriándose por la venta de su inmueble, cuando prácticamente se lo había tenido que regalar o las deudas se lo hubieran comido.

—Veo que las noticias vuelan, Narumoto. —Enunció un proverbio chino—. «*Digas lo que digas, siempre dirán que dijiste, que no dijiste nada*».

Rio, y al otro lado del auricular sintió cómo Narumoto reía también, dándole la razón.

—La verdad es que sí. Ha sido una adquisición un tanto complicada, no

tanto por el papeleo, sino por el cliente. Ha sido un hueso un tanto duro de roer.

—Mi querido Grant...

Narumoto le hablaba casi como un padre, aconsejándole tras años de experiencia en los negocios.

—*Khalil Gibran* dijo una vez que «*Amar a la vida a través del trabajo, es intimar con el más recóndito secreto de la vida*». ¡Cuánta razón tenía! El hombre se deshonorra al robar, pero no al trabajar. Supongo que la transacción te habrá resultado complicada, pero en lo complicado está la belleza de nuestro trabajo.

Las palabras de Narumoto se filtraban a través del auricular, suaves, traídas por el viento.

—Cada transacción —continuó— hay que trabajarla con sumo cariño si quieres que se lleve a cabo definitivamente. A los clientes hay que mimarlos como a niños pequeños, y el dinero para ellos es como el caramelo que se les da los domingos a la salida de la iglesia...

—¡Cuánta razón tiene!

La risotada de Grant viajó a través de la línea telefónica y martilleó el oído del viejo, apostado sobre su mesa de trabajo.

—Recuerda una cosa Grant. Un camino, si no lo andas, nunca llegas; un terreno, si nunca lo cultivas, nunca da frutos; un negocio, si no lo atiendes, nunca prospera. Un hombre, si nunca se educa, nunca prospera. Un trabajo, si nunca lo empiezas, nunca lo sabes. Un libro si no lo aplicas, nunca lo entiendes...

La retahíla parecía no terminar nunca.

—Podría continuar así eternamente, Grant. Lo que quiero hacerte ver es que el trabajo tiene que ser lo primero en lo que pienses nada más levantarte y en lo último al acostarte. Sólo de esa manera, conseguirás mantener el imperio que tienes.

Meditó las palabras de Narumoto. Estaba de acuerdo con ellas. Desde que se había convertido en presidente de *World Wide Building Corporation*, incluso antes, siempre había tenido muy presente que el trabajo era lo más importante para el hombre.

Hasta la fecha, se había sentido siempre realizado y comprometido con

su trabajo. Para él, la profesión había estado siempre por delante de todo. Sin embargo, desde hacía unas horas, no podía pensar con claridad. Ashley se filtraba en sus pensamientos cual sirena de mar, con su cántico celestial y su melena al viento, volviéndole loco de deseo.

—Llevo varios días barajando un asunto, y no quiero dejar pasar más tiempo sin tratarlo con usted.

—«*Si no quieres que se sepa algo, no lo hagas*», Grant.

Narumoto se caracterizaba por la utilización de gran cantidad de proverbios chinos, algo que a Grant le entusiasmaba, ya que siempre tenía la frase apropiada en cada momento.

No había visto a Narumoto desde hacía años. Lo recordaba con admiración, departiendo con su padre en su casa, cuando él, siendo aún un niño, se escondía tras la puerta entreabierta del despacho escuchando conversaciones que por aquel entonces era incapaz de comprender.

Desde que se había reencontrado con él en la *Convención Anual de Empresarios de la Construcción en Bruselas* seis años atrás, ambos habían participado en varios proyectos. Definitivamente se asociaron, cuando vieron el potencial del tándem que hacían. Su compenetración en los negocios, a pesar de la diferencia de edad, era plena.

Departieron un buen rato evaluando los pros y los contras de adquirir *AshTon Business Process Management*. Las ventajas resultaron mayores que los perjuicios y ambos socios determinaron ofrecer una cuantía de no más de treinta millones de dólares y un plus anual de dos millones más durante los próximos cinco años hasta que la compañía de telecomunicaciones estuviese en su poder, valorada según cálculos aproximados de mercado en unos cuarenta millones de dólares.

Narumoto sería socio capitalista exclusivamente, quedando la empresa bajo el mandato de Grant hasta que *World Wide Building Corporation* se recuperase económicamente de la inversión y fuera lo suficientemente solvente para adquirir el cien por cien de las acciones.

Grant hizo números sobre el papel, mientras Narumoto estudiaba su agenda con intención de reunirse con él en los próximos días, y estimó un plazo no superior a siete años para tener el pleno dominio de *AshTon Business Process Management*.

Se despidió de Narumoto reiterando sus disculpas por haberle llamado a una hora poco prudencial y agradeciéndole el apoyo en la adquisición de la nueva empresa. Estimaron verse al cabo de ocho días, en las dependencias de *World Wide Building Corporation*, para ultimar todos los detalles, aprovechando que el chino tenía que viajar a *Miami* para reunirse con un cliente.

Michelle entró en el despacho de Grant cuando vio apagarse la luz roja de su centralita, indicándole que su jefe había terminado de hablar por teléfono.

—Michelle, como supondrás —la tuteó como solía hacer en la intimidad de su despacho—, la adquisición de *AshTon Business Process Management* sigue en pie.

—Lo suponía, señor.

—¿Michelle?

Se acercó a ella y le miró fijamente a los ojos.

—¿Te ocurre algo?

La notó distante y le extrañó su actitud, aunque suponía que se debía a su desencuentro.

—No se preocupe.

No le miró a la cara. Grant se le acercó, asiéndola por el codo con manos fuertes. Michelle sintió dolor en el antebrazo por la solidez de su contacto. Se apartó de inmediato, como si algo le estuviera abrasando.

—Michelle... —Dulcificó la voz haciéndose notar—. Espero que no me guardes rencor por lo del otro día.

Buscó su mirada hasta encontrarla.

—Creo que es mejor que sigamos así, como estamos, antes de que nos vayamos a hacer más daño.

No estaba dolida con él por su falta de compromiso con ella. De hecho, lo agradecía. Lo que le ocurría era que estaba celosa después de haberlo visto babeando por otra en *Central Park* horas antes, al abrigo de la oscuridad de la noche.

—No te preocupes Grant. Anoche vi que estabas muy bien acompañado y me alegro por ti.

Sus palabras fueron sinceras aunque llevaban implícitas un cierto sarcasmo que Grant no apreció.

—Sí, me encontré con una conocida y aprovechamos para charlar.

—No hace falta que me des explicaciones de tu vida privada. No me interesan.

Mintió porque eran chismes que luego le permitirían ganar puntos entre sus compañeras. Los cotilleos eran lo que les mantenía distraídas del tedioso trabajo diario.

—Está bien —terció—. Dejémoslo estar.

Suspiró, sopesando sus palabras.

—Necesito que me prepares un balance de las cuentas de la empresa para estudiar cuánto capital líquido vamos a ser capaces de disponer para finales de semana. Creo que en unos días seremos dueños de *AshTon Business Process Management*.

Sus ojos negros como el hollín brillaban con la luz de la habitación y destellaban transmitiendo una gran seguridad.

—Narumoto nos apoya cien por cien, pero sólo puede participar con un veinte por ciento de capital. Acaba de adquirir acciones en varias empresas chinas y no se puede desprender de más dinero. Y según mis cálculos, la transacción puede alcanzar los cuarenta o cincuenta millones de dólares, así que tenemos que ajustarnos el cinturón y correr algunos riesgos.

Michelle tomaba notas en su cuaderno, evaluando cada punto y cada coma de la información que Grant le estaba dictando.

—También necesito un balance de los ingresos previstos para los próximos siete años. Yo creo que si todo sale bien —dio una palmada al aire—, *World Wide Building Corporation* será una de las empresas más punteras de todo el mundo y tendremos pleno dominio en promoción inmobiliaria y en telecomunicaciones, con *AshTon Business Process Management* a la cabeza.

Desprendía entusiasmo por cada poro de su piel y Michelle se sintió embriagada por su ánimo. Grant era un *crac* en los negocios y sabía que, tarde o temprano, conseguiría sus objetivos. Siempre lo hacía.

Pasaron toda la mañana estudiando números, analizando sus inversiones y las pérdidas de capital que supondría sacar parte del dinero de los fondos y plazos fijos en los que estaba invertido.

—Esto va viento en popa y a toda vela.

—Tienes que tener mucho cuidado, Grant.

Michelle mostraba preocupación. Si la transacción no salía bien, *World Wide Building Corporation* sufriría pérdidas importantes lo que supondría un duro golpe para Grant y todos sus empleados.

—No te preocupes, Michelle. Confío en que todo va a salir bien. Es un presentimiento. No hay más que observar estos papeles.

Los alzó, triunfal, mostrándoselos a su asistente.

—*AshTon Business Process Management* no puede aguantar más la situación en la que se encuentra. Si sigue así —continuó— alcanzará la bancarrota en menos de un mes y su personal ejecutivo se verá abocado al más oscuro y profundo de los abismos.

—Sí, Grant. —Michelle mostraba sus dudas—. Reconozco todo lo que me comentas, pero no has valorado todavía si quieren vender o no. No puedes matar la piel del oso antes de cazarlo. Recuerda esto bien.

Grant observó que Michelle mostraba la cordura que a él le faltaba en ciertos momentos. Realmente era una mujer especial, aunque no fuera lo suficiente para él en el ámbito personal. En lo profesional, la valoraba sobremanera. Tenía una gran capacidad de trabajo y era muy eficaz a la hora de resolver cualquier contratiempo.

—¡Qué sería de mí sin ti!

—No me dijiste lo mismo el otro día cuando me rechazaste...—bromeó.

Le miró con ojos risueños, demandándole el contacto físico que sabía que nunca más volvería a tener lugar.

Grant no se dio por aludido y prefirió no hacer caso a la insinuación de su asistente con el fin de no complicar más el asunto.

Avisó a Norma pulsando el botón de su interfono.

—Norma, disculpe. —Su voz autoritaria puso nerviosa a la secretaria—. Acérquese a mi despacho. Le necesitamos.

—Enseguida, señor Malory.

La secretaria llamó a la puerta suavemente, con los nudillos y entró,

apostándose tras la silla en la que se encontraba sentada Michelle.

—Michelle, quiero que Norma le ayude. —El tuteo se terminó—. Debemos investigar a quién pertenece *AshTon Business Process Management*. Hasta el momento, está siendo un misterio. Si hace falta, contrate los servicios de un detective. Lo dejo en sus manos. Confío en usted.

Asintió. Quiso decirle que eso tendría que haber sido lo primero que deberían haber indagado, incluso mucho antes de entablar conversaciones con su socio en *China* o de analizar las pérdidas que se podrían generar al sacar sus activos líquidos de los fondos de inversión en los que estaban colocados. La impulsividad de Grant, la mayoría de las veces, le impedía pensar con claridad. Veía un posible negocio, analizaba los beneficios y las posibles pérdidas que se pudieran derivar de él, y el resto de marrones se quedaban para ella.

—Norma, quiero que ayude a Michelle en todo lo que ella le solicite. Estamos pendientes de una transacción muy importante y vamos a necesitar todo su apoyo.

La secretaria asintió y miró a su compañera asustada. Era la primera vez que el señor Malory le hacía partícipe de algo más que no fuera atender las llamadas o recibir a los clientes.

—Si no tienen ninguna duda, pueden empezar a trabajar. Tenemos que intentar tener toda la documentación antes del fin de semana.

Michelle descruzó las piernas lentamente intentando atraer la atención de Grant absorto en sus pensamientos, y se dirigió hacia la puerta, seguida por Norma.

—¡Michelle!

Se giró con mirada inquisitiva y se acercó nuevamente hacia el escritorio mientras Norma salía y se dirigía hacia su mesa.

—¿Sí, señor Malory?

Se acercó a ella y le agarró del codo. Grant sintió un pequeño quemazón en las yemas de sus dedos y separó su mano al instante, evitando que el fuego de Michelle le abrasara la mano.

—Intenta que todo se desarrolle bajo la más absoluta discreción.

La asistente personal de Grant aceptó las instrucciones y salió de la estancia. Con todos los engranajes de la maquinaria en funcionamiento, Grant

se sintió más tranquilo, maquinando los últimos coletazos de su estrategia.

Sólo le faltaban unos pequeños eslabones de la cadena para convertirse en el dueño y señor del emporio de las telecomunicaciones. *AshTon Business Process Management*, siempre había sido un negocio puntero y por alguna extraña razón estaba yendo a la deriva.

Su cabeza vagó acercándose a un futuro todavía un tanto incierto, y se imaginó a sí mismo luchando por levantar nuevamente el negocio, con la ayuda de su equipo, sin el que, y con toda seguridad, él nunca hubiera podido alcanzar el poder del que disfrutaba. Decidió recompensarles económicamente con un aumento de sueldo y una paga extraordinaria si todo salía según sus expectativas.

No se dio cuenta de que su línea privada estaba sonando, hasta que el ruido ensordecedor y repetitivo le martilleó los tímpanos y le abstraigo de sus propias ensoñaciones.

—Grant Malory al habla. ¿Quién llama?

—Buenos días, Grant. ¿Cómo va ese hombro?

La voz de Peter sonaba al otro lado del teléfono algo dormida.

—¡Hombre! El doctor Heiss al habla... ¡Qué lujo!

Se recostó sobre su sillón y colocó los pies sobre la madera de su escritorio.

—La verdad es que bastante bien. Ya no me duele casi.

—Eso es buena señal. Te llamaba por si te apetece ir al *Enrico* a tomar algo. Tengo que pasar un momento por el hospital y me pillas de camino.

—Estaba pensando en ir a comer dentro de un rato.

Miró el reloj y se dio cuenta que eran las doce y diez de la mañana.

—Emm...—Dudó decírselo—. Quiero ver si me encuentro con Ashley.

—¿Mmm? —Emitió una especie de mugido a través del auricular—. ¡Qué calladito te lo tenías...!

—¡Mira quién fue a hablar! Llevas tres años con tu chica y todavía ni me la has presentado. No sé ni cómo se llama. ¿Tanto miedo me tienes?

Rio y el sonido de su carcajada viajó a través de la línea, haciendo que Peter se tuviera que separar el auricular de la oreja.

—Bueno, ya te contaré. Llevo unos días un tanto complicados.

—Ni me lo recuerdes. Yo llevo dos o tres días de perros, si no fuera

por...

No le dio tiempo a concluir sus palabras cuando la puerta de su despacho sonó.

—Un momento por favor, Peter.

Tapó el micrófono del teléfono con la palma de la mano.

—¡Adelante!

Michelle entró con sus insinuantes caderas bamboleando de derecha a izquierda y se aproximó a la mesa.

—Tienes que firmar este documento, Grant. La valija sale dentro de media hora y tenemos que enviar este informe a Narumoto, para que estudie el tema del que hemos hablado anteriormente.

Analizó rápidamente la documentación y observó que Michelle había redactado un escrito desglosando los aspectos económicos de la próxima transacción junto con una carta en su nombre dirigida a Narumoto. Firmó rápidamente y retomó la conversación con su amigo, mientras observaba el trasero de Michelle alejarse de su despacho.

—Ya me puedes perdonar, Peter —se justificó—. Ha entrado mi secretaria para firmar unos documentos.

—Nada, hombre. —Quitó importancia—. Como te iba diciendo, si quieres, nos podemos ver dentro de unos tres cuartos de hora, sobre la una, en el *Enrico*, charlamos un rato y nos ponemos al día. Me tienes que contar quién es esa Ashley...

La risotada de Peter hizo esta vez que fuera Grant el que tuviera que separarse del auricular.

—Está bien. Nos vemos entonces a la una.

Recordar a Ashley hizo que el tiempo se le paralizara momentáneamente. La echaba de menos y le embargó la preocupación al no saber el por qué de su marcha repentina la noche anterior, cuando ambos retozaban tranquilamente a la sombra de un árbol bajo la profunda oscuridad de la noche.

Buscó personalmente el teléfono de *Bayside Florist*, una floristería muy antigua de la que recordaba su madre era una fiel admiradora.

—*Bayside Florist*. ¿En qué puedo ayudarle? Habla usted con Elizabeth.

—Buenos días. Me gustaría hacer un envío al restaurante *Enrico*, a

nombre de la señorita Welles.

—¿Qué flores desea que le enviemos?

—Emm...—dudó. No lo había pensado y se sintió avergonzado por ello. Recordó que su madre tenía adoración por las rosas amarillas—. Una docena de rosas amarillas está bien.

—¿Quiere poner algún mensaje en la nota?

La telefonista tenía una voz estridente y le estaba haciendo demasiadas preguntas para las que no se había preparado.

—Te echo de menos, Grant.

—Te... echo... de...—Elizabeth iba pronunciando las palabras despacio a medida que las escribía en la tarjeta—... menos,... ¿Cómo me ha dicho que se llama, señor?

—Grant.

—Entonces, te echo de menos, Grant —repitió.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Otro al que han dejado...

La voz de la dependienta sonó lejana, como si hubiera tapado el micrófono del teléfono y estuviera hablando con alguna compañera.

—¿Perdone?

Grant no había escuchado bien, pero le pareció que la actitud de la mujer que había al otro lado de la línea telefónica era un tanto insolente.

—No se preocupe, señor Malory. —Intentó quitar importancia al asunto—. Hablaba con el repartidor. —Mintió—. ¿Desea algo más?

—No, así está bien. Espero que estén en el *Enrico* en torno a la una del mediodía.

Colgó el teléfono, cabreado por la ineptitud de su interlocutora y feliz sólo de pensar en la reacción de Ashley. Añoraba verla, tenerla entre sus brazos y sentir el almizclado olor de su perfume. Le tenía totalmente hechizado.

Miró el reloj y faltaban quince minutos para la hora acordada con Peter. Se observó en el espejo, recolocó el nudo de su corbata y salió presuroso despidiéndose de Michelle y Norma que departían amigablemente sobre cómo averiguar la titularidad de *AshTon Business Process Management*.

26

Levantarse de la cama le estaba resultando un martirio. Siempre había sido muy dormilona, pero el cansancio acumulado de los días anteriores le estaba pasando factura.

Cuando se miró por primera vez en el espejo se asustó. Tenía el pelo revuelto y la cara hinchada tras el viaje, las horas de sexo con Peter y la falta de sueño acumulado. El dolor por la pérdida de su hijo se reflejaba también en su rostro, que se mostraba apagado y sin brillo.

Telefoneó a Ashley, mientras escuchaba a Peter arreglarse en el cuarto de baño. Iba a salir en un rato. Había quedado con uno de sus amigos.

—Buenos días, Marisa. Soy Frances. ¿Cómo está usted?

—¡Qué alegría tener noticias tuyas! Enseguida le paso con Ashley. Se está terminando de preparar.

Ashley no tardó ni medio segundo en responder la llamada. Hablaron con fruición, como si el tiempo fuera limitado y tuvieran que decirse muchas cosas. Frances le contó a Ashley lo sucedido en *Japón*, mientras al otro lado de la línea telefónica, ésta sufría por su amiga.

—He decidido dejar por un tiempo mi profesión.

—Oh, Frances. No deberías hacerlo. Siempre has amado lo que haces. Considero que es un error que lo hagas...

—Sí. Peter... Emm...—dudó.

Se le había escapado el nombre de su novio. Ashley sonrió, bajo el anonimato que le proporcionaba el teléfono.

—Bueno —quitó importancia—, mi chico me dice lo mismo. Pero yo no sé qué hacer.

—Tienes que ser fuerte.

—Lo sé, pero todavía soy incapaz de creerme lo que me ha sucedido. No me puedo imaginar que Rogger se haya comportado de esta manera... ¡Con la de años que llevamos trabajando juntos!

Se echó la mano a la frente y se frotó los ojos, presos de una tremebunda angustia.

Ambas amigas acordaron verse al día siguiente cuando Frances se encontrara algo más relajada y descansada, a la hora de comer.

—Por cierto, Frances.

Intentó derivar la conversación hacia temas más divertidos.

—Dime.

—¿Quién es ese hombre que aparece en las imágenes de la prensa?

—Rio pícaramente—. ¿No será ese tal Peter, verdad?

—Ashley, sabes que no puedo...

Deseaba decirle a su amiga que sí, a pesar de que entre Peter y ella había un estrecho compromiso que no podía saltarse.

—Déjalo, Ashley.

—Está bien. Mañana hablamos. Cuídate mucho.

A Ashley la respuesta de Frances le confirmó la evidencia. Se sintió orgullosa por su amiga, ya que el hombre del que estaba profundamente enamorada, y tenía plena conciencia de que ese hecho ocurría, ciertamente era bien parecido. Por lo poco que lo conocía, tras el aparatoso encuentro en *Central Park*, sabía que él constituía todo lo que Frances buscaba en una pareja.

—Cariño, me marchó ya.

Peter se asomó a la habitación elegantemente vestido, con un pantalón vaquero, una camisa de rayas naranjas y celestes y una americana de sport.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, amor. Vete ya, o vas a llegar tarde. Yo me voy a quedar hoy aquí en casa, tranquilita.

Hizo un mohín y él se acercó a ella y le dio un beso casto en la frente, despidiéndose por unas horas.

Cuando Peter salió por la puerta del edificio, una centena de cámaras fotográficas se pusieron a disparar mientras los reporteros le lanzaban preguntas insidiosas a las que no tuvo valor de responder. Sintió pánico y le dieron ganas de echar a correr, asustado, como un perro con el rabo entre las piernas.

Subió acalorado al ático de Frances, donde ella estaba tomando una reconfortante ducha.

—¡Frances! —le llamó.

—La señora está tomando un baño—le indicó María que acababa de recibir el equipaje de ambos por mensajería y se disponía a acercarlo al lavadero.

Peter se dirigió al dormitorio y entró en el cuarto de baño justo cuando Frances salía de la ducha liada en un albornoz.

—¿Qué haces aquí? —inquirió, creyéndole de camino al hospital.

—La calle está infestada de paparazzi.

Se echó las manos a la cabeza, azorado. Eso era algo que llevaba temiendo hacía mucho tiempo, pero gracias a Dios, nunca habían tenido ningún problema. Todavía.

Llamó a Grant, a su línea privada, para anular la cita. No le cogió el teléfono. Miró el reloj y vio que era la una menos cuarto. Seguramente ya habría salido hacia el restaurante. Lo intentó de nuevo.

—¿Dígame?

La voz de una mujer sonó a través de la línea telefónica y dudó por un instante si se habría equivocado de número.

—¿Es el despacho del señor Malory?

—Sí. El señor acaba de salir hace un instante.

Resopló.

—¿Quién le llama, por favor?

Michelle había cogido el teléfono, ante la insistencia de la llamada.

—Dígale que el doctor Heiss le ha llamado. Intentaré ponerme en contacto con él en otro momento.

Colgó el aparato y tecleó rápidamente el teléfono del *Enrico*, por si Grant ya había llegado. Comunicaba, y así lo hizo durante los siguientes quince minutos que lo estuvo intentando.

—¡Qué vergüenza! —blasfemó, propinándole un golpe al aparato que cayó bruscamente al suelo—. No sé para qué quieren a tanta gente trabajando... si luego no cogen una jodida llamada.

No acostumbraba a hablar de esa manera, pero estaba muy agobiado y la preocupación por lo que se le venía encima hacía que el corazón se le paralizara por momentos, en un ritmo descontrolado.

—¿Qué te ocurre, amor?

Frances se aproximó a él y le revolvió los rizos de su rubia cabellera,

intentando tranquilizarle. Peter respiraba aceleradamente, sentado en el borde de la cama revuelta, dándose golpes en la cabeza, culpándose por no saber llevar la situación.

—No te preocupes, cariño. —Sus palabras eran dulces—. Tarde o temprano esto tenía que suceder.

Le embriagó el dolor y se le encogió el corazón.

—La culpa es mía, sólo mía, por haberte metido en este problema.

Levantó la cara y le miró furioso a los ojos, unos ojos que se ablandaron con el contacto del verde de su mirada.

—Nadie tiene la culpa, amor mío. El único pecado que he cometido es enamorarme de ti. Te amo con toda mi alma, y esos *paparazzi* de ahí abajo —señaló hacia el exterior con el dedo— no van a conseguir que me arredre ante ellos.

Las esmeraldas de Frances se cubrieron de lágrimas. Le agarró nuevamente la cabeza con fuerza, por el pelo, atrayéndole hacia su abdomen, abrazándolo con fuerza. Sabía perfectamente por lo que estaba pasando. Era muy complicado para una persona anónima soportar la presión de la prensa las veinticuatro horas del día.

Durante tres años habían conseguido mantener su relación en la más absoluta intimidad. Ni siquiera ninguno de los dos había mencionado a sus más íntimos amigos el nombre del otro, por seguridad. Ella, minutos antes, mientras hablaba con Ashley, había tenido un *lapsus*, aunque ya nada importaba.

Pero los acontecimientos acaecidos en *Japón* habían abierto la *Caja de Pandora* y las imágenes de un avispado *paparazzi* habían surcado el mundo entero, por cielo y tierra, y Peter había perdido algo muy valioso: su anonimato.

Un puñetazo a las puertas de un hotel no hubiera significado nada si ella no hubiera estado allí, agarrándole, evitando una confrontación que de no ser parada, pudiera haber provocado la ira descontrolada de Peter contra el orondo y arruinado cuerpo de Rogger. Si por ella fuera, estaría colgado de un palo en pleno centro del *Reservoir*.

—Tranquilízate, amor mío.

Su furia y su rabia contenida hervían a borbotones.

—Malditos hijos de...

—Shh...—intentó calmarle—. Tranquilízate, amor mío. No merece la pena que te pongas así... Shh...

Frances se acercó aún más a él, rodeándole el cuello con los brazos. Se abrió el albornoz y su hermoso cuerpo quedó visible en toda su desnudez.

Peter no pudo resistir la tentación de acariciar aquellos pezones erectos que se mostraban urgentes a la altura de su cara, primero con sus manos y luego con su lengua, mientras se embriagaba con su olor a limpio y se olvidaba por momentos de su angustia por la falta de privacidad. Deseaba a aquella mujer con todas sus fuerzas y nada ni nadie conseguiría arrebatárselo. Descendió hasta llegar a su sexo, que le esperaba para alcanzar el clímax de placer, arrodillados uno frente a otro, mientras gotas de sudor caían por sus sienes y temblaba, excitado.

Habló con una voz muy ronca.

—Te amo, señora Heiss...

Ambos se fundieron en un tórrido abrazo, recostados sobre la alfombra de pelo blanco, sintiendo las suaves cosquillas de su contacto en la espalda, olvidando por un momento los agónicos tormentos de la popularidad.

27

Grant alcanzó el *Enrico* cinco minutos antes de la hora acordada. Entregó la llave al aparcacoches que pisó a fondo el acelerador de su *Porsche* quitándolo de inmediato de la carretera para llevarlo hasta la zona que tenía reservada.

Dejó amigablemente con Sebastian, recuperado de su catarro, y buscó con la mirada al impertinente camarero que le había servido el almuerzo la tarde anterior. No lo encontró y se sintió satisfecho. Un personaje de tales características y con tan poco compromiso con el trabajo, no podía ser miembro de la plantilla del *Enrico*. A la corta o a la larga, la clientela se hubiera resentido, y su bolsillo lo notaría, ya que a Andrew no le quedaría más remedio que cerrar las puertas. De haber mantenido al joven en plantilla, él mismo, personalmente, se hubiera encargado de ponerlo de patitas en la calle. Al fin y al cabo, pensó, todo lo que afectara a su bolsillo, era su cometido.

Se sentó en su mesa de siempre a esperar a Peter, que por primera vez, se estaba retrasando mientras ojeaba la bolsa en el *New York Times*. Peter era un hombre extremadamente puntual. Le recordaba a su padre, con una organización exquisita en todos sus quehaceres diarios y con una agenda milimétricamente organizada. Así era Peter, y le extrañó su falta de puntualidad.

La bolsa estaba de capa caída. Las acciones de la mayor parte de las empresas estadounidenses y a nivel mundial estaban decayendo, a excepción de las de *World Wide Building Corporation*, que habían subido cuatro puntos en el cómputo global. Se sintió feliz, por ser uno de los pocos que estaba consiguiendo que su empresa se mantuviera a flote dentro de un mercado altamente competitivo.

Por su parte, *AshTon Business Process Management*, estaba sufriendo pérdidas astronómicas. No había día que sus acciones no aparecieran en negativo. Eso era una buena señal, puesto que le permitiría apurar más aún a su dueño y conseguirla por un precio más económico. Su plan iba viento en popa y a toda vela.

—Señor Malory.

Levantó la vista de la prensa y miró a los ojos cansados de Sebastian.

—¿Qué desea usted tomar?

Lo meditó unos instantes, valorando qué pedir.

—Tomaré un whisky para abrir el apetito.

El camarero se marchó apresurado hacia la barra para solicitar la bebida del hombre. Grant aprovechó para otear sobre las cabezas de los comensales, desesperado por la tardanza de Peter. Se preocupó.

—Aquí tiene, señor Malory.

—Gracias Sebastian. —Sus palabras eran sinceras—. Por cierto, ¿sabe usted si el señor Heiss ha telefoneado avisando de su retraso?

—No, señor Malory. No hemos tenido noticias del señor Heiss. De todas formas —apuntó—, hay una avería importante en la telefonía del local que estamos pendientes de solucionar.

Grant sonrió, agradecido, pensando que cuando él fuera el dueño y señor de *AshTon Business Process Management* eso jamás sucedería.

—Muchas gracias, Sebastian.

El camarero se marchó raudo a atender otra mesa. Lo siguió con la mirada, mientras un gran ramo de rosas entraba en el salón y el repartidor se lo entregaba a Andrew, que se encontraba cerca de la puerta departiendo con un cliente.

Siguió el recorrido de las flores hasta la esquina opuesta del local, donde Ashley estaba sentada llevándose el tenedor a la boca, al abrigo de miradas curiosas.

Grant sintió un espasmo nada más verla, y su cuerpo tembló de deseo, mientras la observaba recibir las flores y leer la tarjeta.

Desde la distancia, pudo ver cómo las aguamarinas de sus ojos se encendían de deseo. Lo buscó entre la multitud, encontrándolo al otro lado del gran salón y con una sencilla reverencia le agradeció el detalle y siguió comiendo.

Grant se sintió aturdido por tan sutil mensaje. Se levantó presuroso, y recorrió el gran local, sorteando mesas, hasta alcanzar la de aquella mujer que le tenía cegado por la pasión y el deseo.

—Buenas tardes, Ashley.

Sus palabras titilaron entre el elevado murmullo. Ashley sintió que le recorrían por toda la espina dorsal, y se centraron en su nuca. Se le erizó el vello.

—Buenas tardes, señor Malory. Me alegro de verle.

Sonó distante, imponiendo un muro que a Grant le resultó difícil de sortear.

—Muchas gracias por las flores. No tenía usted por qué haberse molestado.

Él apartó una silla, y tomó asiento, ante la mirada atónita de ella. Alargó la mano sobre el blanco mantel, buscando la de ella, intentando rozar aquellos delicados y frágiles dedos con los suyos. Grant mantuvo el contacto visual, demandando su atención, implorándole un perdón por un error del que no tenía consciencia de haber cometido.

Ashley retiró la mano, azorada por el atrevimiento, sintiendo cómo sus mejillas se acaloraban. Desvió la mirada, evitando cruzarla con la de él y continuó comiendo sin prestarle mayor atención, a pesar de que su mente le retaba a sí misma a hacerlo.

—Señor Malory. —Observó en la distancia a Sebastian colocando un plato sobre su mesa—. Su comida le espera y se le va a enfriar.

Su tono de voz seco y distante se clavó en el corazón de Grant. Sintió una punzada en el pecho.

—Ashley...—Susurró su nombre, implorándole una atención que a ella le resultaba casi imposible no darle. Cada letra se fundía en su interior siguiendo los latidos de su corazón—. ¿Te ocurre algo?

Sólo le sucedía una cosa y era que estaba luchando contra sus propios sentimientos, unos sentimientos que le demandaban acercarse a él, a pesar de que en su fuero interno sabía que esa situación nunca se iba a producir.

Pensar en el contacto de sus cuerpos, fundidos en el apasionado beso de la noche anterior, le encendió haciendo que sus pulmones se paralizaran, ahogándole. Se le cerró el estómago.

—Grant... —Tuvo un lapso, el suficiente para darse cuenta que en ella bullía la misma necesidad imperiosa que la de él—. Señor Malory —se corrigió—. Siento mucho que usted anoche pensara lo que no es...

Pronunciar cada palabra le suponía un martirio.

—No era mi intención. Le pido disculpas.

Ashley sabía que sus palabras no eran sinceras. Había deseado con todas sus fuerzas tener un encuentro con él desde el primer día que lo había visto en la terraza del *Enrico*. Sin embargo, su promesa personal le obligaba a ser fría. Hacía mucho tiempo que se había jurado a sí misma no pertenecer a nadie y tenía que ser fiel a sus principios.

Grant se sintió contrariado por la actitud distante de la mujer que escasas horas antes había permanecido entre sus brazos sintiendo sus caricias y sus besos.

—Como guste, señorita Welles.

Sus ojos perdieron fuerza y se tornaron tristes. Ashley sintió un escalofrío ante la distancia de sus palabras pero se mantuvo impassible, intentando transmitir una fortaleza que no tenía. Vio alejarse a Grant por entre la multitud y se arrepintió de su gélida actitud.

Intentó comer, pero el estómago se le había cerrado por completo. A Grant le ocurrió lo mismo, al otro lado del salón.

Aturdido por un rechazo para el que no estaba mentalizado, decidió marcharse de inmediato y se dirigió a la salida dando tumbos, intentando encontrar el aire que sus pulmones no eran capaces de captar dentro del comedor.

Ashley lo vio salir y lo siguió con la mirada. Sintió pena de sí misma y le entraron ganas de llorar. Recogió el hermoso ramo de rosas con cuidado y se encaminó al exterior donde él estaba esperando recoger el coche.

Sus ojos tropezaron con la ancha espalda de él, todavía en tensión, mientras esperaba la llegada del aparcacoches. Grant percibió su presencia. Giró levemente el cuerpo asegurándose de que su instinto no le fallaba.

Sus miradas se cruzaron un instante, micro milésimas de segundo, lo suficiente como para que ambos se derritieran de deseo, el uno por el otro. Él le miró implorándole con los ojos que se acercara a su cuerpo. Ella sintió su fuerte magnetismo atrayéndola y se flageló mentalmente por ello, maldiciéndose por no haber esperado dentro del restaurante hasta la hora convenida con Carlo para recogerle.

Ashley bajó la mirada, avergonzada, mientras él daba un paso al frente, imponiéndose ante ella cual estatua de cera.

—Ashley...

El susurro de su nombre le erizó el vello de la nuca.

—Señor Malory...

Las piernas le temblaban, sobre los altos tacones.

—Ya le he dicho...

No pudo terminar. Él se acercó a su cara, acercando la nariz contra la suya, y pudo sentir su respiración entrecortada y el aire rozándole ligeramente contra sus mejillas. Las aletas de su nariz se ensancharon a la par que su pecho, aumentando la intensidad de su respiración.

—Ashley, yo...

Grant le rozó la mano y todo en su cuerpo se paralizó. Nada de lo que sucedía a su alrededor tenía importancia para ella, salvo la presencia de él ante sus ojos, a escasos milímetros de distancia de su cuerpo.

Pudo oler su perfume varonil y fijarse en cada centímetro de su cara, donde una barba incipiente estaba empezando a hacer su aparición. Tenía las orejas perfectas, la nariz perfecta, las cejas perfectas,... Todo en él era perfecto y sintió marearse, embriagada por tanta perfección.

—Señor Malory. Sus llaves.

El aparcacoches salió del vehículo, estropeando el momento, entregándole las llaves a Grant, que no lo miró ni para darle las gracias. No se podía permitir el lujo de perder ni por un instante la belleza del rostro de Ashley.

Con sumo cuidado le agarró las puntas de los dedos, dirigiéndola al coche. Ella se dejó llevar, sin rechistar, atraída por el fuerte magnetismo de él, que le recorría todo el cuerpo a pesar del mínimo contacto.

Se miraron a los ojos un instante, haciendo que por segunda vez desapareciera todo a su alrededor creándose un mundo en torno a ellos en el que ambos eran los únicos protagonistas de la historia.

Ashley se sentó en el lado del copiloto y se colocó el cinturón de seguridad, posando las rosas sobre sus rodillas, sintiendo su protección, mientras Grant pisaba a fondo el acelerador del *Porsche* y se escondían entre el bullicioso tráfico de la gran ciudad.

Ninguno de los dos hizo ademán de pronunciar palabra. Sus corazones latían con fuerza, dolorosamente, impulsados por una energía de la que

ninguno conocía su procedencia.

Ashley se tocó el cabello con los dedos, algo nerviosa, apartando un díscolo mechón que la brisa otoñal que entraba por la ventana le había desplazado hacia la cara y se lo ajustó tras la minúscula oreja de la que pendían unos pequeños pendientes adiamantados, decorando sus lóbulos en su justa medida.

Grant se ruborizó al verla reflejada en el espejo retrovisor, deseando ser él quien tocara aquellos sedosos cabellos dorados como la miel, sintiendo como su entrepierna se endurecía ante lo sensual de la escena.

Avanzaron con rumbo desconocido, alejándose de la gran ciudad, dejando el imponente urbanismo de *Manhattan* a sus espaldas.

Grant cambió a una marcha más alta y aprovechó para rozar con el dedo meñique la rodilla desnuda de ella, próxima a la caja de cambios. Ashley sintió hervir la piel y cómo el fuego le recorría el interior, subiéndole hasta la cara, poniéndole colorada.

Se le ralentizó el pulso y se quedó sin respiración. Cruzó una mirada con él a través del retrovisor y se sintió indefensa ante la profundidad de su mirada, negra como la oscuridad de una noche cerrada.

Se arrepintió ligeramente de su cobardía, obligándose a ser fuerte, pero estaba en un coche con un extraño, sin saber el rumbo que tomaría la situación. El miedo se apoderó de ella y Grant lo percibió.

—¿Te ocurre algo, Ashley?

La suavidad de sus palabras se mezcló con el ruido del exterior.

—¿Dónde vamos? —inquirió con preocupación contenida.

Grant giró un instante la cabeza, mirándole de soslayo a la vez que controlaba la carretera.

—No te preocupes, Ashley...

Agradeció sus palabras alentadoras, pero la intranquilidad le embriagó y sintió deseos de abrir la puerta y tirarse a la carretera. Sintió miedo, más que nunca, a pesar de que en la profundidad de su fuero interno, sabía que estaba en buenas manos. Amaba a aquel hombre sin conocerle y eso, hasta la fecha, jamás le había ocurrido...

—Ashley...—Imploró su atención—. Vamos sólo a dar un paseo.

No iba preparada para pasear.

—Preferiría que diéramos la vuelta —exigió—. Esto no está bien.

La cordura se estaba apoderando nuevamente de ella, evaluando la situación con objetividad.

Redujeron la marcha, a la vez que llegaban a un paraje natural desde donde observaron el *skyline* de la ciudad, cada uno en su asiento, sin mirarse, sin pronunciar palabra, escuchando la respiración nerviosa y entrecortada del otro, protegido él por el volante y ella por las flores sobre su regazo.

Ninguno de los dos se atrevía a mirar al otro, temeroso de la reacción del contrario.

—¿Estás bien, Ashley? —Rompió el hielo.

—Sí.

Intentaba mostrarse distante a pesar de las circunstancias.

—Emm...—tartamudeó—. Anoche... —Meditó mucho las palabras que iba a decir—. Anoche me sentí el hombre más orgulloso de la faz de la tierra...

Su ternura le fue debilitando.

—Ya le he comentado hace un rato, señor Malory —intentó levantar un muro entre ambos—, que lo de anoche fue un error. No tenía que haber ocurrido.

Grant se giró sobre su asiento, apartando las flores del regazo de ella y depositándolas en el asiento de atrás, eliminando cualquier obstáculo entre ambos.

—Ashley...

Apoyó el pulgar de su mano derecha sobre la barbilla, obligándola a enfrentarse a sus ojos.

—Ashley, lo de anoche fue maravilloso...

Ciertamente, pensó ella.

—Me enamoré de ti el mismo día que te conocí en *Central Park*. Sé que a ti te ocurrió lo mismo...

En eso se equivocaba.

Y mucho.

Ella se había enamorado de él mucho antes, tiempo atrás. Pudo recordar con suma claridad el primer día que lo había visto. Era finales de Mayo, y el calor sofocante de la primavera llevaba varios días obligándole a remangarse

las mangas de la camisa, agobiado por el calor.

Aquel día llevaba una camisa azul celeste que se ajustaba a su cuerpo marcando cada uno de los músculos bajo la suave tela, empapada en sudor. Observó que tenía unos antebrazos que quitaban el hipo, anchos como un roble. El pelo castaño se le revolvía con la brisa primaveral mientras esperaba que el viejo Sebastian le acercara el almuerzo absorto en el *New York Times*. Bebió un whisky haciendo tiempo, y departió amigablemente con Andrew, a siete u ocho mesas más allá de la suya, ubicada en el extremo opuesto de la terraza. Todo en él aquel día era sensualidad y erotismo y desde el primer instante se supo enamorada. Comió ligero, una sencilla ensalada *César* y unos *scallopini salti in boca*. No tomó postre, sí un café sólo, sin nada de azúcar.

—No quiero forzar la situación, pero siento que los dos pensamos de la misma manera.

—Grant, yo...

Estaba azorada, las ideas bullían en su cabeza descontroladas, sin orden ni control.

—Al menos ya me llamas por mi nombre...

Rio mostrándole las perlas que tenía por dientes y Ashley se dejó llevar por el suave dulzor de sus palabras, que sonaban sinceras.

—Grant, yo...—dudó—. Creo que esto no está bien. Deberíamos regresar.

—¿De verdad quieres perderte esta magnífica vista?

Estiró el brazo, mostrándole la gran ciudad, bañada por un anaranjado sol en el horizonte.

—Yo...

—Te propongo un trato, Ashley.

Ella no estaba para tratos.

—Grant, yo...

No encontraba las palabras adecuadas para decirle que no quería estar allí, ya que en realidad, lo deseaba más que a su propia vida. Hacía mucho tiempo que lo quería.

—Shh...

Posó el índice sobre sus labios carnosos haciéndola callar.

—De verdad, Grant,..., yo...

—Shh... Tranquilízate. Relájate y disfruta del momento.

Bajó del coche y le abrió la puerta.

Ella descendió, chocándose contra la mole de su pecho, perdiendo el equilibrio cuando un tacón se le hundió en la tierra bajo sus pies.

Él le sujetó por ambos brazos, con necesidad, sintiendo su calor contra su cuerpo. La respiración torpe de él le golpeó la cara, mientras sus labios se abrían sutilmente preparándose para un beso que no llegaba.

Le rodeó los hombros con su brazo, fuerte, y ella se dejó llevar como una muñeca dirigida por su dueño. Se acercaron a un balcón natural y observaron en silencio la majestuosidad de la gran ciudad, en silencio, hechizados.

Vieron la puesta de sol, seducidos por el rojo anaranjado del astro ocultándose tras las columnas de cristal de los edificios a lo lejos. Ninguno de los dos dijo nada, aunque en el silencio, ambos se dijeron todo lo que debían saber el uno del otro.

—Ashley...

El imán de su voz, ronca por el miedo, le abstraigo de sus pensamientos.

—¿Sí?

Giró sobre sus tacones, agarrándose con fuerza a sus potentes antebrazos.

Grant le miró un instante, solicitándole permiso para besarle. Una simple caída de sus larguísimas pestañas fue la señal suficiente para que él se aproximara a sus labios, abiertos, expectantes.

Le ofreció un beso casto, rozándole suavemente la carne trémula de su boca con sus labios, rozándole la parte baja de su nariz con la incipiente barba de su cara. Apreció un cosquilleo mientras él desplazaba sus dedos a lo largo de la curva de su espalda. Ella apoyó la palma de su mano derecha contra la dureza de sus pectorales, mientras la otra buscaba su nuca, obligándole a acercarse más a ella.

La lengua de Grant jugueteó con la suya, algo inexperta, mientras su nariz aleteaba con fuerza inhalando el aire que le faltaba. Se sintió húmeda de deseo cuando notó la dureza bajo los pantalones de él.

—Ash... ley...—No podía respirar. Se obligó a contenerse, o de lo contrario, le haría el amor allí mismo, sobre el jardín, bajo la luz del atardecer.

Se separaron y ella sintió un escalofrío ante un cambio de temperatura tan repentino. Su cuerpo hervía de deseo, pero la brisa fresca del mes de Octubre le reducía los grados de su cuerpo rápidamente.

Tiritó.

Grant apoyó el brazo sobre sus hombros, atrayéndola contra su cuerpo, proporcionándole todo su calor y Ashley se sintió reconfortada.

—Ashley...—Meditó las palabras que iba a decir—. Te quiero.

No contestó. Se apartó de su cuerpo mirándole inquisitivamente a los ojos dudando de la veracidad de sus palabras.

—Nunca, jamás, había sentido nada parecido por una mujer.

Su expresión se tornó seria, dándole un realismo al mensaje que impresionó a Ashley.

—Realmente me tiene rendido a sus pies, señorita Welles...

Se acercó a sus labios y los rozó con los suyos, mientras le envolvía con los brazos la espalda, abrigándole del frío.

—Me tuve que tropezar contigo para darme cuenta de que eres tú la mujer que llevo esperando tanto tiempo...

Sus ojos negros se fundieron con el azul celeste de los de ella y Ashley se ruborizó, ante el atrevimiento de sus palabras, que sonaban sinceras.

Ella no le devolvió el cumplido, temerosa de sortear una barrera que creía no iba a sobrepasar nunca. Se quedó abrazada a él, sintiendo el latir de su corazón contra su oreja, mientras él le cogía algunos mechones de pelo y se los acercaba a la nariz.

Pasaron así más de media hora, atado uno al otro, hasta que el frío se apoderó de ellos y se dirigieron al coche, de nuevo hacia la gran ciudad.

28

Ashley entró por la puerta de su casa más tarde de las diez y media. Rebosaba felicidad por todos los poros de su piel. Estaba enamorada. De eso no le cabía la menor duda, pero dudaba de si estaba haciendo lo correcto. Se encontró con Frances en el sofá, acompañada de Marisa y de Carlo, ambos presos de la angustia.

—Buenas noches.

—¿Se puede saber dónde has estado?

El tono de Marisa denotaba un enfado tremebundo. La cara de Carlo era un poema, y suspiró aliviado al verle entrar. Parecía haber envejecido en las últimas horas y lo notó cansado y con los ojos hinchados.

—He estado paseando un rato.

Se acercó a Frances y le saludó efusiva, abrazándole con cariño. Le había echado mucho de menos.

—¿Hasta estas horas? ¡Madre mía!

El interrogatorio de Marisa le estaba sacando de quicio.

—Nos tenías muy preocupados. A Carlo le iba a dar un ataque cuando llegó al *Enrico* y le dijeron que te habías marchado con el señor Malory. ¡Después de lo que acontecimos ya...!

Se echó las manos a la cabeza, mientras Carlo se pasaba las manos por la cara, intentando relajarse.

—¿Quién es ese tal señor Malory?

La voz de Marisa le martilleó los oídos. Frances le miró preocupada, preguntándole sin palabras qué estaba ocurriendo.

—Marisa, no te preocupes. Ya ves que estoy bien...

Intentó quitar importancia al asunto.

—¡Qué estás bien!

Se levantó de un brinco del asiento y Ashley pensó que se iba a abalanzar sobre ella, como una hiena en busca de comida. Salió de la estancia, echando humo por las orejas, mientras iba jurando por lo bajo, descargando toda la angustia de las horas pasadas.

Carlo se levantó y la miró fijamente. Nunca en sus veintiocho años había sentido miedo ante Carlo, salvo aquel día.

—Espero que nunca más me vuelvas a hacer sufrir como hoy —le dijo, dejando en el salón a las dos amigas, observándose incrédulas ante el agrio de las palabras de Carlo.

Se sintió culpable. Era consciente que Carlo tenía que haberse preocupado sobremanera cuando llegó al restaurante y no la encontró allí. Se lo imaginó preguntando por ella a Sebastian y a Andrew, encolerizado por el miedo, y la culpa le embriagó de nuevo.

—Bueno, bueno, señorita.

Frances se levantó del sofá y se acercó a ella. Olió una rosa directamente del ramo, mientras lo recogía de las manos de su amiga y lo posaba sobre la gran mesa.

—¿Intuyo a alguien por ahí...?

Su mirada pícaro insinuaba que comprendía a la perfección la actitud de Ashley.

—Por lo que veo, tienes a un hombre coladito por ti...

Sonrió mientras deambulaba por el salón balanceándose.

—Frances, no sigas por ahí. Vas mal —mintió.

—Ya, ya. Y yo voy y me lo creo.

—Tú verás lo que haces —quitó importancia al asunto.

—¿Y eso?

Señaló el ramo de rosas sobre la mesa.

—¿No me dirás que has estado en el campo recogiendo flores?

—Las he comprado para llevarlas mañana al cementerio.

Mintió otra vez, aunque quizás no sería mala idea darse una vuelta por allí. Desde que Anthony había muerto, ella había sido incapaz de acudir al campo santo, ni siquiera para llevarle un ramo de flores por su aniversario.

Frances frunció el ceño, sabiendo que su amiga jamás acudía al cementerio.

—Si quieres, te acompaño —le dijo, sabiendo que le pondría cualquier excusa y que finalmente no acudirían.

—Está bien. Mañana vamos.

La asertividad de Ashley le impactó. Unos días fuera de casa habían

servido para que se encontrara las cosas muy cambiadas. Ashley parecía distinta. De hecho, su cara se mostraba jovial y tenía el rubor en las mejillas y una actitud mucho más positiva que antes. Algo había tenido que ocurrirle a su amiga. De eso estaba segura.

—Bueno... emm... ¿Y tú? —Intentó cambiar de tema—. ¿No tienes nada que contarme?

Ambas amigas departieron amigablemente hasta altas horas de la madrugada. Frances le narró todas sus peripecias en *Japón*, su viaje de ida, se quejó de los retrasos de los aviones, lo angustiada que había estado en las fiestas a las que había acudido e incluso el incidente con Rogger, al que había despedido.

—Cariño, ¿sabes que has salido en la prensa de medio mundo?

Bebió un sorbo de vino, ganando algo de tiempo para pensar una respuesta coherente.

—Eso es algo que ocurre casi a diario.

—No me refiero a eso, Frances. Has salido agarrada del brazo de un hombre, en actitud cariñosa. Me imagino que será tu misterioso novio...

Sonrió quitándole importancia al asunto.

—Sí, es él —asintió—. Cualquiera día de estos te lo presentaré.

—La verdad es que ya lo conozco.

Frances enarcó una ceja.

—Y, ¿de qué, si se puede saber?

Ashley le relató el acontecimiento acaecido en *Central Park*, pero no le dio más detalles sobre Grant. Sólo acordarse de él hizo que su cuerpo se encendiera nuevamente en deseo.

Frances por su parte, analizó la situación y se enorgulleció de Peter, por la predisposición que siempre demostraba para ayudar a los demás.

A ella, la primera.

—Bueno, Frances. ¿Y cómo es que estaba Peter en *Japón*?

—Quiso sorprenderme. Yo no sabía nada. Al final, el sorprendido fue él...

Su voz se apagó, apesadumbrada por el recuerdo de los acontecimientos.

—¿Y eso?

La curiosidad de Ashley iba en aumento ante la falta de locuacidad de

Frances, que parecía apagada.

—Resulta que Rogger intentó sobrepasarse conmigo una noche. Lo peor no es eso...

A Ashley le hervía la sangre que su amiga no fuera más clara y que le costase tanto componer una frase al completo.

—¿Y...?

—Me pegó y perdí al niño.

—¿Qué niño? Pero,... ¿est... estabas embarazada?

Asintió con la cabeza.

—No lo sabía. Tenía unas semanas de retraso, pero no le había dado la mayor importancia. Sabes que siempre he sido muy irregular, y pensé que podía deberse al estrés.

Ashley no cabía en su asombro.

—Comencé a manchar de repente, tras sufrir un desmayo, pero cuando Rogger me dio un golpe en el estómago, sentí que el interior se me desgarraba y tuve una hemorragia tremenda. Peter apareció poco después, y lo demás, ya lo habrás visto publicado en las revistas.

Enmudeció.

—Y tú, ¿cómo te encuentras, Frances?

Estaba preocupada por su amiga.

—Bien, ahora estoy bien. Agobiada por la prensa, que está apostada en casa.

Suspiró.

—Peter está muy enfadado.

Era la primera vez que pronunciaba el nombre de su novio en público y se sintió aliviada, después de tres años sin poder hacerlo.

—Esta mañana, cuando ha intentado salir, no ha podido.

Se mordió una uña, preocupada.

—Los periodistas se han abalanzado sobre él, buscando algo de carroña que echarse a la boca.

—Lo siento, Frances.

—Está encerrado en casa. Estoy muy preocupada por él, ya que no es persona de quedarse entre cuatro paredes, sin hacer nada.

Ashley recordó al doctor Heiss y sintió lástima por él.

—A mí no me ha quedado más remedio que salir. Marisa me ha llamado con el corazón en un puño. Estaba muy preocupada por ti, pensando que estabas conmigo. Peter ha aprovechado a salir también, oculto tras los cristales tintados del coche, para despistar a los *paparazzi*. Lo he dejado en su casa, mientras yo estoy aquí.

Se echó las manos a la cabeza, sujetándosela, agobiada por la situación descontrolada que estaba soportando. Ashley se acercó a ella, inquieta, y apoyó la mano en su hombro, apretándoselo enérgicamente, transmitiéndole toda la fuerza de la que ella carecía.

—Por cierto, seguro que me está esperando. Estará desesperado de que tarde tanto.

Miró el reloj y vio lo tarde que era.

—¿Te importa que le llame? Es un poco tarde, pero seguro que estará despierto.

Se acercó al teléfono y marcó el número. Escuchó el tono de la llamada a través del auricular esperando que Peter descolgara cuanto antes.

—¿Quién es?

El tono adormilado de su voz indicaba que lo había despertado.

—Peter, cariño. Soy yo.

—Frances, ¿dónde estás? Estoy esperándote desde hace unas cuantas horas —le reprochó mientras se pasaba la mano por la cara despabilándose—. Me tenías preocupado.

—Tranquilízate, cariño. Sigo en casa de mi amiga.

—La calle está invadida por los periodistas...

Lo había intuido, a pesar de no querer verlo. Seguramente habrían investigado todas las propiedades de Peter, y habría equipos haciendo guardia en las inmediaciones.

—Te recomiendo que no vengas. Pregúntale a tu amiga si puedes quedarte esta noche con ella —le insinuó—. No quiero que salgas a estas horas y se produzca algún altercado con esos malnacidos.

—No te preocupes, cariño. Pasaré aquí la noche y mañana ya veremos qué hacer.

Ashley hizo una señal con la cabeza en sentido afirmativo, asintiendo a su amiga, indicándole que no había ningún problema y que se podía quedar

allí.

Se despidieron tras unos segundos en los que ambos estuvieron diciéndose cuánto se querían y cuánto se echaban de menos.

—Muchas gracias, Ashley. Eres un sol.

—Anímate, Frances. Ya verás cómo mañana ves las cosas de otra manera.

—Eso espero...—resopló—. No sé qué voy a hacer con mi vida.

—Continuarla, como siempre has hecho —apreció.

—No es tan fácil, Ashley. Los acontecimientos de los últimos días me han debilitado mucho, y me están haciendo cuestionarme si me merece la pena continuar...

Sus palabras sonaron débiles.

—Perdóname, Frances, pero no te creo. —Hizo acopio de valor y continuó—. Sé que tú jamás vas a poder abandonar una profesión que tantos buenos momentos te ha dado.

La observó con la mirada perdida y Ashley sintió pena por ella.

—Seguramente pasarás una temporada algo baja de moral, pero a la corta o a la larga retomarás tu carrera y el ritmo de tu vida.

Evaluó su comentario milimétricamente, analizando la fuerza con la que aconsejó a su amiga, haciéndose partícipe de aquellas palabras, exigiéndose a sí misma retomar el rumbo de una vida que se había quedado anclada en el pasado.

—Quizás tengas razón, Ashley, pero me resulta muy complicado hacer frente a la situación...

Se le aguaron los ojos.

—Ahora te comprendo más que nunca.

—Siempre te he dicho que no soy ejemplo de nada ni de nadie —le regañó.

Se sirvió una nueva copa de vino blanco y rellenó la copa de Frances que se encontraba por la mitad. Recordó que no había cenado. Tan sólo había saboreado la carnosidad y exquisita piel de los labios de Grant y eso era más que suficiente. Sentía su sexo todavía ardiendo en deseo y el fuego bajo su piel bullía incandescente, quemándole cada rincón de su cuerpo. Se tocó el cuello, obligándose a encontrar una calma que había perdido horas antes y posó la

copa fría sobre su frente, intentado enfriar su temperatura.

—¿Te sientes bien?

Frances le miró con ojos quedos, preocupada.

—Sí, sí —afirmó—. Estoy bien. No te preocupes.

Realmente no se encontraba bien. En absoluto. Necesitaba a Grant a su lado. Con él, todo era diferente. Lo amaba y lo odiaba al mismo tiempo, pero el amor era mayor que el desagrado de sentirse atrapada por él. Los recuerdos de su encuentro se mezclaron durante toda la noche en su mente con las palabras de Frances, pugnando entre ellos.

29

Cuando cruzó la puerta de hierro del campo santo, Ashley sintió temblar su cuerpo de cabeza a los pies. Frances y ella habían estado conversando toda la noche, hasta bien entrada la madrugada, hasta que los párpados se le cerraron de cansancio y no tuvo más remedio que dirigirse a su dormitorio agarrándose a la pared y meterse en la cama.

Frances se quedó en el sofá, apurando las últimas gotas de vino de la botella, meditando su futuro incierto y añorando a Peter, que seguramente dormiría plácidamente en su cama de soltero, al otro lado de la ciudad. Le llamó otra vez y sólo recibió la señal que indicaba que el teléfono comunicaba como respuesta. Lo intentó hasta diez veces, durante los cinco minutos siguientes, y finalmente cejó en el intento. Seguramente Peter habría descolgado el teléfono para echar una cabezada. Los periodistas podían ser muy insistentes si habían dado con su número. Una de las cosas que le recomendaría es hacer un cambio de línea.

Ashley no durmió en toda la noche, embriagada no tanto por el exceso de alcohol sino más bien por la historia desgarradora de su amiga y por los acontecimientos acaecidos durante la tarde.

Cuando a las seis de la mañana le sonó el despertador, tan sólo un par de horas más tarde de haberse acostado, sintió que sus párpados no eran capaces de soportar la luz artificial de su mesilla de noche, aunque su cuerpo demostraba una paz de la que hacía mucho tiempo no se acordaba.

Salió por la puerta ataviada con ropa cómoda, por si más tarde decidía acercarse a *Central Park* a correr un rato. Salió con sigilo y observó a Ruppert, el portero, dormitando todavía en su garita cuando alcanzó el portal.

Tomó un taxi, con seis de las doce rosas que Grant le había regalado la tarde anterior en la mano y se dirigió hacia el cementerio, un tanto excitada por su incursión clandestina.

Caminó por el jardín buscando el nombre de su hermano labrado en la lápida de mármol, mientras el corazón le palpitaba desbocado y las flores, que comenzaban a marchitarse, se movían temblorosas entre sus manos. Se

arrepintió no haberlas puesto en agua la noche anterior.

Distinguió la tumba de Anthony por las flores que la adornaban. Lirios blancos. Sabía de la afición de Carlo por la jardinería y de su pasión por las flores. Las cultivaba en su extensa terraza con mimo y cada sábado por la tarde podaba unas pocas con las que preparaba un ramillete que Marisa y él colocaban sobre la tumba de «*su niño*», como acostumbraban a llamar cariñosamente a Anthony.

Le embriagó un sentimiento de culpa. La misma culpa contra la que llevaba luchando desde hacía tres años y de la que, y gracias a su encuentro con Karla Santini, se sentía un tanto liberada. Las lágrimas se asomaron a sus ojos hinchados por la falta de sueño, pero por primera vez no eran lágrimas cargadas de amargura sino de alivio.

Lloró largo rato, arrodillada ante la cruz bajo la que yacía el cuerpo inerte de su hermano y ultimó las gotas de amargura que pudieran haberse quedado escondidas en su cuerpo, al abrigo de otro momento de debilidad.

Paseó las yemas de sus dedos por entre la fresca hierba y besó varias veces el mármol de la lápida, enviándole su cariño al hermano que tanto amaba. Se prometió a sí misma visitarlo con regularidad, cuando su dolor se hubiera extinguido totalmente y no le costase la misma vida entrar en aquel reducto de la ciudad en el que tan sólo se respiraba paz.

Habló con él, como si lo tuviera delante, frente a frente, y le regañó por haberla abandonado tan pronto, absorta en los recuerdos del pasado.

Le vinieron a la mente escenas de cuando eran niños, y se vio a sí misma correteando tras el menudo cuerpo de su hermano en el parque, con Marisa y Carlo al acecho. Pensó en sus padres, y un vago recuerdo de ellos le vino a la mente y sintió el deber de visitar su tumba. Recogió un par de rosas, disculpándose con Anthony por quitarle algo que desde un principio iba destinado para él y besó por última vez la fría cruz, emplazándole para otro momento.

Caminó despacio, recreándose en la majestuosidad del cementerio y analizando los millares de personas que moraban en aquel lugar. Pensó en las miles de familias destrozadas por la pérdida y supuso que a todas les ocurriría lo mismo que a ella. Al final, con el tiempo, tendrían que vivir con la pena, y continuar adelante, algo que sabía costaba mucho esfuerzo. Demasiado.

La tumba de sus padres estaba bastante deteriorada y se dijo a sí misma que debía tramitar su cambio. Sus padres no se merecían algo así. Observó que tenían las mismas flores que Anthony, aunque algo más marchitas, ya que el viento en aquella zona azotaba con más fuerza y las secaba antes.

Besó cada una de las dos rosas, dulcemente, y las posó en el suelo. Recordaba poco a sus padres, pero sabía que siempre había sido muy feliz a su lado y que ambos los habían querido con locura. Les agradeció por haberles dejado a cargo de Carlo y Marisa.

Cuando sintió una mano aferrarse a su hombro, por detrás, soltó un grito ahogado, asustada y le dieron ganas de salir corriendo.

—¿Qué haces aquí a estas horas, «mi niña»?

La voz de Carlo sonaba triste a esas horas de la mañana.

—¿Y tú?

—Suelo venir muy a menudo.

La voluntad de Carlo era tremenda. Ashley sabía que acudía allí todos los sábados con su mujer, pero desconocía que él sólo, fuera otros días por su cuenta.

Bajó los ojos como una niña avergonzada, cuando Carlo se le acercó de nuevo y le abrazó con fuerza, rezando ante la tumba de los Welles.

—¿Pero...? —dudó.

—Esta mañana te he escuchado salir de casa muy temprano, sin decir nada.

Ashley bajó la mirada, avergonzada.

—Yo estaba en la cocina, preparándome un café y te he visto coger las flores. No he tenido más remedio que seguirte. Ayer me diste un susto tremendo.

Las palabras de Carlo eran sinceras. Sus regordetas manos le envolvieron la cintura, obligándola a caminar hacia la puerta.

—No quiero que me vuelvas a dar estos sobresaltos, ¿entendido? —le regañó.

Ashley recordó cuando con dieciséis años Carlo le castigó sin salir con Frances una semana entera por llegar tarde una noche y se sintió nuevamente una adolescente.

Asintió.

—Sabes que aunque Marisa diga que soy un refunfuñón, y aunque lo sea, me puedes pedir siempre que lo necesites, que te lleve a donde quieras. Pero no quiero —le miró fijamente a los ojos con el ceño fruncido, penetrándole con la mirada—, que me vuelvas a hacer lo de ayer. Y menos después de lo ocurrido...

No concluyó la frase, temeroso de abrir una herida muy profunda en Ashley que le hiciera llorar. Sabía que desde su última visita a la consulta de la doctora Santini, «su niña» estaba más relajada. El hecho de que estuviera en el cementerio era un gran avance. Pero el camino estaba siendo largo y complicado, y tenía muchos más obstáculos a los que hacer frente. El más gordo de todos, todavía no lo había superado. De hecho, ni ellos mismos lo habían superado.

Se dirigieron hacia la verja de la entrada, tras la que había dejado aparcado el coche, oculto tras un sauce llorón.

Por primera vez en mucho tiempo, Ashley se sentó en el asiento del copiloto, junto a Carlo, y conversaron animadamente mientras se introducían en el bullicio de la gran ciudad. Encendió la radio, como hacía de niña, y trasteó entre los canales, buscando música. Se sentía feliz de lo que había conseguido. Un paso más en un duro trance de muchos años.

—Hace mucho tiempo que no hago esto, Carlo. ¿Cómo se maneja este trasto?

Aporreó los botones de la radio nueva del coche.

—Quita, quita...

Le dio un manotazo, obligándole a apartarse del radiocasete.

—Me vas a descolocar todos los canales que ya tengo sintonizados —le regañó—. No seas trasto.

Ambos rieron amigablemente, recordando viejos tiempos en los que Ashley se sentaba a su lado, buscando alguna sintonía de moda.

—Por cierto, señorita Welles.

Rio con el chiste.

—Ashley. Ayer al final no te dije que habían llamado de *AshTon Business Process Management*.

Otra preocupación más, pensó. No había vuelto a saber nada del negocio desde la muerte de su hermano. Para eso pagaba a *Devon&Markus Solicitors*,

para que se encargaran de todo y le enviaran todos los meses los dividendos.

—Tienes que retomar las riendas del negocio o acabarás perdiéndolo todo.

Su voz se tornó preocupada y Ashley sintió la presión sobre sus hombros ante la afirmación de Carlo. Tenía razón.

—No debes echar por la borda los esfuerzos de tus padres. *Devon&Markus Solicitors* son buenos gestores, pero debes retomar tus funciones. Ellos mantienen lo que había, o al menos eso te dicen, pero los clientes se cansan de no poder reunirse nunca contigo, y finalmente terminarán marchándose.

Ashley meditó por un instante las palabras de Carlo. Tenía razón. Desde que Anthony muriera, ella no había vuelto a pisar *AshTon Business Process Management*. Hablaba muy de vez en cuando con Gyselle, pero sus conversaciones eran banales. Su secretaria le echaba de menos, cargada de trabajo, pero ella no se sentía con fuerzas de retomar las riendas de su vida personal. Cuanto menos, las de su vida profesional.

—Tienes razón, Carlo. Tengo que ponerme las pilas. Me vendrá bien tener la mente ocupada en otra cosa.

Su respiración se volvió entrecortada y sintió una presión en el pecho, oprimiéndole hasta dejarle sin respiración, sólo de pensar en entrar por la puerta de la oficina y no encontrarse con Anthony pululando por allí. Peor iba a resultar no poder solicitarle su opinión. El tándem que habían mantenido ambos hermanos hacía que *AshTon Business Process Management* funcionase a la perfección. Ahora, no sabía si podría ser capaz de actuar de la misma manera.

—Así es como debe ser, cariño.

Le sonrió a través del espejo retrovisor.

—¿Querrás acompañarme a *Wall Street* dentro de un rato?

—Por supuesto, Ashley, pero tendré que llamarte señorita Welles.

Ambos rieron con desparpajo ante el chiste de Carlo, que se mostraba orgulloso por el cariz que estaba tomando la vida de su pequeña.

—Cuando llegemos a casa, telefonaré a Gyselle. Seguro que se alegrará de oírme.

—Me parece bien. Tienes que organizar muy bien tu regreso —le

aconsejó—, y debes organizar una reunión lo antes posible con *Devon&Markus Solicitors*. Tendrás que ponerte al día de todo.

Carlo le marcó las pautas de un comportamiento que se debía haber dado hacía mucho tiempo.

—¿Querrás acompañarme?

—Por supuesto. Ya sabes que yo te llevo a donde tú me pidas.

—No, no. No me refería a eso... Emm —dudó—. Me preguntaba si querrás acompañarme durante la reunión.

Carlo puso cara de asombro. Él no era más que un sencillo chófer y no entendía absolutamente nada de negocios. La que había llevado siempre las riendas en su matrimonio había sido Marisa, aunque sabía que ella jamás aceptaría la propuesta de Ashley. A pesar de ser muy lanzada para algunas cosas, para otras, demostraba ser muy vergonzosa. Y hablar en público, ante desconocidos, era una de ellas. De hecho, cuando llegaron a *Manhattan* se hubieran tenido que ir a vivir debajo de un puente, si no llega a ser por él que se movió rápidamente en busca de un puesto de trabajo digno con el que comenzar su nueva andadura. Encontrar a los Welles, había sido para ambos un regalo venido del cielo y rezaba todas las noches agradeciéndole a Dios por ello.

—Ashley, sabes que yo no valgo para eso.

—Sólo te pido tu apoyo, Carlo. Necesito tener a alguien cerca que me haga sentirme segura...

El miedo se estaba apoderando de ella, achancándola.

El hombre dudó, pero supo de inmediato que si no pasaba por el aro, la situación se prolongaría más de la cuenta y al final todos saldrían perjudicados.

—Está bien, cariño, pero sabes que yo no soporto las corbatas.

Quitó importancia al asunto, mentalizándose de lo que le esperaba. Se imaginó sentado en un gran sillón ante varios hombres de negocios replegados y estirados, enfundados en sus trajes de firma y con los zapatos relucientes como espejos.

Ashley desechó la idea de ir a *Central Park* a correr y animó a Carlo a dirigirse al *Upper East Side*.

30

Le costó enfrentarse a la puerta de cristal del edificio de *AshTon Business Process Management*, en *Wall Street*. No lo hubiera podido hacer si Carlo no hubiera estado pisándole los talones.

Estaba sorprendida con él. Se había vestido con un traje immaculado y la corbata celeste que envolvía su ancho cuello hacía que no desmereciera lo más mínimo de cualquier ejecutivo de los que andaban por la calle. Podría haber pasado perfectamente por uno de ellos, a pesar de que su oficio distaba sobremanera del de su personaje.

—Carlo, estás muy guapo.

—Lo sé. —Le guiñó un ojo—. Pero ya sabes que no me acostumbro a estas ataduras.

Introdujo el dedo a través del cuello de su camisa, intentando aflojarse un instante la corbata. Le ahogaba. Ashley se acercó a él, se lo ajustó de nuevo y se agarró de su brazo, sintiendo la fuerza bajo la manga de la chaqueta. Se sintió reconfortada y aceleró el paso.

Encontró a Gyselle en la misma posición de siempre, sentada detrás del mostrador de cristal, con el micrófono colocado sobre la cabeza, atendiendo una llamada.

Ashley la encontró más vieja. Algunas arrugas habían aparecido en torno a sus ojos, que parecían cansados por la falta de sueño. Llevaba una camisa rosa fucsia, demasiado oscura que desentonaba demasiado con el rosa claro de su falda. Siempre llevaba tacones, y a Ashley le impresionó que aquel día no lo hiciera.

Se saludaron con la mirada, sin pronunciar palabra alguna, mientras Gyselle elevaba la vista al techo, aturdida por la pesadez de la persona que se encontraba al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, señor LeNoire...—Resopló—. No se preocupe, señor. Ya le he comentado que le enviaremos el pedido en cuanto el departamento de logística prepare el paquete.

Abrió los ojos mirando al vacío, intentando soportar el sopor de la pesada

voz del cliente.

—Muy bien, señor LeNoire. Quedamos en eso. No se preocupe. Cualquier problema que tenga vuelva a llamarnos y estaremos encantados de atenderle.

Pulsó el botón rojo de su centralita y cortó la llamada, suspirando aliviada. Se levantó rápidamente, acercándose a Ashley, que esperaba para saludarle con un codo apoyado sobre el mostrador. No se veían desde hacía mucho tiempo.

—Señorita Welles. ¡Cuánto tiempo! ¡Qué gusto tenerla por aquí!

Le abrazó con fuerza, con demasiada efusividad, y Ashley se sintió abrumada.

—Buenos días, Gyselle —le saludó—. La verdad es que sí. Hace mucho tiempo que no nos vemos, pero no se preocupe, que la cosa va a empezar a cambiar.

Mostró la entereza que hacía tanto tiempo había perdido. Se giró hacia Carlo, tras ella, y le señaló con la mano.

—Me imagino que recordará a Carlo.

—Mucho gusto de volver a verle, señorita.

El hombre le estrechó la mano, algo nervioso.

—Gyselle. Voy a estar en mi despacho toda la mañana. Dentro de una hora aproximadamente, necesito que reúna a toda la plantilla. Quiero saludar a todos personalmente y agradecerles el apoyo recibido durante estos años.

Ashley retomó las riendas de su negocio desde el primer minuto y Carlo se sintió orgulloso de verla con tanta determinación.

—Necesito también que telefonee a *Devon&Markus Solicitors* y concierte una cita con ellos. Lo antes posible, a poder ser.

—Por supuesto, señorita Welles.

Gyselle siempre había sido una mujer muy servicial para *AshTon Business Process Management* y Ashley le tenía en alta estima. Suponía que los últimos tres años habría soportado más de un quebradero de cabeza y le agradecía en el alma su fidelidad para con la empresa y sobre todo con ella.

No se habían visto en demasiado tiempo, eso era cierto, aunque nunca había faltado una llamada telefónica por su parte, y en nombre de sus compañeros, interesándose por su estado, algo que le agradecería de por vida.

Podría haberse marchado de *AshTon Business Process Management*, como muchos otros, pero no lo había hecho. Definitivamente, pensó, Gyselle era una gran mujer, y se lo había demostrado.

Su despacho se encontraba intacto, con el mismo mobiliario y los mismos papeles que la última vez que lo había pisado. Los muebles estaban cubiertos de polvo, y todavía había algunas señales de la policía cuando tomara pruebas tres años atrás.

Sintió una oleada de pánico recorrerle todo el cuerpo. Tropezó con una figura hecha añicos sobre la alfombra y se le enganchó el tacón en uno de los flecos. Las huellas de las botas de la policía todavía se intuían sobre el mullido tapete, que había adquirido un tono gris por la acumulación de suciedad.

Descorrió los estores y la luz inundó la enorme estancia. Algunos papeles estaban todavía desparramados sobre el suelo y una de las lámparas se encontraba caída sobre el sofá de piel negra del rincón. Dos vasos vacíos completaban la escena, situados sobre la mesa de cristal en la que se solía sentar con Anthony a tomar las decisiones que más tarde expondría en la sala de juntas a sus clientes.

Enderezó un marco caído bocabajo sobre la mesa de madera de cerezo que formaba su escritorio y le embargó la pena, al ver la foto que su hermano y ella se habían hecho en actitud cariñosa.

Recorrió con los dedos la superficie fría de la estantería ubicada a la derecha del escritorio, y tocó uno a uno los lomos de sus libros de cuentas, sintiendo la aspereza del papel sobre sus yemas. Se frotó los dedos, intentando deshacerse de las motas de polvo acumuladas por el paso de los años. Definitivamente, alguien tendría que ir a hacer una limpieza a fondo.

Carlo le observaba en la distancia, apostado cerca de la ventana, contemplándola impávido, con las manos en la espalda, a la espera de alguna orden que le mantuviera ocupado.

—¿Estás bien, Ashley?

Se permitió llamarle por su nombre apoyado en el anonimato que le proporcionaba estar encerrado con ella a solas en la estancia.

—Sí, Carlo, estoy bien. —Lo dijo sin pensar—. No te preocupes —le tranquilizó—. Estaba recordando viejos momentos...

Una punzada le partió el corazón y no pudo terminar la frase, al ver la letra de Anthony manuscrita en una nota en lo alto de su mesa. Le decía que le quería, después de informarle de la llamada de un cliente de cuyo nombre no recordaba. Sonrió. Siempre había sido un hombre muy despistado para los nombres.

La nota había estado pegada sobre su escritorio desde el último día que su hermano pisó la empresa por última vez y recordó cómo el hecho de observarla le había dado fuerzas mientras su hermano se debatía entre la vida y la muerte en el hospital. La cogió introduciéndola en el bolso a la vez que una lágrima resbalaba por su mejilla y le hacía surcos en su maquillaje.

—Aquí no vamos a poder trabajar, Carlo.

Se retocó ante el espejo situado junto al sofá, dándose pequeños golpecitos con las yemas de los dedos para extender su colorete.

—De momento, tendremos que buscar otro despacho, mientras acondicionan este. Está lleno de polvo.

Salieron al pasillo y se dirigieron nuevamente al mostrador de su secretaria que ya se encontraba organizando las reuniones de la mañana.

—Gyselle. ¿Hay alguna sala vacía?

—Sí, señorita Welles. La de reuniones, al fondo del pasillo y el antiguo despacho de Max.

Max había sido el contable de la empresa durante muchos años, incluso antes de que ella tomara las riendas de *AshTon Business Process Management*. Desafortunadamente, tras la muerte de su mujer unos meses antes del fallecimiento de Anthony, decidió retirarse y viajar a *España*, a *Sevilla*, donde la temperatura era más moderada que la de los fríos inviernos neoyorkinos.

—Utilizaremos la sala de juntas mejor —apuntó—. Allí estaremos más tranquilos y no escucharemos tanto ruido.

Muchos de los trabajadores se estaban acercando al mostrador de Gyselle preguntándole el por qué de tanto revuelo. Últimamente, nadie entraba por la puerta.

—¿Te parece bien, Carlo?

Asintió, y se sintió orgulloso de que Ashley contara con él para tomar decisiones, aunque no tuvieran demasiada importancia.

—Avisé a mantenimiento —un escalofrío le recorrió la espalda y se acordó de Jonathan Horton—, y que preparen mi despacho lo antes posible. Me quiero instalar cuanto antes.

—Sí, señorita Welles. En estos años no he permitido que nadie entre en él.

Ashley se lo agradeció con un leve movimiento de cabeza y se encaminó hacia el final del pasillo donde Carlo ya se encontraba con la puerta entreabierta, esperándola.

—Gracias, Carlo.

Se sentó en un sillón, ante la imponente mesa de cristal y se llevó los dedos al entrecejo. Estaba empezando a dolerle la cabeza.

—Ashley. ¿En serio te encuentras bien?

Le acercó un vaso de agua fresca y bebió unos sorbos. Echó la cabeza hacia atrás, apoyando el cuello contra el respaldo, respirando aire por la nariz, intentando tranquilizarse. Tenía los nervios a flor de piel.

—Sí, no te preocupes. Estoy bien.

Le pasaron varias escenas traumáticas por la cabeza.

—Esto está siendo más duro de lo que yo imaginaba.

—Tienes que ser fuerte, «mi niña».

Carlo se sentó a su lado y le apretó el antebrazo con determinación, proporcionándole la energía que a ella le faltaba.

Gyselle se reunió con ellos pocos minutos después, con un cuaderno y un lápiz en la mano.

—Señorita Welles. He avisado a todo el personal y los he convocado dentro de cinco minutos. Sus abogados, Devon Sinclair y Markus Roché, están en el juzgado y no podrán venir hasta las doce de la mañana aproximadamente, dependiendo del tráfico con el que se encuentren.

A Ashley el corazón se le puso a mil por hora. Era la primera vez en mucho tiempo que se enfrentaba a tanta gente.

—Muchos de ellos ya están congregados en el pasillo, inquietos por su llegada.

—No se apure —apuntó—. Sólo quiero agradecerles el apoyo prestado durante mi ausencia a *AshTon Business Process Management*.

Se levantó rápidamente y le dio un vahído.

Carlo y Gyselle le cogieron del brazo, evitando la caída. Cuando se enderezó de nuevo sobre sus altos tacones, la palidez de su cara ya había desaparecido y el rubor se había apoderado nuevamente de ella.

Abrió la puerta, decidida a felicitar a sus empleados por los servicios prestados en su ausencia.

Le recibieron con un sincero y acogedor aplauso y las lágrimas se apoderaron de sus ojos, nublándole la visión, mientras que su garganta se cerraba, impidiéndole pronunciar palabra.

Se acercó a todos y cada uno de ellos y les agradeció su labor y sobre todo, la preocupación que sabía que habían tenido por ella.

Se paró ante Michael, el subdirector que durante su ausencia había tomado las funciones de la presidencia, junto a sus abogados, un hombre de unos cuarenta y cinco años con el pelo cano y barriga prominente, y le apretó con fuerza la mano, agradeciéndole todo su apoyo incondicional.

Por su parte, Martha, la jefa de personal, una cincuentona de mediana estatura y que siempre tenía cara de pocos amigos, se quitó las gafas y se secó las lágrimas, y le abrazó con cariño maternal, susurrándole en el oído lo orgullosa que estaba de volver a verla.

Lo mismo hizo Ian, del departamento comercial, Josh del de ventas, MaryJo, del de operaciones, y así hasta ciento cincuenta personas. Ashley se sintió embriagada por el recibimiento y buscó a Carlo, en la distancia, quien le mostraba una amplia sonrisa, orgulloso por el paso que estaba dando en su vida.

—Gracias a todos.

Sus palabras sonaron débiles, entre el murmullo de sus empleados, pero todos captaron el mensaje a la perfección viendo las lágrimas en los ojos de la joven.

Para cuando el personal comenzó a dispersarse, había pasado ya una hora y media. Se crearon varios corrillos de comentarios, valorando positivamente la acción de Ashley.

Carlo se aproximó a Ashley rescatándola de los abrazos de sus

empleados que le demostraban lo mucho que la querían y la introdujo en la sala de reuniones. Le ofreció agua y le instó a que se arreglara el maquillaje, avisándole que los abogados estaban a punto de llegar y que les esperaba una reunión que podría tornarse un tanto complicada.

Michael entró enseguida, seguido de Gyselle, que ya había dado órdenes a las secretarías a su cargo para que recibieran como debían a Devon Sinclair y Markus Roché.

—Muchas gracias de nuevo. No sabéis cuán agradecida estoy por toda vuestra labor.

Miró a los ojos uno a uno.

—Lo importante, Ashley —dijo Michael—, es que tú estés bien. Dentro de lo que cabe —apuntó.

—Sí, Michael, muchas gracias. Cada día me encuentro algo mejor.

—Dejemos el asunto por el momento —terció Carlo, observando cómo le cambiaba el rostro a Ashley y se volvía preocupado.

Todos se sentaron en torno a la mesa, dejando los asientos más próximos a la puerta para los abogados que estaban a punto de llegar. Carlo se sentó a la derecha de Ashley, colocada en la presidencia, con Gyselle a su izquierda y Michael, el subdirector, a continuación. El resto de personas se sentó siguiendo un orden lógico de afinidad y compatibilidad entre departamentos.

—Michael. —Ashley tomó la palabra—. Me gustaría que me hicieras un balance general de los últimos tres años. A groso modo.

Gyselle tomó notas, las suficientes que le permitieran hacer un informe tras de la reunión.

—Necesito saber a qué me enfrento, cómo se encuentra la empresa, antes de que lleguen los señores Sinclair y Roché.

—Voy a ser claro. —Se le disparó el corazón—. *AshTon Business Process Management* no pasa por su mejor momento.

Todos asintieron con pena.

—Llevamos unos años muy complicados.

Suspiró y se pasó la mano por la barba meditando sus palabras.

—Tu ausencia ha supuesto la pérdida de varios inversores. Nos mantenemos a duras penas.

Ashley se sintió muy culpable y se fustigó mentalmente por haber

consentido que su empresa se viera en esa situación.

—Resistimos gracias a una o dos empresas con las que tenemos contrato hasta dentro de tres años.

Martilleaba la superficie de la mesa de cristal con la estilográfica. Gyselle extendió el brazo, obligándole a controlarse. Le estaba poniendo nerviosa.

—Han intentado cancelarlo, pero tras estudiarlo detenidamente, se han dado cuenta de que les sale más caro pagar las comisiones de subrogación con otra empresa que mantener el acuerdo firmado con nosotros.

Era lógico. Había aprendido de su padre la importancia de incluir en sus contratos cláusulas en las que se estipularan las condiciones de cancelación del servicio, y por lo que se veía, eso era lo que les estaba salvando.

—Voy a ser sincero. Nuestra facturación es pésima. Hemos pasado de los veinte o veintitantos millones a unos dos millones de dólares, o menos, mensuales.

—No hemos querido despedir a nadie —interrumpió Martha, mirándole por encima de las gafas que tenía colocadas en la punta de la nariz—. Estamos intentando mantener la política de la empresa de no despedir personal, pero como la cosa siga así, desgraciadamente, al final vamos a terminar todos en la calle.

Eso no iba a ocurrir mientras ella estuviera al frente de todo. Carlo le miró transmitiéndole fuerzas que ella aceptó de pleno.

—Siento ser tan dura, Ashley —continuó Martha, arrastrando las palabras—, pero es así. Todos nos hemos reducido la jornada, y evidentemente el sueldo, pero los bajos ingresos no dan para mantener a tantas bocas y menos aún para soportar los altos costes de mantenimiento.

—Lo que no entiendo, es por qué *Devon&Markus Solicitors* no me ha avisado de esto —se quejó—. Se supone que se les paga para llevar las finanzas y que deben luchar por y para los beneficios de la empresa...

—Sí, Ashley. Y lo han hecho —apuntó Michael—. Pero se han ceñido a controlarla al nivel que nos encontramos. En ningún momento se han interesado por buscar nuevos clientes con los que obtener ingresos extras con los que revitalizar el negocio, y cada vez que se les ha propuesto alguno, lo han rechazado de plano. Da la sensación —se excusó antes de pronunciar lo

que pensaba—, y que conste que es mi humilde opinión, que nos están boicoteando. Nunca, y repito, nunca he entendido su postura para con la empresa, pero nosotros no podíamos decidir nada. Recuerda que yo soy el subdirector aunque esté haciendo las funciones de dirección, pero mi firma no tiene validez sin la suya. La última palabra siempre la han tenido ellos.

Ashley se sintió agradecida por las palabras sinceras de Michael, al que le tenía en gran estima. Ya en época de su padre, recordó que participaba codo con codo con él y era un empleado ejemplar. Se revolvió en el asiento, sabedora de su error. *Devon&Markus Solicitors* siempre había tenido un buen equipo financiero, o al menos eso ocurría cuando ella era niña y su padre trabajaba con ellos. Ahora, por lo visto, tenían intereses encontrados y le estaban llevando a la ruina, sin que ella se diera cuenta. ¡Qué tonta había sido!

Tomó la palabra MaryJo, la jefa del departamento de operaciones, con su peculiar tono de voz, algo chillón.

—La verdad es que nos ha resultado muy complicado negociar con ellos, tanto a nivel local como en el extranjero. La mayoría de las veces han rechazado, como ha comentado Michael, las transacciones que se proponían y tan sólo una vez, cuando parecía que iba a llegar a buen puerto una operación, enviaron los contratos tarde, demasiado, y el cliente finalmente rehusó firmarlo y negoció con otra compañía. Ha sido, literalmente, un desastre todo.

El cuerpo de Ashley se hacía cada vez más pequeño entre el sillón, aturdida por las palabras de sus empleados. Su mente procesaba toda la información con cierta lentitud, intentando asimilar el desastre al que se veía abocada si no ponía remedio de inmediato.

El pitido histriónico del teléfono le abstraigo de sus pensamientos. Gyselle contestó enseguida, levantándose del asiento para acercarse hasta el aparato. Todos dejaron de hablar y la miraron con ojos quedos, intentando captar algo de información.

—De acuerdo Jane, ya se lo comunico yo a la señorita Welles.

Movió los labios indicándole que acababa de llegar Devon Sinclair.

—¿Y Markus? ¿No ha venido? —le preguntó Ashley susurrando para no ser escuchada al otro lado de la línea.

Gyselle negó con la cabeza. Jane, su compañera que se había quedado atendiendo el teléfono, había sido clara. Devon Sinclair había llegado sólo.

—Hágale esperar fuera unos minutos, por favor —le indicó Ashley.

Reanudó la conversación con sus colegas de profesión.

—Chicos, como ya os he comentado antes, siento mucho la situación a la que hemos llegado durante mi ausencia, pero tengo intención de que las cosas cambien lo antes posible.

Se auto-convenció a sí misma escuchando sus propias palabras, que salieron por su boca con cierta energía. Observó a Carlo que le miraba impasible a su derecha y movía la cabeza afirmativamente alegrándose de la determinación de «su niña». Se sintió orgulloso de ella y se lo hizo saber esbozando una sonrisa sutil que avivó las ganas de Ashley por lograr sus objetivos.

—Voy a mantener una conversación con el señor Sinclair —afirmó, haciendo una mueca con la boca en señal de desaprobación.

A ella siempre le había gustado tratar los asuntos de *AshTon Business Process Management* con Markus. Incluso los temas de su herencia siempre los trataba personalmente con él. Lo conocía más que a Devon y le inspiraba más confianza.

Markus y su padre habían sido amigos de juventud. De hecho, *Devon&Markus Solicitors* se convirtió en el bufete de cabecera de *AshTon Business Process Management* motivado por el interés de Jason Welles. Su padre, confiaba en Markus, e intentó por todos los medios impulsar su carrera, y la de su socio, con el fin de convertir su bufete en uno de los más importantes de *Nueva York*. Y lo había conseguido, entrando a formar parte del palmarés de las grandes firmas neoyorkinas, compitiendo en ingresos con *AshTon Business Process Management*.

Su padre siempre había mantenido una muy buena amistad con Markus, desde su etapa universitaria, cuando ambos coincidieron en el mismo colegio mayor y compartieron habitación. La amistad terminó consolidándose durante los dos años que pasaron sirviendo en la marina, en el *Golfo de México*.

Devon, por su parte, se añadió al grupo años más tarde, cuando Markus decidió emprender un nuevo negocio. Su padre le había contado en más de

una ocasión que Markus estuvo buscando socio para montar un bufete durante muchos meses, llamando a todos sus colegas de profesión. Incluso le había propuesto a Jason formar un tándem con él, a lo que Caroline, su madre, se opuso de lleno. Por aquel entonces eran novios, pero ya mostraba un cierto interés en sus capacidades dentro del negocio de las telecomunicaciones, empresa de origen familiar de la que ella estaba comenzando a manejar las riendas, tras la jubilación de su padre.

Markus definitivamente se topó con Devon Sinclair, un abogado y financiero de origen inglés, con un porvenir un tanto incierto, con el que había participado en algunas prácticas universitarias aún sin tener demasiado trato con él, pero que se mostró interesado desde el principio en su propuesta de negocio.

Montaron el despacho en pleno centro del área financiera, aprovechándose de los contactos de Devon Sinclair y de la financiación de Markus Roché y, por qué no decirlo, del incipiente matrimonio Welles, que les ofreció una planta entera con una renta irrisoria en uno de los edificios que años más tarde, los dos socios adquirirían al cincuenta por ciento por un importe elevado, creando la sociedad *Devon&Markus Solicitors*.

Ashley observó a Devon entrando por la puerta de la sala de juntas bamboleando su obesidad a través de la tela gris perla de su traje de firma. Le estrechó la grasienta mano y se acercó a besarle. El simple contacto provocó que a Ashley se le revolviere el estómago. Sintió náuseas e intentó contener la respiración para no oler el fuerte perfume en el que se había bañado. Devon se sentó con dificultad en uno de los sillones vacíos, delante de la mesa, y aporreó el cristal al dejar caer sobre él su pesado maletín de piel de cocodrilo que siempre le acompañaba.

Ashley percibió que había desmejorado mucho desde su último encuentro, unos meses atrás, en una de las escasas reuniones que habían mantenido en relación al caso Horton. Se le revolviere las tripas de nuevo, solo de recordar aquel apellido, y el dolor por el tiempo pasado se apoderó de ella, haciéndole temblar.

Carlo le sujetó con fuerza la mano, y le imploró con la mirada que se tranquilizara. De lo contrario, la reunión podía tomar derroteros que a la larga serían perjudiciales para todos los allí presentes.

—Ashley. Me alegro de verte otra vez.

Arrastraba las palabras.

—Lo mismo te digo, Devon —mintió—. Ya era hora de volver a retomar las riendas del negocio.

Se sintió asustada, más que nunca, pero tenía a Carlo cerca suyo y se sentía segura por primera vez en mucho tiempo, aunque algunas dudas le atormentaban y le impedían pensar con claridad.

—¿Qué tal está Markus? Veo que no te acompaña.

Intentó dominar el hilo de la conversación.

—No ha podido venir. Está algo indispuesto.

—Espero que no sea nada —señaló.

—Ya sabes. La edad no perdona. —Rio mostrando una dentadura postiza algo amarillenta demasiado pequeña para su ancha boca.

El silencio se impuso entre ambos y la conversación perdió su ritmo. Carlo aprovechó la situación para darle un golpe a Ashley en el pie, con la punta de su zapato, instándole a continuar. Se le notaba desentrenada. Parecía como si la mente de la joven se hubiera paralizado y no supiera retomar el rumbo.

Devon la miró fijamente, evaluando la situación, dejando que fuera ella la que tomara el hilo de la conversación.

—Como podrás observar, Devon, he decidido finalmente retomar las riendas de *AshTon Business Process Management*.

Cruzó las gruesas manos sobre los papeles que acababa de colocar sobre el cristal, ocultando la desagradable sonrisa que se asomaba por entre sus labios algo resecos.

—Tarde o temprano tenía que suceder.

Lo dijo con desdén. Sintió cómo su úlcera le jugaba una mala pasada. Sufría del estómago, y todo aquello que no estuviera bajo su control le provocaba intensos dolores. Apuró el agua de su vaso y levantó nuevamente las manos, a la espera de noticias interesantes con las que regresar a su despacho. Hasta el momento, la joven que tenía delante no había sido capaz de indicarle el por qué de la urgencia de la reunión, y eso le exasperaba. Disimuló, a pesar del hervidero que tenía por dentro.

—La verdad es que sí —apuntó—. Ya tenía ganas. Os he citado para que

me pongáis al corriente de todo.

Devon Sinclair entornó los párpados escrutando a través de las minúsculas rajadas de sus ojos el comportamiento de las personas que tenía delante.

—Ashley, voy a ser sincero.

—Como si alguna vez lo hubiera sido...—susurró Michael con cara de pocos amigos.

—¿Perdón? ¿Cómo dice?

—No nada, nada —quitó importancia. El rubor se le subió a las mejillas al darse cuenta de que sus pensamientos habían adquirido un tono más elevado de lo normal y los allí presentes se habían dado cuenta de su comentario.

El señor Sinclair no le dio mucha importancia al asunto. La animadversión que demostraba Michael, era mutua. En los tres años de ausencia de la señorita Welles, el subdirector de *AshTon Business Process Management* se había encargado de hacer la vida imposible a *Devon&Markus Solicitors*, o al menos, esa era su apreciación.

—Como te iba diciendo, Ashley. Sabes que me gusta ser sincero.

Una nueva sonrisa arrogante se vislumbró en la cara de Michael, que miró hacia abajo, con intención de ocultarla.

—La situación no ha sido fácil en tu ausencia —continuó.

—Lo sé, puedo hacerme una idea de ello.

—Tras el fallecimiento de Anthony y el incidente con el señor Horton, *Devon&Markus Solicitors* tomó el mando de la gerencia de *AshTon Business Process Management*. Nos encontramos con un negocio próspero pero con muchas deudas que ha habido que sanear...

—¿Deudas? —le interrumpió—. ¿A qué te refieres?

—Si me lo permites, te lo explico en un segundo.

Absorbió saliva emitiendo un sonido muy desagradable que dañó los oídos de todos los allí presentes. Ashley lo miró con ojos encendidos, implorándole que terminara su discurso.

—Sí, Ashley, como lo escuchas. *AshTon Business Process Management* tenía deudas millonarias y tu marcha, las incrementó. Tuvimos que indemnizar a muchos de los clientes por no cumplir los plazos establecidos

en contrato.

—¡Eso no puede ser! —gritó.

Se levantó y apoyó ambas manos sobre el cristal. Le miró con furia, intentando expulsar a través de sus ojos el odio que tenía guardado dentro.

—Desde hace muchísimos años, la empresa ha tenido muy bien atados todos los contratos.

—Ashley, no seas terca.

—Devon, no. ¡No vayas por ahí!

Alzó la voz, y Carlo le cogió la mano para tranquilizarla. Parecía una gata salvaje luchando por el bienestar de sus crías.

—Sabes que lo que estoy diciendo es verdad.

Le apuntó con el dedo, inquisidor.

—Te pido disculpas, Ashley.

El abogado suavizó su tono, intentando llegar a un entendimiento con la joven.

—Markus y yo hemos tenido serios problemas en el manejo de las finanzas de esta empresa, y los balances lo pueden demostrar.

—¡Quiero verlos ahora mismo! Por lo que me he enterado, ni Michael ni ninguno de mis empleados han tenido acceso a ellos en estos tres años.

Devon Sinclair buscó a Michael, asesinándole con la mirada.

—Le avisé —le dijo el subdirector— que la situación, tarde o temprano volvería a su cauce. No puede decir que no se lo avisé, señor Sinclair...—se jactó.

El abogado echaba chispas por la boca y despotricó contra los allí presentes.

—Panda de cabrones. ¿Pero qué se han creído ustedes?

—Mucho cuidado, Sinclair —le amenazó Ashley—. Modere sus palabras.

—Pero,... ehm...—buscaba por dónde atacar—. ¿Se puede saber qué esperabas de una empresa deficitaria como ésta?

—Desde hace muchos años *Devon&Markus Solicitors* ha estado al servicio de *AshTon Business Process Management*.

Pronunció su discurso con cierta calma. Se sentía arropada por todos los allí presentes y Sinclair se había convertido en una presa fácil de atacar.

—Lo mínimo que espero de ustedes es que luchan por nuestros intereses, no por los suyos, como veo que han estado haciendo estos últimos años. Para eso no es para lo que les pago.

Ashley nunca se había caracterizado por ser una persona tan dura, pero Sinclair le estaba diciendo prácticamente que estaba en la ruina, cuando ella había dejado un volumen de ingresos que superaba los veinte millones de dólares mensuales. En ese momento, según los informes de Michael y del resto de sus asesores, la empresa estaba en números rojos, casi al borde de la quiebra.

Pensó en su padre, y en el esfuerzo que durante tantos años había invertido para subir a lo más alto el negocio familiar. A su muerte, *Devon&Markus Solicitors* habían continuado con la política empresarial, pero al parecer en los últimos tres años, algo había cambiado y por eso *AshTon Business Process Management* se veía en una situación tan deplorable.

—¿Nos está acusando de algo?

El tuteo que habían mantenido instantes antes tomó un tono más distante.

—Devon, no les estoy acusando de nada. Lo único que quiero saber es qué coño ha ocurrido —pegó un golpe con la palma de la mano sobre el cristal y todos se apartaron temiendo que se resquebrajara y les fuera a cortar—, para que hayamos llegado a esta situación. La verdad, no me parece lógico.

Se levantó de repente de su asiento y comenzó a recoger los papeles que había extendido minutos antes sobre la superficie de la mesa. Miró el reloj de pulsera y observó que era bastante tarde. Había quedado con Grant a la una y media para almorzar y eran ya más de las dos. Seguramente, estaría esperándole en el *Enrico* desesperado.

—¡Michael!

El subdirector de *AshTon Business Process Management* le prestó atención, como un colegial a su maestra.

—Prepare un balance de cuentas. Mañana nos volveremos a reunir con el señor Sinclair, si a él no le importa.

Le miró a los ojos, amenazadoramente, y éste aceptó con un sencillo movimiento de cabeza.

—Devon, necesito que prepare un informe detallado de la evolución financiera de los últimos tres años. Lo quiero completo. Nada de juegos sucios, ¿está bien?

El viejo asintió con la cabeza. El rubor se asomó a sus gruesos mofletes. El corazón le latía con fuerza, delatándole ciertamente por su mal actuación con Ashley, de la que tenía la convicción que nunca más retomaría las riendas de la empresa.

—Devon —llamó su atención, perdida en ordenar los papeles que tenía extendidos sobre la mesa—. Nos vemos mañana a la misma hora. ¿Tenéis tiempo suficiente para preparar todo lo que te he pedido?

—Me parece bien. No te preocupes, lo tendremos todo arreglado.

—Espero que Markus pueda venir también. Tengo ganas de reencontrarme con él. —Intentó suavizar la conversación dada la tensión vivida segundos antes—. Le llamaré después, para preguntarle por su salud.

Devon Sinclair le dio la espalda y salió sin despedirse, dando un portazo que retumbó por todo el edificio, llamando la atención de la mayor parte de los empleados, que salieron impactados al pasillo.

Ashley se dejó caer sobre el sillón, resoplando, con el corazón saliéndosele por la boca, deseando huir de allí, angustiada por los derroteros que había tomado la reunión y pesarosa por no haber hecho caso a Anthony cuando seguía con vida.

A su hermano nunca le había caído bien Devon Sinclair y siempre le instaba a despedirlo. Ella tampoco le tenía en alta estima. No así ocurría con Markus Roché, al que tanto ella como su hermano veneraban por su buen hacer.

Devon siempre había sido una sanguijuela que intentaba sacar tajada de todo, en su afán de superioridad y grandeza. Markus, por el contrario, era mucho más humilde, y aunque ganaba un buen sueldo, valoraba más la amistad que había mantenido con su padre que el propio dinero. Algo grave tenía que estar ocurriendo. De lo contrario, *AshTon Business Process Management* no estaría en la situación deplorable en la que se encontraba.

—Si no os importa —dijo a sus empleados—, preferiría estar un rato a solas.

—Por supuesto —contestaron todos.

—Os agradezco vuestro esfuerzo y os pido disculpas por la situación que acabamos de vivir. Prepararos para mañana, porque será otro día muy duro también —les aconsejó.

Todos se dispusieron a salir por la puerta de la sala de reuniones, con Carlo a la cola.

—Carlo, perdona. ¡Quédate!

Cuando el último de sus empleados cerró la puerta, Ashley se derrumbó sobre el sillón y las lágrimas comenzaron a bullir, empapándole el pecho.

—Ey, ey, ey...

Carlo se le acercó y le abrazó con ternura.

—¿Qué te ocurre, Ashley? ¿Por qué estás así?

Parecía una niña pequeña, llorando por un juguete que no podía tener.

—Me siento fatal, Carlo. Siento que nos han hecho una jugarreta y que intentan lanzarnos a un abismo del que difícilmente vamos a poder salir.

—Shh... shh...—le tranquilizó—. La cabeza piensa mejor cuando se está relajada —le aconsejó—. Ya verás como la cosa se soluciona... El mundo está lleno de buenos y malos, y los malos no ganan siempre...

—Voy a llamar a Markus. —Su tono volvió a recuperar la decisión de minutos antes—. Algo tiene que estar sucediendo.

—Si no te importa, voy a salir mientras. —Sonrió y le guiñó el ojo—. Tengo que ir al cuarto de baño. Ya sabes que los viejos, a cierta edad, tenemos la próstata un poco fastidiada...

Ambos rieron desinhibidos ante el chiste de Carlo.

Markus contestó el teléfono inmediatamente, al primer tono.

31

Markus Roché se sobresaltó al escuchar el estridente sonido del teléfono, tamborileando en su despacho. Miró el reloj. No esperaba la llamada de nadie. Rachell, su mujer, estaba de viaje dentro de un avión, rumbo a la *Costa Azul*, y no se pondría en contacto hasta las nueve o las diez de la noche, hasta que el avión no hubiera aterrizado y hubiera alcanzado el hotel. Sámedhi, su hija estaba con él, en la habitación contigua, estudiando español con una amiga, con la que días más tarde viajaría al país europeo para perfeccionar el idioma.

Descolgó el auricular con desgana, aunque se alegró de inmediato al oír la voz de Ashley, de quien no tenía noticias desde hacía mucho tiempo.

—Buenas tardes, Markus. Soy Ashley, Ashley Welles.

—¡Ashley! ¡Qué alegría saber de ti! ¿Cómo estás?

Se produjo un silencio prolongado a través de la línea telefónica y Markus golpeó el auricular contra la superficie de su mesa de té intentando recuperarla. Ashley, al otro lado, se apartó el aparato de la oreja, ante el estruendoso pitido que se creó.

—La verdad, Markus, es que hoy no es uno de mis mejores días. Y tú, ¿cómo estás de tu enfermedad?

—Disculpa, Ashley. ¿De qué enfermedad me hablas? Salvo por el azúcar, gracias a Dios, estoy como un roble.

A Ashley no le cuadraba nada en la cabeza. Parecía como si el castillo de naipes que era su vida se estuviera desmoronando por momentos.

—Emm...—dudó—. Esta mañana me he reunido con Devon en mi oficina y me ha comentado que tú no habías asistido porque estabas enfermo...

—Maldito hijo de puta...—blasfemó.

Ashley percibió que algo no iba bien, cosa que no le extrañaba para nada.

—¿Qué has dicho? —inquirió, demandando con su pregunta información.

—Nada, nada. —Quitó importancia—. No te preocupes. Lo que pasa,

querida es que Devon y yo hace más de un año y medio que ya no compartimos el negocio. Lo que me extraña es que te haya dicho que estoy enfermo, cuando hace tanto tiempo que no sabe de mí...

—¿Cómo?

—Sí, Ashley. Hace año y medio, descubrí que Devon estaba metido en unos asuntos que no me gustaron ni un pelo, y tras una fuerte discusión, terminamos disolviendo la sociedad.

Ashley no cabía en su asombro. Comenzaba a entender mínimamente la situación.

—Pero,... ¿entonces?

—Él decidió comprarme la parte de mis acciones y se quedó con la firma, mientras que yo he vuelto a retomar las riendas de mi vida con un negocio mucho más humilde. Ya sabes, soy todavía joven y la vida es cara...

Lo dijo con sarcasmo; en realidad, pocos años era lo que no tenía.

—Entiendo.

Suspiró cargándose de valor.

—Markus, te llamo porque Devon acaba de marcharse de mi oficina. Hoy es el primer día que he venido a *AshTon Business Process Management* y me he encontrado con una situación un tanto deprimente.

El señor Roché suspiró profundamente, esperando escuchar las noticias desalentadoras. Muchos de sus antiguos clientes le estaban llamando reprochándole malos comportamientos por parte del que fuera su socio, a pesar de que él, personalmente, había enviado en su día, un año y medio atrás, una nota aclarándoles los motivos por los cuales dejaba de pertenecer a la firma *Devon&Markus Solicitors*. Algo raro debía haber sucedido, porque toda su clientela se estaba poniendo en contacto con él.

—¿Qué ha ocurrido? Según lo que recuerdo, hace un par de años enviaste un poder notarial en el que decías que habías tomado la determinación de no mantener los servicios de *Devon&Markus Solicitors*, y que pasabas todos tus poderes a...—dudó—. Déjame recordar...

Meditó unos segundos.

—Sí, ya me acuerdo. Decía que pasabas toda la gestión a *Stonehedge*.

Ashley no cabía en su asombro.

—Markus. Yo jamás he firmado nada en estos últimos tres años.

Su voz hilarante, rayaba la estridencia.

—Tranquila, Ashley. —Su voz era dulce, mientras su mente, procesaba toda la información a gran velocidad—. No te sulfures.

Ashley comenzó a llorar.

—Markus, tú mejor que nadie sabes todo lo que he luchado y sobre todo, lo que luchó mi padre por *AshTon Business Process Management*.

—Sí, Ashley, lo sé perfectamente. De no haber sido por tu padre, yo jamás hubiera podido tener lo que tengo ahora...

Recordó a Jason y a Caroline con sumo aprecio. Por muchos años que viviera, y ya no le quedaban tantos como quisiera, jamás podría agradecer todo lo que la familia Welles había hecho por él.

—Estoy que no entro en mi asombro, Markus. Cuando he llegado esta mañana a *AshTon Business Process Management* la he encontrado en la más profunda de las bancarrotas.

—Pero... ¡Eso no puede ser! Cuando se supone que abandonaste *Devon&Markus Solicitors* para tomar los servicios de *Stonehedge*, la empresa tenía una facturación mensual extremadamente elevada... No puedo creer que esté en la bancarrota.

—Pues... —tomó aire—. ¡Créetelo! Ahora no tenemos ni para pipas...

Markus pensó en su antiguo colega y evaluó las posibles causas de tan mala gestión por parte de *Stonehedge*.

—Ashley, déjame hacer unas gestiones. ¿Vas a seguir en la oficina?

—No, Markus, tengo que salir. Hasta mañana por la mañana no estaré de nuevo por aquí.

El viejo meditó un momento la situación.

—Está bien, Ashley. No te preocupes. Déjame que haga unas llamadas. ¿A qué hora puedo contactar contigo?

—Estaré de vuelta en casa sobre las nueve.

—De acuerdo. Entonces, te llamo sobre las nueve y media aproximadamente, por si te retrasas un poco. El teléfono sigue siendo el mismo de antes, ¿verdad?

—Por supuesto. De todas formas...—dudó—. Me gustaría, si no te importa, que mañana asistieras a la reunión que he concertado con Devon.

El corazón de Markus entró en funcionamiento rápidamente. Hacía

mucho que no veía al desgraciado de su ex-socio y no sabía si tenía intención de volver a ponerse frente a frente ante él.

—Está bien —aceptó—. Esta noche, cuando sepa algo, ya concretamos. Hay que darle solución a este tema cuanto antes... Ahora ya voy entendiendo algunas cosas...

La incertidumbre de Ashley iba en aumento.

—No te preocupes. Luego hablamos.

A Markus Roché le embriagó un cierto halo de culpabilidad. Devon siempre había sido un cabrón, pero nunca le había creído capaz de llegar tan lejos. Era un miserable, de los pies a la cabeza, y no había perdido oportunidad de desplumar a una joven muchacha que tanto le había costado luchar en la vida, tanto profesional como personalmente.

Apreciaba muchísimo a Ashley, de la misma manera que lo había hecho con Jason años atrás y supo de inmediato que ella no se merecía pasar por una situación como aquella. Le ayudaría en la medida de sus posibilidades, aunque intuía que le iba a resultar un tanto complicado.

El día anterior, una tal Michelle Banks, a quien no tenía el placer de conocer, le había enviado un informe de parte de la presidencia de *World Wide Building Corporation*, una importante empresa de promoción inmobiliaria, en el que se le solicitaba una auditoría con la que evaluar la situación financiera de *AshTon Business Process Management*.

En el escrito, el presidente de *World Wide Building Corporation* mostraba su interés por la adquisición de la empresa de telecomunicaciones, no tanto como inversión inmobiliaria, sino para expandir su línea de actuación económica y financiera. Su intención era entrar en el mercado de la telefonía y las comunicaciones y ampliar así el capital que la explotación de un negocio de similares características le reportaría.

Nada más abrir el sobre que le había llevado personalmente un repartidor de la plantilla de *World Wide Building Corporation*, leyó la documentación, agradeciendo que una empresa de tal envergadura contase con sus servicios, a pesar de que su nuevo bufete estaba, como quien dice, arrancando motores.

La cantidad de ceros que le ofrecían no era como para despreciar el trabajo, pero desestimó de inmediato el ofrecimiento, por deferencia a la memoria de su amigo, y sobre todo por el cariño que le profesaba a su hija,

que tan mal lo había pasado tras el fallecimiento de su hermano y el incidente en el caso Horton.

World Wide Building Corporation estaba tras el imperio de los Welles como un ave de rapiña a la espera de su presa. Seguramente, y de eso no le cabía la menor duda, Devon estaba detrás de todo. De lo contrario, su actitud, no le cuadraba lo más mínimo.

32

Un ramo de rosas amarillas le esperaba en el centro de la mesa que a diario se convertía en su refugio a la hora del almuerzo. Sonrió nada más verlo desde el umbral de la puerta del restaurante.

Según Carlo, como la comida de su Marisa no había nada, así que terminó rechazando el ofrecimiento que Ashley le había realizado para quedarse a comer con ella en el *Enrico*, dado lo tardío de la hora.

—Seguramente, Marisa ya tendrá la cocina recogida, Carlo y te echará la bronca por no haberte quedado conmigo.

—No, no, no, de verdad Ashley, te lo agradezco, pero yo me voy a ir a comer a casa. Como la comida de mi Marisa no hay ninguna —le había dicho minutos antes, negándose a quedarse con ella.

Oteó el horizonte plagado de cabezas intentando encontrar a Grant. No lo vio por ningún lado. El comedor estaba ya prácticamente vacío y su mesa, a lo lejos, impoluta.

Sebastian se acercó con paso ligero. A pesar de su edad, se desenvolvía muy bien dentro de los límites del salón, e incluso acaparaba la terraza en la época estival. Era prácticamente el emblema de la casa y no había cliente que no lo quisiera por su buen hacer y su buen comportamiento con ellos.

—Buenas tardes, señorita Welles.

Bajó la cabeza saludándola, con un leve movimiento cervical. Le acompañó hasta la mesa y esperó a colocarle la silla.

—¿Le retiro el abrigo?

En pocos días *Nueva York* había sufrido un cambio brusco de temperatura y el tiempo estaba un tanto desapacible, lo que hacía necesario hacer acopio de un chaquetón, porque el viento helador del norte azotaba con fuerza.

—No se preocupe, Sebastian. No me voy a quedar mucho rato. Lo dejaré en la silla de al lado.

Apartó las rosas del centro de la mesa, y las apoyó en uno de los tres sillones vacíos. Abrió el sobre que lo acompañaba con la misma emoción de

cuando era niña y abría los regalos el día de Navidad, colocados a la perfección en la base del inmenso árbol que decoraba el salón de su casa.

No se percató de la presencia de Sebastian, que seguía allí, de pie, a la espera de que le ordenara la comida. El viejo tosió, haciéndose notar, y Ashley reparó en su error.

—Disculpe, Sebastian. No me había dado cuenta. Tráigame por favor, un vino blanco y... Emm...—dudó—. La verdad es que no sé qué pedir hoy —se quejó.

—Si quiere, señorita, le puedo recomendar la ensalada *Waldorf*, que se compone de manzanas, nueces y lechuga, o bien el *Clam Chowder*, ya sabe, la sopa de almejas y tomate con galletitas saladas.

Ashley barajó las posibilidades que le ofrecía Sebastian mientras jugueteaba con los dedos con la pequeña tarjeta todavía sin leer.

—Si no gusta de ninguna de las dos especialidades del día, le puedo traer la carta.

—No se preocupe, Sebastian. Hoy no tengo mucha hambre —apuntó—. Con una ensalada *Waldorf* es más que suficiente. Eso sí —sonrió pícaramente al camarero que terminó sonrojándose—, no voy a decir que no a la mousse de chocolate de siempre.

—Como no. Enseguida le sirvo, señorita Welles.

El viejo se marchó hacia la cocina, con una sonrisa de oreja a oreja. La mousse del *Enrico* era conocida en todo *Manhattan* y la señorita Welles era adicta a ella.

Ashley visualizó la letra sobre el rígido papel, meditando si aquella caligrafía, pulcramente definida sería la de Grant. Se excusaba por no poder acudir a su cita, alegando compromisos profesionales que no podía eludir, y la emplazaba para reunirse con él a las cinco de la tarde, en el punto donde ambos se habían tropezado la primera vez en pleno *Central Park*.

Consultó el reloj y se dio cuenta que faltaba tan sólo una hora para el encuentro, el tiempo suficiente para ingerir la ensalada y degustar la exquisita mousse, un auténtico placer para cualquier paladar.

Llegó a *Central Park* a las cinco menos diez, en taxi, después de llamar a casa y avisar a Carlo por mediación de Marisa que no fuera a recogerla. No quería que se volviera a preocupar como el día anterior. No se lo merecían,

ninguno de los dos.

Caminó despacio, haciendo tiempo, cargada con el ramo de flores en la mano y ajustándose el cuello del abrigo con la otra, para evitar la fría humedad que se respiraba entre la vegetación del parque. Se sentó en un banco de madera del camino a descansar. Le dolían los pies, a los que había torturado durante toda la mañana sobre unos altísimos *Manolo Blahnik*.

Grant apareció segundos más tarde, antes de la hora acordada, y se acercó a ella como un niño con zapatos nuevos, con la sonrisa dibujada en su cara, satisfecho de que ella hubiese acudido a la cita.

—Hola Ashley.

Se levantó de la fría y húmeda madera posicionándose a la altura de sus ojos. Grant era unos centímetros más alto que ella, los suficientes como para que tuviera que mirar hacia arriba. Él le sujetó por los hombros, estrechándole en un abrazo, como el de un oso. El calor se apoderó de ella, haciendo que el abrigo que instantes antes resultaba imprescindible, ahora le sobrara.

—¡Vámonos! —le instó él, frotándose las manos para entrar en calor—. Hace un frío horrible aquí.

Le envolvió los hombros con su potente brazo y sintió el latir de su corazón por entre la tela de su traje chaqueta. No llevaba gabardina, aunque no parecía que le hiciera falta. Se besaron y abrazaron como un par de ardientes adolescentes al abrigo de las hojas secas de los árboles que comenzaban a caer sobre sus cabezas, movidas por el viento.

Sus lenguas juguetearon en las profundidades de la boca del otro y ambos sintieron un escalofrío recorrer la curva de su espalda, hasta perderse bajo la cinturilla de su ropa interior.

Aceleraron el paso, hasta alcanzar el *Porsche* de él, aparcado en doble fila delante del *Metropolitan Art Museum*, a punto de ser multado por la policía.

Grant departió amigablemente con el agente, al que daba la sensación de conocer de toda la vida, y en un segundo consiguió que se marchara, dejándoles camuflarse entre el bullicio de la gran ciudad.

—¡Menos mal! —resopló, mientras apretaba el acelerador—. Si no llegamos a aparecer, me hubieran puesto una multa, y este mes ya llevo dos.

—Eso será porque no conduces muy bien...—le tentó.

—No, no. No te equivoques. Ya sabes lo complicado que es aparcar en *Manhattan* —se justificó—. Jamás he tenido multas por cualquier otro concepto.

—Te he echado de menos —le dijo ella, con voz ronca, deseosa de sentir los sensuales labios de él sobre los suyos.

—Yo no he podido dormir en toda la noche...—susurró, y sus palabras se perdieron con el rugido del motor, que comenzaba a revolucionar con más fuerza.

—Yo tampoco.

Alargó el brazo y le acarició la nuca, ensortijando sus delgados dedos entre la maraña de pelo castaño de él. Jamás había sentido algo así por un hombre y muy a su pesar, y yendo en contra de sus principios, se estaba enamorando de él.

—¿Dónde vamos? —inquirió, al punto que recorría la oreja de él con las yemas de sus dedos.

—Me haces cosquillas. —Pisó a fondo el acelerador.

Recorrieron en cinco minutos lo que habría llevado diez. Fue necesario un semáforo en rojo para que al fin desacelerase. Le miró con ojos ardientes de deseo y se acercó a ella, besándole en el cuello. Parecían dos adolescentes con las hormonas en efervescencia, circulando por sus cuerpos ávidos de pasión, a mil por hora.

—Te voy a llevar a un lugar que me fascina, como tú...

El rubor se apoderó de las mejillas de Ashley, todavía enrojecidas por el frío del exterior.

Ascendieron a la parte más alta del *Upper Manhattan*, al área de *Washington Heights* y alcanzaron el *Fort Tyron*, un parque con imponentes vistas al río *Hudson*, al puente *George Washington*, a *New Jersey* y al río *Harlem*, diseñado por *Frederick Law Olms ted Jr.*, hijo del paisajista de *Central Park* y obsequio de *John D. Rockefeller* a la ciudad de *Nueva York*.

Caminaron a lo largo de sus paseos y rodearon *The Cloisters*, una abadía medieval construida con partes auténticas de monasterios europeos a la que Grant solía acudir de niño con su padre a admirar los imponentes claustros.

Cuando los pies de Ashley no resistieron más, Grant abrió el capó y

cogió una manta que extendió sobre el mullido césped. Ambos se sentaron a contemplar la magnificencia del lugar y las impresionantes vistas de *Nueva York*, a sus pies, al abrigo de un par de árboles que les protegían del azote del viento.

Ashley le cogió la mano y comenzó a hacer dibujos sobre su palma con sus largas uñas, hasta que la chispa se encendió en él y le tomó entre sus gruesos y fornidos brazos atrayéndola con fuerza hacia su pecho.

Al principio le besó con calma, hasta que la urgencia se apoderó de él y la tomó con más fuerza, haciendo que sus respiraciones se entrecortaran y sus mentes se evadieran de todo lo que existía a su alrededor.

Sus cuerpos bailaban al son de la música de las últimas notas de los cánticos de los pájaros, matizados por los últimos rayos del sol poniéndose en el horizonte.

Ella introdujo una mano bajo la tela de la camisa de él y palpó cada rincón de su desarrollada musculatura, erizándole la piel con el contacto. Él, urgente, le desabrochó el botón de la pechera de su vestido y le tomó un seno. Jugueteeó con la lengua con la cresta de su tenso botón y Ashley sintió cómo el fuego le recorría el cuerpo entero y se le concentraba en la entrepierna. Sus cuerpos cubiertos oscilaban lentamente disfrutando uno del otro, sin premura, bajo la manta, sintiendo la frescura de la hierba a través del mullido y delicado algodón.

Se sintieron acalorados, a pesar del frío reinante, con la boca reseca por los gemidos guturales que salían de sus gargantas, en una alferecía descontrolada de sentimientos.

El ángel que se apostaba sobre el hombro derecho de Ashley le dijo que estaba actuando mal, pero era mayor la fuerza de atracción que sentía por aquel hombre que su propio sentimiento de culpa, y se dejó llevar. Y es que la imagen de Grant y su mirada perturbadora, no salían de su mente, clavada a hierro desde el primer día que lo viera.

Grant le separó las piernas, e introdujo una mano acariciándole el interior de los muslos, palpando la humedad de su sexo. La notó chorreante y le separó las rodillas, ajustándose como la pieza de un puzle sobre ella. La penetró muy suavemente, con movimientos lentos, admirando las perfectas facciones de ella. Jugueteeó con sus dientes afilados como diamantes

recortados con el tenso pezón, hasta que la urgencia de ella se hizo más intensa y le agarró las nalgas, indicándole que aumentara el ritmo.

Aceleró el paso, con la espalda chorreando en sudor y la entrepierna dolorida por la ardiente necesidad. Sus respiraciones se entrecortaban aún más con cada embestida y gemidos de placer salían de las profundidades de su ser, resecañoles la garganta.

Ella arqueó la espalda, haciendo que sus cuerpos se ajustasen aún más y que las embestidas de Grant fueran mucho más profundas. Sintió el miembro de él bailando dentro y golpeándole el interior de su abdomen en cada acometida. Todo se paralizó unos segundos cuando alcanzaron el clímax y la gran mole de músculos de él, sudorosa, se desplomó sobre el minúsculo cuerpo de ella, gratificado. Ashley sintió cómo su respiración se hacía cada vez más complicada, e intentó apartarle, sintiendo todavía el calor en su bajo sexo.

Le atormentaron las dudas y se arrepintió del paso que había dado, aunque ya no cabía momentos de arrepentimiento. No había marcha atrás. Se sentó con la espalda apoyada en el árbol, y se tapó su desnudez con el abrigo, desparramado sobre la hierba. El cuerpo le hervía y tenía los músculos tensos, deseando más. Observó el pecho de Grant, más duro que el mármol, oscilar de arriba abajo recomponiendo el ritmo de su respiración.

Cuando se despezó, la atrajo nuevamente hacia sí, obligándola a apoyar su cabeza contra su cuerpo. La larga melena de ella le envolvió, tapándole el pecho, como una manta y sintió nuevamente cómo el calor le bullía por dentro.

La obligó a acurrucarse a su lado y su pene se volvió a poner enhiesto sólo con el roce de su delicada piel contra la suya. Le miró a los ojos, insinuándole que la sesión no había terminado. Ella asintió apreciativamente y los dos comenzaron a moverse nuevamente y a encajarse uno sobre el otro, disfrutando por segunda vez, hasta que sus cuerpos cayeron exhaustos sobre el blando césped y se quedaron dormidos, abrazados, ella sobre él, sintiendo el movimiento embriagador de sus respiraciones.

33

Frances se encontraba despidiéndose de Marisa y Carlo en el vestíbulo del *loft* cuando Ashley abrió la puerta con la cara aún hinchada, el pelo revuelto y la piel ardiendo por el intenso contacto de los dedos de Grant sobre su cuerpo. Las enfervorecidas manos de Grant habían desgarrado la muselina de la delantera de su vestido, arrancando los botones de cuajo cuando intentó atraparle un seno. Reajustó el grueso de su abrigo, cerrándose el escote para que ninguno pudiera darse cuenta del estado de su ropa.

—Buenas noches —les saludó—. ¿Dónde vas a estas horas?

Miró el reloj de pared que había en la esquina contraria del gran hall y observó que eran más de las nueve y veinte.

—Me acaba de llamar Peter.

Era la segunda vez en pocas horas que hablaba de él en público sin preocupación, y era algo que le quitaba un gran peso de encima, después de lo meticulosa que había tenido que ser los tres últimos años.

—Acaba de fallecer un amigo suyo y está desolado. Creo que mi deber es estar con él en estos duros momentos.

A Ashley se le encogió el corazón. Pensó en Grant, que acababa de dejarle minutos antes a las puertas del edificio.

—¿Qu...? —Las palabras no le salían por la boca. Tenía la garganta cerrada y se temía lo peor—. ¿Qui...? ¿Quién es? ¿Lo conoces? —disimuló.

—Me temo que no, Ashley. Yo tan sólo lo he visto una vez, y de lejos. Ya sabes que hemos intentado mantener nuestra relación en secreto, para evitar a la prensa, más que nada —se justificó.

—¿Pero sabes cómo se llama? —insistió.

—Sí, es Brandon Legendree. Según me ha comentado Peter, últimamente estaba muy raro, y en cierta medida lo evitaba un poco. El otro día,...—se entretuvo rebuscando algo en el bolso, que finalmente no apareció—, fueron juntos al parque a hacer *footing* con otro de sus amigos.

Ashley recordó perfectamente la situación y las rodillas le temblaron. La vida daba muchas vueltas y podía ser muy injusta. Pensó en la pobre mujer de

Brandon, a pesar de que no la conocía y sintió pena por ella, sabiendo lo mal que lo iba a pasar. Nadie mejor que ella para saberlo, después de tres años de intensa agonía tras el fallecimiento de su hermano.

—Y... ¿Cómo ha sido, Frances?

—La verdad es que no sé mucho. Un accidente de tráfico. Creo, aunque no me hagas mucho caso, que iba un poco bebido. No sé, Ashley. Ya te diré cuándo sepa algo más.

Ambas mujeres se despidieron, emplazándose a una conversación telefónica que tendría lugar en cuanto la modelo supiera algo más sobre lo sucedido.

—Llámame, Frances —le indicó—. Ya sabes, a cualquier hora.

Bajó con Carlo al sótano, y recogieron el vehículo de Ashley, con el fin de pasar desapercibida ante los *paparazzi*, que seguramente estaban apostados en la calle, escondidos, deseosos de encontrarla y de atormentarla con sus preguntas.

Hicieron lo mismo cuando llegaron a su edificio, e introdujeron el coche hasta el aparcamiento, lo que le dio libertad para introducirse en el ascensor rumbo a su vivienda, sin ser reconocida.

Peter acababa de llegar aguantando la persecución de los periodistas, que no le dejaron ni a sol ni a sombra durante todo el trayecto desde su domicilio. Lo encontró destrozado, con la cara descompuesta, los ojos hinchados, con la camisa humedecida por el llanto.

Se acercó a él y le abrazó con fuerza, acariciándole el pelo, tranquilizándole como a un niño cuando se ha caído y se ha hecho un rasguño en la pierna. Le besó en los párpados, saboreando la salada humedad de las gotas que resbalaban por sus mejillas.

—Peter... No sabes cuánto lo siento, mi amor.

El desconsuelo del hombre que tenía en frente era desolador. Jamás hubiera pensado que un hombretón de aquellas proporciones pudiera sentirse tan indefenso como en ese momento.

—Tranquilízate mi amor.

Le acurrucó contra su pecho y le balanceó. Él le abrazó con fuerza la cintura, ahogándole, buscando su abrigo, derramando la angustia que sentía por el amigo fallecido.

—Shh... Peter... Tranquilízate, amor.

La suavidad de sus palabras calmó al hombre desgarrado que tenía por frente. Respiró hondo.

—Me acabo de enterar, Frances. Hace un rato que le he llamado a casa para charlar un rato... y...—no le salían las palabras—, Sally me ha dado la noticia.

Se levantó con ímpetu del sofá y se pasó la mano por la cara, secándose de un manotazo las lágrimas que resbalaban por su mentón hacia el cuello de la camisa. Le dio la espalda, avergonzado.

—No me lo puedo creer todavía. Hace nada estuvimos juntos en *Central Park*.

Se giró y le miró a los ojos.

—Justo unas horas antes de coger el avión rumbo a *Japón*.

Escuchar el nombre del país nipón le puso nerviosa. Se levantó y apoyó su mano sobre el ancho hombro de él, apretándole con energía, transmitiéndole toda la fuerza que parecía haber perdido y que ella tenía un tanto debilitada.

—¡No me lo puedo creer! ¡Pobre Sally!

Aporreó el brazo del sofá con el puño y se hizo daño. Se dejó caer nuevamente en el sillón y echó la cabeza hacia atrás, obligándose a mantener la cordura que le caracterizaba.

—¿Cómo ha sido, cariño?

Meditó sus palabras, haciéndose a la idea de la situación.

—Iba borracho. Tenía algunos problemas en el trabajo, y la relación con su mujer no pasaba por su mejor momento. ¡Maldito cabrón!

—¡Peter, por favor! —le reprendió—. Cálmate. No ganas nada con esta actitud.

—Lo siento mucho, Frances. Llevo unos días que para mí se quedan...

Le abrazó con fuerza y él le mesó el cabello, llevándose un mechón de negro pelo hasta la boca. Lo besó con ternura. Tenía una mujer a su lado que no se merecía y tenían que permanecer ocultos para no ser carne de cañón de las hienas de los periodistas.

—¿Cuándo es el funeral, Peter?

—Mañana, a las doce y media, pero quiero pasar primero por casa de

Brandon y saludar a Sally.

—Está bien. Pasaremos la noche aquí —decidió—. Avisaré a Ashley para que le diga a Carlo que venga a recogernos. Es la única forma de salir del edificio sin que nos reconozcan —suspiró.

Marcó de memoria los dígitos del teléfono de su amiga. La línea estaba ocupada. No paraba de comunicar. Esperó unos minutos, mientras ordenaba a María que preparara algo de cena.

La pobre mujer se encontraba descansando en su habitación, tras un duro día de trabajo. Se había pasado la tarde entera planchando y todavía le quedaba una buena remesa para el día siguiente.

María cocinó con disgusto, ya que hacía unos minutos había terminado de limpiar la cocina, ante la negativa del señor Heiss de ingerir alimento. Llevaba llorando más de dos horas, encerrado en el salón, y la señorita Beresford no se encontraba en casa. Con todo su quehacer listo y embriagada por el cansancio y un febril catarro otoñal, decidió finalmente tumbarse en la cama y ver una película mientras los ojos se le entornaban en un soporífero duermevela.

Preparó una ensalada *César* y unos lomos de besugo a la plancha con una salsa de limón, un exquisito manjar que Frances apuró pero al que Peter no hizo el menor aprecio.

—Señor Heiss, debe comer algo.

—Muchas gracias, María, pero tengo el estómago cerrado.

—Como guste, señor. De todos modos, se lo dejaré aquí —señaló la encimera de mármol— bajo este plato, por si esta noche siente el estómago vacío y le apetece comer algo.

—Se lo agradezco en el alma, María. Es usted un sol.

Le miró con ojos agradecidos, a sabiendas que no probaría bocado en toda la noche. No podía.

Frances consiguió hablar con Ashley cuarenta minutos más tarde. Peter se había quedado dormido en el sofá con las piernas apoyadas sobre la mesa. Roncaba plácidamente, un sonido gutural que a ella le encantaba. Se acercó a él y le colocó la mano que se había descolgado hacia el suelo en el apoyabrazos.

—Llevo horas llamándote...—se quejó.

—No seas exagerada, Frances. Hace una hora y media escasa que nos hemos visto por última vez.

—Parece mentira que la dueña de una de las mayores empresas de telefonía y comunicación del país no pare de comunicar.

—Mejor no vayas por ahí, Frances... Ya te contaré, pero hoy al fin he ido a *AshTon Business Process Management* después de tres años y estoy en la ruina.

—¿Pero qué dices? ¡Estás loca!

—Sí, Frances, sí. Me la han jugado. Y no sabes cómo.

Suspiró, cargándose de valor.

—El maldito Devon Sinclair me ha estado haciendo la cama y se ha estado embolsando todo mi dinero. Vamos, en pocas palabras, que me ha robado.

—Hijo de puta...

—Menos mal que me he decidido por fin a tomar las riendas del negocio.

—Suspiró, arrepentida de no haberlo hecho antes—. De lo contrario, si llego a esperar un poco más, me hubiera visto viviendo bajo un puente...

El tono de voz de Ashley rayaba la desesperación.

—Pero,..., emm...—dudó si preguntar—. ¿Tan grave es la cosa?

—Más de lo que te imaginas.

—Y tú, ¿cómo te encuentras? A parte de esto, claro está. Lo poco que te he visto hoy, te he notado algo más animada.

A Ashley le dieron ganas de contarle a su amiga los últimos encuentros mantenidos con Grant, pero prefirió callar.

—Esta mañana he ido con Carlo al cementerio.

El silencio se impuso a ambos lados de la línea telefónica.

—Sinceramente, hacía tiempo que lo necesitaba.

—Me alegro por ti, Ashley. Ya sabes que la vida sigue y que no te mereces el martirio por el que estabas pasando.

¡Cómo la conocía su amiga! Más que ella misma.

—¿Has vuelto a ir a la consulta de la doctora Santini? —inquirió.

—Sí. Gracias a ella y a la sesión de hipnosis que hicimos, pude sacar todo el dolor que tenía acumulado tras la muerte de Anthony.

Las lágrimas se apoderaron de ella, pero ya no eran lágrimas amargas,

sino más bien de alegría. Se sentía viva otra vez, a pesar de que su pasado seguía atormentándole.

Cambió el hilo de la conversación. No quería entristecerse más de lo que ya estaba. La charla con Markus, con el que se reencontraría después de mucho tiempo a la mañana siguiente, no le había dejado muy buen cuerpo.

—Dime, Frances. ¿Qué ha pasado al final?

—Nada, chica. Una desgracia. Brandon Legendree, el amigo de Peter ha muerto en un accidente.

Ashley recordó sus trece años, cuando Carlo y Marisa le notificaron la muerte de sus padres por causas similares. El corazón se le encogió de pena y sintió una punzada en el pecho.

—Iba borracho. Al parecer, no se llevaba muy bien con su mujer... Algo típico, la verdad, pero con un final infeliz para ambos. Él se ha ido y no va a volver, desgraciadamente, y ahora a ella le queda la pena de no haber evitado los posibles problemas que pudieran tener... Vamos, una desgracia.

—La verdad es que tienes razón, Frances.

—¿Y cómo está Peter?

—Lo he visto más afectado de la cuenta. El otro día estuvo con él en *Central Park* y no se hace a la idea de que esto haya ocurrido.

Ashley recordó nuevamente el encuentro que tuvo con los tres hombres y sintió pena por el fallecido.

Pensó en Grant, que seguramente estaría sólo en su casa llorando amargamente la pérdida de un buen amigo, a pesar de que su broma le había provocado una caída monumental con consecuencias desagradables para su hombro.

Se golpeó la frente, reprochándose no haber recordado preguntarle a Grant por el estado de su hombro y se sintió mal por ello, aunque por su actuación en *Fort Tyron*, supuso que estaría más que recuperado.

—La vida es muy cruel, Frances.

—Y que lo digas... No soporto ver a Peter así, tan decaído.

—Anímate, es lo único que te puedo decir.

—Espero que tengas en cuenta tus consejos.

Ambas mujeres rieron. Peter se desperezó por la ruidosa carcajada.

—¿Ocurre algo?

—No te preocupes, Peter —susurró—. Sigue durmiendo. Estoy hablando con una amiga.

Se dirigió a Ashley.

—Ashley, cariño. Te tengo que dejar.

—No te olvides de seguir en contacto.

—No te preocupes querida. Y avísame cuando tengas que ir a la consulta de la doctora Santini, por si te puedo acompañar, aunque no te aseguro que algún coche vaya detrás, intentando conseguir alguna foto —suspiró.

Se despidieron.

El sonido ronco que provenía de la garganta de Peter invadió nuevamente el salón de Frances.

Ashley, por su parte, se dirigió al dormitorio, dubitativa, deseando contactar con Grant y reprochándose no haberle pedido su número de teléfono. Si se paraba a pensarlo, unas horas antes se había acostado con el hombre de sus sueños, a pesar de que no conocía lo más mínimo de su personalidad, y menos aún, cualquier dato con el que poder identificarlo en el listín telefónico.

Buscar a todos los Grant de *Nueva York*, se podía convertir en una auténtica tortura china, incluso para ella, que tenía a cincuenta empleados a su disposición en el turno de noche, por lo que cejó en el intento. Lo vería al día siguiente en el *Enrico*, el punto neurálgico establecido para sus encuentros.

Se metió en la cama, con el estómago vacío, necesitada de cariño y preocupada por los acontecimientos vividos y más aún por los que esperaba vivir al día siguiente, cuando se enfrentara a Devon Sinclair.

Se impresionó de sí misma de no tener ganas de llorar, y se arrepintió de no haber hecho caso antes a la doctora Santini. Realmente el pasado pesaba mucho y ella estaba comenzando a soltar lastre. Gracias a Dios.

34

Grant estaba destrozado cuando alcanzó el hogar de los Legendree, un moderno apartamento decorado a la última de trescientos treinta metros cuadrados en *El Village*, en la esquina de *Groove* con *Bedford*. Los restos mortales de Brandon yacían inertes dentro del ataúd de madera de roble en el centro del salón donde su mujer había estado llorando toda la noche, velándolo.

La abrazó con ternura, rodeándola cariñosamente con su abrazo, conteniendo la respiración, evitando derrumbarse delante de ella. Se había echado varios años encima. Sally no era una mujer hermosa. Nunca lo había sido, pero su imponente personalidad y su gran magnetismo con la gente, siempre le habían permitido compensar su falta de belleza. Su cara transmitía cansancio y su cuerpo menudo se movía con una agilidad inusitada por entre la gente allí congregada. Brandon tenía muchos amigos, y todos estaban allí reunidos despidiéndole, acompañando a su mujer.

—Lo siento mucho, Sally.

Le abrazó y le besó en la frente.

—Gracias por venir, Grant.

Se agarró a él fuertemente y se sintió reconfortada. No recordaba cuántas horas llevaba despierta, atendiendo a la gente. Ver a Grant le proporcionó la tranquilidad que hacía horas había perdido.

—¿Cómo estás?

Se arrepintió de haberle hecho la pregunta, pero era una mera formalidad. De sobra sabía que tenía que estar muy mal. Acababa de perder a su marido en un trágico accidente de tráfico.

—Imagínate.

Sus palabras se perdieron entre el murmullo del gentío.

—Este cabronazo me ha dejado sola...

Se echó a llorar otra vez.

—Sally, no —le consoló— no digas eso. Brandon era un buen hombre.

—Sí, Grant, pero no debía haber cogido el coche si estaba borracho.

¿Cómo ha podido hacerme esto?

Lloró, retroalimentándose en su dolor, atormentándose por el desgraciado desenlace.

—No pienses ahora en eso, Sally. Tienes que estar tranquila... Cualquier cosa que necesites, no tienes más que llamarme.

—Lo sé, Grant. Te lo agradezco de corazón.

Se separó de él y se abrazó a otra persona, retomando la retahíla que ya se tenía más que aprendida.

Grant deambuló por la estancia y se aproximó al féretro. Miró a Brandon inerte, con las manos entrelazadas a la altura del pecho, y contuvo la respiración, soportando el dolor desgarrador por la pérdida de un gran amigo.

Brandon siempre había sido un hombre un tanto inconsciente. A sus treinta y dos años, parecía no haber madurado. Cuando se casó con Sally, dos años antes, todos sus amigos, entre ellos Grant, pensaron que el compromiso era un motivo más que aceptable para sentar la cabeza. Siempre había sido un hombre alegre, divertido y jovial, pero sin ningún tipo de control.

Le vinieron a la cabeza los intensos años de universidad, plagados de fiestas y reuniones nocturnas mezcladas con alcohol en las que Brandon era el primero en apuntarse y el último en marchar. Quizás aquellos momentos fueron cruciales para Brandon, en los que intentó distraer su falta de atractivo personal para con las mujeres con el exceso de alcohol. Le resultaba gracioso desinhibirse con una copa en la mano y lanzarse a las chicas. Las negativas, que no eran pocas, le resultaban un tanto divertidas cuando se encontraba bajo los efectos de la bebida.

Su falta de compromiso con la realidad y sobre todo, su inseguridad fueron siempre su punto débil. Cuando el último curso de carrera conoció a Sally, todos creyeron que se produciría un gran cambio en él. De hecho, ella puso todo su empeño en enderezarlo y llevarlo por el buen camino, pero cuando se dio cuenta que lo que pretendía era imposible, cejó en el intento.

Brandon Legendree era un testarudo nato, y ella no podía luchar contra él, y menos cuando se enteró de que se había quedado embarazada. Las dudas le atormentaron durante unos meses, en los que ella estuvo cuestionándose si debía continuar con la relación. Finalmente, y tras varias discusiones en las que él le había relatado su intención de cambiar, se casaron.

Desgraciadamente, perdieron el bebé en el parto, un varón que según las palabras de su padre, era una auténtica preciosidad. Brandon vivió bajo los efectos del alcohol durante una semana y media. Sally llamó a los mejores amigos de su marido cuando llegó a casa del hospital, totalmente hundida por la gran pérdida y aturdida por la desaparición de su marido. Grant y Peter lo encontraron dos días más tarde, borracho como una cuba en un garito de mala muerte, con la ropa hecha un desastre tras dormir varias noches a la intemperie.

Peter le llevó al hospital donde le hicieron un lavado de estómago, le asearon y le curaron varios cortes de la mano. Lo mantuvo en observación un par de días, hasta que tuvo fuerzas suficientes para retomar el rumbo de su vida y enfrentarse a la realidad. Sally lo recibió en casa como si no hubiera ocurrido nada y según lo acordado con Peter, no le reprochó nada, a pesar de que ganas no le faltaban.

Los meses siguientes estuvieron bien, todo lo bien que podía estar una pareja que había descubierto que realmente su matrimonio había sido un error. Se respetaban y eso ya era bastante. Brandon acudía a diario al trabajo y se alejó de la bebida gracias al apoyo de Sally, que lo acompañó cada día a las reuniones de *Alcohólicos Anónimos* como si de su guardaespaldas se tratara.

El ejercicio físico se convirtió en uno de sus mayores alicientes en el momento en el que Grant consideró que su cuerpo no podía seguir aumentando de volumen y se puso a dieta. Contrató a Chad y poco tiempo después, y tras ver los resultados, Brandon le propuso reunirse con él cada dos días para echar unos partidillos de pádel, deporte que ya practicaban en su época de estudiantes. La rutina del ejercicio le permitió focalizar el mono por la bebida y lo mantuvo a raya durante varios años.

Sin embargo, de un tiempo a esa parte, todos venían observando un cambio de actitud en él. Nadie mejor que Grant sabía que su despotismo y sobre todo, sus salidas de tono, comenzaban a dirigir otra vez su vida. Se frotó el hombro, recordando los acontecimientos acaecidos días antes y sonrió al recordar la cara de preocupación de su amigo cuando lo vio tirado en el suelo, y el cambio que ésta había experimentado cuando el hombro regresó a su lugar. Brandon sabía aceptar sus errores, pero una vez admitida

la culpa, se olvidaba del tema y volvía nuevamente a la acción.

Grant miró atento en derredor, buscando a Peter. Le extrañaba que todavía no hubiera llegado.

Tropezó con la señora Legendree, la madre de Brandon, una anciana de pelo blanco, que llevaba sentada en una silla de ruedas desde hacía más de quince años por culpa de una parálisis cerebral. No recordaba haber visto nunca a la pobre mujer en otra posición diferente a aquella. Su cara no mostraba dolor ni pena, abstraída en su propio mundo.

Alguien le saludó, abstrayéndolo de sus pensamientos.

—Buenas, Grant.

Peter se acercó a él y se dieron la mano.

—¿Qué tal estás? No te había visto. Andaba buscándote.

—Acabamos de llegar.

Grant puso cara de desconcierto.

—Te presento a la señorita Beresford, Frances Beresford. Cuídamela un momento, Grant, que voy a saludar a Sally.

Se acercó a ella y le besó el dorso de la mano.

—Mucho gusto en conocerla señorita Beresford. Mi nombre es Grant. Grant Malory.

Sus ojos se abrieron como platos admirando su belleza algo distinta a como la recordaba.

—¿Nos conocemos, tal vez? Su cara me suena.

—Si no me equivoco —apuntó, quitando importancia al asunto—, nos cruzamos un segundo en la inauguración de la *Sammuel Johnson Art Gallery*. Iba usted, si la memoria no me falla, con un vestido color... Mmm, déjeme pensar...

—Color verde.

—Sí, eso, verde.

—Veo que tiene usted buena memoria.

—Por favor, señorita, no me hable de usted. Me hace mayor.

Rieron a pesar de la tristeza que reinaba en la estancia.

—¿No estarás ligando con mi chica, verdad?

Peter miró a Grant risueño.

—Ni mucho menos. ¿Qué te piensas?

—Oh, Peter. Menudas cosas tienes...—le regañó ella.

Guardó las gafas de sol que llevaba colgadas del escote de su vestido negro en el bolso y se dirigió al cuarto de baño, sintiendo como todas las miradas se posaban en ella.

—¡Qué calladito te lo tenías!

Peter esbozó una ligera sonrisa, afirmativamente.

—Ni me lo recuerdes. No te imaginas lo que hemos tenido que pasar para llegar hasta aquí.

—¿El tráfico?

—No, para nada. Los *paparazzi*, que no nos dejan ni a sol ni a sombra.

A Grant le hubiera gustado decirle a su amigo que eso era el precio de estar liado con una mujer tan hermosa y sumamente conocida como Frances Beresford, pero no lo hizo, por respeto al difunto que se encontraba a escasos metros y sobre todo por respeto a Peter, al que consideraba como a un hermano.

—Hemos tenido que recurrir al chófer de una amiga de Frances, para despistar. Yo quería venir sólo... pero ella ha insistido en acompañarme. De todas formas, me iban a perseguir igualmente. Llevo unos días que no sé dónde me voy a meter.

—Mi más sincera enhorabuena por el bombón que tienes a tu lado, aunque me apiado de ti...

Le apretó el hombro, transmitiéndole la fuerza que parecía estar perdiendo.

—Realmente esta no es la mejor manera ni el lugar de hacer las presentaciones, pero las circunstancias se han presentado así —se justificó—. Seguramente nos marchemos una temporada fuera, a algún rincón perdido en el mundo, hasta que las aguas se calmen un poco. El incidente del otro día en *Japón* me va a volver loco...

—Sí, ya he oído algo. Eso te pasa por meterte en camisas de once varas...

Se frotó la cara, intentando desperezarse después de una larga noche sin pegar ojo.

—A pesar de que siempre me lo hayas ocultado, desde que sé que tienes pareja te noto más relajado. Me alegro mucho por ti, Peter —afirmó—.

Llegamos a una edad en la que ya no sabemos vivir solos.

—Tienes toda la razón. Y tú, ¿cómo lo llevas?

Grant cambió el gesto y se tornó risueño.

—Uy, uy, uy.

Le pinchó con un dedo entre las costillas.

—No me diga, señor Malory, que se ha enamorado por fin...

Frances se acercó a ellos y observó cómo los dos hombres cortaban la conversación al instante, mostrándose festivos a su llegada.

—¿Pasa algo?

—No, nada, querida.

Peter le agarró por la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo y besándole castamente en la mejilla.

—Cosas de hombres.

Guiñó un ojo a Grant, intentando sonsacarle algo más de información, no obteniendo ninguna señal por respuesta, aunque intuía que había dado en el clavo. Grant Malory estaba enamorado. Su actitud lo delataba, aunque no lo quisiera.

Departieron largo rato mezclándose entre el público allí congregado, recordando a Brandon y consolando a ratos a Sally, rota por el dolor, hasta que el coche fúnebre llegó para llevarse el féretro hacia el cementerio para proceder al entierro, programado a las doce y media de la mañana.

—¿Vais a ir al cementerio? Lo digo por si queréis venir en mi coche.

Peter miró a Frances, solicitándole aprobación.

—Por supuesto —contestó ella—. Nos harías un gran favor. Llevamos toda la mañana intentando despistar a los periodistas... Ya sabes, gajes del oficio.

Sonrió, mostrando una dentadura perfecta.

La jugada les salió bien y nadie sospechó que la famosísima Frances Beresford circulaba apretada en la parte trasera del *Porsche 911sc* de Grant.

El entierro fue desolador. Sally no paró de llorar, mientras que su suegra permaneció inmóvil, sobre su silla, sin sentir ni padecer la muerte de un hijo al que por la enfermedad, prácticamente ni recordaba.

Grant, Peter y Frances acompañaron a la viuda durante todo el sepelio, mientras el resto de los allí congregados tomaban asiento en las sillas de

madera blanca que el cementerio había dispuesto para la celebración del último adiós a Brandon.

Cuando todos se hubieron marchado, y Sally fue conducida por su hermana hasta el coche que le llevaría de vuelta a casa, los tres se marcharon y se mezclaron en el bullicio de la gran ciudad.

—¿Dónde queréis que os deje?

—En el aeropuerto —contestó Peter decidido. Miró a Frances, buscando su aprobación.

Grant arrugó el ceño y le miró a través del espejo retrovisor.

—¿He oído bien? Hace un rato me has dicho que teníais intención de marcharos una temporada, pero nunca imaginé que fuera tan pronto.

—Por supuesto. Creo que es el mejor momento para hacerlo, ¿verdad Frances?

—Sí. Al menos, hoy no tenemos a la prensa detrás y podemos pasar más desapercibidos...

—Como queráis.

Grant evaluó la situación y le parecieron lógicos los argumentos de la pareja. Se apiadó de Peter, sabiendo que él no querría pasar ni por asomo la situación por la que estaba atravesando su amigo. Se alegraba por él, porque había encontrado el amor, y la mujer con la que compartía su vida era de una belleza espectacular, con un pelo negro azabache y unos ojos verde esmeralda que quitaban la respiración.

Pero el precio que tenía que pagar por ello era injusto, dada la popularidad de la joven, lo que le estaba provocando una invasión de su intimidad y una sobreexposición a los medios a los que sabía que Peter no estaba acostumbrado. Le deseó de corazón que pudiera soportar todo aquello, y pidió a Dios que le diera fuerzas para aguantar lo que sin duda se le avecinaba.

Compraron los billetes al llegar, protegidos por sendas gafas de sol, intentando no ser reconocidos. No llevaban equipaje.

—Grant, por favor. Estas llaves son del *Jaguar*. Confío en ti. De vez en cuando, date una vuelta con él. Más que nada para que no se vaya a estropear por la falta de uso...

—Pero... Emm...—dudó—. ¿Cuánto tiempo vais a estar fuera?

Grant les miró perplejo, no entendiendo demasiado el nivel de sus intenciones.

—No lo tengo claro —aseguró Peter—. Al menos hasta que las cosas se calmen un poco.

—Hombre, Peter. Dentro de un par de días todo se habrá olvidado ya... Intentó quitar importancia al tema.

—No lo sé, Grant.

Se apartaron un momento de Frances, apostada delante de un escaparate, dando la espalda al devenir de los pasajeros que cargaban con miles de maletas.

—Voy a solicitar un año de excedencia en el hospital. Quiero empezar una vida con Frances, alejado de los *flashes*. Ella lo necesita y yo, en parte, también.

Se miraron a los ojos y Grant comprendió que su amigo no iba con segundas.

—Sabes que llevo unos años muy agobiado con el trabajo y creo que ha llegado el momento de darme un respiro y disfrutar de la vida. De mi vida.

Se le nublaron los ojos, sabiendo lo crudo de una despedida. Grant para él era como el hermano que nunca había tenido.

—He ayudado a mucha gente a lo largo de estos años y no me arrepiento de ello.

Suspiró, meditando sus palabras.

—Ahora, Grant, y te lo digo en serio, necesito disfrutar un poco de mi tiempo, al lado de la mujer a la que amo, y poder salir con ella a tomar un simple café sin necesidad de tener que esconderme. Llevo tres años viviendo oculto, en la clandestinidad, y no aguanto más. Frances tampoco.

—Te comprendo muy bien, amigo.

Le apretó el hombro y le transmitió el apoyo que veía estaba perdiendo.

—Espero que todo os vaya muy bien, Peter.

—Gracias, Grant. Sabes que no soy de dar consejos, pero hoy me vas a permitir que te de uno. Disfruta de la vida y no la malgastes en cosas inútiles que al final no tienen importancia. Busca a una mujer, que intuyo que ya tienes por ahí —le dio un pellizco en el dorsal— y ámala cuanto puedas. Eso es lo más bonito que te va a suceder en la vida.

Grant se despidió de ellos, consternado por las palabras de Peter. Les deseó buena suerte y los emplazó a una llamada cuando alcanzaran su destino, asegurándoles el más absoluto de los anonimatos. Los secretos, con él, iban a la tumba.

Los vio marchar, enseguida, cruzando bajo el arco de seguridad, mostrando sus pasaportes e intentando pasar lo más desapercibidos posible, sin echar cuenta a las miradas indiscretas que se cuestionaban si eran los personajes que acababan de ver en las portadas de alguna revista.

Se dirigieron directamente a la sala vip.

—Frances, cariño. ¿Te encuentras bien?

Las lágrimas se asomaban por debajo de sus gafas negras. Se sonó la nariz, presa del dolor y la angustia que le embargaba el corazón por el hecho de tener que abandonar el país sin haberse despedido de Ashley, su mejor amiga. Ni siquiera había sido capaz de avisar a María y a Vittorio de su marcha.

—Debería llamar a Ashley...

—¿Es de confianza?

—Por supuesto, Peter. Eso no lo dudes nunca. Es como mi hermana. Me duele mucho haberme ido de esta manera, aunque sé que es lo mejor para los dos.

Telefoneó a Ashley. Descolgó Marisa.

—¿Ocurre algo, señorita Beresford? La noto preocupada.

—No se preocupe, Marisa. ¿Está por casualidad Ashley en casa?

—No, ha salido ya hace bastante rato. Creo que iba a la oficina.

—Está bien, Marisa. Muchas gracias. Dígale que le he llamado y que lo volveré a hacer en cuanto me sea posible. Salgo de viaje. Simplemente quería conversar con ella un rato.

Se sintió desolada y se abrazó a Peter.

Sintió su fuerza rodearle el cuerpo, mientras lágrimas emocionadas le recorrían el rostro arañándole la piel.

Lo abrazó con más fuerza y se sumió en un suave sopor que la mantuvo tranquila hasta que Peter la desperezó minutos antes de entrar al avión que les llevaría rumbo a *Praga*, el único destino que con tan poco margen de tiempo habían podido conseguir.

35

El cretino de pelo gris que apareció a las diez de la mañana en *AshTon Business Process Management* bamboleó su orondos michelines a lo largo del pasillo hasta alcanzar la sala de reuniones, donde Ashley le esperaba junto a Carlo, que le había vuelto a acompañar.

Devon Sinclair entró con su sonrisa falsa, mostrando su asquerosa dentadura postiza más pequeña de lo normal para una boca tan grande. Ella observó que parecía cansado y que en pocas horas los años se habían apoderado de él, haciéndole aparentar mucha más edad.

Saludó con desgana y observó a Carlo en la distancia, cuestionándose quién podría ser aquel viejo del que Ashley no se separaba. Su cara le era familiar, pero no recordaba ni por asomo de qué lo conocía.

—Buenos días, Devon.

Ashley consideró mantener un trato cordial con el desgraciado abogado que tenía ante sí, en un intento de parecer más accesible.

—Buenos días —contestó, mostrando una risa forzada.

—¿Te apetece tomar una café, Devon?

El desdén de sus palabras y la necesidad imperiosa de sonar cordial le atormentaron.

—Muchas gracias, pero ya he desayunado.

Gyselle entró al momento, seguida de Michael y se sentaron a la izquierda de Ashley, en la misma posición que el día anterior. Devon Sinclair los observó, escrutando la situación. La sala parecía un corral de gallinas cluecas colocadas en torno a Ashley, el gallo de pelea.

—Está bien. —Ashley tragó saliva—. Devon. Necesito que me vuelvas a poner al día de la situación de *AshTon Business Process Management*.

El viejo resopló. Se esperaba que la acción se desarrollara desde el principio, pero al parecer, tenía que volver a ver los títulos de crédito.

—Te pido disculpas por mi actitud de ayer, Devon —continuó Ashley—. Comprende que estoy tomando las riendas de la empresa después de mucho tiempo y las noticias que me facilitaste no eran muy alentadoras.

No contestó. La dejó hacer sin interrupciones, esperando la oportunidad para iniciar su discurso.

—No entiendo, Devon, cómo una empresa que facturaba más de veinte millones de dólares mensuales, pueda estar ahora mismo en la ruina.

Hizo una pausa, permitiéndose el tiempo prudencial para meditar su discurso.

—Siempre hemos sido un negocio puntero, y nos hemos caracterizado por nuestra competitividad y sobre todo por nuestro buen hacer con los clientes, que nunca nos han faltado, gracias a Dios. Comprenderás, y reitero, mi asombro de ayer.

—Por supuesto, Ashley.

Movió la cabeza y apretó los labios, asintiendo.

—*AshTon Business Process Management* siempre ha confiado en *Devon&Markus Solicitors*, y tú lo sabes muy bien. Desde la época de mi padre, tanto Markus como tú habéis estado trabajando juntos, codo con codo con nosotros.

Asintió de nuevo y pensó que Ashley se había aprendido muy bien su papel. Él también, y ya le llegaría el turno de exponer sus argumentos y arrastrar por el suelo a la insolente mojigata que tenía enfrente.

—Recordarás que a la muerte de mis padres, *Devon&Markus Solicitors* asumió la guardia y custodia de la empresa familiar, con el fin de potenciarla y garantizar su capital hasta que yo tuviera la capacidad suficiente para tomar las riendas del negocio.

—Por supuesto, y estamos muy agradecidos por ello, sobre todo a Jason, que fue quien confió en nosotros desde el principio.

—Por eso, y no me lo negarás, estoy tan impresionada por la situación en la que nos encontramos en este momento, y más aún, porque no me habíais puesto al día de ello.

—Bueno..., emm...—meditó sus palabras—. Estos últimos años no has sido muy accesible que digamos.

Ashley prefirió no hacer caso al comentario y continuó con su exposición. Si Devon Sinclair consideraba que hurgar en la herida iba a reportarle un mayor margen de actuación, no le conocía lo suficientemente bien.

—Markus y tú siempre habéis tenido mucho poder de decisión en *AshTon Business Process Management*, y quizás ese haya sido mi error. Después de lo de Anthony y el incidente con Horton —tuvo un escalofrío al pronunciar el nombre—, soy consciente que no he mirado mucho por el negocio. He de reconocer que nada, pero para eso estabais vosotros, para luchar por él en mi ausencia.

—Ashley, estoy totalmente de acuerdo contigo.

La exposición de la joven le estaba resultando demasiado larga y eso le exasperaba. Él siempre había sido un hombre que había valorado mucho lo conciso y concreto en cualquier argumento.

—Estos años han sido complicados. Tras tu marcha, a Markus y a mí nos resultó complicado mantener el nivel de actuación de *AshTon Business Process Management*. Comprenderás que cada día el negocio de la telefonía y las comunicaciones es más competitivo y que los asiáticos están intentando conseguir el monopolio.

—Hasta ahí, estoy de acuerdo, Devon. —Sonrió—. ¿Ves cómo podemos comenzar a llegar a un entendimiento?

Esbozó una sonrisa un tanto falsa. Los nervios le corroían por dentro y el estómago le comenzó a doler, no tanto por la falta de alimento, que también, ya que no había ingerido nada en el desayuno, sino más bien por la angustia acumulada y la animadversión que le tenía al viejo que tenía situado de frente y al que intentaba controlar por todos los medios. De lo contrario, hacía rato que hubiera comenzado la *Tercera Guerra Mundial*.

—Por cierto, Devon. No te he preguntado cómo está Markus...

Eso fue un golpe bajo y el abogado comenzó a tener sospechas de que su oponente sabía de su exigua relación con el que fuera su socio durante muchos años.

—He sido muy descortés por mi parte —se justificó Ashley—. Me he puesto a hablar del negocio y me he olvidado de las formalidades. Te pido disculpas, Devon, de verdad.

Su tono de voz sonó sincero, a pesar de que dejaba entrever un cierto sarcasmo, muy sutil.

—La verdad es que se encuentra algo mejor.

Gyselle se levantó de su asiento y todos la miraron un momento. Pidió

disculpas y salió de la sala. Devon Sinclair no sospechó nada y continuó con la conversación como si nada se estuviera amasando a sus espaldas.

—Ya sabes que la edad no perdona y a nuestros años, cuesta más curarse de cualquier enfermedad, por muy tonta que sea.

Carlo sonrió, aseverando que las palabras del abogado eran ciertas. A sus sesenta y tres años, le costaba recuperarse el doble de tiempo de cualquier catarro, incluso más aún que a Marisa, y eso que tan sólo le llevaba ocho años.

—Me imagino, Devon. Ayer al final no le pude llamar —mintió—. Estuve muy liada organizando la reunión de hoy y me fue prácticamente imposible.

Dulcificó la mirada, esperando que el viejo no se diera cuenta de la treta que estaba maquinando.

—Me hubiera gustado ver a Markus hoy aquí también y recordar viejos tiempos con él. Siempre ha sido una persona muy querida por la familia.

Le asestó un golpe bajo.

Devon Sinclair sabía de la estrecha relación de Markus Roché, su colega, con la familia Welles. De hecho, de no haber sido por él, no hubieran podido alcanzar las mieles del éxito, gracias a su estrecha relación con Jason en sus años de juventud, que mantuvieron intacta durante la madurez.

Gracias al binomio Markus-Jason, él había podido acceder al austero mundo de la abogacía de alto nivel. De no ser por ellos, sería un jurista mediocre de tres al cuarto, con casos sin ningún tipo de interés y con unos ingresos mínimos que no le permitirían mantener, ni por asomo, el elevado ritmo de vida al que se había acostumbrado.

No se consideraba un buen abogado, ni mucho menos, pero sí un hombre astuto que había sabido hacerse un hueco en el imponente mundo de las finanzas, su gran pasión. Sus estrategias nunca habían sido muy legales, pero hasta la fecha, ninguno de sus clientes le había reprobado nada, y eso se debía a que era el mejor.

Pero desgraciadamente, se había tenido que topar con Ashley Welles, una mujer que al parecer, había heredado la competitividad de su padre y la astucia de su madre, y eso le sacaba de sus casillas, ya que su mundo podría tambalearse y derrumbarse por completo. Recordó a Caroline Welles, de

quien siempre estuvo enamorado, y el corazón se le encogió por momentos, al verla reflejada en la mujer que tenía delante. Nunca se había fijado en cuánto se parecía Ashley a su madre, y eso le hizo estremecer.

—Se lo haré saber, Ashley. No te preocupes. Pronto estará bien.

—¿Por qué eres tan embustero?

La puerta se acababa de abrir y Markus Roché invadió la sala, moviendo su enorme bigote, desparramando odio por la boca. Devon lo miró atónito, con los ojos abiertos como platos, sintiéndose acorralado, embravecido como un toro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. Me... me... me alegro de verte.

Apretó los dientes y la dentadura casi se le sale de la boca.

Markus Roché se sentó a su derecha y saludó a cada uno de los allí congregados. Gyselle volvió a tomar asiento, justo al lado de Ashley, y el silencio invadió la estancia. Casi se podía cortar con un cuchillo.

Devon se pasó la mano por la cara, ocultando el odio que le salía de los ojos con su gruesa mano, cariacontecido por la situación abrumadora a la que estaba teniendo que hacer frente. Lo habían pillado con las manos en la masa. Su cabeza comenzó a dar vueltas, fraguando una explicación que no terminaba por llegar.

—Markus, me alegro que estés mejor.

El tono adulator de Ashley rompió el silencio de la habitación. Todos los presentes se colocaron su medalla por un primer asalto ganado en una batalla que se preveía larga y complicada.

—¿Mejor? —Markus hizo su papel a la perfección—. Pero,... ¿me ocurría algo, Ashley? Que yo sepa estoy hecho un roble.

Devon ocultó aún más su cara, abrumado por la situación, deseando tomar sus bártulos y escapar corriendo. Nunca le había gustado correr, dada su obesidad, pero aquel día lo hubiera hecho y no habría parado hasta no encontrar un sitio seguro donde esconderse.

—¿Qué haces aquí? —le espetó, con los ojos encendidos de furia y la cara colorada como un tomate.

Hacía un año y medio que no veía a Markus Roché y su aspecto seguía siendo igual que el de siempre. Su bigote característico, estaba igual de poblado, aunque algunas canas ya comenzaban a apoderarse de él. Vestía

impecable, con los zapatos muy brillantes, y con los caracoles de su pelo perfectamente peinados. Siempre había sido un hombre corpulento, aunque no tanto como él, caracterizado por un sobrepeso excesivo, producto de la mala alimentación. La genética tampoco le había acompañado mucho, la verdad.

—He sido citado —contestó con la más absurda de las parsimonias—, para asistir a una reunión como antiguo miembro de la sociedad *Devon&Markus Solicitors*. Creo que la señorita Welles nos había hecho llamar... ¿Algún problema?

Guiñó un ojo a Ashley y ésta se sintió orgullosa de la fidelidad que le demostraba Markus.

—¡Estás loco! —bramó, y el sonido retumbó en la estancia.

—Un poco de cordura, Devon. No hace falta que te pongas así...

Markus le trataba con desdén.

—¡Eres un hijo de puta! Te recuerdo que hace más de año y medio que disolvimos la sociedad. No sé qué coño haces aquí.

—Señores, por favor. —Ashley se levantó de su asiento, templando la situación—. Moderen su vocabulario. Se lo ruego.

Los miró a los ojos. Devon echaba chispas, mientras que los ojos rasgados de Markus desprendían una alegría desmedida. Le guiñó un ojo, sin que nadie se diera cuenta, agradecida por su presencia.

—Estamos aquí reunidos para solucionar el problema de *AshTon Business Process Management*.

Elevó el tono ante los juramentos que Devon Sinclair estaba profiriendo en voz alta.

—A nadie le interesa los problemas personales que ustedes puedan tener.

Se sentó de nuevo en su sillón y se pasó varios mechones por detrás de la oreja, retirándoselos de la cara.

Devon Sinclair se sintió acorralado y sus comentarios banales y sin peso, se mezclaron con sus insultos, siendo su insolencia la única línea argumental con la que hacía frente a los ataques de Michael, Markus y la propia Ashley.

Gyselle, impávida, apuntaba cada comentario que se hacía dentro de aquellas cuatro paredes, y Carlo, permanecía inmutado junto a Ashley, transmitiéndole exclusivamente su apoyo en la cercanía, sin abrir la boca para

nada.

La conversación se fue caldeando poco a poco y el aire de la sala de juntas se volvió prácticamente irrespirable. Ashley se sintió acalorada, pero una mínima señal de Markus le indicó que iba por buen camino. Devon no salía de sus treces, y se fue quedando sin argumentos. Al final, todo se resumía en una estafa a gran escala, aprovechándose de la debilidad que la joven había tenido durante los tres años anteriores. Urdir la trampa, no le había resultado complicado. De la misma forma, se había desarrollado el trasvase de dinero de *AshTon Business Process Management* a unas cuentas en *Belice* y en *Suiza*, y a otros paraísos fiscales de donde difícilmente, Ashley podría recuperar su capital.

—¡Serás cabrón!

Ashley no acostumbraba a decir esa clase de improperios, pero la situación lo merecía. Se palpó las mejillas, coloradas como un tomate, hirviéndoles de rabia.

—Por lo que veo tu plan te ha dado buen resultado —le atacó—. Me imagino que estarás podrido de dinero, de *mi* dinero —reiteró.

El corpulento cuerpo de Devon Sinclair se iba haciendo cada vez más pequeño dentro del sillón que le mantenía erguido ante la mesa.

—Jamás había visto a una sanguijuela como tú.

—Señorita Welles.

Hacía rato que había dejado de tutearla.

—Le ruego que no me falte al respeto o me veré en la obligación de denunciarla. Recuerde que soy abogado y no me costaría nada interponer una demanda contra usted.

—¡Y encima tiene la desfachatez de amenazarme!

Se echó las manos a la cabeza y se derrumbó en el sillón, con la respiración entrecortada y el corazón saliéndosele por la boca.

Carlo se aproximó a ella y le instó a que se calmara y retomara el curso de la reunión. Aquello parecía más una batalla campal que un encuentro entre personas civilizadas luchando por los mismos intereses. Uno había decidido pasarse al bando enemigo, y lo estaba pagando. No todo podían ser rosas y alabanzas ante un malnacido como Devon Sinclair.

—Calmémonos todos —intervino Markus, valorando la situación.

No hubo una persona de las allí reunidas que no tomara su vaso de agua y bebiera un sorbo. El calor acumulado se estaba haciendo insoportable.

—Ya sabemos que el señor Sinclair ha actuado mal —carraspeó para aclararse la garganta.

Se dirigió a su exsocio.

—Devon, sabes que esto no va a quedar así. No vas a quedar impune. De eso, que no te quepa la menor duda. —Le miró desafiante—. Has desfalcado un montón de millones de dólares a *AshTon Business Process Management* y yo personalmente me voy a encargar de que devuelvas hasta el último centavo del dinero, aunque sea lo último que haga en la vida.

—¿Me estás amenazando? —El tono de su voz mostraba un cierto desdén—. Te recuerdo que soy abogado como tú, y creo, visto lo visto, que mucho mejor que tú...

Rio con gana, creciéndose nuevamente.

—Como ya sabrás...—Markus hablaba despacio, midiendo sus palabras, manteniendo una actitud sosegada, algo que a Devon siempre le había puesto nervioso—, ... yo nunca amenazo, Devon. Me limito a actuar.

Abrió su carpeta de piel y extendió sobre la mesa una serie de papeles que ninguno de los allí presentes pudo identificar, salvo el señor Sinclair. Se le descompuso la cara al momento y Markus jugó su baza.

—Como puedes observar, querido amigo —iba con segundas— aunque hace año y medio dimos por finalizado nuestro compromiso laboral, sigo teniendo derechos sobre *Devon&Markus Solicitors*.

Devon frunció el ceño evaluando lo que le decía su oponente.

—Cometiste un error grave. No ratificaste la firma ante notario. Siempre has sido muy dejado con el papeleo.

La cara de Devon parecía una cafetera a punto de estallar.

—Lo siento, Sinclair. Metiste la pata. —Le hizo una mueca con la boca, inclinando la cabeza hacia la izquierda, intentando disculparse—. Hasta el fondo.

El rostro ovalado del abogado se tornó granate por la acumulación de sangre en su cabeza. Echaba humo por las orejas. Recogió de inmediato los cuatro o cinco papeles que tenía delante y se levantó enfervorecido, tirando el sillón al suelo y golpeando la puerta tras él.

—¡Esto no se va a quedar así! —bramó.

—De eso puedes estar seguro.

Los alaridos del hombre dispararon la atención de los empleados, que salieron al pasillo a cotillear. Se giró hacia sus interlocutores, amenazándoles con el dedo, inquisidor.

—Panda de...

Carlo no soportó más la situación y se acercó al orondo personaje, agarrándole por la pechera de la camisa.

—Guarde usted las formas, señor, o de lo contrario, no va a tener las fuerzas suficientes para correr...

La cara de Devon se puso blanca, adquiriendo un tono macilento.

—Carlo, por favor. ¡No!

Ashley le regañó por su actuación, a pesar de que en el fondo, le estaba muy agradecida.

—No merece la pena, Carlo, déjelo —le indicó Michael, tras él.

—¿Huyes, Devon?

La ironía de las palabras de Markus le encendió de nuevo de ira. Su cara recuperó nuevamente la tonalidad rojiza de minutos antes.

—No corras demasiado...

Sonó el teléfono. Contestó Gyselle, asustada por el devenir de los acontecimientos.

—Señorita Welles —susurró—. La policía judicial está fuera.

—Gracias, Gyselle.

Miró a Markus balanceando la cabeza de adelante a atrás.

—Haz lo que quieras, Sinclair...

Abrió la puerta, acelerando el paso, como si algo o alguien le estuviera persiguiendo con intención de matarlo. Alcanzó la puerta del ascensor justo en el mismo instante que dos fornidos hombres salían de su interior.

—¿Tiene usted prisa, señor?

Les miró inquisitivamente, intentando reconocer quiénes eran.

—Sí. ¿A usted qué le importa?

Ambos personajes se separaron la falda de su americana, dejando al descubierto sendas placas que los reconocían como agentes de policía.

—¿Le importaría identificarse?

La voz ronca de uno de los policías judiciales le paralizó. Devon sacó su billetera del bolsillo interior de su americana, un tanto arrugada y mostró su credencial.

—Señor Sinclair. Nos tiene que acompañar a comisaría.

—¡Qué está diciendo!

Miró hacia atrás y vio a Roché y a Welles apostados en el umbral de la puerta de la habitación de la que acababa de salir, sonriendo, agradecidos por la pronta actuación de los agentes. Les lanzó dardos envenenados con su mirada iracunda. Le habían hecho una jugarreta.

—Su actitud chulesca no le va a servir para nada. O colabora, o tendré que detenerlo por desacato a la autoridad.

—¿Sabe usted con quién está hablando?

Intentó sortear el cuerpo de los dos hombres, apostados delante de la puerta del ascensor, impidiéndole el paso.

—¿Quién coño se cree usted que...?

No pudo terminar la frase. Uno de los dos agentes se desató las esposas de la trasera del cinturón y le bloqueó contra la pared, haciendo que el macetero que había a sus pies se volcase y la tierra se desparramara por todo el suelo.

Le colocaron las manos a la espalda, le leyeron sus derechos y trastabilló con la planta cuando le dirigieron hacia el habitáculo rumbo al coche policial.

Ashley se tiró sobre el sillón. Las lágrimas pugnaban por salir al exterior, no tanto por pena, que también, sino más bien para desahogarse y sacar toda la rabia contenida. Resopló, tapándose la cara con las manos. Le dolía mucho la cabeza.

Estuvo así un rato, hasta que sintió la mano de Carlo sobre su espalda y se enderezó. Michael, Gyselle y Markus estaban sonrientes, evaluando la situación y aplaudiendo la actuación de su anfitriona, que había estado espectacular y había luchado con uñas y dientes por lo que era suyo. Nunca se habían enfrentado a algo tan abrumador como lo de aquel día y estaban orgullosos de Ashley y sobre todo, de pertenecer a *AshTon Business Process*

Management.

—Enhorabuena, Ashley.

Markus se acercó a la joven y le apretó el hombro.

—Has estado genial.

—No, Markus —quitó importancia—. Soy yo la que te tiene que agradecer tu apoyo. Esto no hubiera sido posible sin ti.

Le besó la mejilla y sintió cosquillas al rozarse con el espeso bigote.

—A vosotros también, chicos.

Se dirigió a sus compañeros. Michael y Gyselle observaban la escena, encantados.

—Os agradezco de corazón vuestro apoyo.

Agarró la mano de Carlo, transmitiéndole su agradecimiento sincero, sin pronunciar palabra. A él, le gratificaría en privado, dado que Carlo era muy suyo y no le gustaba que le abrumaran en público.

—Para eso estamos, Ashley —contestó Michael, a quien el exceso de agua y los nervios le estaban empezando a jugar una mala pasada. Necesitaba ir con urgencia al cuarto de baño—. Chicos, si me disculpáis, enseguida vuelvo.

Salió raudo y corrió hasta el final del pasillo.

—Señorita Welles, el placer es nuestro por ayudarle. ¿Se encuentra usted bien? ¿Necesita que le traiga algo?

—No se preocupe, Gyselle.

Observó el reloj y vio que eran más de las tres y media. Hacía más de dos horas que tendría que haber estado en el *Enrico*, comiendo con Grant, al que tanto había echado de menos y al que tantas ganas tenía de ver. El estómago le rugió hambriento.

Se reprobó no haber concluido antes la reunión. Lo había dejado tirado, seguramente sumido en la más profunda depresión por el fallecimiento de su amigo.

—Ashley. —Markus se dirigió a ella, sacándola de sus pensamientos—. Si te parece bien, hacemos un receso para comer algo. Quiero ultimar contigo algunos asuntos, pero tendrá que ser un poco más tarde. Ahora no me queda más remedio que echarme algo a la boca. Siento que me está bajando el azúcar.

Markus era diabético. Siempre lo había sido. Su rostro comenzó a ponerse pálido. Lo sentaron y Gyselle le abanicó con el cuaderno donde tenía las anotaciones con las que más tarde, realizaría el informe de la reunión.

Ashley telefoneó al *Enrico* y solicitó cinco menús con urgencia, mientras Carlo acudía a la máquina del café y sacaba uno que ofreció de inmediato a Markus.

El repartidor no tardó más de quince minutos en llegar. *AshTon Business Process Management* y el restaurante estaban a un par de manzanas de distancia. Ashley se impresionó por la pronta ejecución del pedido y la rapidez del repartidor. Su estómago agradeció con gusto la llegada del alimento. Lo mismo le sucedió a Markus, que rápidamente recuperó el color rosado de sus mejillas.

Los cinco departieron amigablemente, criticando la actitud de Devon Sinclair e incluso escenificando alguno de sus movimientos, lo que hizo que todos rieran con gusto y disfrutaran del encuentro.

—Es la primera vez que como en la oficina —apuntó Ashley, mientras recogía las últimas migas de pan de la superficie de cristal de la mesa y Gyselle le pasaba una servilleta humedecida para limpiarla de los restos de grasa.

—Algún día tenía que ser la primera vez —contestó Markus—. Si supieras la cantidad de veces que me ha tocado en mi extensa carrera comer como lo hemos hecho hoy... Además, ya sabes que por mi problema, tengo que tener unos horarios muy marcados de comidas.

—Te pido disculpas, Markus. Con el fragor, se me había olvidado por completo. De lo contrario, hubiera propuesto un receso para comer mucho antes...

—No te preocupes, Ashley. Lo importante es que todo ha salido bien. No sabemos si se recuperará el dinero. Es un tanto complicado, pero al menos, Devon va a pasar una buena temporada a la sombra.

La joven suspiró aliviada al fin.

—Si no te importa, me gustaría mantener una conversación privada contigo.

—Está bien —accedió—. Dame un minuto y te veo en mi despacho. Dejemos a Michael, a Gyselle y a Carlo aquí. Se merecen un descanso.

Fue corriendo al cuarto de baño de señoras, al final del pasillo, bamboleándose sobre sus altos tacones. Se observó en el espejo y vio que algunos años se habían apoderado de ella en pocas horas. Su cara se veía cansada.

Se retocó el maquillaje y pasó los dedos por el pelo, a modo de peine. Tenía ganas de llorar, pero le dio vergüenza hacerlo allí, por si alguna de sus empleadas entraba de repente y la pillaba *in fraganti* en tan íntima actitud. Lo dejó para más tarde, para cuando estuviera en la soledad de su habitación y nadie, aparentemente, ya que sabía que Carlo y Marisa estaban muy pendientes de ella, le pudiera oír.

Regresó, haciendo acopio de valor para enfrentarse a nuevos retos.

—Markus, cuando quieras.

El hombre se levantó de la silla y terminó de contar el chiste en el que se encontraba inmerso a los allí congregados, antes de acceder al despacho de Ashley.

—Tienes una muy buena plantilla —le dijo.

—La verdad es que sí. No me puedo quejar. A Gyselle y Michael les tengo mucho aprecio. Siempre han sido muy serviciales.

—Eso es de agradecer, Ashley. Y... tú, ¿cómo estás?

Vio su cara de asombro.

—Me refiero a si te encuentras bien. Sé que has vivido unos años un tanto difíciles y lo de hoy puede que haya sido la gota que colma el vaso.

Se ruborizó. No solía hablar de sus sentimientos con nadie, salvo con la doctora Santini, y muy de vez en cuando. Recordó que tenía que ir a su consulta al día siguiente, y se sintió aliviada...

—La verdad es que ha sido todo muy duro, Markus, para qué te voy a engañar. Pero preferiría dejarlo como está. Bastante doloroso es ya para mí, como para que te tengas que preocupar tú también.

—En fin, Ashley. Como quieras. De todas formas, quiero que sepas que me tienes para lo que te haga falta.

Extendió los brazos y le agarró las manos algo arrugadas.

—Te lo agradezco, Markus.

Ashley se sentó en su escritorio y le ofreció asiento al abogado, que aceptó encantado. Le extendió un sobre marrón sobre la superficie de la

mesa.

—¿Qué es esto, Markus?

Abrió el sobre con miedo.

—Léelo.

Pasó la mirada por las varias páginas del dossier que contenía. Le cambió la cara.

—¿Qué es esto, Markus? —le volvió a preguntar, moviendo en el aire los papeles.

—Ashley, ayer cuando me telefoneaste, hacía pocas horas que había recibido este informe de *World Wide Building Corporation*.

Ella valoró la información, pero movió la cabeza negativamente indicándole que no sabía de qué empresa se trataba ni el por qué de aquellos papeles.

—Se trata de una empresa dedicada a la promoción inmobiliaria que pretende introducirse en el mercado de la telefonía y las comunicaciones.

Todo comenzaba a encajar.

—Al parecer, tienen conocimientos de que *AshTon Business Process Management* no se encuentra en su mejor momento.

—¿Y? ¿Qué les importa a ellos cómo nos vaya a nosotros el negocio?

—Cariño, veo que tu mente todavía no se ha acostumbrado a procesar la información con la misma rapidez que antaño. Y eso que antes has sido muy hábil...

Sonrió, quitándole importancia a su comentario, intentando que Ashley se relajara.

—Lo que sucede, es que *World Wide Building Corporation* está interesada en adquirir *AshTon Business Process Management*, y según este informe, a toda costa.

—¡Eso jamás!

Se levantó del asiento y le dio la espalda. Miró a través del ventanal el horizonte recortado de la ciudad, sopesando la información. Estaba siendo un día extenuante y ya no sabía si podría resistir otro embate.

—Te recomiendo que te tranquilices y me escuches —le aconsejó—. Yo no tengo nada que ver con esto. Simplemente, he recibido el informe porque están barajando contratarme para que les ayude en la transacción.

Respiró hondo y continuó con su exposición, mientras la joven seguía de espaldas a él, a la defensiva.

—Comprenderás mi situación, Ashley. Para mí esto está resultando tan complicado como para ti. Sabes el cariño que te tengo y que nunca haría nada para perjudicarte, pero dadas las circunstancias...

La joven se giró sobre los tacones. Se retiró varios mechones de pelo de la cara y se secó el hielo de sus lágrimas, que comenzaba a derretirse en sus ojos y a recorrer sus mejillas hasta alcanzar la barbilla. Sintió el salado sabor en sus labios y sorbió como una niña indefensa.

—Markus...

El tono entrecortado de su voz resultaba desgarrador.

—Sabes que *AshTon Business Process Management* es mi vida entera. Sin esto, no soy nada. Nadie más que tú lo sabe mejor.

Se sonó la nariz.

—Durante muchos años mi padre luchó por mantener el negocio a flote, a pesar de que nadie daba ni un centavo por él. Ahora, las circunstancias son distintas, lo sé, y me culpo por ello. No tenía que haber consentido que la empresa llegara hasta donde ha llegado... Quizás ha sido el exceso de confianza, lo sé, pero no puedo perder la empresa... Ahora no.

Lloró amargamente, y no le importó desatar sus sentimientos delante del hombre que, perfectamente, podría ser su padre.

—Tranquilízate, Ashley.

Se acercó a ella y le abrazó con fuerza. Ashley recordó pasajes de su niñez, cuando Markus acudía a casa y les montaba a Anthony y a ella en sus rodillas, y las movía simulando ser un caballito.

—Ahora no...—las lágrimas resbalaban por su tez borrándole el maquillaje—. Esto no me puede estar ocurriendo a mí...

—Shh... shh... Vamos a hacer una cosa. A ver qué te parece.

Consiguió que Ashley le prestara un mínimo de atención.

—Déjame unos días para averiguar algo más y estudiar el tema. Ya has visto que cuando me pongo, consigo prácticamente lo que quiera...

Con sus palabras, consiguió que Ashley esbozara las líneas de una primigenia sonrisa.

—Podemos plantear una reunión con los de *World Wide Building*

Corporation, dentro de unos días, aquí, donde tú te sientas más segura, y escuchar qué intenciones tienen y qué ofrecen. Y luego decides.

Sopesó la información y determinó que Markus no había expuesto una mala idea.

—Está bien —ultimó—. Me parece algo coherente, aunque ya te digo de antemano, que voy a luchar por mantener la propiedad de *AshTon Business Process Management*. Eso, que quede claro desde ya.

—No te preocupes, Ashley. En la medida de mis posibilidades, te voy a ayudar.

Sus palabras eran sinceras y en el fondo de su corazón Ashley supo que Markus no le engañaría jamás.

Espoleada por la rabia y la traición, incluso tal vez con el corazón algo roto, se dirigió de vuelta al *Upper East Side* con Carlo al volante, conduciendo acelerado como alma que lleva el diablo. Ashley estaba fuera de sí y tenía plena conciencia de que esa noche, muy a su pesar, la pasaría entera llorando.

36

Grant pasó la tarde entera encerrado en su despacho. Se sentía desolado. Las últimas palabras plagadas de odio que le había dirigido a Brandon, días atrás, cuando le arrojó al suelo, le martilleaban el cerebro y no le permitían concentrarse. Lo odió con todas sus fuerzas, por su inconsciencia y sobre todo por haber dejado sola a Sally, a quien le iba a costar demasiado asimilar la situación. Le sorprendió Michelle, absorto en sus problemas, cuando le llamó a través del interfono y le comunicó que se marchaba.

—Está bien, Michelle. Nos vemos mañana.

Recapacitó momentáneamente intentando recordar algo que hacía un rato le había venido a la cabeza y sabía que tenía que decirle.

—Mmm...

—¿Sí, señor Malory? ¿Necesita algo más?

Deseaba que le dijera que sí, y poder verlo con la excusa de entrar al despacho para conversar cara a cara.

Lo echaba de menos.

Tras su desencuentro sexual, días antes, Michelle se había alegrado de que lo suyo se hubiera terminado. Sin embargo, ahora, con la tranquilidad de los días y tras meditarlo mucho, se había dado cuenta de que no habían actuado correctamente. Estar alejada de él, y más aún, saber que nunca volverían a hacer el amor, hacía que la rabia se apoderara de ella.

—No te preocupes, Michelle. Sólo quería decirte que mañana tenemos que continuar con lo de *AshTon Business Process Management*.

Se le cambió el rostro, decepcionada.

—Por supuesto, señor. He estado avanzando a lo largo de la tarde y tengo varios puntos que estudiar con usted.

—Perfecto, mañana, en cuanto llegue, nos reunimos y lo comentamos. Que pase buena noche.

Cortaron la comunicación y Michelle se sintió frustrada por lo distante de su conversación. Se puso el abrigo y se marchó a casa, donde seguramente su hijo estaría esperándole en pijama acompañado de la niñera.

Grant pasó largo rato encerrado en el despacho. Conocía a la perfección cada rincón. Incluso esa tarde descubrió algunos en los que no recordaba haberse fijado antes.

Se acercó al mueble bar y se sirvió un whisky corto con mucho hielo y lo bebió a la salud de Brandon cuyo cuerpo todavía estaría caliente bajo la húmeda tierra del parque cementerio. Lo apuró con avidez y se sirvió otro vaso. Miró los cubitos de hielo a través del delgado cristal y los vio deshacerse debido al calor de su mano contra el vidrio, reprochándose su actitud insensata al saber que debía ponerse al volante del coche para ir a casa minutos más tarde. Lanzó el vaso contra el duro granito de la chimenea, al otro lado de la estancia y se rompió en añicos proyectando el líquido sobre la moqueta negra.

Recordó a Ashley y se aflojó el nudo de la corbata evocando el contacto de sus delicadas manos recorriéndole el cuello.

La echaba de menos.

Demasiado.

Necesitaba saber de ella cuanto antes. Le hubiera gustado haberla tenido entre sus brazos esa misma mañana, de la misma forma que Peter había sostenido a la señorita Beresford y sentirse reconfortado por ella en tan duros momentos.

Se estremeció al recordar la melena de ella desparramada sobre su pecho haciéndole cosquillas en el cuello mientras le recorría con las uñas cada pliegue de su cuerpo.

Evocó los minutos que habían estado abrazados, descansando, tras el encuentro salvaje que se habían regalado en *Fort Tyron* viendo a lo lejos el cielo teñido de naranjas, azules y amarillos refulgiendo sobre el atardecer de *Manhattan*, mientras ellos permanecían enroscados bajo la manta, con el corazón palpitante y las gargantas reseca por la pasión.

Cogió el teléfono y marcó el número del *Enrico* deseando que todavía hubiera alguien allí que le pudiera facilitar el teléfono de Ashley con la que finalmente no se había podido encontrar ese mediodía. Se maldijo por su

torpeza y se dio cuenta de que realmente ninguno sabía nada del otro. Todo estaba yendo muy rápido, y sólo dos encuentros habían bastado para que sus cuerpos terminaran fundiéndose como el de dos adolescentes enfervorecidos en un arrebato de pasión descontrolada.

—¿Restaurante *Enrico*, dígame?

—Buenas noches, Sebastian. Soy el señor Malory.

El tono de su voz era apurado.

—Buenas noches, señor Malory. ¿Ocurre algo?

—No, no, nada Sebastian.

Quitó importancia al asunto.

—Por cierto, señor Malory. Aprovecho para decirle que la señorita Welles no ha aparecido hoy por aquí, así que el ramo de flores que usted le ha enviado lo tenemos guardado en el almacén.

Grant procesó la información a duras penas. Le extrañó que Ashley no hubiera acudido a comer al restaurante, aunque se alegró de que no lo hiciera dada su torpeza al no avisar de su ausencia.

—No se preocupe usted, Sebastian. Llamaba simplemente por si me puede hacer un favor.

—Usted dirá.

El viejo esperó al otro lado de la línea telefónica mirando el reloj del comedor, deseando terminar cuanto antes la conversación para poder reunirse con su esposa, que le esperaba impaciente fuera de local. Hacía más de media hora que tendría que haber salido de trabajar.

—Necesitaría saber el teléfono de la señorita Welles. Usted ya sabe...

—Río pícaramente—. La joven de las flores...

—Ah, sí...—Bromeó, con actitud taimada—. Si no le importa, señor Malory, manténgase a la espera mientras lo busco. Un momento, por favor.

Transcurrieron unos segundos que a Grant le parecieron horas, hasta que Sebastian retomó la conversación y le dictó dígito a dígito el número completo de Ashley. Se despidió del viejo camarero, agradeciéndole su amabilidad, desando marcar la cifra lo antes posible en su aparato y escuchar la voz acaramelada de Ashley al otro lado.

Aporreó el teclado con premura y percibió el sonido de la llamada, impaciente por recibir respuesta.

—¿Dígame?

No contestó. Al otro lado de la línea se escuchó una voz que ni por asomo se parecía a la de su amada Ashley.

—¿Hay alguien ahí? —insistieron al otro lado—. Si esto es una broma, no son horas...

—No, no, espere —tartamudeó—. Disculpe por no decir nada, pero la voz se entrecortaba —mintió.

—¿Quién llama?

—Soy Grant, Grant Malory y llamaba preguntando por la señorita Welles.

—Lo siento, señor Malory —contestó Marisa con cierta crispación—. La señorita Welles está descansando en estos momentos.

—Disculpe señora. Necesitaría hablar con ella urgentemente. Es muy importante.

El enfado de Marisa iba in crescendo. Se estaba perdiendo la novela, justo en su parte más interesante. Estaba en la cama. Carlo hacía rato que se había quedado dormido y roncaba plácidamente, mientras ella se recreaba en la historia de una pobre muchacha, la protagonista, enamorada de un hombre que a su vez veía los vientos por su hermana. De haber sabido que al otro lado de la línea telefónica estaba el hombre que acababa de comenzar su particular historia de amor con la joven que estaba en el dormitorio contiguo, su cabreo no hubiera alcanzado proporciones tan elevadas.

—¡Por favor, señora!

La urgencia de sus palabras obligó a Marisa a levantarse de la cama, despertando a Carlo.

—¿Qué sucede, Marisa?

Le miró con ojos dormidos sin comprender muy bien si estaba soñando.

—Anda, calla y sigue durmiendo, que es muy tarde.

Se envolvió en una bata de algodón blanco y se tocó la cabeza a través de la redecilla que mantenía sus rulos pegados al casco, asegurándose que no se le había movido ninguno y que permanecían bien colocados.

—Señor Malory. Espere un momento, por favor. Veré si la señorita Welles se puede poner.

—Muchas gracias, señora.

Marisa escuchó a la joven llorando desconsoladamente al otro lado de la puerta. Había vuelto a las andadas y eso le preocupó. Golpeó con los nudillos al punto que abría la puerta, sin darle tiempo a Ashley para calmarse y enjugarse el rostro.

—Ashley, cariño.

Alzó la cara de la almohada y le observó con ojos hinchados acercarse hasta el filo de la cama.

—Te llaman por teléfono.

Su mirada inquisidora luchaba por conseguir más información.

—Es un tal Malory. Creo recordar que me ha dicho Grant Malory.

Ashley se sentó rápidamente en la cama, como alma que lleva el diablo.

—¿Qué pasa, cariño? Me has asustado.

—Nada, Marisa, nada —le calmó—. Pásame el teléfono por favor.

Le entregó el auricular y salió preocupada de la estancia, dejándola a solas, dichosa de escuchar la voz grave del hombre. Sospechó lo que hacía días venía haciendo, y le dieron ganas de quedarse escuchando la conversación desde el aparato de su dormitorio, aunque finalmente no lo hizo, por respeto a «su niña».

—Buenas noches, mi amor. Por fin sé algo de ti hoy.

—¿Cómo has conseguido mi número? —Recordó que no se lo había dado.

—Uno que tiene contactos por ahí...—bromeó.

—Estás hecho un truhán, ¿lo sabes?

—Te he echado muchísimo de menos, Ashley. He tenido un día muy duro.

Suspiró, aliviado de que estuviera terminando al fin.

—Yo también, Grant... —suspiró—. Mi día ha sido horroroso también.

Se secó las lágrimas del rostro y se mesó el cabello despeinado.

—Al final no he podido acudir al *Enrico*, como habíamos quedado —se disculpó.

—Yo tampoco he podido ir. Hoy ha sido el entierro de Brandon, uno de mis mejores amigos.

Le cambió el tono de voz al recordarlo y se atormentó de nuevo al pensar en cómo estaría Sally.

—Lo siento, Grant. Me enteré ayer por una amiga.

—¿La conozco?

—Me imagino que sí. Es raro que alguien no sepa quién es...

Grant no dijo nada, esperando que Ashley continuara con su exposición, intentando salir de dudas.

—¿Y...? ¿No me vas a decir quién es?

—Frances, Frances Beresford, la modelo. Al parecer, tu amigo Peter, el que te ayudó en el parque —apostilló— y ella son novios.

El puzle comenzaba a encajarle a la perfección.

—Sí, por supuesto —afirmó—. La conozco. Esta mañana he estado con ella y con Peter.

—Me alegro de que la hayas conocido. Es una bellísima persona, y no me refiero sólo al exterior. La pena es que se haya marchado y no nos hayamos podido despedir...

La angustia se apoderó de ella nuevamente y se apartó el micrófono de la boca para que Grant no la escuchara llorar. Al otro lado de la línea Grant percibió que algo no iba bien.

—¿Qué te ocurre, mi amor? No llores...

Sentirla así le hacía trizas el alma. Se pasó la mano por el pelo y se retrepó en el sillón, colocando los pies sobre la mesa del despacho.

—Nada, no importa. Tan sólo que me da mucha pena no haberme podido despedir de ella. Es como mi hermana...

Departieron largo rato, consolándose mutuamente, exponiendo sus sentimientos al otro, descargándose de una porción de la pesada losa que ese día ambos se habían echado sobre la espalda.

—Necesito verte, Ashley.

La voz de Grant sonaba desesperada, ansiosa.

—Grant, yo...—dudó—. No sé si esto puede continuar...

Recibió una puñalada en el corazón.

—Creo que lo nuestro no va a poder ser...

—No digas eso, amor mío. Eres la mujer más hermosa del mundo y te deseo con locura.

El amor con el que pronunciaba cada palabra ablandó el afligido corazón de ella.

—Desde ayer no vivo sino para estar contigo. Estoy febril de deseo por ti, Ashley —suspiró—. De verdad, amor mío. Necesito verte...

Ashley sucumbió a los deseos de él, que en nada distaban a los de ella. Decidieron encontrarse media hora más tarde. Se lavó la cara y se vistió presa de la excitación.

Marisa se levantó en el momento en el que Ashley aporreó su puerta y se asomó hacia dentro a través de una minúscula rendija que sólo le permitía ver la mitad de su rostro.

—Marisa, voy a salir a dar un paseo.

—¿Pero dónde vas a estas horas, «niña»?

Puso el grito en el cielo y al levantarse de la cama se tropezó con la esquina de la mesilla, lastimándose el pie. La empleada se acercó a ella y abrió la puerta de par en par y salió al pasillo, evitando despertar a Carlo.

—¿Estás loca? —Se agarró la punta del dedo dolorido—. ¿No ves la hora que es?

—No te preocupes, Marisa —la tranquilizó—. Estaré bien.

—Ashley, se coherente, por favor. ¡Por Dios, mira la hora que es!

—Ya te he dicho que no tienes de qué preocuparte. El señor Malory vendrá a recogerme y me devolverá sana y salva. De verdad, Marisa, quédate tranquila.

—¿Y quién narices es ese señor Malory? —inquirió Carlo.

Alzó la voz, todavía algo adormilado, mientras se sentaba en el filo de la cama y escuchaba la conversación al otro lado de la puerta entornada. Marisa asomó la cabeza al interior, y le instó a retomar el sueño.

—Shh, Carlo. No te preocupes. Duérmete.

Ashley besó cariñosamente la mejilla regordeta y sonrosada de Marisa y se dispuso a salir, mientras la mujer se quedaba plantada en el pasillo, con el corazón en vilo y los nervios a flor de piel. La «niña» estaba enamorada. De eso no le cabía la menor duda, pero el sentimiento de culpa por dejarla marchar con un señor al que ni Carlo ni ella tenían el placer de conocer, le impidió dormir en toda la noche.

37

Grant acudió a recogerla en su flamante *Porsche 911sc*. El corazón le palpitaba desbocado, deseando recibir el abrazo de Ashley. La encontró apostada en el hall del edificio, pertrechada con un bonito chal negro que contrastaba a la perfección con su camisa de seda blanca y el pelo un tanto revuelto, hablando con un hombre negro y corpulento que no podía ser otro que el portero.

La observó despedirse y correr apresurada hasta él, que le esperaba apoyado sobre la portezuela lateral del copiloto. Los cien metros que ella tuvo que recorrer hasta alcanzarlo se le hicieron una eternidad. Saboreó cada imagen que le ofrecía el minúsculo cuerpo de ella bamboleándose ante él y estudió con detenimiento cada rincón de su exquisita anatomía, recreándose en la curva de sus caderas y en la prominencia de unos senos que había saboreado horas antes. Sintió el fuego recorriéndole la espina dorsal y desviarse hasta su entrepierna, que comenzaba a endurecerse.

La agarró con ternura por la cintura y la elevó un palmo del suelo, sintiendo la profundidad de su abrazo, mientras su perfume almizclado le entraba por las fosas nasales haciéndole cosquillas.

Ruppert, enfundado en su traje negro y rojo observó la escena desde la lejanía, a través del cristal del vestíbulo del edificio de apartamentos, orgulloso de que la señorita Welles hubiese encontrado un aliciente que impulsara su amarga existencia. Nadie más que ella se merecía ser feliz, después de lo mal que lo había pasado los últimos años.

Grant se sintió un tanto avergonzado al ver al portero observándoles. No estaba acostumbrado a exponer en público sus sentimientos, algo demasiado privado que hasta la fecha desconocía poseer.

Le dio un beso casto a Ashley, sintiendo el roce de sus delicados labios sobre los suyos, y creyó derretirse allí mismo, desparramando sobre el asfalto la poca o más bien escasa grasa que existía en su cuerpo torneado de gimnasio.

Condujo en silencio, sintiendo la respiración entrecortada de la mujer que

le observaba desde el asiento de al lado, hasta que no pudo aguantar más e inició la conversación.

—Te he echado mucho de menos.

La sinceridad de sus palabras se respiraba dentro del reducido habitáculo del coche.

—Necesitaba verte...

Se pasó la mano por la cara, desperezándose, poniendo atención en los vehículos que había por la carretera.

—Te agradezco muchísimo que hayas aceptado la invitación.

La miró de reojo y vio como su rostro se suavizaba ligeramente ante el sonido de sus palabras.

—Yo también he pensado en ti, Grant. No debo —se reprochó—, pero no he podido evitarlo.

Le observó fijamente, girando el cuerpo sobre el asiento, centrando su atención en la perfecta oreja derecha de él, anhelando cubrirla de besos y recorrerla con su lengua juguetona, como el día anterior. Su piel morena era aún más bonita desde aquel ángulo. Sintió que el rubor le subía a las mejillas y su respiración se aceleró aún más.

Grant condujo con destreza hasta *Wall Street* y sorteó varios taxis estacionados en doble fila en las proximidades de *Pumphouse Park*, un pequeño reducto verde próximo al *World Trade Centre* con vistas al río *Hudson*.

Pasearon cogidos de la mano, sin decirse nada, sintiéndose enamorados por el otro, asimilando la frase grabada sobre una pequeña loseta de granito a la entrada que decía «*Si quieres oír cantar a tu alma, haz el silencio en tu interior*». A Ashley se le quedó grabada en la mente y meditó muy profundamente en ella, mientras deambulaban por las callejuelas del parque con las frondosas copas de los árboles algo marchitas, en pleno mes de Octubre, sobre sus cabezas.

—¿Tienes frío?

La notó estremecerse, ajustando aún más el delgado chal que había cogido con las prisas. Él rodeó su espalda con el brazo y se sintió protegida. Las yemas de sus dedos destrozaron su piel bajo la suave tela de la camisa y la encendió en fuego hirviendo de deseo.

Se sentaron en un banco de madera, como dos adolescentes enamorados a la puerta de un colegio. Él se colocó a horcajadas, sobre la fría madera, atrapando con las piernas el cuerpo de ella, mientras la encajaba contra su pecho y la protegía del frío. Le tomó la cara con manos temblorosas, atrayendo sus labios hacia los suyos, impaciente. Le besó con ternura, hurgando con su lengua la cavidad profunda de su boca y se dejaron llevar.

Estuvieron media hora saboreando mutuamente la boca del otro, hasta que oyeron un trueno en la distancia y un relámpago sobre el *Hudson* les iluminó cenitalmente.

Corrieron hacia el coche, todo lo rápido que los altísimos tacones de ella se lo permitieron, llevándose las manos a la cabeza intentando protegerse, sin mucho acierto, de las frías gotas de lluvia que caían con fuerza sobre el terreno.

Llegaron empapados al vehículo y entraron en él riendo a carcajadas, con la ropa adherida al cuerpo.

Grant encendió el motor de su *Porsche* sin éxito. Lo volvió a intentar y no consiguió más que un ruido ahogado por respuesta.

—Parece que no arranca.

Buscó los ojos de Ashley que tiritaba de frío en el asiento de al lado, solicitando una disculpa. Giró la llave de nuevo dentro del contacto, y así hasta una docena de veces, hasta que finalmente desistió en el intento. Golpeó el volante con el talón de sus anchas manos, maldiciendo.

—Lo siento, cariño. Esto no hay manera de arrancarlo —le dijo, con los labios apretados por el enfado.

Le vio a ella frotarse el cuerpo, completamente empapado, helada de frío. Él estaba igual, pero su capacidad de resistencia era mayor, aunque estimó que de continuar en ese estado, ambos acabarían cogiendo una pulmonía que los mantendría en cama varios días. De ella, no sabía nada, pero por su parte, no se lo podía permitir. Tenía que solucionar cuanto antes varios asuntos en la empresa, y no podía demorar mucho más lo de *AshTon Business Process Management* o de lo contrario, algún avisado le robaría el negocio por el que llevaba luchando tanto tiempo.

—Salgamos de aquí —propuso— y tomemos un taxi.

La envolvió con su cuerpo, protegiéndola de la fuerte lluvia, calados ya

hasta los huesos. Encontraron la parada de taxis que había próxima a la reja de la entrada de *Pumphouse Park* vacía. Anduvieron bajo la lluvia intentando localizar un taxi disponible que no llegaba nunca. Para cuando consiguieron al fin uno, estaban a una manzana escasa de la vivienda de Grant.

—Acompáñame, Ashley.

Le agarró con intensidad de la mano, con el corazón palpitante de emoción al saber que su amada iba a conocer su reino.

Subieron por el ascensor hasta la planta treinta y dos de un edificio en pleno centro de *Wall Street*, próximo a la edificación de *World Wide Building Corporation* a tan sólo cuatro manzanas de allí.

Ashley se quedó impresionada por el diseño minimalista de los cuatrocientos cincuenta metros cuadrados que constituían el *loft* de Grant.

—Estás en tu casa, Ashley —le dijo—. Hoy no está Teresa.

Frunció el ceño, celosa de que los labios de él pronunciaran un nombre de mujer distinto al suyo.

—Es su día libre —continuó—, así que perdona si te encuentras algo desordenado.

Rio mientras recorría los varios metros que le separaban de uno de los cuartos de baño para recoger dos enormes toallas con las que secarse.

El sofá blanco de piel que presidía la sala se fundía con una imponente mesa de piedra del mismo color creando una escultural pieza de museo, iluminada por cientos de *downlights* empotrados en el falso techo. Todo en la estancia presentaba dimensiones megalómanas.

En sí, la estancia era impresionante, con más de doscientos cincuenta metros cuadrados distribuidos en dos ambientes, el estar y la zona de comedor. Ashley calculó mentalmente la cantidad de personas que podrían acumularse allí y se preocupó por el exceso de tarea que la pobre Teresa tendría que soportar a diario para limpiar tal cantidad de superficie.

De las paredes, pintadas en color beige, colgaban hermosos cuadros de los mejores artistas del país y sobre la gran chimenea de mármol blanco se apoyaban varias piezas de cristal de *Bohemia* talladas con exquisitez, dando a la estancia la sofisticación y el glamur que se merecía.

Observó a Grant recorrer el camino de vuelta, enfundado en un delgado pantalón de pijama negro, con el torso desnudo, secándose el pelo.

—Ten cariño.

Le entregó una de sus camisas y la envolvió en la toalla, percibiendo las puntas de sus pezones enhiestos por la humedad a través de la fina seda de su blusa, provocando que la dureza de su entrepierna se abultara bajo la delgada tela de sus pantalones.

—Quítate esa ropa... o vas a enfermar.

Él rodeó su espalda con el brazo, frotándole el cuerpo. Ashley se sintió protegida y se sintió mejor bajo el calor de su abrazo. Se desnudó con denuedo, con las articulaciones doloridas por la fría humedad y un escalofrío le recorrió el arco de su espalda, haciéndole estremecer.

Grant encendió la chimenea, por primera vez ese otoño, y el calor inundó al momento la estancia, sonrosándole los carrillos. Le ofreció una copa de vino blanco, que no rechazó y se sentaron sobre la mullida alfombra, en el suelo, tal y como él acostumbraba a hacer cuando estaba a solas.

Conversaron sobre el tiempo y rieron frenéticamente al recordar lo ocurrido. Ashley le observó con admiración contenida, mientras él estudiaba cada pliegue de su anatomía deseando poseerla allí mismo, sobre el suave pelo del tapiz.

—Grant, debería marcharme —afirmó, aunque no estaba convencida de sus palabras—. Debe ser ya muy tarde...

Le retiró un mechón de la cara y le recorrió con la yema del dedo pulgar la comisura de los labios, todavía un tanto hinchada después del arrebato pasional en *Pumphouse Park*. La lluvia seguía martilleando incansable los cristales de las ventanas.

—¿Pero dónde vas a ir a estas horas con la que está cayendo?

Se acercó a ella con cautela, apoyando las copas sobre la pequeña mesa que había delante del sofá, mientras retomaba el beso que la maldita lluvia había interrumpido. Saboreó los restos de agua de su cara y jugueteó con la rugosidad de su lengua sobre sus labios, cubriéndolos de saliva. Le besó los párpados, con suma ternura, mientras ella se ablandaba a su encanto y se le erizaba el vello de la nuca.

—Estás preciosa con esa camisa...

Ella rio echando la cabeza hacia atrás, invitándole a saborear su yugular, deseando sentir el calor de su beso sobre el cuello. Él entendió el mensaje a la

primera, y se puso a la labor, mientras ella le recorría la espalda con las uñas que terminaron bajo su pantalón. Percibió que no llevaba ropa interior lo que le permitió sentir el frescor de la piel de su culo perfecto quemándole la punta de los dedos.

Grant la levantó del suelo, con agilidad, y la tomó en brazos. Caminó con cuidado, con el miembro erecto golpeándole el abdomen a través de la cinturilla del pantalón, recorriendo los interminables metros que los separaba del dormitorio. No le hubiera importado lo más mínimo haberla poseído en el salón, pero consideró descortés hacerlo, teniendo una imponente cama de dos por dos en la habitación contigua.

Le hizo el amor con suma lentitud, disfrutando de cada segundo, haciéndole comprender que tras su urgencia existía una pasión que podía controlar.

Ashley se dejó hacer, observando las proporciones inconmensurables del hombre que tenía apostado sobre ella. Arqueó varias veces la espalda, presa de la excitación, lo que le permitió sentir el aleteo del miembro de Grant mucho más dentro de su cuerpo, en las profundidades de su vientre. Su respiración se tornó difícil, cuando él atrapó el tenso botón de su seno y lo mordisqueó con los dientes, afilados como un cuchillo. Sintió desfallecer y arqueó aún más la espalda, sintiéndole a él en rincones que no conocía poseer.

La lentitud de las embestidas de él le azoraba y demandó más velocidad con un gemido gutural que incrementó su erección. Grant le abrió aún más las piernas y se acopló sobre ella, jugueteón, recorriendo el interior de su entrepierna con las manos, hurgando con los dedos la cavidad de su sexo, invadido ya por su miembro clavado hasta lo más profundo de su menudo cuerpo.

Le apretó el tenso botón entre las piernas, con dedos urgentes y Ashley sintió como las afiladas uñas de él se le clavaban, acelerándole el pulso. Gimió y se pasó la lengua por los labios, sedienta, gustosa, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía con su contacto. Abrió aún más las piernas, facilitando el ardoroso movimiento de él y le mordió el minúsculo pezón situado en el mármol de sus cincelados pectorales, reavivando la dureza que su exhausto miembro estaba comenzando a perder.

Grant reanudó la marcha, con lentitud extrema, disfrutando más por el placer aportado que por el suyo propio. Gotas de sudor le perlaban la frente y le recorrían la espalda, hasta perderse en la raja entre sus nalgas. El calor acumulado entre aquellas cuatro paredes le sofocaba y le impedía respirar con normalidad. Sintió que su cuerpo volaba, drogado por la fuerza de la pasión, cuando en uno de sus embestidas su miembro aleteó con fuerza dentro de la vagina de ella.

Se dejó caer, aplastándola con la mole de su cuerpo, exhausto, mientras le besaba tiernamente y deslizaba la mano a lo largo del esternón entre la turgencia de sus senos. Respiraron con dificultad, buscando el aire que habían perdido durante el acto. Tenían la garganta reseca. Ella se recostó sobre él. Los ojos le pesaban, reconfortada, emborrachada de sexualidad, y el sueño venció su compostura, con su sexo hirviendo en deseo, y se quedó dormida sobre el torso de Grant.

Durmió a intervalos, escuchando los suaves y delicados ronquidos de Grant y sintiendo su respiración contra la oreja. Las imágenes se le acumulaban en la cabeza y se entremezclaban, intentando formar una película con un argumento inconexo.

Nunca antes había sentido algo tan maravilloso como lo que estaba experimentando en esos momentos. Se consideró una tonta por haberse negado al amor durante tanto tiempo y recordó lo que se había reído con Anthony cuando alguna vez éste le contó algo relacionado con sus innumerables escauceos amorosos con alguna chica de la universidad.

Se frustró cuando le vino a la cabeza la reunión con Devon Sinclair, y le preocupó las consecuencias que pudieran derivarse de su próximo encuentro con el malnacido que quería robarle *AshTon Business Process Management*, desconociendo que la persona que quería apropiarse de su emporio lo tenía al otro lado de la cama.

Oteó el reloj de la mesilla de Grant a través de la oscuridad que reinaba en la estancia, e intuyó que eran las tres y media de la madrugada. Se levantó cuidadosamente del colchón, intentando no despertar a Grant que roncaba plácidamente, totalmente desnudo sobre la cama. Le besó en el hombro.

—Realmente tu traje es muy tentador, cariño —susurró, adormilado—. Es el mejor traje que mis ojos han visto jamás. Ni los mejores diseñadores

podrían hacerlo mejor.

A Ashley se le encendieron los carrillos y enseguida lió la sábana a su cuerpo. Se dirigió al cuarto de baño y se dio una ducha en la magnífica cabina de hidromasaje, sintiendo como el calor de los chorros de agua ablandaban sus músculos doloridos por la salvaje pasión.

Se vistió con premura, observando cómo Grant se había vuelto a dormir y buscó por los cajones, intentando encontrar un bolígrafo. Le dejó una nota de despedida, citándole para almorzar a la una y media del mediodía en el *Enrico*, y se marchó de puntillas, dejando al hombre que amaba con irrefrenable desesperación roncando plácidamente.

Tomó un taxi y se dirigió a su casa, en el *Upper East Side*.

38

Lo que en un principio pareció ser una pequeña siesta matutina, acabó siendo un descanso de varias horas. Grant se desperezó a las siete menos cuarto de la mañana, exhausto, echando chispas por la boca al no encontrar a Ashley a su lado y maldiciendo la impuntualidad con la que nuevamente comenzaba el día. Chad, le castigaría otra vez por ello.

Le dolía la cabeza, como nunca. Parecía como si el día anterior hubiese bebido hasta emborracharse y ahora estuviese sufriendo las consecuencias. Sintió una punzada muy fuerte y se masajó las sienes intentando controlar el agudo pinchazo.

Aceleró el ritmo y corrió escaleras abajo precalentando antes del ejercicio intenso que le esperaba. Recordó a Brandon y le invadió un sentimiento de culpa. Se recriminó el no haber esperado un par de días más antes de acudir de nuevo al gimnasio a machacarse, aunque acertó al conjeturar que Brandon no lo hubiera permitido. Además, su cuerpo necesitaba fogar un poco de tensión, y nada mejor que Chad y sus métodos para conseguirlo.

No recordó que su vehículo estaba averiado hasta que no alcanzó el garaje y vio la plaza de aparcamiento vacío. Así que corrió con el macuto a la espalda por las calles de *Wall Street*, como alma que lleva el diablo, hasta alcanzar el edificio de Peter. Tomó el *Jaguar* y condujo con precaución, controlando las marchas, a pesar de que llegaba muy tarde. Últimamente, no llegar a la hora convenida se estaba convirtiendo en una rutina.

Encontró a Chad muy enfadado. Terminó exhausto, como de costumbre, con el estómago dolorido y los músculos de todo el cuerpo hinchados, a punto de estallar, por el exceso de esfuerzo físico y humillado por no poder soportar el ritmo que el marine le marcaba. Se encendió de rabia y se maldijo por su falta de compromiso, exigiéndose aún más de lo que le imponía su maestro.

Alcanzó *World Wide Building Corporation* a las diez y media de la mañana, más tarde de lo normal, y se encontró a Michelle tomando un café.

La observó desde la distancia, a medida que recorría los metros que separaban el ascensor de la puerta de su despacho.

—Buenos días, Michelle.

—Buenos días, Grant. —Susurró su nombre, evitando ser escuchada por los que había congregados a su alrededor—. El señor Howard Hugg lleva esperándote más de media hora dentro de la sala de juntas.

Vio cómo a Grant se le desencajaba el rostro.

—¿Qué quiere? —inquirió mientras su cerebro hacía un barrido mental por su agenda, intentando localizar el nombre de Howard Hugg en ella—. ¿Qué hace aquí?

—No ha dado ningún tipo de razón, señor Malory.

Recuperó las formalidades al sentir próxima a otra secretaria que podía escucharle.

—Cuando ha llegado, lo único que ha pedido es reunirse con usted.

—¡Maldito cabrón!

Se pasó la mano por el rostro, intentando estirar los músculos de la cara contraídos por la impresión.

—¿Qué narices querrá esta vez?

—No lo sé.

Dio un sorbo al humeante café y se quemó los labios.

—No ha parado de beber desde que llegó y no creo que haya venido sólo por el exquisito paladar de su whisky —bromeó—. La botella tiene que estar ya en las últimas.

Rio y Grant percibió arrugas en su joven rostro que no había apreciado anteriormente. Sus ojos parecían cansados, quizás por el exceso de trabajo al que estaba sometida.

—Voy a ver qué tripa se le ha roto.

Comenzó a caminar rumbo a su despacho.

—Espero que se vaya pronto. Acompañeme, Michelle.

Tras estudiar la agenda del día y beber un café que le supo a rayos, se reunió con Howard Hugg.

—Dichosos los ojos, señor Hugg. —Su tono era irónico—. ¿Qué le trae a usted por aquí?

Le extendió una mano al viejo y se la estrechó con fuerza. Lo notó

cansado y la debilidad de su grasiento apretón le indicó que el anciano no se encontraba en uno de sus mejores días.

Se limpió disimuladamente introduciendo la mano en el bolsillo de su pantalón, mientras Michelle le observaba a su izquierda transmitiéndole con la mirada que sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Sonrió.

—Me gustaría hablar con usted de un asunto privado —dijo, mostrando unos dientes amarillentos.

Fijó sus ojos cansados sobre Michelle. La joven se sintió abrumada.

—Puede usted hablar con toda tranquilidad. La señorita Banks es de total confianza.

A Grant le extrañó que Luke y Shawn Hugg no estuvieran acompañando a su padre.

—Por cierto, ¿no le acompañan sus hijos?

Se le revolvió el estómago y se arrepintió de haber preguntado por ellos.

—Déjelos...

Movió la mano quitando importancia al tema.

—Son una panda de ineptos. No sirven para nada. Sólo para chuparme la poca sangre que me queda.

—Está bien —continuó— usted dirá. Soy todo oído.

La voz cansada y decrepita del señor Hugg comenzó a sonar en el interior de la sala de juntas, entremezclada con el sibilante sorbido de saliva que acostumbraba a hacer, arrastrando las palabras.

—Me he enterado por ahí, señor Malory, que está intentando adquirir *AshTon Business Process Management*.

Grant buscó la mirada de Michelle, atónito ante la información que estaba recibiendo. Su asistente personal hizo un leve movimiento de cabeza, negando haber transmitido ningún tipo de información al viejo que tenían delante.

—Le noto un tanto sorprendido, Grant.

Se tomó el tuteo como tónica de la conversación.

—No, en absoluto —mintió—. Simplemente me ha llamado la atención lo que me acaba de decir.

—Ya sabe, Grant, las noticias vuelan...

Sorbió saliva y el sonido les revolvió el estómago. Howard les observó

con la mirada profunda, intentando obtener algún tipo de información. No lo consiguió.

—Quiero comprar *AshTon Business Process Management* y usted me va a ayudar —atajó.

Grant rio descaradamente y Howard se sintió herido por su atrevimiento.

—Señor Malory —el tono de su voz se endureció por momentos—. No estoy bromeando.

Le observó fijamente y comprobó que en los últimos días el viejo había desmejorado mucho. Su piel macilenta estaba ajada y las blanquecinas manos se mostraban anudadas por culpa de la artrosis. Le costaba sujetar el vaso de whisky, aunque, al parecer, el exceso de alcohol no le afectaba lo más mínimo. Al contrario. Parecía darle vida. Grant pensó que en lugar de sangre, lo que le recorría por las venas era alcohol puro.

—Howard...

Entrelazó las manos a la altura de la barbilla, apoyando los codos sobre la superficie de la gran mesa. Por segunda vez en pocos días, el viejo se había sentado en su sillón, desafiándole.

—Comprenderás que no te puedo ayudar.

Hizo una pausa, intentando que su interlocutor asimilase las palabras.

—*World Wide Building Corporation* está intentando adquirir *AshTon Business Process Management*, eso no te lo voy a negar porque sería un necio si lo hiciera. Llevo mucho tiempo detrás de ello y por lo que veo, es de dominio público. Desconozco tus intenciones, Howard, pero entenderás perfectamente si te digo que sería un insensato si te ofreciera un caramelo por el que llevo mucho tiempo luchando.

Howard Hugg se llevó el vaso de whisky a la boca, con manos temblorosas, procesando la información.

—Grant, muchacho. —El tono paternalista de sus palabras distrajo la atención del joven de su discurso—. Soy viejo, eso es evidente.

—¡Hombre! Ahora mismo pagaría por alcanzar tus años y con una salud de hierro como la tuya...

—Tengo más de ochenta años y me queda poco tiempo de vida. Eso es indiscutible.

La verdad sólo tenía un camino.

—En cambio, tú tienes toda la vida por delante y podrás conseguir todo lo que te propongas. Eres listo, Grant, no como los haraganes de mis hijos que lo único que quieren es no dar un palo al agua y tener los bolsillos bien repletos...

Se imaginó a Luke y Shawn nadando en una piscina llena de dólares, bebiendo champán y acompañados de varias prostitutas, despilfarrando la mermada fortuna de su padre sin importarles el día de mañana. Sintió pena del hombre que tenía ante sí y se removió en el asiento, incómodo.

—Te entiendo, Hugg. Pero no sé en qué te puede *World Wide Building Corporation* ayudar, o incluso yo, personalmente.

Observó a Michelle, demandando una pista de por dónde podrían ir los tiros, pero no recibió respuesta, salvo un leve movimiento de hombros que le indicaron que no le podía ayudar. Estaba igual de impresionada que él. O incluso más.

—Necesito que mi carrera tenga un buen final, muchacho. Tú sin duda, vas a poder conseguir negocios mucho mejores que *AshTon Business Process Management*. De eso no me cabe la menor duda. En cambio, mi carrera tendría un final apoteósico si consiguiera tomar las riendas de una empresa de esas características.

—Comprendo, Howard, pero...

—¡Entiéndeme, muchacho! Quiero dejar una buena herencia a mis nietos y que todo quede atado antes de mi muerte.

Se hizo el silencio y la tensión se cortaba en el aire con cuchillo. Michelle observó al señor Hugg sintiendo lástima por él. Tenía la frente húmeda por el calor y por el exceso de alcohol que comenzaba a exudar. Miró a Grant, sin saber qué hacer o decir, y continuó tomando notas, recordando el hilo de la conversación.

Grant estrechó los ojos, meditabundo, buscando una solución a la controvertida situación de Howard. Quería ayudarlo, y creyó haberlo hecho cuando días antes le entregó cuatro millones y medio de dólares por un negocio arruinado. Se reprochó haber sido, quizás, un poco egoísta y tacaño con la transacción, pero intentar conseguir el producto al menor importe posible, era, a fin de cuentas, su cometido. De eso dependía la prosperidad de *World Wide Building Corporation*.

—Sinceramente, Howard. —Midió sus palabras, intentando no herirle—. Entiendo tu postura, pero sigo sin ver en qué te puedo ayudar. Como te he comentado antes, no sé cómo te habrás enterado de mis intenciones pero...

—Eso es fácil, Grant. Sólo hay que estar bien relacionado en este mundillo —le interrumpió, tirándose un farol.

—Me lo imagino, Howard. Al final, nos movemos en una sociedad muy competitiva y la información es poder.

—Tu padre te enseñó bien —apuntó y le desestabilizó por completo.

No hizo caso al comentario y continuó, centrándose en su exposición.

—Como te iba diciendo, mal que me pese, no puedo ayudarte. *World Wide Building Corporation* quiere a *AshTon Business Process Management* y bajo ningún concepto va a dejar de luchar por conseguirlo.

Los ojos cansados del señor Hugg se encendieron de ira y comenzó a levantarse del asiento con dificultad. Grant se le acercó de inmediato y le ayudó a hacerlo a pesar de la negativa y los malos modales que le mostró el hombre.

Intentó calmarlo, suavizando el tono de voz.

—Llegará el día en el que me agradecerás lo que estoy haciendo por ti.

Hubo unos segundos en el que ambos hombres se miraron fijamente a los ojos y Grant sintió el odio clavándosele a través de sus pupilas.

—Piensa en la fortuna de la que te tendrías que desprender... Descansa, Howard, es mi recomendación. Ya has trabajado mucho en esta vida y es preferible que disfrutes ahora que puedes...

Le dio lástima del hombre que caminaba con dificultad, apoyado en su bastón, con la cabeza gacha, a pasos muy lentos.

—Deja que tus nietos se labren su futuro cuando les corresponda...

Howard Hugg no le escuchó, absorto en sus propios pensamientos, barajando otras posibilidades menos políticamente correctas para conseguir sus objetivos. Se marchó, sin decir nada, enfurecido consigo mismo, sintiendo la derrota en un primer asalto.

—Pobre hombre...

Grant asintió, sabiendo que la cosa no había acabado. Seguramente el viejo zorro de Hugg tendría un as bajo la manga.

—Ya sabes el dicho, Michelle. A más oro, menos reposo... Espero que a

nosotros no nos ocurra nunca lo mismo —apuntó.

La asistente esbozó una ligera sonrisa, a sabiendas que a ella nunca le podría ocurrir lo que su jefe estaba comentando. No se podía quejar por el sueldo que recibía puntualmente todos los veintisiete de cada mes, pero de ninguna manera se podía comparar ni con Hugg ni mucho menos con Grant. Se arrepintió haberle dejado escapar...

—Tenemos que acelerar la reunión con los de *AshTon Business Process Management*, no vaya a ser que Howard Hugg se nos adelante y todo el tiempo invertido en el estudio no nos sirva para nada.

Michelle anotó todo en su cuaderno con manos expertas.

—Por cierto, ¿sabes ya quién controla las riendas?

La mujer negó con la cabeza.

—Intenta conseguir esa información, por favor. Es muy importante. Tenemos que ir muy bien preparados. Si puedes, negocia una cita con ellos. Alega cualquier cosa.

—Por supuesto.

—Y por favor, Michelle.

Le agarró del codo.

—Valoro tu discreción.

—Parece que no me conoces...—insinuó.

—Te conozco perfectamente y me jugaría el cuello por ti, pero mi obligación es decírtelo. Fíjate. Muy pocos sabían de las intenciones de *World Wide Building Corporation*, y sin embargo, Howard Hugg se ha presentado aquí porque ya ha escuchado campanas sonar.

Asintió con la cabeza.

—Si cuando llames *AshTon Business Process Management* te preguntan por el motivo del encuentro, di, por ejemplo...—se paró a meditar una buena treta—, que quiero reunirme con la presidencia para negociar el cambio de la telefonía y las comunicaciones de la totalidad de los inmuebles de *World Wide Building Corporation*. Eso llamará su atención y nos atenderán antes.

—Perfecto, Grant. Intentaré que como mucho nos citen para dentro de un par de días. No más. Haré todo lo posible.

—Muchas gracias, Michelle.

La joven salió de la estancia, dejando a Grant sumido en sus propios

pensamientos. Se sirvió un chupito de whisky y bebió con fruición, valorando la reunión, con la preocupación instaurada en su cerebro.

Miró el nublado día a través de la ventana y observó el tráfico a varios metros bajo sus pies. Le dolía la cabeza y necesitaba respirar aire puro. Observó el reloj. Eran casi las doce de la mañana.

Valoró caminar hasta el *Enrico* y esperar allí a Ashley, a la que echaba dolorosamente de menos. Concluyó que iba a ser la mejor opción y salió al frío otoño de *Manhattan*, sujetándose las solapas de su chaqueta con ambas manos evitando el frío helador que le golpeaba con fuerza el pecho.

Estaba cansado, demasiado, pero andar le vino bien. Notaba las piernas un tanto cargadas como consecuencia del intenso ejercicio desarrollado esa misma mañana a las órdenes de Chad. Pensó en el pobre Brandon, en Peter e incluso en Frances.

Su vida personal, inexistente, por muchos años, estaba sufriendo en poco tiempo muchos cambios. La muerte le había golpeado con fuerza, llevándose a Brandon, el amigo socarrón con el que, a pesar de su actitud un tanto desesperante, pasaba muchas horas metido en el gimnasio.

Por otro lado, la marcha de Peter, que más que una marcha había sido una huída en toda regla, lo había dejado trastocado. De sus dos amigos, Peter era con el que más congeniaba y con el que más compartía su manera de ser, a pesar de que por las circunstancias laborales, se veían menos de lo que deseaban. A partir de ese momento, sus encuentros serían mínimos, a no ser que algún día decidiera tomar un avión e ir a hacerles una visita.

Menos mal, se dijo, que había encontrado a Ashley, una mujer estupenda de la que se había enamorado nada más verla y que hacía que su mundo ya no tuviera sentido si ella no estaba a su lado. Parecía como si ella se hubiera apoderado de su cerebro y le obligara a estar todo el tiempo pensando en ella. Le atormentó no tenerla junto a él, en ese instante, y deseó encontrarla en el *Enrico*, esperándole, a pesar de que todavía no había llegado la hora.

Cuando llegó al restaurante, departió con Sebastian, mientras ultimaba la preparación de las mesas que minutos más tarde ocuparían los comensales que acudirían a degustar los exquisitos platos del chef.

39

Ashley observó aquella mañana los mismos cuatro cuadros que decoraban la pared del despacho de Karla Santini, mientras ésta ultimaba en la estancia contigua la llamada de un paciente que no había podido acudir a tiempo a la consulta.

Acostada sobre el diván blanco, su único acompañante en el duro e intenso viaje por sus sentimientos más ocultos, recordó a Grant y se le encendió el cuerpo entero, soñadora, deseando estar otra vez entre sus fornidos bíceps, sintiendo su dureza dentro de su sexo. Jamás, en su corta existencia, hubiera pensado enamorarse de aquella manera.

Le invadió la culpa, y se cuestionó si su actitud de las últimas veinticuatro horas había sido la correcta. Parecía una adolescente mojigata bebiendo los vientos por el guaperas del grupo. Quizás estuviera todavía a tiempo de controlar la situación y evitar que fuera más allá.

Sintió que estaba yendo a contra corriente, haciendo justo lo contrario que se había prometido tiempo atrás: no enamorarse.

Notó la presencia de alguien observándole desde la distancia y se asustó. Se levantó de inmediato, intentando protegerse y observó a Karla Santini aproximarse a su sillón desvencijado, muy parecido a uno que su padre tenía como preferido cuando ella contaba siete años y que su madre, harta de él, y alegando que no pegaba con el resto del mobiliario, le obligó a tirar.

—Siento mucho haberla asustado, señorita Welles.

—No se preocupe, doctora. Estaba abstraída en mis propios pensamientos.

—Umm... buena señal. La noto hoy...—meditó sus palabras. Afiló el lápiz con el sacapuntas ganando tiempo—. Le decía que la noto más tranquila. Se respira paz en esta estancia hoy.

—Puede ser —contestó la joven impresionada.

Realmente estaba tranquila. Y no era para menos, pero prefirió omitir la información.

—¿Cómo se sintió después de la última sesión?

—Bien. Ehh... sinceramente, bastante bien.

—Me alegro mucho de su respuesta, pero le insto a tener una cierta precaución. Usted sabe que el ser humano pasa por altos y bajos y por lo que me comenta, está usted en la cúspide.

Meditó lo que le decía la doctora y se imaginó sobre una alta montaña, sin resuello, falta de respiración.

—Lo importante, a partir de este momento, es no volver a caer y saber remontar cuando sienta que comienza a descender... ¿Ha meditado a qué se puede deber este cambio?

—Sinceramente, doctora... mmm...—Se cuestionó si comunicarle lo de Grant, aunque finalmente consideró que no era el momento—. El otro día me sentí muy liberada tras la hipnosis.

Le narró la fuerte discusión con Devon Sinclair y le contó su visita al cementerio.

—Desde que visité la tumba de Anthony, he conseguido recordarlo sin que las lágrimas y el sentimiento de culpa se apoderen de mí.

—Se lo dije, Ashley. Usted se encuentra sumida en un duelo muy profundo, y todavía no ha conseguido salir de él después de tres años. Y ya es hora. Me alegro mucho por usted.

—Yo también, doctora. Siento que mi hermano, esté donde esté, me lo ha agradecido también.

—¿Y qué le ha hecho cambiar de opinión? La noto muy risueña hoy...

La observación de la psicoanalista le descolocó. Por su parte, los años de experiencia le indicaron a Karla Santini que si bien, la sesión de hipnosis podía haber sido un punto a su favor, había algo más que estaba ayudando, aunque fuera de forma subliminal a la actitud derrotista y al pesimismo del que adolecía su paciente.

—He conocido a un hombre.

Lo soltó a borbotones y la lengua casi se le traba en la urgencia.

—¿Cómo dice?

La doctora se recreó en el momento, intentando que la joven asimilara bien una información que parecía costar salirle por la boca.

—Le decía —respiró hondo, imbuyéndose valor—, que he conocido a un hombre.

—Umm... interesante, muy interesante. ¿Quiere hablarme de él?

Le narró su aventura con Grant y le transmitió lo enamoradísima que estaba de él, a pesar de que se sentía culpable.

—Querida, no se retroalimete en su dolor... Ya está bien —insistió—, o de lo contrario seguirá haciéndose más y más daño. Esto era algo que tarde o temprano tenía que suceder. Me alegro mucho por usted.

Ashley se llevó las manos a la cara, sentada sobre el filo del diván con los pies descalzos sobre la raída alfombra y se puso a llorar.

—Ey, ey,...—le regañó—. Señorita Welles. ¿Qué le ocurre ahora?

—Esto no puede ser...—sollozó.

—¿Por qué? Considero que no tiene razones de peso para ello, querida. Toda relación es un camino largo que hay que recorrer.

Hizo una pausa, recolocándose en el desvencijado sillón cuya piel parecía a punto de resquebrajarse por el peso de su cuerpo.

—Los comienzos son siempre maravillosos, y le digo una cosa: no hay que dejar escapar nunca el tren.

Suspiró, apenada por no haber hecho caso a sus propios consejos años atrás. De lo contrario, no sería una solterona cincuentona con cuatro gatos como única compañía.

Las cuerdas vocales de Ashley no emitieron sonido alguno, a pesar de que su mente deseaba finalizar con ese mal trago lo antes posible. La continuación de su historia le atormentaba en la cabeza. No sintió dormirse cuando la doctora le instó a la calma y chasqueó unos dedos, haciendo que su mente saltara entre imágenes imprecisas.

Oyó voces retumbando en su cabeza. No podía oírlas con claridad y la oscuridad se apoderó de sus recuerdos.

—Suéltame, maldito...—no acabó la frase—. Me estás haciendo daño.

El hombre que le sujetaba el brazo con fuerza no le hizo caso y le pareció que la sangre no le llegaba a la mano a causa del efecto torniquete que formaba su ancha mano sobre su delgado brazo.

—Déjame en paz —volvió a gritar—. ¡Me estás haciendo mucho daño!

—Respire, señorita Welles. Tranquílcese...—le susurró la doctora Santini—. Sienta cómo el aire llena sus pulmones y déjelo salir despacio, muy despacio...

Ashley tembló sobre el diván abandonada a una suerte incierta con sus propios pensamientos, atormentada, negando inconscientemente con la cabeza no querer ahondar en ellos. Gritó despavorida al sentir una mano tocándole el hombro y manoteó buscando zafarse de ella.

—¡Señorita Welles! Despierte...

La voz lejana que provenía de la distancia entre la oscuridad le resultó conocida pero la negrura de sus recuerdos le impedía retornar a la superficie. Intentó recobrar el ritmo de su respiración y la película tras la muerte de Anthony comenzó a pasar por su mente martilleándole el cerebro.

Gritó despavorida y se despertó de inmediato, bañada en sudor, con la frente perlada de gotas frías y el estómago revuelto. Observó la estancia con ojos quedos y se protegió el rostro con los brazos evitando un posible arrebato de la persona que se imponía ante ella, cegándole.

Graduó la vista, entre sus brazos, y vio la cara angelical de la doctora Santini, que le miró con dulzura y le acarició el pelo.

—Tranquilícese, Ashley. Hemos entrado en un nivel más profundo de sus recuerdos... Seguramente, en el origen de todos sus problemas actuales, así que preveo que el final está cerca.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Escenas horripilantes comenzaron a tomar vida en su cabeza haciendo que le diera ganas de salir despavorida, como alma que lleva el diablo.

Le vino a la cabeza la imagen de Jonathan Horton y cerró los ojos obligándose a pensar en algo mucho más agradable. Ese maldito cabrón se estaba apoderando de ella otra vez, y no lo iba a consentir. Esta vez no. Se levantó del borde del diván y se calzó sus tacones, al punto que la psicoanalista le daba una serie de indicaciones.

—Tiene que ser fuerte, querida. De lo contrario, sus recuerdos le amargarán de por vida. Ya le dije el otro día que a usted le gusta demasiado el peso de la memoria, —sus palabras apuradas, intentaban evitar que la paciente se marchara de la consulta—, y eso, no siempre es bueno. ¡Señorita Welles! ¿Dónde va?

Agarró el bolso que estaba sobre un sillón y se dirigió a la puerta, aturdida, huyendo de sus recuerdos e instándose a no volver a poner los pies en aquel lugar.

—¡Vuelva, señorita Welles!

Corrió por el pasillo, con paso acelerado, mirando hacia atrás, como si alguien estuviera persiguiéndola.

La cortante y heladora brisa le golpeó la cara y las manos cuando salió al exterior, y se sintió revitalizada después de los acontecimientos vividos.

Buscó con la mirada la ventana del despacho de Karla Santini y la observó allí, escrutándola con preocupación a través del cristal.

Le dio la espalda al punto que sus lágrimas comenzaban a bañar las cuencas de sus ojos. Lloró desconsolada, arrepintiéndose de su comportamiento infantil.

La doctora Santini tenía toda la razón, a pesar de que ella se negaba a verlo. La mochila de recuerdos pasados le pesaba demasiado en la espalda y tendría que comenzar a soltar nuevamente lastre o la hundiría aún más.

Carlo seguramente se enfadaría con ella por no esperarle. Faltaba más de media hora para que llegara, y decidió caminar sobre sus altísimos tacones buscando un taxi que no terminaba de aparecer.

Necesitaba huir de *TriBeCa* lo antes posible y tener a Karla Santini cuanto más lejos mejor. Las intenciones de la psicoanalista eran buenas, pero la que no tenía todavía claro si quería recordar era ella.

Tomó un vehículo y se dirigió a *AshTon Business Process Management* con el terror y la muerte merodeando en su cabeza como antes lo hacían el éxito y la fama.

A pesar de todos sus esfuerzos, y docenas de miles de millones de dólares, su mente había sufrido una cirugía plástica inevitable, sin que le avisaran, y ahora lloraba su futuro incierto.

Se recostó en el asiento y dejó que las lágrimas se apoderaran de ella, aliviándose un poco de amargura contenida.

40

Cuando los problemas acechan, nunca vienen solos y eso es lo que Ashley experimentó nada más entrar en la empresa y ver la vorágine de trabajo acumulado que se respiraba en cada rincón. Gyselle le abordó antes de que le diera tiempo alcanzar la puerta de su despacho y sintió cómo el peso del negocio se le apostaba sobre la espalda, incrementando el ya existente.

—¡Señorita Welles!

—Ahora no, Gyselle.

Levantó la mano y giró la cabeza en sentido contrario, para evitar que la muchacha siguiera acechándola. Se metió en su despacho, al abrigo de la protección de las cuatro paredes que si hablaran, harían que su vida se tornase aún más traumática.

Se sirvió una copa de vino blanco y el espumoso le acarició la garganta. Se dejó caer sobre el sofá y apoyó la cabeza sobre el apoyabrazos, entornando los ojos anegados de lágrimas. Intentó relajarse, después de la dura mañana que llevaba y sintió pena de sí misma.

Recordó a Grant y pensó en cuánto lo echaba de menos. Deseó que el tiempo se acelerara imaginando sus cuerpos enroscados viviendo su propia historia de amor, aislados, como si el mundo no existiera a su alrededor. Grant se había convertido para ella en un bálsamo, y era lo único por y para lo que vivía en esos momentos. Nada ya tenía sentido, salvo el amor y la pasión que se profesaban el uno al otro. De no ser por él, quizás se hubiera planteado quitarse la vida y reencontrarse con Anthony y con sus padres, a los que tanto echaba de menos. Barajó esa posibilidad. La rechazó de pleno, apesadumbrada por el sufrimiento que les hubiera ocasionado a Carlo y a Marisa, quienes la trataban y querían como a una hija.

El ruido ensordecedor del teléfono le devolvió al mundo real. Descolgó con desgana el auricular y se retiró un pendiente de la oreja para que no le molestara durante la conversación.

—Señorita Welles, perdóneme —se disculpó Gyselle, amablemente—. Sé que me ha dicho que no quería que le molestara, pero considero

importante lo que tengo que decirle.

Se hizo el silencio, a la espera de autorización.

—Adelante Gyselle, y perdona por mis modales. Hoy no es un buen día.

—No se preocupe, señorita Welles. Acaban de telefonar de *World Wide Building Corporation*.

Se le aceleró el pulso.

—Quieren concertar una reunión con usted, a poder ser para mañana por la mañana o a lo sumo para pasado. Les he comentado que no tenía lista todavía su agenda y he quedado en avisarles cuanto antes.

—¿Te han dicho algo más?

—Quieren negociar el cambio de la telefonía y las comunicaciones de la totalidad de los inmuebles de *World Wide Building Corporation*.

—Está bien. Cítelos para mañana a las once. Hablaré con Markus. Esto no me huele demasiado bien y necesito que esté presente en la reunión.

—Por supuesto, señorita Welles. Le informaré de los avances que haya al respecto.

Se despidieron, a pesar de que había sólo una pared de por medio separándola de dos mundos totalmente distintos, el bullicioso y desquiciante de Gyselle y el aislado, tranquilo y acogedor de Ashley.

Telefoneó a Markus. La voz quebrada del viejo abogado le reconfortó de inmediato y lo imaginó retorciéndose la punta de su bigote mientras conversaba con ella.

—Markus me acaban de informar que los de *World Wide Building Corporation* quieren venir mañana.

El hombre contuvo la respiración en señal de sorpresa.

—Quieren reunirse conmigo para un negocio relacionado con la telefonía y las comunicaciones de sus inmuebles, pero...—tomó aire—. Sinceramente, esto me da mala espina. Creo que no es más que una treta para ir haciéndome la cama...

—Umm... puede que tengas razón, Ashley. Yo todavía no he podido avanzar mucho en el tema. Llevo muy liado toda la mañana. He estado más de dos horas en el juzgado, reunido con un viejo amigo, el juez Haacker, evaluando cómo inhabilitar a Devon y evitar de esa manera que vuelva a hacer otra jugarreta a alguien. Contigo, ha sido más que suficiente —afirmó.

—¿Pero...?

—Sí, querida, ya sé lo que me vas a decir...—le interrumpió—. Devon vuelve a estar en la calle. Howard Hugg, uno de sus secuaces, abonó el millón y medio de dólares que le impusieron como fianza.

Ashley se sintió viva por primera vez y le entraron ganas de matar con sus propias manos al viejo Sinclair y de paso, darle un buen merecido a ese tal Howard Hugg, al que no tenía el gusto de conocer pero del que intuía ser un miserable alacrán del mismo calibre que el de Devon Sinclair.

—Quédate tranquila, Ashley —le recomendó Markus Roché—. Todo se arreglará.

Eso esperaba ella, con los nervios a flor de piel, montada en la montaña rusa de la desesperación.

—Atiende a los de *World Wide Building Corporation*. Yo, seguiré investigando cuáles son sus intenciones y ultimando la demanda contra Devon.

—¿Me podrás acompañar, Markus? Te lo pido por favor —le suplicó con un hilo de voz.

—La verdad es que no lo tengo muy claro, Ashley. Aunque ayer te dije que sí, no sé si debo mezclarme.

Lo había meditado mucho durante la noche.

—Piensa que los de *World Wide Building Corporation* se han puesto en contacto conmigo para investigar, supuestamente, a *AshTon Business Process Management*, y pueden pensar que estoy conspirando en contra suya si me ven allí contigo.

Ashley determinó que Markus tenía razón. Se despidieron y ella se quedó postrada en su sillón, angustiada, con un nudo en el estómago, la cabeza dándole vueltas y el corazón en un puño, nerviosa por lo que pudiera suceder al día siguiente cuando el desgraciado que controlaba las riendas de *World Wide Building Corporation* se presentara en *AshTon Business Process Management*.

Observó en su reloj, regalo de Anthony, que era la una del mediodía y se apresuró a la salida, con la cabeza rebotando de problemas, con intención de encontrarse a Grant y desviar la tensión hacia otros derroteros, los sexuales, mucho más apetecibles.

Encontró a Grant sentado en la mesa que habitualmente era la suya, con un ramo de rosas amarillas sobre la silla, expectante. Se levantó para recibirla y le dio un ligero abrazo que revitalizó el destrozado ánimo de ella. Su semblante estaba serio y Ashley se percató de sus ojos apagados y un tanto cansados.

—¿Estás bien, Grant? —susurró.

Asintió sin pronunciar palabra, a la vez que levantaba el dedo indicándole a Sebastian que podía acercarse a tomar nota.

—No te preocupes, cariño.

Estiró la mano y la estrechó con la suya. Ambos sintieron las palpitaciones del otro a través del sutil contacto y se le aceleraron los pulsos.

—Llevo una mañana un tanto complicada. Para qué te voy a contar...

—Ni me la menciones. La mía seguro que ha sido mucho peor, así que dejémoslo estar. Necesito desconectar un rato.

Degustaron los exquisitos platos del día y comieron tiramisú, deleitándose uno con el otro, rozándose bajo el mantel, como dos adolescentes, con la sangre hirviendo en deseo y sus hormonas a flor de piel.

Pasearon por *Wall Street* y se acercaron hasta *Pumphouse Park*, donde el *Porsche* de él seguía aparcado esperando a ser recogido por la grúa para llevarlo al taller.

Alcanzaron el banco donde la noche antes se estuvieron besando y se sentaron a observar los pájaros volar entre las vacías copas de los árboles. Él le envolvió con el imponente brazo los hombros y ella apoyó la cabeza sobre la tabla de su pecho, sintiéndose segura mientras percibía los espasmos de su respiración.

—Te he echado muchísimo de menos, Ashley...—suspiró.

—Yo también, Grant.

—No deberías haberte ido sola esta noche pasada.

Le cogió la cara con ambas manos y la miró fijamente con la intensidad del negro de sus ojos.

—No vuelvas a hacerlo, ¿me comprendes?

Asintió con las manos de Grant todavía aferradas a su rostro. Se acercó a ella despacio, besando sus labios entreabiertos, deseando degustar el sabor de su delicada y rugosa lengua jugueteando en la cavidad oscura y profunda de

su boca.

Ella introdujo su mano temblorosa a través del borde superior del pantalón, a la altura de su cintura y tocó la hendidura entre sus nalgas. Él pegó un respingo, asustado y le observó impaciente, mientras le acariciaba el rostro con las yemas de los dedos.

—¡Qué vergüenza!

Se sobresaltaron ante el comentario de una anciana que deambulaba por el parque y que los observaba con mirada histriónica, acompañada de su caniche.

Rieron ante la indignación de la señora y reanudaron su apasionado beso, fundiéndose en un tierno abrazo que les obligó a abandonar el parque evitando que sus cuerpos se dejaran llevar por el impulso irrefrenable de la pasión y que terminaran deteniéndolos por escándalo público.

Ninguno de los dos retornó a su puesto de trabajo y ambos pasaron una tarde, seguida de la noche, tumbados en la imponente cama de Grant, retozando, amándose enfervorecidamente, mientras Teresa, un tanto enojada, luchaba en su dormitorio contra sus propias convicciones, recreándose en la negativa de que el comportamiento del señor Malory fuera el más adecuado.

Grant no la atemorizó con su pasión, que refrenó, a pesar de que íntimamente tuviera la sensación de tener un volcán en su interior. No recordaba haber deseado algo con tanta intensidad y trató de no abrumarla, intentando hacer surgir en ella el deseo lentamente, hasta que lo padeciese con el mismo ardor con el que lo hacía él.

Pero no hizo falta esperar mucho tiempo.

Ese muslo que rozaba su ingle desnuda, unido a los besos cada vez más profundos, fueron la perdición de Ashley.

Gradualmente, él comenzó a introducir su lengua en la boca de ella, abriéndola y suscitándole sensaciones exquisitas.

Finalmente, logró que ella también explorase con su lengua y, cuando se deslizó entre los labios de él, no la soltó, succionándola como una ventosa hacia el fondo de su boca.

Indefensa, y un tanto inexperta, Ashley fue completamente seducida, hasta quedar entregada y dispuesta a dejarle hacer cuanto deseara.

41

La brisa de la mañana que traspasaba las juntas de la ventana despertó a Ashley. Un ruido lejano le hizo salir del sopor en el que se encontraba. Extendió la mano, buscando la tersa musculatura del hombro de Grant. No la encontró y se sintió apenada por ello.

Vislumbró, con los ojos medio cerrados la esfera de su reloj de pulsera e intuyó por la posición de las agujas que eran las cinco de la mañana. La ducha sonaba estrepitosamente al otro lado de la estancia y la luz se asomaba por debajo de la puerta.

La sábana se deslizó por su piel y quedó arrugada en el suelo cuando intentó incorporarse.

Estaba agotada.

Con su desnudez como único abrigo, caminó de puntillas hasta el cuarto de baño y se introdujo en la ducha donde insidiosas gotas de agua recorrían cada rincón del cuerpo de Grant. Sintió celos de ellas y se apropió de la piel de su amado con los labios, envolviéndolo en su saliva, alcanzando los dos minúsculos botones erectos sobre sus pectorales.

—Mi hermosa gatita —le susurró al oído entre la lluvia que venía del techo.

Le miró con ardorosa pasión y sintió como su sexo se ponía enhiesto, mientras le enjabonaba los senos que comenzaban a ponerse duros como el granito. Se besaron e hicieron nuevamente el amor, con premura, bajo la tibieza del agua, caldeando aún más el ambiente. Quedaron extasiados, con la respiración entrecortada, ahogados por la pasión.

—Debo marcharme, Ashley. —Se apartó de ella, pesaroso—. Voy a llegar tarde. Tengo una reunión y debo acercarme primero al gimnasio o Chad me matará. Esta vez seguro que sí.

A ella se le encendió una bombilla y recordó que esa misma mañana ella tendría que enfrentarse a la presidencia de *World Wide Building Corporation*. Lo había olvidado.

—Si quieres, termina de ducharte mientras yo me afeito.

Le besó, mientras se envolvía en una toalla de algodón blanco.

—Luego te acerco a casa.

Actuaron con agilidad, ya que el tiempo se les echaba encima. Grant condujo el *Jaguar* hasta el *Upper East Side* y le dejó junto a Ruppert, el portero de su edificio, quien le saludó pícaramente.

Ashley corrió cuanto pudo, organizando la vestimenta que luciría aquel día y recomponiendo su tez, que comenzaba a palidecer perdiendo el bronceado del verano, con un sencillo maquillaje que le realzó aún más si cabe su espléndida y espectacular belleza. Se recogió el cabello en un sencillo moño bajo que le dejaba la cara libre. Completó su atuendo con una de sus pasiones, con unos altísimos zapatos de tacón color negro con incrustaciones de *Swarovski*.

Cuando alcanzó *AshTon Business Process Management*, Gyselle ya tenía preparada la sala de juntas y Michael se encontraba organizando las carpetas ante un posible negocio con *World Wide Building Corporation*, aunque la duda de que finalmente llegara a buen puerto se mascaba en el ambiente. No obstante, Michael tenía todo preparado por si acaso sus sospechas eran infundadas.

Esperó encerrada en su despacho la llegada de las once, subida en el limbo, recordando cada instante vivido horas antes en la cama de Grant, aún con la excitación en el cuerpo y la entrepierna un tanto húmeda.

Gyselle entró precipitada a las once menos diez, con el cuerpo temblando de emoción, y le devolvió al mundo real.

—Señorita Welles. Acaba de llegar el presidente de *World Wide Building Corporation* junto con su asistente personal.

El corazón de Ashley se aceleró desbocado, queriendo salirse del pecho.

—Espero que el viejo no sea duro de roer...

—¿De qué viejo me habla? —Torció el gesto—. Es un joven de unos treinta y cinco años. ¡Guapísimo!

Enfatizó sus palabras realzando la belleza del hombre.

—De verdad, es un hombre que inspira sensualidad por los cuatro costados... ¡Quién lo pillara! Nunca me imaginé que alguien como él pudiera ser el presidente de *World Wide Building Corporation*.

Ashley evaluó las palabras de su secretaria asegurándose a sí misma que nadie podría superar la belleza de Grant.

—Está bien Gyselle —le cortó—. ¿Lo has hecho pasar a la sala de juntas?

—Por supuesto. Están ya todos esperándola. Incluso Michael está ya allí. Sólo faltamos nosotras.

Se acercó al espejo de la pared, se retocó el recogido y se apretó los pómulos, para que se sonrojaran un poco.

Caminó con decisión, imbuyéndose de una energía que desconocía poseer. Hubiera tenido que evitar el encuentro a toda costa. Se arrepintió de tomar la decisión de reunirse con los de *World Wide Building Corporation*.

Cuando abrió la puerta y observó la espalda de Grant apostada delante de la ventana, recreándose en el *skyline* de la ciudad, el mundo se le vino a los pies y la cara se le descompuso.

—Buenos días —saludó, con voz temblorosa.

El negro azabache de la mirada de él se cruzó con el azul celeste de sus ojos y ambos se miraron atónitos buscando respuestas a preguntas que nunca se habían formulado.

—¿Qué haces aquí, Ashley?

Se le acercó y le agarró fuertemente el codo, susurrándole exacerbado, intentando no provocar un escándalo.

Ella apretó los dientes y se zafó de él.

—Eso mismo me pregunto yo, señor Malory.

No saludó a Michelle que observaba junto a Michael la escena, intuyendo que algo se les escapaba de las manos.

Ashley se giró y salió de la sala de reuniones, tropezando con Gyselle. Grant salió tras ella y los tres restantes se miraron atónitos, ignorantes, buscando respuestas a unas preguntas que nadie se atrevía a realizar.

Le tomó del brazo fuertemente, cuando ella alcanzaba la puerta de su despacho, y se encerraron en su interior. Los gritos traspasaron la gruesa madera y se perdieron en la longitud del inmenso pasillo.

A Ashley le temblaron las piernas. La cara se le había descompuesto nada más verlo. Se sirvió un vaso de agua, con manos convulsas, y se aproximó el cristal al rostro, buscando refrescar su turbada palidez.

—¡Qué coño haces aquí, Grant!

Apretó los dientes, intentando controlar sus nervios.

—He venido a negociar... Emm —dudó.

—¡Cómo has podido Grant! Por lo que veo he sido un bonito juguete para ti.

Le dio la espalda, dolida. Apretó los dientes, evitando soltar la ristra de impropiedades que se le estaban acumulando en la cabeza.

—Pero,... ¿Cómo puedes insinuar tal cosa?

El tono acelerado de su voz delataba su preocupación.

—Yo no sabía nada. ¡Nada! —bramó.

—Ya veo, ya...

La insidiosa indignación de ella le crispó los nervios.

—En ningún momento había imaginado que tú fueras la dueña de *AshTon Business Process Management*. Si me lo hubieras dicho...

—¿Qué insinúas?

La furia de sus ojos le atravesó como un puñal el corazón.

—No insinúo nada, Ashley. Sólo que de haber sabido esto —extendió la mano haciendo un barrido a la estancia—, no se hubiera dado esta situación...

Se acercó a ella, y le tocó el hombro, intentando ablandarla.

—¡No me toques! —le gritó y se volvió ante él, perforándole con la mirada—. No se te ocurra tocarme nunca más. ¡Fuera!

Apuntó con el índice hacia la puerta y sus ojos le fulminaron, echando chispas incandescentes que casi quemaran las delicadas retinas de Grant.

—¿Qué te crees, que no sé a qué has venido? ¿Por negocios? ¡Ja! ¡Te he dicho que fuera!

Su voz tronó entre las cuatro paredes y él se sintió envejecer, apenado, buscando algo que decir que solucionara la tensión que había entre ambos.

—Ashley, por favor. Escúchame...—susurró, topándose con un muro de acero infranqueable que ni el mejor carro de combate hubiera podido derribar.

—¡Que te largues! —vociferó—. ¡No quiero volver a verte nunca más!

Sus propias palabras le hirieron, sabiendo a la perfección que no las decía en serio. Era consciente de que deseaba tenerlo cerca, sentir su abrazo, sus

besos tiernos, pero se sentía humillada y el poder de esa humillación hizo que los buenos momentos vividos con él se tornaran lejanos, casi olvidados.

Lloró desconsoladamente, encerrada en su despacho, sintiendo un profundo dolor que le partió el corazón cuando la puerta se cerró tras de sí y Grant se marchó, dejándola sumida en una profunda depresión de la que no sabía si iba a tener fuerzas de sobreponerse.

Sintió celos enfermizos de Michelle, la asistente personal de Grant y lanzó furiosa el vaso vacío de agua contra el suelo. Soltó un alarido, frustrada, mientras apretaba los puños a la altura de su cabeza. Le entraron ganas de aporrear la pared.

Grant volvió, furioso, al despacho de Ashley media hora más tarde, con una fuerte indigestión y dolor de cabeza, una vez que dejó a Michelle en *World Wide Building Corporation*. Nadie en todo el planeta podía derretir sus sentimientos mejor que Ashley, pero acababa de comprobar que lo mismo podía hacer a la hora de enfurecerlo.

Sabía que esa preciosa mujer tenía la habilidad de sacarlo de sus casillas, pero jamás hubiera imaginado verla en una actitud terca, poco razonable y agresiva. Si no se hubiera alejado de ella, sabía que hubiera sido capaz de pelear con él durante horas. Todavía estaba disgustado cuando llegó al despacho y decidió entrar de inmediato sin atender a las razones que le daba Gyselle.

La encontró descalza, enroscada en el sofá, con la cara hinchada por el llanto y la melena revuelta. Sintió cómo se le aceleraba el pulso y se acercó a ella con suma lentitud, esperando otra puñalada que nunca llegó.

Se arrodilló ante ella, suplicándole un perdón que a sabiendas sabía no se merecía. Ambos habían ocultado información, o simplemente no habían tenido tiempo de exponérsela al contrario y eso los estaba destrozando de unos minutos a esa parte.

—Lo siento —susurró, mientras le secaba las lágrimas con el pulgar, con una caricia—. Nunca pensé encontrarte aquí, amor mío. Jamás.

Ashley no se inmutó ni dijo nada.

—Hace tiempo que sé que *AshTon Business Process Management* está atravesando serios problemas...—se justificó.

Se sentó en el filo del sofá y ella no tuvo más remedio que recolocarse, dejándole el espacio suficiente. Continuó abrazada al cojín, apretándolo con fuerza, sintiendo las manos de él acariciarle el rostro mientras ella evaluaba la situación abstraída en su propio mundo.

—*World Wide Building Corporation* se dedica a la promoción inmobiliaria y desde hace unos meses estamos intentando expandir nuestro mercado a nuevos retos profesionales, entre ellos el relacionado con el sector de la telefonía y las comunicaciones.

—Márchate, Grant, por favor —susurró—. Te lo pido por favor.

Grant se levantó del borde del sillón donde había estado sentado, abandonando a regañadientes su intento de crear una atmósfera más personal entre ellos y se arrodilló a la altura de su cara, buscándola con la mirada.

—Ashley, escúchame por favor...—le suplicó—. Sólo te pido eso y te prometo que me marcharé, aunque sea algo que me reviente el corazón de pena.

Se sentó, intentando alejarse, lo que le permitió a él postrarse a su lado, piel contra piel.

—Amor mío —musitó H. Te puedo ayudar...—Calló, buscando las palabras apropiadas para continuar—. Dime lo que te hace falta y te ayudaré. Te lo prometo...

Se le comenzó a ablandar el corazón, aunque su testarudez no le permitía cejar en su intento para alejarle de ella.

—Sólo quiero que te marches, Grant.

—Sé que eso no es verdad, cariño.

Le cogió la cara con ambas manos y le miró fijamente a los ojos.

—Sufriríamos los dos y ello nos provocaría la muerte.

Cuánta razón tenía él, pensó Ashley, pero su fuerza de voluntad era mayor que el deseo irrefrenable por aquel hombre al que amaba con locura.

—Grant, por favor...

O se mostraba rotunda o al final terminarían sufriendo más de la cuenta.

—Si me quieres, márchate, por favor.

Sus palabras fueron lapidarias. A Grant se le clavaron como espinas y

sintió que el corazón le daba un vuelco, roto de dolor. La observó por última vez y salió corriendo de la estancia, sin echar la vista atrás, con los ojos aguados de lágrimas que luchaban por salir y el dolor corroyéndole las entrañas.

Ashley lo observó consternada y se arrepintió de su discurso. Quiso correr tras él, gritarle demandando perdón, pero sus palabras se tornaron ahogadas en su garganta y no pudo más que arrodillarse en el suelo, sobre la mullida alfombra y llorar a moco tendido sintiendo cómo la angustia se apoderaba de ella y se alojaba en su cuerpo como un invitado, sin avisar. Se mortificó por ello y no se levantó hasta que Gyselle, desolada por los lamentos que provenían del interior, entró al despacho y recogió sus pedazos esparcidos por el suelo.

Nada podía consolarla.

Nada.

La voz de Grant resonaba todavía en cada rincón de la estancia. Su olor impregnaba cada partícula del aire que respiraba, aunque con dificultad. Seguía esperando su presencia, que regresara y le abrazara. Necesitaba pedirle perdón.

Pero no lo hizo y se desgarró más por dentro, alcanzando casi la locura. Su alma estaba herida de muerte. Cerró los ojos y recordó su sonrisa, que se desvanecía entre las sombras amargas de su cabeza, como el final de una película, acabando todo en un fundido negro.

—Señorita Welles. ¿Qué le ocurre?

La cara de Gyselle estaba desencajada. Jamás hubiera pensado encontrarse con una situación como aquella y sintió miedo. Llamó a Michael y éste salió de la sala de juntas, corriendo hacia el lugar de donde provenían los gritos. Se tropezó con Martha, la jefa de personal, que pasaba delante de la puerta hacia la fotocopidora, y a punto estuvieron de caer los dos al suelo.

—¿Pero qué ha pasado, Gyselle?

La miró preocupado mientras Martha recogía las gafas del suelo, agradeciendo que Michael no se las hubiera pisado. Entró en el despacho, alarmada por los alaridos de Ashley y se arrodilló ante ella, apartando a Gyselle que lloraba impotente y le acunó como hacía veinte años ella acostumbraba a hacer con sus propios hijos.

—Shh... Cálmate, cariño, cálmate. No hay nada en el mundo que se merezca estas lágrimas... Shh... cálmate...

Varios de los empleados acudieron a la puerta del despacho y observaron cariacontecidos a la adusta y pequeña Martha acunando a la joven.

Michael le ofreció un vaso de agua fresca a Ashley, que Martha rechazó con una mirada torva.

—Ahora no, Michael. Espera un poco.

—¿Te encuentras bien, Gyselle? —preguntó Michael ofreciéndole a la secretaria el vaso.

La joven asintió con la cabeza y se levantó del suelo. Se aproximó al teléfono y llamó a casa de Ashley. Le contestó Marisa, quien clamó al cielo cuando Gyselle le puso al corriente de la situación.

Corrió con Carlo al coche, dejando la comida a medio preparar y todavía con el delantal puesto. Tardaron diez minutos en llegar, que a Marisa se le convirtieron en una eternidad, y se derrumbaron al ver la desolación allí reinante. «*Su niña*» estaba abrazada a una cincuentona con cara de pocos amigos que intentaba calmarle y el público se concentraba curioso a su alrededor, buscando tema de conversación.

Se acercó a la señora que mecía a Ashley entre sus brazos y le indicó que se la entregara. Nadie como ella sabía consolar a «*su niña*». Se arrodilló en el suelo, con cuidado, sin asustar a la joven y sintió que el corazón se le paralizaba cuando le miró a los ojos y vio su cara totalmente desfigurada por el llanto. Los años se habían apoderado de ella a la ligera, y parecía tener cuarenta años en lugar de los veintisiete con los que contaba.

Preguntó qué había sucedido y le narraron la historia a retazos, ya que ninguno de los allí presentes lo sabía con exactitud, salvo que el señor Malory había salido despavorido de *AshTon Business Process Management* después de una fuerte discusión.

Entre todos ayudaron a Ashley a levantarse y alcanzar el coche que le llevaría a casa. Marisa agradeció a todos ellos su colaboración y pusieron rumbo al hogar.

Acostaron a Ashley en la cama, y mientras Carlo se quedó a su cuidado, Marisa le preparó una tila caliente.

Ashley se sentía vacía. Contempló a Carlo con la mirada dolorida,

incapaz de soportar aquella tortura. Deseaba poder vomitar toda su desolación y su anhelado amor a esas alturas ya extinguido. Ya nada tenía remedio. Para nada.

Marisa telefoneó a Karla Santini y le suplicó que acudiera al *Upper East Side* para visitar a Ashley. Sintió cómo las lágrimas le escocían en los ojos mientras hablaba con la psicoanalista, y ésta vez no era producto de la cebolla.

—Señora Aguado, yo no acostumbro a hacer visitas a domicilio...

—Doctora, por favor, se lo suplico. Tiene que ayudarnos —se sonó la nariz, presa de la angustia.

—Está bien —accedió—. Estaré ahí dentro de una hora aproximadamente. Mientras tanto, no agobien a la señorita Welles. Es preferible que sea ella la que descargue la rabia que tiene dentro, sin que nadie interfiera en su estado emocional. Luego hablaré con ella y ya verá —intentó tranquilizar a la desolada Marisa— que todo se arreglará.

Se despidieron emplazándose para una hora más tarde.

Marisa indicó a Carlo que saliera del dormitorio. Dejaron a Ashley llorando amargamente bajo las sábanas, mientras ellos la observaban destrozarse la vida, mortificándose, a través de la puerta entreabierta de su dormitorio.

42

Grant pisó a fondo el acelerador del *Jaguar* de Peter y condujo furioso sorteando los vehículos con habilidad y viendo la ciudad pasar a gran velocidad a través de los cristales tintados. Nadie en todo el planeta, ni siquiera los clientes más asquerosos en cuya categoría se encontraba Howard Hugg, había sido capaz de enfurecerlo tanto como Ashley. Estaba muy disgustado y echaba humo por la boca.

Recorrió la corta distancia que separaba *AshTon Business Process Management* del edificio de apartamentos donde residía en menos de lo que canta un gallo y subió las treinta y dos plantas de altura con la velocidad de un rayo, mientras espantosos miedos le volvían a consumir.

Cerró la puerta dando un portazo. El estruendo llegó hasta la planta baja. Teresa se asustó cuando lo vio entrar despavorido y se encerró en su dormitorio. Era la primera vez que veía a Grant de aquella manera.

Se extrañó de su mal comportamiento, pero prefirió no reprenderle ya que no le apetecía verse envuelta en un lío del que pudiera a la larga, salir mal parada. Le dolía bastante la cabeza y no había recibido muy buenas noticias de *Costa Rica*, desde donde su prima le había telefoneado llorando, solicitando su ayuda. Pretendía separarse de su marido. Pobrecilla.

Grant lloró amargamente, como nunca jamás había hecho y se avergonzó por ello. El olor de Ashley todavía estaba impregnado en las sábanas. Encontró un mechón de pelo sobre la almohada y sintió cómo su cuerpo se descontrolaba al sentir el suave y sedoso tacto al tocarlo.

Le era muy difícil comprender qué había sucedido realmente para llegar a esta situación. Golpeó la almohada con furia como si fuera un saco de boxeo y se hizo daño en los nudillos, al golpearse, sin querer, contra el filo romo del cabecero.

Sangró, pero no le importó y continuó dando puñetazos al blando almohadón a sabiendas de que realmente los golpes iban contra la dura piedra del cabezal de la cama.

Se hizo polvo el puño. Abrió el grifo de agua de su lavabo e introdujo la

mano bajo la fría humedad, sintiendo cómo las heridas le escocían. Sabía que terminarían curándose, pero dudó si algún día terminaría sanando la cuchillada que le habían asestado en el corazón.

Le fue imposible ingerir alimento. Tenía el estómago completamente cerrado aunque sí degustó varios tragos de alcohol del mueble bar, hasta que se hartó de servirse en el delicado y frágil vaso que varias veces había estado a punto de caer al suelo y bebió directamente de la botella.

Se emborrachó.

Jamás en su vida había sentido la sensación de la embriaguez en su cuerpo y por primera vez se apoderó de él. Bebió con fruición, sin ningún remilgo y apuró una botella de whisky escocés hasta la última gota. Al principio, el fuerte licor le abrasó la garganta, pero después de dos o tres copas le entró como si de agua se tratara.

Comenzó una segunda botella, evadiéndose con ella de las preocupaciones y el dolor agónico de su alma comenzó a mitigarse, sintiéndolo cada vez más alejado. Le invadió el sopor de la borrachera y se quedó dormido sobre la mesa, con el torso desnudo, perlado en sudor y agarrando la botella con una mano, hablando obnubilado con una de las luces del blanco y alto techo, como si de su ángel de la guarda se tratara.

Teresa se asomó a las tres horas y el percal con el que se encontró no le gustó lo más mínimo.

—Señor Malory —le llamó—. ¿Se encuentra usted bien?

Sabía que no era así, pero tenía que guardar las formalidades que le exigían su puesto de trabajo.

Grant se despertó, con un fuerte dolor de cabeza.

—Hable más despacio, Teresa, por favor.

Se llevó las manos a las sienes arrepentido de haber ingerido tanto alcohol y avergonzado ante su ama de llaves por tener que verlo en aquel estado.

Corrió cuanto pudo hasta el cuarto de baño disimulando su abultada entrepierna con las dos manos por la necesidad imperiosa que tenía de evacuar algo de líquido, al ver a Teresa mirarle abrumada con ojos abiertos como platos.

Se metió bajo el helador chorro de agua fría de la ducha y sintió

momentáneamente cómo su corazón dejaba de palparle bajo el agua.

Para cuando salió de la habitación, ya se había vestido con más decoro, protegiendo su desnudez, y saludó a Teresa con cortesía, implorándole que le preparara algo para comer y rehusando el ofrecimiento que ella, un tanto malvada, le hacía al colocarle una copa de vino ante el plato de carne estofada.

Degustó la comida con ganas y se reprimió repetir, porque su cuerpo ya estaba lo suficientemente repleto de toxinas como para martirizarlo con un exceso de grasa y calorías.

Se recostó sobre su asiento preferido en la terraza, observando la ciudad financiera a sus pies, con un intenso dolor de cabeza que le martilleaba las sienes y no le permitía echar una cabezada. No hacía frío, pero notó cómo la humedad se le metía entre los huesos, debilitando sus articulaciones.

Se arrepintió no haber investigado más la procedencia de la titularidad de *AshTon Business Process Management*. De haber dado el paso, ello le hubiera evitado muchos quebraderos de cabeza.

No se arrepentía lo más mínimo por haberse interesado por un negocio como aquel. Nadie en su sano juicio dejaría pasar una oportunidad como aquella. Sin embargo, las consecuencias que se había derivado de su propósito le desagradaban por completo y le atormentaban hasta el extremo de querer encontrar una buena solución con la que poder recuperar el amor de Ashley, a la que echaba enfervorecidamente de menos.

Confiaba en su propia intuición, y sabía que al final saldría triunfante en sus objetivos, o al menos, eso era su intención, pero debía estructurar un plan a la perfección, dado que lo que estaba en juego era algo muy valioso para él.

Tanto darle vueltas a la cabeza hizo que el dolor se volviera más intenso. No le quedó más remedio que tomar un analgésico, buscando un poco de alivio. Se sintió culpable y se prometió no volver a beber nunca más de aquella manera. La lección la tenía más que aprendida.

Pensó en Ashley y en el por qué de su reacción y no encontró respuesta alguna y se durmió a la intemperie, barajando alguna posibilidad de reconciliación.

43

La brisa de la mañana que traspasaba las juntas de la ventana despertó a Ashley. Gracias a los calmantes, había dormido sin despertarse. No recordaba cuánto tiempo llevaba aletargada, pero intuyó que debía ser bastante. Sus ojos presentaban grandes bolsas marrones como si le hubiesen asestado un par de puñetazos, indicando, no obstante, que el descanso no había sido lo suficientemente reparador. Comprobó por el reflejo del cristal que su figura y en general, sus rasgos, habían cambiado mucho durante las últimas horas.

La escena le produjo un gran malestar en el estómago. La piel de su cara estaba escamosa, sus uñas descuidadas, con la pintura desconchada, y sobre todo, su alma, antaño llena de odio y rencor, estaba vacía, completamente vacía. Se sintió como un zombi con el cuerpo pesado, todavía con los restos de las pastillas circulando por su sangre, medio adormilada, cuando se acercó al aseo y se sentó sobre el váter. Tenía la vejiga a rebosar.

Percibió cómo las náuseas le subían desde el estómago vacío y se concentraban en la garganta. Vomitó sobre el frío mármol del suelo, a sabiendas que no tenía nada que echar, y la sensación que le produjo fue como si se le estuviesen saliendo las tripas por la boca. Se mareó y tuvo que agarrarse a la encimera del lavabo para evitar la caída, justo en el mismo instante en el que alguien le tocaba por detrás, haciéndole gritar como una loca descontrolada.

—Tranquilícese, señorita Welles.

La suave voz de Karla Santini le devolvió a la realidad.

Ashley se giró y la observó impertérrita, sin saber a ciencia cierta quién era aquella rechoncha mujer que con tanto mimo la trataba, cuestionándose el por qué estaba allí encerrada con ella en su propio dormitorio.

Recordó al fin, tras mucho esforzarse, que se trataba de la doctora Santini y le sonrió gratificada agradeciéndole su presencia. Se dejó guiar nuevamente hasta el mullido colchón de su cama, donde llevaba varios días dormitando bajo el efecto de los calmantes.

—¿Cómo se encuentra?

La doctora Santini le buscó la mirada, perdida en el horizonte. Ashley movió los hombros, dando a entender que no le importaba lo más mínimo lo que le estaba diciendo. Su pasividad se reflejaba en cada movimiento de su cuerpo haciendo que éstos fueran lentos y un tanto autómatas.

Vio a Marisa, sentada en un sillón al otro lado de la cama, observándole lastimera, con lágrimas en los ojos, mientras Carlo, a su lado, le sujetaba el hombro dándole ánimos. Los reconoció al momento y extendió los brazos al punto de querer abrazarlos, pero la doctora se interpuso entre ellos, obligándola a permanecer acostada, sin sentir el cariñoso abrazo de aquel matrimonio que tanto le había cuidado desde niña. Torció el morro, enfadada y les dio la espalda dolida por la distancia que habían demostrado hacia ella.

No acercarse a Ashley había sido lo peor que le había podido ocurrir a Marisa. A nadie más que a ella le había dolido más no poder abrazarla, cuando la joven le reconoció.

Carlo y ella estaban muy agradecidos a la doctora Santini por los servicios extras que les estaba prestando, y desde un principio aceptaron no intervenir en los métodos estrictos de la psicoanalista. No inmiscuirse en su labor, había sido uno de los requisitos fundamentales que la doctora les había impuesto como condición, y más que agradecidos estaban, al menos, de poder estar presentes y ver la evolución experimentada por la frágil y debilitada muchacha.

La psicoanalista tomó el pulso a Ashley y le obligó a beber un brebaje que la envolvió en un aletargado sueño donde todos sus recuerdos comenzaron a entremezclarse de nuevo desordenados.

Se dejó llevar a través de la película de su vida, hasta que tropezó con algo que no le gustó demasiado y se revolvió en la cama. Intentó apartarse de uno de los episodios más angustiosos de su vida, y no era precisamente el de la muerte de Anthony, con la que había soñado y de la que su mente ya estaba más que acostumbrada.

Todo aparecía borroso. Muchas de las caras de los personajes aparecían difuminadas, como en una nebulosa gris que no le permitía centrar la línea argumental de sus recuerdos, hasta que finalmente las secuencias se fueron ordenando poco a poco en su cabeza y comenzó a hablar en sueños, descargando su angustia acumulada después de tanto tiempo.

Como todos los chicos de su edad, con veintidós años era un idiota en materia de mujeres. Lo que le diferenciaba de los demás era que él era dolorosamente consciente de su ignorancia, mientras que otros, como algunos de sus escasos amigos, iban dando tumbos poniéndose en ridículo con su inexperto galanteo. Le atormentaba pensar que Ashley pudiera reírse de su torpeza si hacía la insinuación inoportuna. No había nadie más que Jonathan Horton que odiara más hacer las cosas mal.

La vio entrar. Su larga melena ondeaba salvaje accionada por el intenso aire acondicionado. Su hermosa figura se contoneaba invitadora y sus senos bailaban al son de la suave melodía de su movimiento, excitándole hasta extremos insospechados. Oculto tras la máquina de café, Jonathan Horton observó a Ashley, enfundada en un escotado vestido de seda aguamarina, deambulando por el pasillo de *AshTon Business Process Management* sin que ella le prestara la menor atención.

Llevaba en plantilla dos años, en la sección de mantenimiento, limpiando a diario los retretes y cambiando luces cuando alguna se fundía. Prácticamente nadie sabía de su existencia ni se fijaba en él. Toda la plantilla sabía que alguien se encargaba de todo el trabajo sucio en la empresa pero jamás nadie se había preocupado en averiguar de quién se trataba. Se sentía como uno de los ratoncillos del cuento de *La Cenicienta* encargado de confeccionar el traje que más tarde luciría en el baile con el príncipe, ignorado totalmente y sin que nadie valorara su esfuerzo.

Se había enamorado de Ashley desde el primer día que se la encontró apostada ante la máquina de café en el pasillo. Al principio pensó que se trataba de una secretaria más de uno de los tantos departamentos que permitían el buen funcionamiento de la empresa, pero cuando se dirigieron a ella como *señorita Welles*, supo que su rango era superior al imaginado.

Era tremendamente guapa rayando la exquisitez y se sintió embriagado

por ella enseguida. Podía oler su perfume cada vez que se aproximaba a la puerta de su despacho, en la distancia, incluso a través de la puerta cerrada. Se excitaba solo de pensar en su melena ondeando al viento y esos turgentes senos le atormentaban cada noche impidiéndole el sueño.

Cuando pudo entrar por primera vez en su oficina, se sintió orgulloso. Cambió una lámpara fundida del techo sin que ella le echara cuenta, absorta en la lectura de unos informes a la vez que atendía una llamada de Anthony, su hermano pequeño. Envidiaba la relación que tenían y varias veces sintió el deseo de matarlo y ocupar su lugar. Le abrumaba su presencia y anhelaba la atención que ella le profesaba.

Ashley nunca le había mirado y eso era algo que le obsesionaba y le quitaba el sueño. La añoraba cuando por cualquier circunstancia ella no acudía al trabajo e incluso la había perseguido en más de una ocasión a la salida de la oficina, pero su hábil chófer y el excesivo tráfico de *Manhattan* en hora punta le habían impedido alcanzar su objetivo y abordarla.

Vivía por y para la belleza de ella y recogía cada mechón de pelo que intuía había caído de su cabeza, ensuciando el suelo. Cuando por fin todo el mundo marchaba, tras un duro día de trabajo, se sentaba en su sillón y pasaba las horas muertas imaginando la sensación de poseer la fortuna y la riqueza de aquella hermosa dama.

Otras veces, soñaba que algún día ambos se enfrascarían en un apasionado beso llegando a una situación en la que él le haría el amor con furia masculina, dejando su huella en aquel minúsculo cuerpecito, haciéndole saber que más nunca podría pertenecer a ningún otro hombre.

La amaba ardorosamente y se masturbó más de una vez entre las cuatro paredes de su despacho, anhelando que fuera la boca de ella quien le estuviera haciendo el trabajito, en lugar de su mano encallada por el exceso de trabajo.

Cuando una noche todos los empleados, incluida Ashley, salieron a celebrar la adquisición de los derechos de explotación de la telefonía y las comunicaciones de una cadena hotelera puntera en el mundo entero, Jonathan Horton aprovechó para manipular la electricidad de *AshTon Business Process Management*.

Llevaba maquinando el plan varios meses y hubiera sido un necio si no

hubiera aprovechado la oportunidad que le servían en bandeja. Su treta impidió el buen funcionamiento de la empresa al día siguiente, lo que provocó que Ashley entrara en cólera por no poder asegurar el servicio a los miles de clientes que tenían depositada su confianza en *AshTon Business Process Management*.

La observó deambulando por el largo pasillo que daba paso a los despachos del personal, cuestionándose cómo solucionar el incidente lo antes posible, con el fin de dañar lo mínimo a sus clientes. Las pérdidas podían ser millonarias si no se solucionaba el tema a tiempo.

Pasó la mañana entera desesperada y Jonathan disfrutó de lo lindo con aquel numerito. Se mordió los labios para mermar el deseo irrefrenable que empezaba a abultarse debajo de su mono de trabajo. Verla con la cara desencajada le excitó por completo y se tuvo que encerrar en el cuarto de la limpieza, justo al lado de los ascensores, y fustigar su miembro con el palo de la escoba hasta que se puso negro y se le bajó la erección.

La echó mucho de menos los días después del funeral de Anthony. Al menos, pensó, el chico había muerto y le había dejado vía libre para poder acercarse a ella.

Se lo agradeció desde la lejanía que le proporcionaban las tumbas el día del entierro. Observó a su amada desde la distancia, llorando a moco tendido, abrazada a una casi irreconocible Frances Beresford a la que todo el mundo veneraba pero a la que él no encontraba atractivo alguno.

Deseó acercarse a Ashley y protegerla entre su abrazo, enjugándole las lágrimas profundas que le surcaban el rostro. Le torturaba verla de aquella manera y se fustigó con un látigo en su viejo y desvencijado almacén golpeándose la espalda cuando horas más tarde le vino el recuerdo de su amada destrozada por la amargura.

Cuando dos horas más tarde, dejó de golpearse y se observó en el espejo vio que tenía la cara hinchada y el tatuaje que nacía de sus caderas y se extendía por la espalda mostraba cortes que sangraban abundantemente. La sangre brotaba de sus heridas y chorreaba por todo su cuerpo, mezclándose con el sudor.

Se sintió un tanto aliviado cuando se introdujo bajo el chorro helador de la ducha oxidada de su cuarto de baño y se tiró bajo el agua más de media

hora, percibiendo el escozor de la fría humedad filtrándose a través de sus heridas.

Debía hacer algo, o de lo contrario cualquier día no aguantaría más la situación y se pegaría un tiro.

Deseaba a Ashley con todas sus fuerzas y se juró a sí mismo que debía ser suya, mientras comía el resto de un muslo de pollo agusanado y se dejaba caer en el raído sofá, exhausto.

Aquel día durmió plácidamente, como un bebé y se despertó bien temprano, con la camisa pegada a la espalda empapada en sangre. Se pegó un tirón de la tela, arrancándose las costras de sangre que se le habían formado y se enfundó en el mono azul de trabajo, deseando alcanzar *AshTon Business Process Management* y tropezarse con Ashley.

Pero no ocurrió.

Ashley estuvo más de dos semanas sin aparecer por la oficina. Jonathan Horton se sintió atacado, como si estuviera echándole un pulso, desaforado. Estuvo todo el tiempo tembloroso, como un drogadicto al que le falta su ración de metadona y no se sintió aliviado hasta que la vio entrar una mañana, tras unas gafas oscuras, vestida con un traje chaqueta color malva y subida en unos altísimos tacones, bamboleando sus caderas a derecha e izquierda.

Jonathan Horton apreció que ella le sonreía cuando se cruzó con él, y ese mínimo acto fue la clave para que esa misma tarde ultimara algo que llevaba preparando mucho tiempo.

Salió temprano de *AshTon Business Process Management*, unos minutos antes que el resto del personal, para asegurarse de que nadie le viera. Bajó las escaleras hasta el sótano y acechó cual águila real a su presa, detrás de varios coches.

Vio entrar a un vehículo y bajarse de él a un señor de unos sesenta años. Siempre había sido muy bueno recordando caras, y desde el primer momento supo que aquella pertenecía al chófer de Ashley. Reconstruyó la escena del cementerio y lo vio allí, junto a su amada Ashley, del brazo de una señora de unos cincuenta y pico años.

Se acercó sigilosamente a él y le asestó por la espalda un golpe seco con una barra de hierro que tenía preparada. El hombre se desmayó al momento y

lo arrastró de los pies hasta el otro extremo del sótano. Lo ocultó bajo un coche para que nadie pudiera verlo. Le registró los bolsillos, buscando la cartera como premio por su hazaña y le quitó las llaves.

Cuando media hora más tarde Ashley entró en el aparcamiento, le abordó por detrás, tapándole la boca con un trapo humedecido en formol y bloqueándole los brazos con los suyos, duros como el acero. En un instante la joven perdió el equilibrio, adormecida, y él rápidamente le tomó entre sus brazos y la introdujo en el maletero de su propio vehículo, un *Bentley* destartado que había pasado por cuatro o cinco manos y que se había comprado meses atrás en un desguace.

Condujo pisando el acelerador hasta el fondo, excitado, hasta *Brooklyn*, hacia el sur, concretamente hasta *Red Hook*, un barrio muy enigmático, incluso para los propios neoyorquinos, plagado de latinoamericanos, italoamericanos, trabajadores de los puertos y un puñado de vanguardistas emprendedores que intentaban apoderarse de algunos antiguos almacenes del muelle.

Introdujo el vehículo en uno de ellos y observó la *Estatua de la Libertad* de frente, dándole la espalda a *Manhattan* a través de uno de los ventanales. Desde allí, era uno de los pocos puntos de *Nueva York* desde donde se podía ver la estatua de cara saludando a su *Francia* originaria.

Extrajo el menudo cuerpo de Ashley, todavía dormida, y se lo acopló al cuerpo, hasta alcanzar un camastro ubicado en medio de un maremágnum de viejos objetos desparramados por el suelo. La depositó con sumo cuidado y le acarició el pelo mientras los últimos rayos de sol de la tarde alumbraban su delicada figura a través de los sucios cristales del almacén.

La ató de pies y manos a los desvencijados y herrumbrosos hierros de la cama y se retiró el mono de trabajo, quedándose en cueros, mostrando todo su esplendor a la única que había sido su amante hasta el momento, la *Estatua de la Libertad*.

Abrió la nevera oxidada y llena de hielo y no encontró nada que echarse a la boca, salvo una cerveza medio vacía que ingirió con fruición. Estaba sediento, aunque su sed era principalmente por la mujer que yacía plácidamente sobre su cama, y no tanto por la necesidad imperiosa de líquido.

Se acercó nuevamente a Ashley y le acarició el cuello, sintiendo su delicada piel a través de la rugosidad de sus encallecidas manos. Rozó sus labios con los de ella y se encendió por dentro, provocando que su entrepierna se pusiera enhiesta. Rozó con su sexo la mano atada de ella y se dejó llevar por el placer de su contacto.

Tuvieron que pasar un par de horas hasta que la joven comenzó a dar señales de vida. Varias veces Jonathan Horton se había acercado a su nariz para evaluar su respiración, asustado. No tendría que haber colocado tanta cantidad de formol, dada la complexión menuda de la mujer. Podría haberla matado. Con la cantidad de sustancia utilizada podía haber dormido a un caballo.

La observó reajustar la visión, entreabriendo paulatinamente los ojos, mirando por doquier, evaluando la situación. Intentó zafarse de sus ataduras, pero le fue imposible.

El rostro se le descompuso al ver al fornido hombre ante ella, en total desnudez, con el miembro erecto y con una sonrisa en los labios.

Su torso oscilaba arriba y abajo cubierto por un grandísimo tatuaje en forma de llamarada que le nacía de las caderas y le envolvía la espalda y el pecho. Terminaba en dos aros metálicos, perforando sus pezones. Ashley sintió dolor nada más verlo e intentó soltarse nuevamente de las cuerdas que la mantenían inmóvil, horrorizada.

Quiso gritar, pero el sonido salió ahogado de las profundidades de su garganta producto del terror que le invadió, apropiándose de la inmensidad del espacio en el que se encontraban. El aire estaba viciado y un profundo olor a herrumbre le penetró por las fosas nasales. Tuvo náuseas y le entraron ganas de vomitar.

No se dirigió a ella y tampoco la tocó. No en aquél momento, ni en las horas que le siguieron. Pasó dos días con sus dos noches amordazada estirada sobre aquel camastro, haciéndose sus necesidades encima, mientras él deambulaba ante sus ojos, desnudo o se ejercitaba en un banco de abdominales próximo. No probó bocado. Él tampoco le ofreció nada, ni siquiera agua. El estómago le rugía con fuerza y los labios se le agrietaron.

Las lágrimas rondaron sus mejillas durante los dos días. Su mente luchó por controlarse, deseando que la estuviesen buscando y la encontraran cuanto

antes. Rezó y le solicitó a Dios que aquel martirio concluyera pronto. Pero parecía no escucharle.

Observó a la *Estatua de la Libertad* a través de la sucia cristalera que tenía ante sí y suspiró avergonzada, casi impávida ante lo que seguramente no imaginaba que pudiese suceder, mientras él, sin poder retrasar más la espera, se arrodillaba sobre su cuerpo y le apartaba las rodillas con sus manos peludas.

Se las separó del todo. Ella no pudo desviar la mirada de algo que le estaba apuntando. Ahora sí que la tenía tiesa. El miembro ingente de aquel hombre perdía urgencia con cada décima de segundo. A Ashley le parecieron horas. Horas interminables, interminables, interminables,... que transcurrieron con una lentitud suprema, como si el tiempo se hubiese parado exceptuando el de aquel lúgubre almacén donde ella se encontraba presa de las garras de un hombre al que no conocía de nada, y que le apuntaba con un instrumento romo.

Cuando él se dejó caer entre sus piernas, Ashley rezó para que al final resultara agradable. Pero no fue así. Su penetración le aturdió. Estaba todavía seca, pero él se la metió con fuerza, brutalmente. Empujó más y más adentro y entonces, empezó a embestir. Jonathan Horton parecía un toro empecatado, embravecido.

El dolor hizo que ella intentara apartarse, evitar el sufrimiento, pero él confundió la reacción con un deseo de cooperar. Las embestidas se hicieron más salvajes y violentas. La penetraba como una máquina. Le dolían las entrañas, le dolían las delgadas nalgas. Incluso Ashley podía notar cómo la piel se le iba dilatando, rasgando a cada embestida. Le escocían las heridas aunque no tanto como las lágrimas que desprendían sus ojos y demacraban su cara. Tenía un tonel sobre sí, imposible de quitar.

Gritó y gimoteó, implorándole que la dejara en paz y que no siguiera golpeándola. Intentó defenderse, pero Jonathan Horton era demasiado fuerte a pesar de que tan sólo pegaba con una mano. La otra, estaba fija a su cuello, ahogándole. La nariz le sangraba, los ojos se le hincharon, la cabeza le zumbaba; los oídos también, hasta que renunció a intentar apartarse de él, llorando más de miedo que por dolor.

Ashley sintió encontrarse frente a las puertas de la muerte. Sufrió de

disnea y su vida se oscureció más y más ante sus ojos. Notó sangrar su bajo vientre y la hemorragia invadió sus carnes desgarradas. Le estaba abriendo en canal. La abertura que separaba sus nalgas se había encontrado con la de su vagina. Sangraba a mares y sus ojos vagaron en la inmundicia de sus recuerdos, aturdida, sintiendo que la muerte estaba cerca, deseando que todo terminara lo antes posible. Incluso la muerte, hubiera sido más agradable que aquello.

El castigo fue interminable. Ashley pensó que nunca tendría fin, pero se equivocó. Media hora más tarde la violación comenzó de nuevo pero esta vez sintió cómo el miembro enhiesto de él se apoderaba de otro de sus orificios. Soltó un alarido desgarrador, adolorida, sintiendo cómo la debilitada carne de su trasero se separaba de su cuerpo, mientras él le embestía y gruñía desenfrenado pellizcándole los pezones y le baboseaba la espalda. Sintió cómo un hombro se le dislocaba, debido a sus ataduras. Estaba de espaldas y ya nada le importaba más que la llegada de su propia muerte.

Jonathan Horton se sintió aliviado tras los dos encuentros sexuales que había mantenido con Ashley. Lleno de orgullo se metió bajo el chorro de la ducha y se aseó como nunca, deseando que la mujer que tenía a su disposición sobre la cama lo encontrara deseable. Se afeitó la barba de tres días que empezaba a picarle sobre la cara y se untó el cuerpo entero con bálsamo, para calmar el escozor de las heridas de su espalda. Estaba extasiado, pero el deseo irrefrenable de su entrepierna le volvió a indicar la necesidad imperiosa de sexo.

Ashley durmió a intervalos, hasta que el roce de una mano sobre su rostro la despertó. Sus ojos casi estaban cerrados por la hinchazón. Se quedó helada, con el cuerpo rígido por el miedo, a la espera de que volviera a atacarla.

—No cariño, no. No te voy a pegar. Dios me castigaría con la muerte si vuelvo a pegarte. Nunca. Oh, nena. ¡Cuánto lo siento!

Ashley estaba sangrando, tenía la cara amoratada y los ojos hinchados, nada que no pudiera ser solucionado. Comenzó a besarla, de pies a cabeza, mientras ella se removía sobre el colchón rechazando su contacto. El parecía estar disfrutando de su sufrimiento y su impotencia. Dejó por un momento de apretar sus senos y tomó su sexo. Primero lo acarició suavemente y luego

empezó a tirar de él, como si quisiera arrancárselo. Sintió la humedad de la sangre que comenzaba a brotar.

Ashley intentaba gritar pero tenía el brazo de él alrededor de su cuello y ya casi no podía respirar. Cuando su hueco estuvo lo suficientemente abierto, se volvió a dejar caer sobre ella, y le hizo el amor. Ella intentó cerrar las piernas y él le propinó un puñetazo en la cara que le nubló la vista y le produjo el desmayo. La tuvo a su entera disposición e hizo con ella lo que le vino en gana.

Carlo y Marisa no cejaron en su intento de encontrar a Ashley. Tras acudir al hospital, donde a Carlo le vendaron la cabeza y le dieron unos analgésicos, se personaron en la comisaría de policía, donde les atendió personalmente el teniente Kidman, un hombre con años de experiencia que les interrogó y les solicitó que hiciesen un listado de posibles enemigos de la joven.

Harry Kidman tiró de varios hilos e interrogó a todos los empleados de *AshTon Business Process Management*, del primero al último. Cuando llegó al final de la lista y solicitó la presencia de Jonathan Horton, no apareció por ningún lado. Ninguno de sus compañeros pudo facilitarle ninguna pista sobre su paradero, alegando que era un hombre muy misterioso y callado que se ceñía a desarrollar su trabajo sin inmiscuirse en la vida de nadie, evitando cualquier tipo de participación con ellos.

Desde comisaría se dispuso un dispositivo especial de búsqueda y captura contra Jonathan Horton. Cuando una semana más tarde, entraron por la fuerza en el almacén que tenía registrado a su nombre provocando un gran estruendo al chocar la madera contra la pared metálica, la escena con la que se encontró la policía fue lamentable.

La joven Ashley Welles yacía maniatada, con los brazos abiertos en cruz, sin poder mover ni el más mínimo músculo, sobre un camastro mientras el fornido Jonathan Horton, se bamboleaba sobre ella, violándola, sin compasión. Estaba atrapada, con una losa de masa muscular sobre su menudo cuerpo.

No atendió a las señales de la policía, que le dieron el alto y le obligaron a parar. Continuó con la violación, sabiendo que varias docenas de ojos le miraban ocultos desde todos los rincones del almacén. Se sintió aliviado

cuando por fin eyaculó, dentro de la joven y se aproximó a sus labios encarnados para darle un profundo beso que terminó ahogándoles.

Le asestaron un tiro por la espalda y su pesado cuerpo cayó inerte sobre el de ella, aplastándola y dejándola sin respiración. No tuvo fuerzas para gritar ni para decir nada cuando el teniente Kidman apartó la mole de músculos de Jonathan Horton de encima suyo y le cubrió con su propia gabardina.

Los equipos de emergencia evaluaron su estado de deshidratación y las heridas más visibles, y la ambulancia corrió como alma que lleva el diablo hasta el hospital, donde miles de luces incandescentes le cegaron y la oscuridad se apoderó de su mente.

Pasó allí más de dos meses, soportando miles de agujas y varias operaciones y el temor reverencial del recuerdo de Jonathan Horton apoderándose de ella cada vez que llegaba la noche y la tranquilidad se instauraba nuevamente en el hospital.

La muerte de Anthony le había arrebatado lo que ella más quería y el incidente con Jonathan Horton le terminó trastornando hasta el punto de sentirse avergonzada y obligarse a no pronunciar palabra sobre lo sucedido. Se juró a sí misma no hacerlo nunca. Ese oscuro episodio moriría consigo.

Carlo y Marisa no se apartaron de ella ni un segundo y la colmaron de mimos. Los observaba desde la cama del hospital, junto a ella. Pero su voz se negaba a emitir sonido y jamás pudo agradecerles su amor incondicional durante el largo período de tiempo de convalecencia.

Al llegar a casa, después de dos meses sin hablar, las lágrimas se convirtieron en sus únicas amigas y consejeras y pasaba las noches enteras con ellas, encerrada entre las cuatro paredes de su dormitorio.

45

Diciembre de 1.981

Carlo y Marisa correteaban de un lado para otro organizando maletas y recogiendo los pasaportes, mientras Ashley se despedía momentáneamente de su habitación, donde había dejado esparcidos todos sus sentimientos y todos sus miedos. Observó las flores secas sobre su mesilla, y sintió una punzada en el corazón. Grant no había dejado de enviarle un ramo de rosas amarillas desde su último encuentro. No había vuelto a saber de él, salvo a través de las escuetas tarjetas en las que le deseaba una pronta recuperación y en las que le decía cuánto la amaba y le echaba de menos.

Durante dos meses, Ashley no había salido a la calle ni una sola vez y menos aún se había preocupado de la situación de *AshTon Business Process Management*. Ya nada en la vida le importaba más que ella misma.

Su último encuentro con Karla Santini, había sido crucial y a pesar de su negativa, pudo por primera vez en años dejar fluir el horror de la historia vivida con el maldito Jonathan Horton.

Recordó la cara descompuesta de Marisa y de Carlo cuando despertó de la última sesión de hipnosis.

La de Karla Santini no era muy diferente.

Ashley no recordaba nada de la sesión, pero se sentía aliviada por fin, después de mucho tiempo y sin ganas de llorar. La psicoanalista le recomendó que se olvidara de todo por una temporada, trabajo, amigos, todo. Bajo ningún concepto le incomodó estar encerrada en el *loft*. Los trescientos cincuenta metros cuadrados de la vivienda eran más que suficientes como para no tener que salir a la calle.

Fue apagando luces, despidiéndose de cada estancia, dando un portazo a una etapa de su vida muy angustiosa, hasta que finalmente cerraron con llave la puerta principal y pusieron rumbo al aeropuerto.

Volaron a *Praga* donde les recibió Frances en compañía de Peter, envueltos en sendos abrigos de piel protegiéndose del helador frío invernal

que estaba azotando el país ese año. Ambos estaban entusiasmados por la visita y los recibieron con alegría.

—¿Cómo estás, cariño?

Frances le abrazó con energía a través del abrigo de astracán negro y le miró fijamente a los ojos, agradecida de que volvieran a mostrar la intensidad de antaño. Hizo un gesto con la cabeza, instando a Ashley a que le contara algo, pero Marisa le hizo un gesto reprobatorio, indicándole que no fuera por aquel camino. La joven comprendió de inmediato y dejó a su amiga actuar por su propia cuenta.

—¿Qué te ha parecido lo poco que has visto de *Praga*?

—Es una ciudad maravillosa, Frances. Tenemos que visitarla juntas...

Peter se acercó y le saludó con un fortísimo abrazo que casi le deja sin respiración. Se alegraba por el buen estado de Ashley y le entristeció de no ver a Grant, al que últimamente le tenía perdida la pista. Intuyó que no estaban ya juntos, pero evitó preguntar no fuera a ser que terminara metiendo la pata hasta el corvejón.

Se dirigieron a las afueras de la ciudad. Circularon con dificultad debido a la nieve acumulada en la carretera, en un utilitario negro algo destartado, su última adquisición, pero que se agarraba a la perfección al suelo.

Tenían una hermosa casita, unos cien metros cuadrados, lo suficiente para ellos dos, decorada con sencillez, con los muebles justos, y un gran porche repleto de madera con la que avivar el fuego de la minúscula chimenea del salón y de las habitaciones, un reducto de paz donde los dos habían pasado los mejores momentos de su vida. En *Praga* nadie les conocía y en caso contrario, no se lo hacían saber. Eran dos personas más en una ciudad más de un país más del mundo y eso les encantaba.

Cenaron nada más llegar. Un exquisito guiso de carne que Frances había dejado preparado antes de acudir al aeropuerto. Marisa, algo cansada, le ayudó a calentarlo y a preparar la mesa, mientras Peter se quedaba con Carlo y con Ashley en el salón departiendo amigablemente sobre la pesadez del largo viaje y la climatología del lugar.

No fue hasta después de que Ashley se hubiera acostado tras la cena, el momento en el que Frances aprovechó para preguntar sobre el estado de su amiga. Marisa y ella estaban fregando los platos en la minúscula cocina,

aisladas del resto.

—Marisa, no te he dicho todavía nada, pero...

Paró de enjabonar un plato y le buscó con la mirada.

—Me alegro mucho de que al final os hayáis decidido a venir.

—Si le soy sincera, señorita Beresford...

—Marisa, no, por favor. —Le agarró la mano enjabonada negando con la cabeza—. Eso ya se ha terminado. Simplemente soy Frances.

—Está bien. Como te iba diciendo, Frances —sonrió apreciativamente— yo no quería venir.

Suspiró y se quitó un mechón de pelo de la frente.

—Hemos pasado unos meses muy duros y Ashley ha sufrido mucho. Nosotros también, por qué no decirlo. Creímos que la perderíamos...

Dejó el plato sobre la encimera y se llevó la mano humedecida a la boca, embargada por la emoción y con los ojos a punto de estallar en lágrimas.

—Tranquila, Marisa. Ya ha pasado todo.

—Lo sé.

Se enjugó las lágrimas con el pañuelo.

—Ni a mi peor enemigo, que no lo tengo, le deseo todo el mal que ha tenido que soportar «*mi pequeña*».

Frances apagó el grifo del agua caliente y cogió un paño de la encimera de granito para secarse las manos. Miró a Marisa sonriéndole con la mirada.

—No te preocupes más. Ahora lo que hay que hacer es continuar para adelante —le alentó—, o de lo contrario Ashley volverá a deprimirse y ya ha tenido suficiente...

—Tienes razón.

Entretanto, en el salón, Peter y Carlo charlaban animadamente con una copa de coñac en la mano, apostados ante la chimenea, intentando entrar en calor.

—¿Cómo les ha ido el viaje, señor?

Sonrió y se llevó el vaso a los labios, para degustar el exquisito sabor del alcohol que a ciencia cierta le ayudaría a entrar en calor.

—Yo venía un poco asustado —apuntó—. Hemos tenido muchas turbulencias. El comandante nos ha dicho que estábamos atravesando una ventisca de nieve...

Peter rio, mostrando unos dientes perfectos y se recostó sobre el sofá, tapándose con una manta el costado. Sentía frío, a pesar de que la casa estaba totalmente caldeada.

—Perdone la indiscreción, pero...—meditó si pronunciar la pregunta, pero finalmente se decidió—. ¿Sabe usted algo de Grant?

—¿De quién? —inquirió, no comprendiendo bien a quién se refería.

—Sí, de Grant.

—Ah, sí, su amigo, el señor Malory. —Carlo comprendió a la perfección—. La verdad es que no sabemos nada de él. No tenemos el gusto de conocerlo, pero no ha dejado de enviar un ramo de flores a diario a casa, preocupándose por la señorita Welles. Me imagino que seguirá haciéndolo, ya que nadie sabe que estamos aquí...

Le guiñó un ojo. Habían salido sin avisar a nadie, amparados en el anonimato que tanto Peter como Frances les ofrecían. Ni siquiera su cuñada Celia había tenido noticias de su marcha, algo que seguramente al cabo de unos días de no recibir noticias de Marisa, la preocuparía.

Cuando las mujeres salieron de la cocina, los dos hombres ya habían apurado su segunda copa de coñac. Frances se sentó junto a Peter, acurrucándose y enroscándose a su cuerpo bajo la manta, al abrigo del frío que no conseguía hacer desaparecer de sus articulaciones, algo resentidas por la humedad.

Marisa se colocó en el otro extremo de la estancia, en una silla de madera, intentando soportar el intenso dolor de espalda que tenía incluso antes de partir de *Nueva York*. Toda la faena de preparar maletas siempre le tocaba a ella y terminaba resintiéndose de la espalda.

Los cuatro departieron amigablemente sobre el viaje y los problemas a los que habían tenido que hacer frente los últimos meses, mientras Ashley dormitaba en la habitación contigua, agotada. Estuvieron charlando hasta que los ojos de Carlo no pudieron soportar más el cansancio y Marisa lo acompañó al dormitorio para que se pusiera el pijama. Se metieron en la cama. No habían puesto más que el culo sobre el mullido colchón cuando ambos cayeron derrengados y se sumieron en un sueño profundo del que no despertaron hasta doce horas después.

Por su parte, Peter y Frances continuaron acurrucados durante un par de

horas más en el salón, jugueteando con sus cuerpos al abrigo de la manta, hasta que se pusieron a cien y se introdujeron risueños en su dormitorio sabiendo que iban a pasar una tórrida noche de amor y de desenfreno.

Febrero de 1.982

Grant percibió que su vida había perdido el rumbo desde el mismo instante en el que dejó de ver a Ashley. Ya nada tenía sentido para él, salvo machacarse en el gimnasio a diario y sentir como el esfuerzo le aliviaba la tensión generada por la ausencia de su amada.

Llevaba cuatro meses enviándole flores a diario y jamás había recibido ni la más mínima señal de agradecimiento. Tampoco la esperaba, aunque en su fuero interno deseaba recibir algún tipo de estímulo que le garantizara un futuro a su lado, por muy lejano que fuera.

World Wide Building Corporation finalmente se había hecho cargo de *AshTon Business Process Management*, inyectándole dinero y enviándole algunos clientes, tras varias negociaciones con Michael Strauss, el subdirector, y Markus Roché, su abogado.

A Grant no le interesaba ya lo más mínimo, a esas alturas de su vida, ser dueño del negocio, pero sí consideró apropiado echar una mano con el fin de evitar que Howard Hugg, aliado de Devon Sinclair, consiguiera sus propósitos y terminara adquiriendo algo, por mínimo que fuera, de su amada Ashley, a la que veneraba con ardorosa desesperación.

Estudió la propuesta con mucho detenimiento y tras recibir una negativa por parte de Narumoto de participar en una transacción de la que no iba a obtener ningún beneficio, invirtió hasta el último centavo de su fortuna personal, impulsando a *AshTon Business Process Management* hacia la cumbre.

Michael Strauss y Markus Roché accedieron a que Grant Malory interviniera en las decisiones de la empresa, aprovechando su potencial, lo que les permitió remontarla y encumbrarla hasta convertirla nuevamente en la más puntera de entre todas las de su categoría.

Recuperó la totalidad del capital invertido a finales de Enero, cuando las finanzas de *AshTon Business Process Management* estuvieron perfectamente

saneadas. Aun así, continuó participando de las decisiones de la empresa, gracias a Michael Strauss y Markus Roché, satisfechos por su compromiso e impresionados por su elevada capacidad y fidelidad hacia un negocio que no le estaba reportando más que comederos de cabeza.

Entrar en *AshTon Business Process Management* le suponía un auténtico martirio. Más aún, observar la fotografía que Ashley tenía sobre la mesa de su escritorio. En la instantánea se la veía feliz en compañía de su difunto hermano. Sólo con verla se le encogía el corazón y se le cerraba el estómago, preso de la angustia. Lloró amargamente por ella muchas veces, tras los muros de la oficina, mientras pasaba el dedo sobre el cristal, acariciándole el rostro que tanto deseaba estrujar entre sus manos.

Telefonó a Ashley en múltiples ocasiones y jamás recibió respuesta. Sabía también con certeza que desde mediados de Diciembre, las flores que le enviaba cada mañana regresaban a la tienda sin que nadie las recogiera. No obstante, aun así, no cejó en su empeño y cada mañana a las diez, un joven repartidor hacía el intento.

Al principio, y con el permiso de Ruppert, el portero, el joven dejaba los ramos delante de la puerta del apartamento de Ashley, hasta que el pasillo estuvo tan repleto que no le quedó más remedio que devolverlos intactos a la tienda de donde habían salido. A pesar de ello, Grant continuó insistiendo.

Contactó con Peter a principios de Febrero, cuando una mañana heladora, después de caminar bajo el frío invierno de *Manhattan*, atravesó *Central Park* y se cruzó con una de las ancianas que habían estado observando cómo su amigo le recolocaba el hombro, meses atrás. No olvidaba nunca una cara y le sonrió a la anciana que aceleró el paso asustada por el atrevimiento.

Estuvieron charlando largo rato y Peter no paró de invitarle a que les hiciera una visita. Su insistencia rayaba lo estrambótico. Jamás había tenido una actitud como aquella. O Frances lo estaba cambiando, que seguro, o el clima helador de *Praga* estaba mermando la característica tranquilidad de su amigo.

Tomó un avión el fin de semana de *San Valentín*, arrepintiéndose una vez dentro de la cabina de no haber elegido otra fecha cuando observó a la mayoría de las parejas de enamorados retozando entre los asientos. La tristeza se apoderó de él al pensar que él podría estar allí también en compañía de

Ashley, a la que echaba tanto de menos, rumbo a un país desconocido en el que celebrar su primer día de los enamorados.

Aterrizó en la capital del reino de *Bohemia y Checoslovaquia* situada a orillas del río *Moldava* la noche del trece de febrero, con una fuerte ventisca de nieve que le impidió ver la carretera durante el trayecto a casa de Peter, en coche alquilado. Estudió el mapa con suma atención, intentando no perderse. A su amigo le había sido imposible ir a buscarle, aquejado de una fuerte gripe. Frances, por su parte, poco acostumbrada a conducir, tampoco acudió en su busca, alegando tener que cuidar de su pareja.

Grant se encontró sólo, enfrentándose a una ciudad desconocida, deseando llegar al calor de la lumbre, tiritando de frío, con la calefacción de su coche de alquiler a tope y con los cristales empañados, impidiéndole la visión.

Fue recibido con honores de rey, con una gran pancarta de bienvenida colgada del alto techo del salón, sobre la chimenea. Pudo comprobar que Peter no estaba en absoluto enfermo. Todo había sido una treta para ganar tiempo.

—Hola —les saludó, juntando las manos sobre su boca y exhalando aire en un intento fallido por calentárselas. No había llevado guantes y no se sentía los dedos.

Se abrazaron, alegros por el feliz reencuentro, justo en el momento en el que Ashley salía de una de las habitaciones de invitados envuelta en un precioso vestido color rojo.

La observó aturdido y buscó con la mirada los ojos de Peter que le sonreía a cierta distancia, con un vaso de whisky en la mano, mientras le ofrecía a él otro.

Las manecillas del reloj se detuvieron y el mundo a su alrededor desapareció ante la atenta mirada de la joven que tenía de frente, mostrándole una hermosura que ni muerto hubiera podido olvidar.

—Ashley...

Sus palabras sonaron ahogadas. El corazón se le desbocó y le golpeó con fuerza, martilleándole el pecho.

Ella se acercó y le envolvió con el azul intenso como el mar infinito de sus ojos.

—Hola Grant...

Acababa de pronunciar su nombre y las lágrimas se apoderaron de él, un hombre que no había conocido el dolor ni la soledad hasta que no se había cruzado con ella.

—Ashley yo...—balbuceó—. No sabía que...

Quería decirle que no sabía que ella estaba allí. De lo contrario, hubiera declinado la invitación de Peter, con tal de no importunarla con su presencia... Necesitaba besarla y no le hizo falta decírselo, ya que ella se acercó a él y le acarició la mejilla, insinuándole que ella tenía la misma ardorosa necesidad.

Se besaron en los labios con dulzura, mientras él le abrazaba el cuerpo, y cuando creían haber olvidado el milagro del reencuentro, volvieron a sentir fluir a raudales el deseo.

Ashley sintió que su vida era muy preciada y, después de tanto terror y desgracias, estaba convencida de que nada era más real que su relación con Grant.

La vida podía apagarse en cualquier minuto y ella estaba dispuesta a mantener encendida la llama de su amor y hacer los cambios necesarios en su vida, siempre que la felicidad estuviese de por medio.

Elevó las azuladas luces que despedían sus ojos fundiéndolas con el negro azabache de los de Grant y se fundieron en un profundo y apasionado beso.

Esa noche, en la intimidad de su dormitorio, hicieron el amor con ternura, fundiendo sus almas en una sola, dando un portazo a la amargura que los había consumido durante tanto tiempo. Se amaban y eso era lo único que les importaba.

Agradecimientos

De todo corazón, mil gracias...

Mil gracias porque, a pesar de que la novela tiene muchos defectos (la historia fue creada hace más de veinte años, cuando tan solo tenía catorce), has llegado hasta aquí.

Seguramente estarás pensando que podría haberse pulido. Tal vez, pero habría perdido la esencia de una adolescente que comenzaba a enfrentarse al mágico mundo de la literatura.

De todo corazón, agradezco que la hayas leído.

Mirta Sheridan